

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

**Tesis Doctorado en Ciencias Sociales
Especialización en Trabajo Social**

La anticipación de la vejez en la mediana edad

Sandra Sande Muletaber
Tutora: Mariana Paredes
Tutora: Carolina González Laurino

2018

La anticipación de la vejez en la mediana edad

Sandra SANDE MULETABER

Tesis de doctorado presentada al Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Ciencias Sociales, mención Doctorado en Trabajo Social

Orientadora:

Prof. Dra. Mariana PAREDES DELLA CROCE

Co-orientadora:

Prof. Dra. Carolina GONZÁLEZ LAURINO

Montevideo, Uruguay
Julio de 2018

Ficha catalográfica

INTEGRACIÓN DEL TRIBUNAL DE DEFENSA DE TESIS

Montevideo, Uruguay

Julio de 2018

Dedicatoria

A las mujeres de mi vida, las que están, las que estuvieron, las que vendrán...

A Iván y a María Pía, porque los amo más allá del entendimiento...

A mis amigos, por estar y por la paciencia...

Agradecimientos

El proceso de escribir una tesis es arduo, complejo, por momentos angustioso, por momentos efervescente. En ese camino no estuve sola. Agradezco a quienes entrevisté por la generosidad con su tiempo, escaso en estas épocas, por las horas de su vida dedicadas para apoyarme en este trabajo.

A mis tutoras Mariana y Carolina, por el esfuerzo, por la paciencia, ¡gracias!

Mis compañeras de generación aportaron, y mucho, en el proceso de definir caminos, María José, Cecilia, Natalia y, sobre todo, Marian, por las charlas, las angustias compartidas, la consolidación del afecto. ¡Gracias!

A Larisa y Jenny, por escucharme, leer algunos tramos, aportar sus opiniones.

A Ricardo, por los cafés y charlas que ahora extraño.

A mis compañeros del *Proyecto integral cuidado humano, derechos e inclusión social*, en especial a Tere, Memé y Luciana (¡gran compañera de viaje!)

A mis colegas del Piñeyro del Campo, ¡gracias por el aguante!

A mis compañeras de Apesi, por las charlas y el apoyo.

No me olvido del grupo coordinador de violencia de ASSE ni de su paciencia por mis ausencias en este último tramo.

A mis amigas, soleadas, *beautifuls*, magníficas, ¡por todo, por mi vida!

A Alicia y Jelen por acompañarme en la peripecia de vivir.

A Elena porque siempre está, ¡siempre!

A mi hermano, por sus puntos de vista, a mi familia lejos y cerca.

A Marina, ¡linda la vida que nos juntó!

Y con énfasis, a las y los estudiantes con los que tuve el honor de trabajar, porque son la razón para seguir formándome, por ustedes, por amor a la profesión, Romina, Saphir, Yamila, Marianela, Octavio, Valeria, Rodrigo, Sofía, Valentina, Evangelina, Yoselyn, Gabriela y en su nombre a todos.

Resumen

Este trabajo versa sobre la anticipación de la vejez en la mediana edad. Surge de la problematización sobre la vejez y el envejecimiento desde una mirada de género. Se realizó una investigación de carácter cualitativo donde se entrevistaron a 130 personas.

Se partió de la hipótesis de que la idea de ser viejo no se procesa en la identidad biográfica hasta que determinados eventos ofician de puntos de inflexión cuando las personas se enfrentan al hecho indefectible de su propia vejez.

A partir de las nociones de representación social y de políticas de vida se van construyendo las categorías centrales de esta investigación, lo que implicó deconstruir las nociones de vejez, mediana edad y anticipación a partir de los aportes de la teoría social.

Palabras clave: vejez, mediana edad, anticipación.

Abstract

This work deals with the anticipation of old age in middle age. It comes from the problems of old age and ageing from a gender perspective. A research of qualitative nature where they interviewed 130 people was undertaken.

It broke on the assumption that the idea of being old is not processed in the biographical identity until certain events office tipping point from which people are facing the unswerving fact of his own old age. From the notions of social representation and life policies central categories of this research, being developed which involved deconstruct notions of old age, middle-aged and advance from the contributions of social theory.

Key words: old-age, median age, ahead of time.

Índice

INTRODUCCIÓN	1
Supuestos	7
OBJETIVOS	9
Objetivo general.....	9
Objetivos específicos	9
PRIMERA PARTE.....	11
1. La sociedad actual: una mirada <i>reflexiva</i>	11
2. Las representaciones sociales	14
3. Algunas explicitaciones sobre la incorporación de la dimensión de género	20
4. El curso de vida: algunas explicitaciones sobre su pertinencia	25
5. La vejez.....	32
6. La construcción social de la vejez a partir de las políticas	39
7. Las concepciones sobre la vejez	46
7.1. La vejez uruguaya desde los aspectos demográficos	50
8. Problematizando el concepto: el envejecimiento y el campo de las edades, las generaciones y las clases de edad	59
9. Mediana edad	68
9.1. Sincretismo/complejidad: el amasado de una propuesta	69
9.2. Algunas características de la mediana edad	74
10. El concepto de anticipación a la vejez en la mediana edad	78
11. Antecedentes que orientaron la investigación	82
12. Enfoque metodológico	87
12.1. Sobre el diseño	88
12.2. Sobre las decisiones muestrales	89
12.3. Sobre las técnicas	92
12.4. La entrevista	92
12.5. Sobre el análisis de las fotografías	94
12.6. Sobre el análisis de los resultados	97
13. Reflexiones sobre el proceso de investigación: algunos aspectos epistemológicos	99

SEGUNDA PARTE	104
1. Del dicho al hecho: la percepción sobre la propia vejez	104
1.1. Sobre la noción de <i>vejez</i>	106
1.2. Sobre la percepción de la propia vejez	112
1.3. Sobre la percepción de la vejez con relación a otros	113
1.4. Sobre sentirse no joven	114
1.5. Sobre los cambios corporales	115
2. Las percepciones sobre el balance: suma de pérdidas y de ganancias	118
2.1. Sobre las ganancias esperadas en la vejez	118
2.2. Sobre las pérdidas que se perciben	121
2.2.1. Pérdidas con respecto al cuerpo	121
2.2.2. Pérdidas con respecto a los demás	125
2.2.3. Pérdidas con respecto a la identidad	125
2.2.4. Pérdidas en lo económico	126
3. El curso de vida y la identidad biográfica	129
3.1. Temporalidades, espacialidades y trayectorias	129
4. Las trayectorias en el curso de vida: la configuración de un <i>habitus</i>	135
5. La identidad del yo y el proyecto reflejo	139
6. La identidad a lo largo del curso de la vida	144
7. La cuestión del tiempo y la trayectoria: el sujeto envejeciente	148
8. La mediana edad y la anticipación del envejecimiento	153
9. La mediana edad: ¿transición hacia la vejez?	156
9.1. El cuerpo en la mediana edad: ¿un punto de inflexión?	158
9.2. Oxímoron o hipérbole : la construcción de la mediana edad	165
9.3. La anticipación de la vejez	169
9.3.1. La vejez de los padres	169
9.3.2. El contacto o el trabajo con la vejez	170
9.3.3. La preocupación por los cambios en la <i>apariencia</i>	170
9.3.4. La readaptación y la adquisición de un nuevo estatus: la idea de jubilación y los cambios en la <i>economía</i>	171
9.3.5. La representación negativa de la vejez: proyección denegatoria sobre la vejez propia	171
9.3.6. El crecimiento de los hijos y la anticipación del envejecimiento	171

9.3.7. La salud, el cuidado y la vejez propia	172
9.3.8. La edad como un factor que hace pensar en la vejez	172
9.3.9. No anticipar	173
9.3.10. La idea de la vejez futura	173
9.4. La planificación del futuro: ¿prepararse para la vejez?	173
10. La fotografía como un análisis complementario: ¿qué ves cuando me ves?	181
TERCERA PARTE	189
1. Síntesis de resultados	189
1.1. Sobre la percepción de la vejez	189
1.2. Sentirse viejo en la mediana edad.....	191
1.3. Sobre la percepción de las pérdidas y de las ganancias en la vejez	193
1.4. La anticipación de la vejez	196
1.5. La proyección hacia el futuro: los cambios pensando en la vejez	198
2. Reflexiones finales	201
2.1. Permeables rigideces y rígidas incertidumbres: ¿cómo se anticipa la vejez en la mediana edad?	202
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	211
ANEXOS	227
Pautas para entrevistas	227
Cuestionario	229
Consentimiento informado	234

Introducción

«El hombre no vive jamás en estado de naturaleza; en su vejez, como en cualquier edad, su condición le es impuesta por la sociedad a la que pertenece.»
(Beauvoir, 1970, p. 15)

Este trabajo pretende indagar sobre la anticipación de la vejez de las personas que transitan la mediana edad. Se trata de una investigación cualitativa realizada en la ciudad de Montevideo, durante los años 2015 a 2017, donde se entrevistó a 130 personas de ambos sexos, residentes en Montevideo, cuyas edades se ubican en el tramo comprendido entre los 40 y los 59 años y que tienen, al menos, educación secundaria completa.

Esta propuesta de investigación se enmarca en los estudios sobre la vejez y el envejecimiento, se inscribe desde una perspectiva de género¹ y se posiciona desde el enfoque del curso de vida.

La investigación que se plantea surge de la preocupación teórica sobre los procesos (físicos, biológicos, psíquicos y sociales) que se desarrollan a lo largo de la vida de las personas y que tienen su correlato en el tránsito por la vejez.

En trabajos anteriores (Sande, 2012, 2015) se indagó sobre los aspectos más estructurales, a partir de las políticas sociales y las dimensiones de los derechos, la vulnerabilidad o el cuidado. La preocupación por cuestiones microsociales, de las vejeces singulares, surge como inquietud propia de la experiencia profesional del trabajo con los viejos y sus peripecias, pero también de la interpelación sobre las mediaciones que generaron esa particularidad, esa forma de ser y de estar en el mundo, la diferencia entre las vivencias y lo que se había planteado como proyecto vital o su concordancia, las trayectorias que remiten a esa (y no otra) forma de habitar la vejez. Esto, sumado a la experiencia en el trabajo con diferentes generaciones sobre la temática de la vejez y el envejecimiento, tanto desde el punto de vista profesional como desde la docencia, fueron prefigurando algunas interpelaciones y sospechas.

Dentro de las preguntas que guiaron este trabajo, aparece la interrogante sobre cómo las personas se adaptan a los cambios a lo largo de la biografía (de estilo de vida, de relacionarse con los demás, de habitar el cuerpo) y cuáles son los factores que habilitan esa adaptación.

Entre los supuestos, que muchas veces se presentan como certezas a deconstruir, se

¹ Se deja constancia que el habla, las formas de nombrar, sustentan una ideología y una teoría por detrás; en el presente documento el uso del masculino genérico obedece a un criterio de economía de lenguaje y procura una lectura más fluida.

plantean las siguientes ideas generales previas:

- se envejece como se *es*;
- hay circunstancias en la vida que hacen que *se presienta* la vejez (¿qué vejez me/le espera?);
- el espejo de la vejez del *otro* devuelve un reflejo que moviliza la proyección del futuro;
- el conflicto generacional/vincular opera en términos de *actuación/activación* en la relación con los progenitores que comienzan a requerir cuidados;
- las mujeres, en tanto (potenciales) cuidadoras/responsables de los mayores, tienden a proyectar su propia vejez en algunas circunstancias más frecuentemente que los varones.

Las preocupaciones precedentes oficiaron de punto de partida para la elaboración de esta investigación, en la que se pretende dilucidar la posibilidad de anticipar la vejez propia a partir de algunos hitos (la vejez de los padres, la finalización de la crianza de los hijos, los cambios corporales) que ocurren en un momento particular de la vida (que se configura como *mediana edad*) durante los que las personas toman (o pueden tomar) decisiones sobre su futuro.

Se parte del presupuesto de la vejez como parte de la trama vital donde los sujetos transitan la vida y, por tanto, envejecen diariamente, desde el nacimiento hasta la muerte, lo que configura la idea, que se desarrollará en el trabajo, de un sujeto envejeciente.

Problematizar estos supuestos a la luz de la teoría social implicó la toma de una serie de decisiones (muchas de las cuales condujeron a que en forma expresa se dejaran de abordar aspectos ineludibles, como las condiciones materiales, las dimensiones más estructurales², y las determinantes de la sociedad capitalista) para poder abordar el particular recorte de la realidad que se quería estudiar. Estas dificultades se pondrán en debate a partir de la explicitación de los obstáculos epistemológicos en un primer momento del documento.

La mediana edad (Salvarezza, 1998; Yuni, 2001; Zarebski,1999) es un concepto sociológico novedoso que surge de la constatación del aumento de la esperanza de vida. La población humana ha experimentado cambios importantes en los últimos años (hasta el siglo XIX, la esperanza de vida era de 35 años y, en apenas un siglo, pasa a 80 años en los países

² A lo que se alude es que la propuesta planteada se enmarca desde un particular aspecto de la vida humana que se puede problematizar cuando algunos aspectos de las condiciones materiales estarían resueltos y, por tanto, no se incluyen dentro del análisis para su comprensión.

centrales³ y a 60 en el mundo).⁴ El impacto de esta *revolución silenciosa*⁵ en los roles de género, en la sexualidad y en las etapas de la vida, ha modificado la cotidianidad de las personas.

La categoría *mediana edad* se entiende aquí como aquella etapa de la vida en que la mayoría de las personas han concretado algunos eventos claves de la vida adulta y que son esperables socialmente para ese momento de la existencia:

- han transitado por diversos arreglos de convivencia o han conformado hogares⁶ unipersonales. También dentro de esta categoría se incluye la conformación de los distintos tipos de familia;⁷
- han logrado un modo de subsistencia, lo que ha habilitado cierta autonomía económica;
- para muchos se ha terminado con la crianza de la prole, en caso de tenerla. Aquí se incluye también a las personas que no hayan tenido descendencia;
- la formación profesional se ha consolidado.⁸

Finalmente, es en esta etapa donde comienza la preocupación por el cuidado de los propios padres que envejecieron, lo que muchas veces implica tener que tomar decisiones sobre estos.

Este trabajo tiene como propósito *comprender* las representaciones sociales sobre la vejez a partir de la anticipación del envejecimiento propio en la mediana edad. El punto de partida implica plantear la anticipación como objeto de análisis con el supuesto teórico que la percepción que se tiene sobre la vejez surge como experiencia personal que se arraiga en determinadas estructuras sociales, significaciones y modos de vida. El desafío que se plantea implica la adopción de diversas perspectivas.

En primer lugar, porque no es posible plantear que la anticipación sobre la vejez propia sea proyectada en cualquier momento de la trayectoria ni ante cualquier circunstancia vital.

Desde un determinado contexto, histórico y social, es que las personas tienen la

³Según la OMS (2016). A escala mundial, la esperanza de vida de los niños nacidos en 2015 era de 71,4 años (73,8 años para las niñas y 69,1 para los niños).

⁴Según los datos de OPS, OMS (2017).

⁵Término adoptado por la ONU a partir de las declaraciones de Kofi Annan (1998).

⁶No se utiliza *hogar* como categoría estadística (tipo de hogar) sino en su acepción común.

⁷Para este documento se va a entender el concepto familia desde un sentido amplio, lo que incluye diferentes arreglos familiares que las personas realizan, desde vivir en pareja hasta convivir con otros afectos por decisión y para compartir un proyecto común.

⁸A efectos de este estudio se considera la formación profesional como criterio de inclusión. Para pensar a la mediana edad se puede considerar también la idea de haber consolidado un cierto estatus ocupacional.

posibilidad de planificar un futuro posible. A partir de las profundas transformaciones sociales que se han procesado en los últimos cincuenta años se puede hablar de un cambio en los modos de vida y en las relaciones interpersonales en las sociedades occidentales. Esta mirada sobre la sociedad es entendida como un conjunto de prácticas ordenadas en un espacio y un tiempo que son posibles a partir de la *reflexividad*. Asimismo, se supone que para realizar este recorte de la realidad es necesario posicionarse en la propuesta de la modernidad tardía o modernidad post-tradicional que proponen los sociólogos del riesgo o del individualismo positivo (Bauman, 2003; Beck, 2003; Giddens, 1995).

Subyace aquí la idea que las «[...] instituciones modernas difieren de todas las formas anteriores del orden social por su dinamismo, el grado en que desestiman los usos y costumbres tradicionales y su impacto general» (Giddens, 1995, p. 9) y, por tanto, existe una interconexión ente las influencias universalizadoras y las disposiciones personales. La idea de anticipar la vejez, en tanto proyecto vital, es producto de la vida social moderna caracterizada por «procesos profundos de reorganización del tiempo y el espacio, ligados a la expansión de mecanismos de desenclave; mecanismos que liberan las relaciones sociales de su fijación a unas circunstancias locales» (Giddens, 1995, p. 10).

En segundo lugar, la necesidad de incorporar la perspectiva de las representaciones sociales como teoría, método y técnica (Peña Zepeda y González, 2001), como «[...] fenómeno que se manifiesta de varias formas: actividad cognoscitiva de orden social donde se reflejan las instituciones sociales y determinante que refleja las estructuras sociales» (Peña Zepeda y González, 2001, p. 332). El estudio de la vejez y de la mediana edad en esta investigación se configura desde la perspectiva de la representación como una forma de conocimiento que es la del sentido común (Jodelet, 1985).

Una tercera perspectiva que dirige este trabajo se enmarca en la propuesta de los estudios sobre la vejez. A través de la historia siempre han existido personas consideradas viejas en cada comunidad, los mayores de cada grupo. Lo novedoso es que en la actualidad se consideran viejas a las sociedades según aumenta el número de personas mayores a 60 años en la población total. Las ciencias sociales, en especial la demografía, dan cuenta de los cambios en la estructura de edad a partir de factores explicativos como el aumento de la esperanza de vida, la reducción de la natalidad y los procesos migratorios globales (Calvo y Pellegrino, 2013). La Organización Mundial de la Salud (OMS) en su *Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud* (2015) vaticina que la esperanza de vida irá en aumento en las próximas décadas. Esto habilita a pensar en las características que asumirá el proceso de

envejecimiento, las condiciones sociales en que se procesará y la diferencia que esta *certeza* en torno a la vejez propia proyecta.

No se pueden comprender estos procesos desde una idea unívoca de la vejez. Los cambios tecnológicos, de interacción global, de relaciones mediadas por la *no presencia*, propician cursos de vida que transcurren en un universo diferente al de las generaciones anteriores.

La vejez como producto social ha sido analizada desde diversas perspectivas. La irrupción de los estudios de vejez, como una temática a ser abordada desde la academia, tuvo un impulso a partir de la *Primera asamblea mundial sobre envejecimiento* (1989) y, sobre todo, en los cambios a nivel de las políticas desde la *Segunda asamblea* (2002) realizada en Madrid.

Existen trabajos de ciencias sociales vinculados a la solidaridad intergeneracional, las desventajas sociales que se acumulan con los años vividos, el envejecimiento activo, la participación e integración social de las personas viejas, entre otros tópicos (De Miguel Antón *et al.*, 2016; Rojo Pérez, 2011) que dan cuenta de la diversidad de perspectivas y enfoques que la temática ha suscitado en las últimas décadas.

Los estudios sobre vejez y envejecimiento han incrementado su producción desde las ciencias sociales en todo el mundo. Solo en España se ha pasado de 1300 artículos al año en 2009, a casi 2250 en 2015, lo que supuso un 72 % de aumento, mientras que las publicaciones resultantes de la investigación en todos los demás ámbitos del conocimiento crecieron un 31 %. (De Miguel Antón *et al.*, 2016). En Uruguay, el interés letrado se comprueba en la cantidad creciente de artículos académicos publicados en los últimos años desde diversas disciplinas.

La cuarta perspectiva es la de género. No es posible pensar en la actualidad ningún problema de investigación desde la perspectiva de los sujetos involucrados, si no se desarrolla desde esta dimensión, de especial relevancia en los estudios sobre la vejez, dada la pronunciada feminización del envejecimiento. El concepto de género alude a una construcción simbólica que se le asigna a las personas al nacer, a partir del dato del sexo biológico. Estos atributos son construcciones sociales que se le otorgan a los rasgos propios de lo femenino y lo masculino y que obedecen a la asignación de roles o funciones a cada uno de los sexos (Lamas, 2000).

De esta manera, la expresión género, «[...] que en un principio tenía un uso meramente gramatical, pasó a convertirse en una categoría utilizada por las ciencias sociales para el estudio de las diferencias entre varón y mujer» (Miranda-Novoa, 2012, p. 343). Se considera una dimensión necesaria desde dos puntos de vista; en primer lugar porque permite

comprender las diferencias en las decisiones individuales y también porque el sistema de género influye en los comportamientos (sociales, políticos, culturales y económicos).

Desde estas perspectivas es que se pretende colocar la mirada sobre la mediana edad, su significado en la construcción de identidad a partir de la anticipación del propio envejecimiento. Asimismo, se procura ver la relación que existe entre esa anticipación y su posible repercusión en términos de cuidado a los sujetos ya envejecidos, así como en la preparación para la propia vejez. Desde este marco se considera que se puede responder sobre qué características tiene la anticipación sobre la vejez propia en la mediana edad, en el Uruguay actual.

Las preguntas orientadoras fueron:

- 1- ¿Cuáles son las ideas, creencias y representaciones sobre la vejez propia y del otro entre las personas de mediana edad entrevistadas?
- 2- ¿Qué eventos o situaciones pueden funcionar de catalizador para pensar en la propia vejez en la mediana edad desde la perspectiva de los entrevistados?
- 3- En el caso de los entrevistados, ¿se producen cambios en la cotidianidad a partir de la anticipación de la vejez?
- 4- ¿Cómo se manifiestan las modalidades de anticipación de la propia vejez?
- 5- ¿Hay diferencias en la anticipación de la vejez entre varones y mujeres?
- 6- ¿Se producen diferentes anticipaciones según la relación que se ha tenido con personas viejas durante su trayectoria biográfica?

Para poder responder a esas preguntas se realizó una investigación de carácter cualitativo que permitió un análisis profundo, con capacidad para aproximarse a la comprensión de los fenómenos planteados. Se optó por escoger dos generaciones (los nacidos entre 1958 y 1967 y los que nacieron entre 1968 y 1977, las que al momento de la realización de la investigación tienen entre 50 y 59 años y entre 40 y 49 años), un determinado nivel educativo, secundaria completa y más y que residieran en Montevideo al momento de la entrevista.

El primer criterio obedece a la propia composición del universo que se quiere analizar (la *mediana edad* como constructo teórico al que para su operacionalización se asignó el criterio de edad cronológica como referente empírico) y a la riqueza que la visión retrospectiva sobre las biografías pudieron funcionar de insumos para proyectar el futuro.

El segundo (implícito) es que se trata de varones y mujeres, por lo que el género es un criterio de inclusión. Esto, sumado a la hipótesis de una proyección diferencial de acuerdo al género, que se configura según las nociones sobre el rol de las mujeres, construye los

significados sociales sobre el envejecer femenino y, a su vez, cómo opera, en tanto medio e instrumento privilegiado, a través del que las representaciones sociales se incorporan como categorías mentales y esquemas de percepción y de apreciación de su propia condición de mujeres mayores. (Yuni y Urbano, 2008, p. 155)

El nivel educativo obedeció al supuesto que la posibilidad de asumir un proyecto reflejo se produce una vez que determinadas condiciones de vida están dadas. El tener un nivel educativo alto⁹ (universitario o equivalente en el 91,5 % de los entrevistados) supone la presunción de un determinado perfil, a partir de la exposición a una cantidad de años acumulados de educación formal. Esta formación permitiría desarrollar los procesos de *reflexividad* que en el marco teórico elegido se plantean.

Esta investigación se realiza incluyendo una perspectiva de género y curso de vida, y tiene como horizonte formar conocimiento sobre la vejez y el envejecimiento en tanto área de conocimiento desde las ciencias sociales.

Supuestos

1. En la sociedad actual hay una forma sustancialista de habitar el mundo según la fase del curso de vida, una manera de *ser* joven, una forma de vivir la vejez. En ese sentido, persiste en las representaciones de las personas entrevistadas una asociación entre vejez y muerte¹⁰ que empaña esos imaginarios y coloca estereotipos ligados al declive y a la decadencia.

2. A partir del paso del tiempo (la experiencia vivida, los costos y beneficios de las opciones tomadas) las personas se interrogan sobre su futuro y esto tiene efectos sobre las decisiones personales. Eso ocurre una vez que la percepción sobre la construcción de un *modo de estar en el mundo* pone de relieve el paso del tiempo desde los años que transcurren y los que están por venir. Cuando *se cuentan* su propia historia, la narrativa personal construye un tiempo, socialmente compartido, que marca puntos de referencia distintos, que trascienden a los acontecimientos que se evocan y que producen consecuencias. En toda narrativa personal hay una dimensión del tiempo *no lineal*, de ida y vuelta entre el pasado, el presente y el futuro

⁹ Dentro de las profesiones que presentan los entrevistados hay médicos, trabajadores sociales, sociólogos, fisioterapeutas, maestros, arquitectos, abogados, licenciados en letras, escritores.

¹⁰ Como sucede con las que se tienen con los conceptos de niñez y nacimiento o vida .«Las distintas formas de concebir la muerte [...] también generan diferencias en la propia concepción de la vejez. Es la muerte lo que da sentido a un tiempo de la vida que se caracteriza por su proximidad a ella, como la infancia se caracteriza por su proximidad al nacimiento: dos extremos entre los cuales adquiere sentido el ser humano». (Gallo, 2007, p. 154)

que se despliega en la biografía y que se proyecta en la idea de la propia vejez.

3. Una vez que las personas logran proyectarse en un tiempo, más allá de la reproducción y del empleo, aparece la idea de una vejez imaginada, ideal. Esa vejez que se avizora debe ser trabajada en el presente y para ello las personas se plantean cambios en la cotidianidad presente. Una vez percibidos los riesgos (Beck , 1998) se toman (o se piensan tomar) decisiones, muchas de ellas ligadas a cambios en las *políticas de vida* (Giddens, 1995).

4. Existen diferentes modalidades de anticipación que están mediadas por el género. Es fundamentalmente en las mujeres donde se produce el mayor cambio entre las generaciones anteriores, madres y abuelas, y las que hoy transitan la mediana edad. Las profundas transformaciones acaecidas en los últimos años, que coinciden con el transcurso de sus biografías, en relación con las formas de cuidado, de exigencias profesionales y personales, proyectan contradicciones en la manera de *pensar* sus vejez. «La desigualdad entre hombres y mujeres no es un fenómeno superficial que puede ser corregido en las formas y estructuras de la familia y de la esfera profesional» (Beck, 1998, p. 160).

5. El vínculo con la vejez ajena, fundamentalmente la forma de vivenciarla como una etapa de necesidad de cuidado, de afecto, de ingreso, proyecta diferentes formas de anticipación que van desde la angustia a la adecuación biográfica.

Objetivos

Objetivo general

Analizar el vínculo entre las modalidades de anticipación del propio envejecimiento y las concepciones sobre la vejez en varones y mujeres, de edades comprendidas entre 40 y 59 años, que residen en Montevideo.

Objetivos específicos

1. Explorar las ideas, creencias y representaciones sobre el envejecimiento propio y del otro, en varones y mujeres con edades comprendidas entre 40 y 59 años que residen en Montevideo.

2. Describir y analizar las modalidades de anticipación del propio envejecimiento en personas de ambos sexos, de edades comprendidas entre 40 y 59 años, que residen en Montevideo.

3. Indagar, a partir del discurso de los entrevistados, la existencia de cambios en la cotidianidad al procesar una anticipación sobre su vejez.

El desarrollo del trabajo de campo condujo al investigador a preguntarse sobre la forma de erigirse en sujeto de conocimiento del mundo social «[...] cuando se lleva ese mismo mundo social en los pliegues del cuerpo, cuando el sujeto y el objeto están unidos sin saberlo desde el inicio, cuando objetivar es destruir lo que se objetiva» (Martínez, 2007, p. 170).

La exposición presenta los resultados de la investigación en tres grandes momentos. En la primera parte se presentan los aspectos teórico-conceptuales que guiaron la investigación y el marco metodológico utilizado. En una segunda parte se discuten los hallazgos desde tres ejes de análisis: 1) la percepción que tienen los entrevistados sobre la vejez y el envejecimiento; 2) cuáles son las representaciones sobre la identidad desde la dimensión del curso de vida, y 3) la posibilidad de anticipar la vejez en la mediana edad. En la tercera parte del documento se presenta una síntesis de los resultados y las consideraciones finales.

En cada apartado se irán conjugando teoría, empírea y discusión a partir de diálogo con conceptos que no fueron penados para el recorte seleccionado, pero que aportan a la fundamentación del objeto de estudio elegido. Asimismo, se incorporan referencias de la cultura que sirven de nexos en tanto expresiones artísticas que dan cuenta y, a la vez, promueven diferentes representaciones sociales sobre lo que se pretende discutir.

La lógica de exposición se desarrolla mediante el método de la comparación constante, se incluyen categorías (vejez, mediana edad, anticipación) que entran en diálogo en todo el documento. Se trata de una argumentación por *capas*, desde una suerte de anáfora¹¹ o aliteración forzada,¹² ya que cada nueva reiteración construye el significado del siguiente.

¹¹ En un sentido más gramatical que literario.

¹² Donde lo que se repite es el concepto.

Primera parte

1. La sociedad actual: una mirada *reflexiva*

«Es de importancia para quien desee alcanzar una certeza en su investigación, el saber dudar a tiempo.»

Aristóteles

Desde la certeza de la modernidad temprana y su proyecto iluminista (con la propuesta del progreso) hasta las teorías de la modernidad líquida, postradicional o reflexiva (Bauman, 2006; Beck, 1997; Giddens, 1994) se ha procesado el gran cambio demográfico que significó el envejecimiento de las sociedades, así como la penetración de las instituciones modernas en el tejido de la vida cotidiana. Esto, en sí, representa un desafío para la cotidianidad de las personas, ya que no solamente se produce una desvinculación del individuo con la comunidad local, sino que esta mutación tiene imbricaciones en la intimidad personal, ligadas a espacios y tiempos indefinidos que, con un sentido personal, se configuran como genéricos y modifican las tradicionales certezas.

El pensamiento desde las ciencias sociales ha tomado diferentes posturas a partir de las transformaciones que las sociedades han experimentado, se han procesado nuevos conceptos que intentan explicar el pasaje de la sociedad industrial a las sociedades postindustriales (conceptualizada como modernidad tardía). Esto puede ilustrarse en los aportes de Giddens (1997) en relación con el distanciamiento entre tiempo y espacio como mecanismos de desanclaje que diferencian a una sociedad de otra, en la noción propuesta por Lash (1990) sobre los cambios en la conformación de las formas de organización de las familias, y en la idea de riesgo (Beck, 1997, 1998). Estos son algunos de los relatos de la modernidad tardía, donde aparece también la idea de radicalización de la modernidad (Beck, 1997; Giddens, 1998), así como la conceptualización sobre liquidez de los vínculos (Bauman, 2005).

Lash (2003) plantea que la noción sobre el individuo, y del proceso de hacerse individuo, es distinta a la del neoliberalismo político y económico y a la del individualismo ético y altruista de la Ilustración. El individuo que plantea Beck (1997) es el de la modernidad reflexiva, el que aparece con una *racionalidad indeterminada*, el que pasa de una individualización anómica (Durkheim, 1982) a una fase en la que se transita desde una *libertad* «indeterminada, arriesgada y precaria» (Beck, 1997, p. 10).

La individualización reflexiva presupone la existencia de sistemas no lineales, abiertos,

donde muchas de las funciones que anteriormente eran atribuidas/atribuibles a los Estados nación, a las familias, a los sindicatos, se han desplazado, por un lado, a las instancias globales y, por el otro, al individuo, en particular en las instancias privadas. Es en ese interjuego entre individualización y globalización, donde las instituciones de la primera modernidad entran en crisis, que muchas de esas funciones que tenían lugar en la interfaz institución-individuo se actualizan en el individuo como una *desnormalización* de roles y en ese contexto «[...] el juicio reflexivo y el individuo debe buscar la regla» (Beck, 1997, p. 15).

Se trata de un concepto de individualización como resultado del proceso de socialización y de diferenciación social de largo alcance, propio de la modernidad, el que ha llevado a que los seres humanos construyan su identidad a causa de un incremento del número de opciones y a la ampliación de sus márgenes de deliberación.

Para estos autores en la modernidad actual se está ante un mundo que presenta, a la vez, una mayor incertidumbre y un mayor rango de expectativas, donde las personas se ven *obligadas* a elegir. A partir del proceso de individualización la identidad se convierte en una *tarea* donde las responsabilidades, las consecuencias y efectos secundarios de su actuación recaen sobre las propias personas, «[...] los hombres y mujeres de hoy en día ya no tienen a nadie a quien culpar por sus éxitos y fracasos y las condiciones de la vida colectiva deben renegociarse continuamente según los diversos casos» (Bauman, 2003, p. 21).

Es posible expresar que las biografías en las sociedades actuales transitan de manera *reflexiva* y que toman decisiones. Esto se expresa en el precepto del *hágalo usted mismo* (Beck, 2006) que coloca la responsabilidad de las trayectorias (tanto de sus triunfos como de sus fracasos) en las personas. La promesa de la modernidad «que nació de la reivindicación del poder del sujeto» se cumple con creces en las sociedades contemporáneas. Asimismo, la necesidad de «llevar una vida propia», que antes era patrimonio de unos cuantos, se convierte en una exigencia para un creciente número de personas que tienen que desarrollar su individualidad en un mundo *desbocado* (Giddens, 1995).

Las personas en la actualidad se perciben a sí mismas como *desincrustadas* de la sociedad. La cotidianidad, «[...] el modo en el que uno vive se vuelve una solución biográfica a contradicciones sistémicas» (Beck, 2006: 137). Se transita en la *búsqueda* de respuestas personales sin percibir que el individualismo propio de la *sociedad del riesgo* es resultado del desequilibrio institucionalizado en las nuevas condiciones de globalización (Beck y Beck Gernsheim, 2003).

En el contexto de la modernidad reflexiva, las crisis ya no son percibidas desde una

dimensión social, las formas de vida se *destradicionalizan* y las personas *luchan* de forma apremiante por transitar sus biografías en un mundo que cada vez se hace más ajeno y las recetas y los estereotipos tradicionales sobre los roles a asumir *ya no funcionan* (Beck y Beck Gernsheim, 2003). Esto puede verificarse en la idea de una forma de habitar la modernidad que deja a los individuos en una suerte de *orfandad* que los impele a planificar sus vidas, con los recursos con que cuentan, sin el apoyo de las *protecciones* que brinda la regulación colectiva. Si bien los riesgos son producidos socialmente, se le adjudica al individuo la responsabilidad y la *necesidad* de enfrentarlos (Bauman, 2006).

Es particularmente importante considerar que el «sustrato oculto» de la modernidad, que implica tradiciones que afectan al género, a la familia, a las comunidades locales y a otros aspectos de la vida social cotidiana, queda expuesto al examen y al debate público. Las implicaciones son profundas y de alcance global (Giddens, 1997).

Si el imperativo es negociar los proyectos personales, las personas se ven sometidas a lo que Giddens (1997) denomina como *los experimentos cotidianos*. Esto implica que esos experimentos sociales se dan incluso al momento de establecer una relación íntima con otra persona, al no haber certezas, lo que queda es *experimentar* (Giddens, 1997). Cuando la tradición se modifica y los cambios sociales y demográficos se globalizan (en el contexto del desplazamiento y de la reapropiación del conocimiento experto, bajo el impacto de la intrusión de sistemas abstractos) los individuos tienen que gestionar su futuro, aunque se mantengan las estructuras intactas.

Giddens (1998) plantea que los agentes tienen «[...] como un aspecto intrínseco de lo que hacen, la aptitud de comprender lo que hacen en tanto lo hacen» (p. 24), es decir que siempre se pueden dar razones sobre cómo se actúa a partir de un proceso reflexivo, de una *conciencia discursiva* de su actuar que permite explicar sus comportamientos.

Las personas en tanto viven producen acciones y tienen una conciencia práctica (Giddens, 2006) que incluye lo que saben, o creen saber, acerca de sus circunstancias (sociales, materiales) y de las condiciones sociales de su propia acción. Sin embargo, son capaces de activar esos conocimientos para dar una expresión discursiva sobre su obrar, aun cuando en el fluir de su vida social no haya sido explicitado. La vida humana ocurre como una duración, como un proceso sobre el cual se desarrolla una narrativa.

En ese contexto, *hacerse viejo* se torna una tarea que debe asumirse para preservar la continuidad identitaria en tramas de biografías frágiles, sin apoyaturas. La idea de envejecer aparece como un proceso de *reanclaje* a partir del cual se constituye en proyecto personal.

2. Las representaciones sociales

«Por la forma en que una sociedad se comporta con sus viejos, descubre sin equívoco la verdad —a menudo cuidadosamente enmascarada— de sus principios y sus fines.»
(De Beauvoir, 1970, p.107)

Los procesos de socialización de cada momento histórico y cada sociedad específica habilitan la concreción de diferentes esquemas tipificadores que entran en negociación para fundamentar y legitimar diferentes objetivaciones sobre lo que se entiende por vejez y envejecimiento.

El concepto de las representaciones sociales constituye una forma de conocimiento social que habilita la construcción de un objeto de estudio que vincule las nociones de lo individual y lo colectivo desde una perspectiva microsocia, ya que esta propuesta «[...] se muestra como un conjunto de proposiciones, de reacciones y de evaluaciones referentes a puntos particulares emitidos en una u otra parte [...] por el corazón colectivo del cual cada uno, quiéralo o no, forma parte» (Moscovici, 1985, p. 45).

La incorporación de esta perspectiva permite la objetivación y el anclaje de las ideas en correspondencia con la realidad. Entendemos la objetivación como la puesta en imagen de ideas abstractas y el anclaje como el enraizamiento social de esa representación y su objeto (Peña Zepeda y González, 2001).

La construcción social de la realidad es una idea fundante de la sociología. Schütz (1972) *sociologiza* los aportes filosóficos de la fenomenología de Husserl y desarrolla la teoría de la importancia de los significados sociales. Es a partir de esos planteamientos de Schütz (1972) que Berger y Luckmann (1972) desarrollan el concepto entendido como la tendencia fenomenológica de las personas a considerar los procesos subjetivos como realidades objetivas. Las personas aprehenden la vida cotidiana como una realidad ordenada, a la que perciben como independiente de su propio entendimiento, que aparece ante ellas objetivada y como algo que se les impone. El mundo de la vida cotidiana es aquel que se da por establecido como verdad.

En la forma compleja de la internalización, yo no solo «comprendo» los procesos subjetivos momentáneos del otro: «comprendo» el mundo en que él vive y ese mundo se vuelve mío. Esto presupone que él y yo compartimos el tiempo en forma más que efímera y una forma «comprehensiva», que vincula subjetivamente series de situaciones entre sí. Ahora no solo comprendemos nuestras mutuas definiciones de las situaciones compartidas: también las definimos recíprocamente. (Berger. y Luckmann,1972, p.165)

El sentido común que lo constituye se presenta como la *realidad por excelencia*, que

logra, de esta manera, imponerse sobre la conciencia de las personas pues se les presenta como una existencia ordenada, objetivada y ontogenizada (Sande, 2015).

En la década del sesenta, Moscovici (1985) retoma el concepto de representación social de Durkheim (1982), a partir del cual se ha desarrollado la propuesta teórica de las representaciones sociales que se ha constituido en una unidad de enfoque que unifica e integra lo individual y lo colectivo, lo simbólico y lo social, el pensamiento y la acción. El concepto de *representaciones* ofrece un marco explicativo acerca de los comportamientos de las personas de manera independiente de sus respuestas particulares. Moscovici (1985) introduce la noción de representación social, referida a conceptos derivados de las teorías constructivistas, al analizar cómo las personas construyen y son construidas por la realidad social. Es así que se plantea como objeto de estudio el conocimiento del sentido común, enfocado desde una doble vía, la de su producción en el plano social e intelectual y como forma de construcción social de la realidad.

Representar es hacer algo como equivalente, en el sentido que un objeto se simboliza cuando está mediado por una figura y es en esa condición que emerge la representación y el contenido, «[...] lo que significa que a toda figura corresponda un sentido y a todo sentido corresponda una figura» (Jodelet, 1985, p. 476). Para conocer el mundo las personas extraen instrucciones de los procesos comunicativos y de las *explicaciones* sociales, es decir, parte de su socialización y de lo que su tiempo y espacio entienden como lo *real*. Las representaciones sociales sintetizan esas explicaciones y generan un tipo específico de conocimiento que impacta en la vida cotidiana de las personas y, a su vez, implementa un saber *doxa*.

Una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social [...]. La representación está todo el tiempo en el ámbito social, es a través de la representación de nuestras identidades y roles, y de nuestras actividades, como encontramos significados que nos hablan de representaciones de clase, de género, de edad. (Jodelet, 1985, p. 473)

Este conocimiento, el del sentido común, incluye contenidos cognitivos, afectivos y simbólicos que prefiguran las conductas en la vida cotidiana y en las formas de organización y comunicación. Estas representaciones sociales, como sistemas cognitivos, reconocen la presencia de estereotipos, prejuicios, opiniones, creencias, valores y normas que se constituyen como sistemas de códigos, principios interpretativos y orientadores de las prácticas. La inserción en diferentes categorías sociales y la adscripción a distintos grupos constituyen fuentes de información que inciden en la elaboración individual de la realidad social y esto es, precisamente, lo que genera visiones compartidas de la realidad e

interpretaciones similares de los acontecimientos (Peña Zepeda y González, 2001).

La realidad de la vida cotidiana es una construcción intersubjetiva, un mundo compartido que presupone procesos de interacción y comunicación mediante los que las personas comparten y experimentan. En esta construcción, la posición social de las personas, así como el lenguaje, juegan un papel decisivo al posibilitar la acumulación social del conocimiento que se transmite de generación en generación. El campo de representación designa al saber del sentido común cuyos contenidos hacen manifiesta la operación de ciertos procesos generativos y funcionales con carácter social. Hace alusión a una forma de pensamiento social, por lo que indican la manera en que los sujetos sociales apprehenden los acontecimientos de la vida diaria, las características del medio ambiente, las informaciones que en él circulan.

Este conocimiento se constituye a partir de las experiencias, pero también de las informaciones, enseñanzas y modelos de pensamiento que se reciben y transmiten a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, ese aprendizaje es en muchos aspectos un conocimiento socialmente elaborado y compartido.

Bajo sus múltiples aspectos intenta dominar esencialmente nuestro entorno, comprender y explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen en él, actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo, saber lo que significan los descubrimientos de la ciencia y el devenir histórico para la conducta de nuestra vida, etc. (Jodelet, 1985, p. 473)

A partir de la idea de que las representaciones son sociales se hace posible la producción de ciertos procesos como los de la comunicación, ya que se generan visiones compartidas intersubjetivamente y, por lo tanto, se crea un marco referencial común. En ese sentido es que se pueden interpretar las nociones de vejez, de envejecimiento y los prejuicios asociados a ellas. En consecuencia, se incorpora como perspectiva teórica para dar luz al análisis en el marco de esta investigación.

La percepción sobre los cambios que se esperan de ese futuro, cada vez más seguro, *que significa la vejez propia*, se va constituyendo a partir de una determinada forma de concebir el mundo dado por la sociedad particular donde las personas están inscriptas.

La complejidad del tema del envejecimiento habilita a pensarlo como un campo de producción de subjetividades. Sobre la vejez y el envejecimiento se construyen diferentes miradas que pueden también ser entendidas desde el concepto de *imaginario social* (Castoradis, 1990) que permite referir a la forma de entender el mundo singular de una

sociedad en determinado tiempo histórico. Se compone de discursos, prácticas y formas de comprender que se constituyen en leyes, rituales, creencias y mitos que conforman instituciones como la sexualidad, el género, lo bello, lo joven y lo viejo. Este imaginario social permea la significación que sobre la vejez propia tienen las personas, remite a la idea de finitud.

Esta certeza es incuestionable, pero la asociación entre *ser viejo* y *morir* se constituye en prejuicio en la medida que no hay una relación unívoca entre la muerte y la mayor edad. Esta asociación hace extensiva a la vejez el tabú de la muerte «[...] tanto en el plano de las representaciones sobre la vejez y los viejos, como en lo relativo al estudio histórico propiamente dicho» (Otero, 2015, p. 97). No todos los viejos¹³ son enfermos, pero al enfermar cada vez más tarde, la asociación es simple, lo mismo sucede con la muerte. Esto no ha sido siempre así; en el siglo VIII, uno de cada 5 niños moría antes de los 5 años y pocos llegaban a viejos (Laslett, 2001; Pellissier, 2013). Durante la revolución francesa, en 1789, la esperanza de vida al nacer era de 29 años, en Uruguay, hacia el principio del novecientos, se ubicaba en los 50 años (Pellegrino, 2003).

La vejez ha sido tematizada recientemente en la historia de las ciencias sociales. En la década de los ochenta se empieza a problematizar con la incorporación de estudios de género y de edad, complementarios a los tradicionales estudios de clases sociales. Esto tiene un correlato con el impacto del envejecimiento demográfico ya visible en ese momento histórico (Otero, 2015).

El estudio de las representaciones sociales puede ser entendido como el estudio del producto y el proceso de la elaboración psicológica y social de lo real (Jodelet, 1985; Moscovici, 1985, 1986, 1997). La cuestión se complejiza al introducir los aspectos concernientes a la subjetividad (Zarebski, 2011), porque para dar cuenta de las representaciones se considera el punto de vista del envejeciente y la implicancia subjetiva en el curso que adopta el propio envejecer.

Para Neugarten (1999) los eventos esperables de la vida que pueden ser anticipados, elaborables anticipadamente, no desencadenan necesariamente crisis vitales. En sus investigaciones, sostiene que las personas desarrollan un concepto de lo que debe ser el *ciclo*

¹³ Si bien se respetarán en las citas las terminologías que utilizan los diversos autores, en este trabajo se optará por utilizar la terminología *viejos*, según el planteo de Ludi, quien propone el desafío de «[...] que podamos llamar a la vejez y a los viejos como tales, sin eufemismos, aportando a que no sigan cargando el grado de negatividad y discriminación que hoy tienen [...], los modos de nombrar nos posicionan en un determinado lugar ideológico teórico.» (Ludi, 2005, p. 36)

vital normal. Así, las experiencias previas negativas en la relación con las personas adultas mayores pueden llevar a que al enfrentarse a personas efectivamente instaladas en una *vejez patológica* confirmen sus creencias más temidas: que la vejez es siniestra. De esta manera, se producen generalizaciones desde el prejuicio a todos los viejos, *como espectros vivientes, como muertos en vida, fuera de los circuitos de la sexualidad y del poder* (Zarebski, 1990, 2005, 2011).

Estas propuestas habilitan la incorporación en el discurso del concepto de situaciones de vejez (Ludi, 2005) y de la representación de *las vejeces* como categoría de análisis. Supone una forma de visibilizar las singularidades de las experiencias y evita la homogeneización de las intersecciones que confluyen sobre las personas y hacen que se transite de manera diferencial, según las especificidades y el momento histórico en que se recorre.

De esta manera, las representaciones sociales de la vejez se nutren de prejuicios que pueden entenderse como una «[...] valoración moral que hace una cultura de algunas de sus propias prácticas [...] un modo de designar aquellas actividades que se desapruaban» (Allport, 1968, p. 26). En la construcción del imaginario sobre el envejecimiento, las personas tienen una propensión al prejuicio basada en la tendencia a realizar generalizaciones y establecer categorías cuyo contenido «[...] representa una simplificación excesiva de su mundo de experiencias» (Allport, 1968, p. 43).

Uno de los prejuicios más atribuidos es el *viejismo* (Salvareza, 2011) o *ageism* (Butler, 1969), en el que ser mayor de determinada edad supone un factor de riesgo para la persona. Esta idea sobre la vejez está basada en la representación social sobre la edad cronológica y las características que acompañan a una mayor edad (fragilidad, incapacidad física o mental, soledad, rigidez).

Los mitos y los estereotipos que el pensamiento burgués ha puesto en circulación tratan de mostrar que en el viejo hay otro [...]. Si los viejos manifiestan los mismos deseos, los mismos sentimientos, las mismas reivindicaciones que los jóvenes, causan escándalo; en ellos el amor, los celos parecen odiosos o ridículos, la sexualidad repugnante, la violencia irrisoria [...]. La imagen sublimada que se propone de ellos es la del Sabio aureolado de pelo blanco, rico en experiencia y venerable, que domina desde muy arriba la condición humana; si se apartan de ella, caen por debajo [...]. De todas maneras, o por su virtud o por su abyección se sitúan fuera de la humanidad. Es posible, pues, negarles sin escrúpulo ese mínimo que se considera necesario para llevar una vida humana. (De Beauvoir, 1970, p.10)

Los prejuicios que conforman el sentido común (y por tanto forman parte de la construcción social de la realidad) afectan el juicio que las personas se hacen sobre lo que es ser viejo y se vuelven en contra de quien mantiene esa creencia, porque indefectiblemente se

envejece.

Al incorporarse esta perspectiva es que se habilita a problematizar cómo las formas de entender los procesos de envejecimiento y las formas que asumen las vejeces tienen un correlato en la manera de pensar la propia vejez. La idea de *hacerse viejo*, de especularse a sí mismo en esa situación, está permeada por las formas en que se ha ido constituyendo (a partir de las representaciones sociales sobre la vejez) la noción sobre esa etapa.

3. Algunas explicitaciones sobre la incorporación de la dimensión de género

«No se nace mujer, llega una a serlo.»
(De Beauvoir, 1970, p. 86)

Para el desarrollo de este trabajo es necesario incorporar la dimensión de género, la cual alude a la construcción simbólica que se constituye a partir del dato (biológico) del sexo asignado.¹⁴ Lagarde (1996) plantea que el género es una construcción simbólica que contiene el conjunto de atributos establecidos de las personas, según el sexo biológico, y que condicionan la vida social y personal. Estos *proyectos formativos* que se constituyen desde el sexo asignado generan un *proyecto de futuro* sobre lo que se *debe* ser y se perpetúan a partir de los procesos de socialización, que admiten diferentes opciones, de acuerdo a otras intersecciones como la etnia, la clase o la religión, pero que marcan los límites de lo posible para cada género. Estos modelos (sus funciones) condicionan tanto al sistema como a las vidas particulares.¹⁵

Un complejo de determinaciones, características económicas, sociales, jurídico/políticas, psicológicas, es decir culturales, que crean lo que en cada época, sociedad y cultura son los contenidos específicos de ser mujer o ser hombre, o ser cualquier otra categoría genérica. Los géneros son históricos, y en ese sentido son producto de la relación entre biología, sociedad, cultura, por ser históricos devienen y presentan una enorme diversidad. (Lagarde, 1999, p. 32)

Incorporar la dimensión de género supone sacar a *la luz* el protagonismo de las mujeres en la sociedad y poner en debate las relaciones entre varones y mujeres como proceso histórico que persiste en las sociedades actuales. Particularmente, se considera que para la comprensión del fenómeno de estudio es necesario incorporar la dimensión de género, en el sentido que lo expresa Fernández Valencia (2004) que «[...] la ciencia ha sido tradicionalmente androcéntrica al menos en dos sentidos: ha ignorado a las mujeres como protagonistas sociales y ha cerrado el paso de las mujeres en la construcción de la ciencia» (p. 3).

¹⁴La asignación de sexo tiene lugar en la etapa neonatal (momento del nacimiento), y se basa en la apariencia de los genitales externos, con vagina es niña, con pene y testículos es niño y no tiene en cuenta las posibles variantes (intersex). Es una asignación a partir de determinados caracteres primarios. «el sexo entra a formar parte de los cálculos del poder, de modo que el discurso sobre la masculinidad y la feminidad y las técnicas de normalización de las identidades sexuales se transforman en agentes de control y modelización de la vida; [...] una de las diferencias políticas constitutivas de Occidente (ser hombre o mujer) se resuelve en una banal ecuación: tener o no tener un pene de un centímetro y medio en el momento del nacimiento.» (Preciado, 2014, pp. 64-65).

¹⁵Tanto en la identidad (cómo se percibe) como en la expresión (cómo se muestra) del género.

Implica, además, incorporar una *mirada* que problematiza la aceptación de los conceptos de hombre y mujer como naturales y les otorga el carácter de construcción social intencionada¹⁶ (Fernández Valencia, 2004; Preciado, 2014; Lagarde, 1996).

Cuando se plantea la dimensión de género se hace referencia a una categoría de análisis que admite analizar los modelos de socialización existentes en determinada sociedad. También habilita a conocer cómo cada cultura constituye determinados roles y mandatos culturales que se asignan de manera desigual para varones y mujeres. Esto permite dar cuenta de la distribución de poder en cada sociedad, teniendo en cuenta cómo se dan las relaciones de género según las formas de jerarquía y subordinación que constituyen el ordenamiento social.

En el transcurso de la historia predominó la diferencia sin igualdad entre el varón y la mujer, siendo esta última distanciada de la política y de los derechos a la ciudadanía. Esta situación afectó no solo al número de derechos de los que gozaba, sino a su misma condición de sujeto de derecho, debido a que no existía una igualdad ante el derecho. La subjetividad jurídica de la mujer se mostró vacía de derechos políticos, por lo cual, su misma condición de persona en sentido jurídico se vio disminuida. (Miranda-Novoa, 2012, p. 341)

Incorporar al género como categoría de análisis permite conocer cómo se resuelven los complejos procesos sociales y comprender cómo se estructuran y expresan los contornos de lo femenino y lo masculino, en los diferentes ámbitos de la vida social e individual. Otra oportunidad que habilita la incorporación de esta categoría es que da cuenta de las representaciones sociales, los símbolos y características que la noción de lo femenino y lo masculino (como construcciones culturales opuestas y simétricas) se muestran en los discursos de las personas, en cuanto al rol social asignado a cada sexo y la adquisición e identidad genérica.

Para Scott (1990), la definición de género se puede plantear a partir de la conexión integral entre dos premisas, la primera, como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en la diferencia que distingue los sexos y, la segunda, en tanto configura una forma primaria de relaciones significativas de poder. En el mismo sentido, Butler (2006) lo considera como una forma de ser, como una actividad *performada* que aunque no sea voluntaria tampoco es mecánica, que se construye «*haciendo*» *con o para otro*, aunque ese otro sea solo imaginario.

Los términos que nos permiten ser reconocidos como humanos son articulados socialmente y son

¹⁶ En el sentido de una naturalización que esconde modelos teóricos aceptados socialmente que no habilitan su problematización.

variables. Y, en ocasiones, los mismos términos que confieren la cualidad de «humanos a ciertos individuos son aquellos que privan a otros de la posibilidad de conseguir dicho estatus, produciendo así un diferencial entre lo humano y lo menos que humano'. Estas normas tienen consecuencias de largo alcance sobre nuestra concepción del modelo de humano con derechos del humano al que se incluye en la esfera de participación de la deliberación política. (Butler, 2006, p. 14)

La construcción social de la vejez en parte se apoya en eventos biológicos y cronológicos, pero se ve interceptada por la dimensión de género. Esta perspectiva supone preguntarse cómo los varones y las mujeres (tanto desde un punto de vista colectivo como individual) desarrollan su curso de vida y se proyectan diferencialmente en la vejez desde los desiguales roles en el espacio privado, el espacio doméstico y el espacio público.

Risman (2004), propone que el género es una base para la estratificación de las normas culturales e institucionales, por lo que su utilización permite analizar las diferencias en las oportunidades y las constricciones en base a esa variable. Esto tiene consecuencias : a) a nivel de los individuos, b) para el análisis de la interacción en la que varones y mujeres se enfrentan a las expectativas culturales y c) en ámbitos institucionales. De ahí se deduce su utilización para dar cuenta de las diferentes representaciones sobre la vejez propia, a partir de las variadas formas de habitar el género en el ámbito de este trabajo.

El concepto de género ha permeado la forma de comprender los procesos históricos, políticos y sociales, ya que aporta a la comprensión de las relaciones sociales y de poder basadas en la diferenciación sexual (Scott, 1996).

Según Butler (2001) no se debería entender al género solamente como una inscripción cultural del significado de la categoría sexo, porque este no es un dato simple:

El género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural mediante el cual la *naturaleza sexuada* o *sexo natural* se produce y establece como prediscursivo, previo a la cultura. (p. 40)

Asimismo, se debe considerar, a los efectos de esta investigación, el concepto de división sexual del trabajo que incluye la distribución de aquellas actividades y saberes que en una sociedad se entiende como *trabajos*. A través de esta categoría se puede visualizar cómo las sociedades organizan a sus miembros en la distribución de las tareas. Plantearse la división sexual del trabajo desde una perspectiva de género permite ver que hay ciertas labores vinculadas a lo reproductivo que son asignadas a las mujeres y las que hacen referencia al mundo público y productivo, históricamente asignadas a los varones (Batthyány, 2010).

Las sociedades actuales han transitado diferentes transformaciones que pueden verificarse en el creciente envejecimiento de las poblaciones, los cambios en las «[...] familias en su

composición, estructura y funciones; y los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres y entre jóvenes y viejos» (Batthyány, 2010, p. 8). La dimensión de los cuidados forma parte de la asignación del trabajo femenino y el envejecimiento de la población «[...] trae consigo una mayor cantidad de personas que necesitan ser cuidadas ya sea por enfermedad o por discapacidad, requerimiento que se agrega a los ya existentes » (p. 8). De ahí que se considere la incorporación de la dimensión de género en el análisis de la anticipación, cuando uno de los supuestos implica la vejez de los padres y la posibilidad de tener que hacerse cargo de sus cuidados.

Aguirre (2010) plantea que hay suficiente evidencia sobre la carga desigual de trabajo remunerado y no remunerado entre varones y mujeres y las limitaciones que eso supone en el ejercicio de ciudadanía de las mujeres. Si se tiene en cuenta que el índice de feminidad, al año 2005, muestra una superioridad numérica de mujeres por su mayor esperanza de vida y se le agrega que va «[...] adquiriendo mayor intensidad a medida que avanza la edad» (Aguirre, 2010, p. 11), la lectura de la *realidad*, en términos de género, se ve reforzada.

La aparición de la llamada *crisis de cuidado*, a mediados de los noventa del siglo pasado, planteada a partir de la preocupación por la atención a la salud de las personas mayores y de quienes podrían brindarla, se encuentra vinculada a un conjunto de factores demográficos, como el aumento de la esperanza de vida y envejecimiento de la población, económicos como la mayor participación de las mujeres en el mercado laboral, sociales y culturales, tal cual sería los casos de proyectos de vida propios, que la colocan como un problema público. Esto implica entender al cuidado como un derecho social, en el que se conjugan el derecho a recibir cuidados, a dar cuidado ¹⁷ y a no darlo, según las circunstancias (Aguirre, 2014; Batthyány, 2010 y 2012; Carrasco, Borderías y Torns, 2011).

Esta problemática en torno al cuidado impacta en la actualidad en las personas (fundamentalmente en las mujeres) que están transitando la mediana edad, en las que determinados eventos, como una vejez con dependencia de los padres, conlleva a replantearse la preparación para su propio envejecimiento. La elaboración de diversas estrategias para el cambio en la cotidianidad, que puede significar la necesidad de responsabilizarse por el

¹⁷ El cuidado en este documento se conceptualiza de acuerdo con Batthyány *et al.* (2012) como toda «[...] acción de de ayudar a un niño o a una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana. Engloba, por tanto, hacerse cargo del cuidado material que implica un “trabajo”, del cuidado económico que implica un “costo económico”, y del cuidado psicológico que implica un “vínculo afectivo, emotivo, sentimental”.» (p.11)

cuidado de padres dependientes, puede implicar la toma de decisiones sobre las propias trayectorias. De esta manera, el género no es un fenómeno independiente de la construcción social en torno a la vejez y es por eso que se busca aquí introducir el análisis del fenómeno en Uruguay, desde una perspectiva teórica de género-vejez. (Aguirre,2014).

Visibilizar la diversidad de posiciones que varones y mujeres ocupan en las actuales sociedades complejas (con relaciones complementarias de dominación y subordinación, de acuerdo a los roles socialmente asignados) permite recoger la especificidad de la situación social de la mujeres, la consecuencia en las biografías individuales y la diferenciación en torno a las expectativas sobre su vejez a lo largo del curso de vida.

4. El curso de vida: algunas explicitaciones sobre su pertinencia

«La vida es un gerundio. La estamos viviendo, no está vivida»
(Sinay, 2013, p. 137)

El enfoque del curso de vida constituye una plataforma a partir de la que es posible vincular las vidas individuales y el cambio social. Surge por los aportes de diferentes disciplinas, sobre todo de la sociología, la historia, la psicología y la demografía. En la década de los setenta empezó a desarrollarse a partir de los aportes de Elder (1999).

Esta teoría analiza la manera en que las fuerzas sociales moldean el desarrollo de los cursos de vida individuales y colectivos. La perspectiva del curso de vida permite comprender el proceso de configuración de las biografías en función de los eventos individuales y contextuales que se experimentan a lo largo de la vida (Elder y Kirpatrick, 2003). Involucra, asimismo, la posibilidad de problematizar los esquemas conceptuales acerca de las relaciones individuo-sociedad, a partir de la utilización de divisiones, tanto teóricas como metodológicas (experiencias personales, procesos de globalización) y enfatiza que «[...] el curso de vida se refiere a una secuencia de eventos y roles sociales, graduados por la edad, que están incrustados (*embedded*) en la estructura social y el cambio histórico» (Elder, 2001, p. 817).

El análisis desde el curso de vida permite conceptualizar al tiempo no únicamente como algo que transcurre, como un suceso del mundo de la realidad o de lo físico, sino que ese *tiempo* está moldeado desde la cultura y elaborado, construido, desde las singularidades, con una entidad objetiva y subjetiva. Desde esta perspectiva se entiende que a lo largo del curso de vida las personas se vuelven cada vez más heterogéneas y es en la vejez cuando más significativas son esas diferencias.

Posicionarse desde esta propuesta representa, entonces, un intento por superar la dicotomía *crecimiento–declinación* y reconocer que en cualquier momento de la vida hay pérdidas y ganancias, es decir, «[...] una secuencia de eventos y roles socialmente definidos que cada individuo desempeña a lo largo del tiempo» (Elder y Giele, 1998, p. 22).

Esta perspectiva permite investigar la noción de la mediana edad como una etapa dentro de la biografía que implica la toma de una serie de decisiones, generalmente a partir de eventos que se dan en la trayectoria vital y en relación con las situaciones socio-históricas (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003; Elder y Giele, 2009). Esta conexión entre trayectorias

vitales y su desarrollo paralelo provoca que los cambios producidos en esas esferas puedan desencadenar modificaciones en las otras, como la familia, la salud o el empleo (Elder, 1999, Blanco, 2011).

El proceso de envejecimiento no es igual para todos, aparecen diferencias según la clase, el género, la etnia, las trayectorias laborales, el grado de autonomía o el contexto ecológico y social donde transcurrieron esos itinerarios (Oddone, 2005). Esto habilita a entender que los cambios individuales a lo largo de la vida tienen consecuencias en el propio desarrollo de esa biografía, a la vez que los cambios históricos modifican ese curso y hacen, en algunas ocasiones, que se tomen otros derroteros.

La noción de curso de vida y los estudios sobre la vejez y el envejecimiento (Lalive d'Épinay, 2005; Rodríguez Lazo, 2004; Salvarezza, 2011) habilitan a pensar al envejecimiento como un proceso social que ocurre durante toda la vida y al que se debe analizar desde la naturaleza dinámica y recíproca del cambio continuo de las estructuras y las biografías personales. Este proceso se ve transversalizado por las representaciones que sobre ese paso del tiempo tienen las personas.

Este enfoque constituye una perspectiva teórica desde la que es posible vincular las vidas individuales y el cambio social, ya que las vidas humanas se viven en interdependencia, en relaciones compartidas, y es en esas redes donde se expresan las influencias histórico-sociales (Elder, 2002).

En el mismo sentido, Lalive d'Épinay (2005) agrega que desde este enfoque se analiza e integra el desarrollo de las vidas humanas en un marco teórico común y se tienen en cuenta las interacciones y la interdependencia entre el desarrollo biológico y psicológico de los individuos (con los marcos sociohistóricos en los cuales transcurren sus vidas) y los modelos de cursos de vida que toda sociedad produce. A propósito, agrega que esas trayectorias se desarrollan en el marco de las obligaciones y las posibilidades delimitadas por el individuo y su tiempo.

Cada etapa de la vida tiene una relativa duración (con algunos rasgos como la adscripción al desarrollo humano y de acuerdo a cierto orden sociocultural) que hacen que las opciones, obligaciones y expectativas vinculadas a la edad estructuren las biografías. Sin embargo, Gastron (2009) plantea que como individuos existen alternativas para transitar esas etapas, lo que remite a la agencia.

TABLA 1. INFLUENCIAS SOBRE EL ENFOQUE DEL CURSO DE VIDA

Influencias	Disciplinas y exponentes
Las nociones de edad, cohorte, generación.	Demografía/ Sociología. Ryder (1965); Manheim (1993); McAdam (1989).
Paradigma del <i>lifespan</i> ¹⁸ .	Psicología del desarrollo/ Sociología. Baltes (1980); Erikson, 1963, 1968, 2000; Elder (1999).
Historia y vidas individuales.	Sociología. Elder (1991, 1999, 2001).
Construcción social y cultural.	Sociología. Dubar, (1996); Giddens, (1995); Lalive d'Épinay, (2005).

La pertenencia a una cohorte implica compartir ciertas características fundamentales, aunque no homogéneas (Elder y Giele, 2009), ya que hay que tomar en consideración las distinciones por género, clase social, etnicidad. El énfasis que este autor deposita en la incidencia de la historia en las vidas individuales resulta especialmente pertinente para los procesos de envejecimiento, porque interpela las condiciones bajo las que se desarrolla «El concepto de trayectoria se refiere a una línea de vida o carrera, a un camino a lo largo de toda la vida, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción» (Elder, 1991, p. 63).

Para este enfoque, las vidas humanas siempre se viven en interdependencia, mediante relaciones compartidas, y en esas redes es donde se expresan las influencias histórico-sociales (Elder, 2002). Los individuos no son entes pasivos a los que solamente se les imponen influencias y constreñimientos estructurales, ellos hacen elecciones y llevan a cabo acciones, construyen su propio curso de vida, pero lo realizan dentro de una estructura de oportunidades que lo limitan. Están constreñidos por las circunstancias históricas y sociales (Elder, 2001), «[...] las personas pueden moldear sus vidas, pero lo hacen dentro de límites socialmente estructurados, como se refleja en las oportunidades y las limitaciones que a su vez van cambiando históricamente» (Shanahan y Elder, 2002, p. 176).

El enfoque del curso de vida está sustentado en tres conceptos básicos (trayectoria, transiciones y puntos de inflexión) y en cinco principios (Blanco, 2011). Estos son: a) el

¹⁸ Se opta por su expresión en inglés de acuerdo con Lalive D'Épinay (2011) para abarcar la totalidad de la vida, ya que su traducción quita claridad conceptual.

principio del desarrollo a lo largo del tiempo, *b*) el de tiempo y lugar, *c*) el del *timing*, *d*) el principio de vidas interconectadas (*linkedlives*) y *e*) el del libre albedrío (*agency*). Se deben tener en cuenta estos conceptos que representan las herramientas analíticas básicas del enfoque que «[...] reflejan la naturaleza temporal de las vidas y captan la idea del movimiento a lo largo de los tiempos históricos y biográficos» (Elder *et al.*, 2003, p. 8).

El concepto de *trayectoria* refiere «[...] a una línea de vida o carrera, a un camino a lo largo de toda la vida, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción» (Elder, 1991, p. 63), y que abarca una variedad de ámbitos que son interdependientes. La trayectoria no supone alguna secuencia en particular ni determinada velocidad en el proceso del propio tránsito, aunque sí existen mayores o menores probabilidades en el desarrollo de ciertas trayectorias vitales. Las trayectorias abarcan una variedad de ámbitos o dominios (trabajo, escolaridad, vida reproductiva, migración, etc.) que son interdependientes; el análisis del entrelazamiento de las trayectorias vitales tanto en un mismo individuo como en su relación con otros o individuos o conglomerados (de manera muy importante, con la familia de origen y procreación) es central para el enfoque del curso de vida. Las trayectorias dan la visión dinámica, por ejemplo, del comportamiento o los resultados a lo largo de una parte sustancial del curso de vida. Blanco (2011) plantea que se puede definir «[...] por el proceso de envejecimiento o el movimiento a lo largo de la estructura de edad» (p. 12).

Un segundo concepto es el de *transición*, que hace referencia a eventos específicos en determinados momentos de la vida (maternidad/paternidad, entradas y salidas del mercado de trabajo, nupcialidad, divorcio, cuidado de los padres o de los dependientes). Las transiciones siempre están contenidas en las trayectorias, les dan forma y sentido. Estas transiciones se dan en cualquier etapa de la vida, si bien algunas se privilegian según las expectativas en torno a la edad. Estos cambios son percibidos como *situaciones normales* a las que las personas se enfrentan y deben encarar. Una transición implica un cambio desde un momento/etapa de la vida a otro. Esto siempre se produce en contexto de inestabilidad, implica adaptarse y adquirir nuevos roles sociales o cambio de funciones. Suele asociarse a las primeras etapas de la vida, al ingreso al sistema educativo, al mercado de trabajo, a la ida del hogar de origen, al inicio del propio. Luego aparecen transiciones a la maternidad/paternidad en algunos casos. Es la sociedad en su conjunto, las *expectativas* sociales, las que marcan el momento en que estas

deben ocurrir.¹⁹

Son pocos los estudios sobre los tránsitos en la mediana edad; aparecen investigaciones vinculadas a los estudios de la vejez, como la jubilación, la viudez, la abuelidad y el nido vacío, referidas a momentos posteriores de la biografía. Si bien muchos de estos eventos suceden en las edades intermedias, no se les ha dado lugar en las investigaciones, pero es posible pensar que, a partir de ellos, se puede anticipar la vejez propia con sus implicancias. Cada transición conlleva un período de inseguridad que da paso a una nueva reestructuración de la cotidianidad. En estos momentos, en las transiciones, es que las personas experimentan diversos grados de adaptabilidad, tanto a nivel subjetivo, de personalidad, psicológicos, así como sociológicos. Muchos de estos cambios se sustentan y apoyan en procesos biológicos, y esas mismas modificaciones moldean en varias oportunidades las conductas, si bien «[...] las transiciones no son fijas y se pueden presentar en diferentes momentos sin estar predeterminadas» (Blanco, 2011, p. 13).

Un tercer concepto a tener en cuenta es el de *turningpoint* o punto de inflexión. Blanco (2011) plantea que esta expresión hace referencia a momentos significativos de cambio, eventos o transiciones que provocan modificaciones que se traducen en virajes en la dirección del curso de vida. Un ejemplo de esto puede ser la enfermedad o la muerte de uno de los padres o la internación de un familiar muy cercano y significativo, aunque no necesariamente tienen que ser eventos desventajosos (Elder *et al.*, 2003), sino que puede ser lo contrario, como un cambio laboral, de relación afectiva/sentimental o de domicilio. Para Blanco (2011) se trata de «[...] eventos que provocan fuertes modificaciones que, a su vez, se traducen en virajes en la dirección del curso de vida» (p. 13). La configuración del universo de los sucesos por venir está abierta a la intervención de la voluntad. Los momentos decisivos generan consecuencias específicas, incluidos los efectos no deseados, pero que involucran la necesidad de tomar medidas para el futuro. Dentro de estos puntos de viraje puede aparecer en la mediana edad la necesidad de tomar decisiones sobre el cuidado de los padres viejos y plantearse, ante su dependencia, por ejemplo, la internación en centros de cuidado con la consecuente modificación en la vida cotidiana del núcleo familiar. También pueden darse momentos decisivos cuando se altera el estilo de vida a consecuencia de la proyección del futuro envejecimiento propio, dejar de lado hábitos que pueden ser perjudiciales o adoptar otros que se consideren más saludables. En relación con lo anterior, la noción de punto de

¹⁹ Para algunos autores esto tiene que ver con la idea de *edades sociales* que marcan la entrada y salida *normal* de cada etapa.

inflexión (*turning point*) también constituye un aporte significativo para la comprensión de los procesos de envejecimiento. Se trata de un *cambio de estado* (Montgomery *et al.*, 2008), de eventos que provocan fuertes modificaciones en las trayectorias y que encierran virajes en la dirección del curso de vida.

Estos cambios significativos implican una discontinuidad, una ruptura en las trayectorias que «[...] no pueden ser determinados prospectivamente; solo se puede hacer retrospectivamente y en relación con las vidas individuales» (Montgomery *et al.*, 2008, p. 271).

Los principios básicos se suman a estos conceptos para completar la perspectiva de análisis que permite este enfoque. El principio del *desarrollo a lo largo del tiempo* plantea que es necesario dar cuenta del contexto anterior al evento que se quiere estudiar. Esto significa que «[...] para entender un momento o etapa específica resulta relevante conocer aquello que lo precedió» (Blanco, 2011, p. 14). De esto se desprende que para conocer la posibilidad de anticipar la vejez en la mediana edad resulta imprescindible investigar cómo se fue desarrollando la biografía hasta ese presente.

El segundo principio, que se denomina *de tiempo y lugar*, incorpora la idea de que el curso de vida de las personas es modelado por su tiempo, está «incrustado» en su contexto por lo que no se pueden dejar de compartir determinadas características de su sociedad. De ahí que, desde el punto de vista metodológico, permita el estudio de una cohorte para dar cuenta de las representaciones sobre su vejez.

El tercer principio es el del *timing*, que implica la necesidad de conocer en qué momento de la vida sucede determinado evento. Este principio permite dar cuenta de la oportunidad y de los procesos de acumulación (de ventajas o desventajas) a lo largo de las trayectorias y tiene, además, vinculación con el cuarto principio, el de *vidas interconectadas*. Muchas veces, el momento en que sucede un evento en la biografía no solo tiene consecuencias para quien lo vive sino para otros, ya que existe una interdependencia en la vida social. Por otra parte, el concepto de *timing* interpela el momento del curso de vida en el que se desarrollan determinados eventos, dado que esto impacta de manera diferencial en la persona, según las edades o circunstancias en las que ocurre. «Aquí el asunto de interés es cuándo un evento o transición ocurre en la vida de las personas, si es pronto o tarde en relación con otras personas y con las expectativas normativas» (Elder y Giele, 2009, p. 10).

Por último, el principio *de agencia*²⁰ indica que las personas si bien sufren los constreñimientos de su tiempo y lugar, no son entes pasivos sino que pueden ejercer su albedrío dentro de los parámetros de las oportunidades y limitaciones de su época.

Para el enfoque del curso de la vida, uno de los supuestos o implicaciones más importantes es la idea de cohorte, entendida como el conjunto de personas que transitan a lo largo de sus biografías determinados sucesos históricos. También, puede ser referida a quienes por el año o período de nacimiento se sitúan en un determinado contexto histórico, por ejemplo, los que vivieron su niñez o adolescencia en dictadura y, por lo tanto, los relaciona con una diversidad de fuerzas que operaron en ese momento y que han ido cambiando a lo largo del tiempo (Elder y Giele, 1998; Ryder, 1965, 1985; Oddone, 2008). Pero es de destacar que estas cohortes no son homogéneas, por lo tanto, los integrantes de una de ellas no están expuestos de manera uniforme a los cambios, por lo que es necesario identificar subgrupos dentro de una cohorte, en principio, a través de los cortes ya clásicos de género, clase social, raza y etnia (O’Rand y Henretta, 1999).

Posicionarse desde este enfoque supone la resolución de temas centrales en los estudios sobre la vejez, la naturaleza dinámica del proceso de envejecimiento, las transiciones relacionadas con la edad y las trayectorias, la relación del modelo de envejecimiento con los contextos sociales y culturales y cómo las cohortes y el tiempo vivido moldean ese mismo envejecimiento.

Asimismo, se destaca que el desarrollo humano no sigue un plan predecible, sino que es consecuencia de una combinación *imprevisible* que exige que los sujetos tomen decisiones frente a momentos críticos. Se pueden plantear propensiones que expliquen los cambios a lo largo de la vida a partir de las dimensiones biopsicosociales y de los recursos que disponen las personas. No obstante, el cambio ocurre si hay potencialidad (cierto grado de desorden del sistema), las personas se construyen en intercambio con el entorno y se definen en relación con los demás (Lalivé d’Epinay, 2011).

Proponer como supuesto de estudio la anticipación de la vejez en la mediana edad implica considerar que en esta etapa se produce un punto de inflexión en el que las personas, al proyectarse en el tiempo, comienzan a planificar su propia vejez desde la inseguridad ante el futuro.

²⁰ Blanco (2011) hace referencia a que al tratarse de una traducción del inglés del vocablo *agency*, este podría ser considerado como albedrío o libertad de acción.

5. La vejez

«Nada debería ser más esperado, nada es más imprevisto que la vejez.»
(De Beauvoir, 1970, p. 10)

La vejez como campo de estudio ha sido pensada desde la academia planteándola tanto como un hecho biológico que remite al campo de la biología, la medicina y las ciencias naturales, como considerándola como una construcción social²¹ (De Beauvoir, 1970; Ludi, 2005; Sánchez, 2005). Desde un punto de vista administrativo, por ejemplo para el acceso a la jubilación, y estadístico, referido a estudios poblacionales, se basa en la edad cronológica²² que determina a quienes se incluye y a quienes no. Desde una perspectiva epidemiológica sirve de punto de corte para estudios de prevalencia de determinadas afecciones, por ejemplo, a partir de los 65 años las instituciones de salud en el Uruguay implementan un carné del adulto mayor. En ambos casos el criterio está basado en un constructo arbitrario que orienta procedimientos que se han ido erigiendo en la historia de las sociedades desde de lo que se entiende por ser *viejo*.

Se puede conceptualizar a la vejez como un *montaje* (sobre la base de los procesos de envejecimiento biológico y fisiológico) que las sociedades han ido elaborando en cada momento histórico, a partir de determinadas condiciones económicas, políticas y culturales o de específicos hitos de transición (jubilación, por ejemplo). Es decir, las múltiples causas están dadas por la propia contradicción entre ellas «[...] como tales, son justamente formas en cuanto son principios de realidad, y también formas en cuanto son principios de inteligibilidad de sus efectos» (Althusser, 2011, p. 98). Si se acepta esta postura, la condición de *viejo* es definida por lo que cada sociedad entiende como tal. Cuando no tiene *utilidad* social deviene inútil, desechable, poco atractivo y, por ende, una cualidad no deseada.

La vejez se configura como una construcción socio-cultural, sobredeterminada por dimensiones contextuales socio-económica-política-culturales que atraviesan la vida cotidiana, por lo que envejecer constituye un proceso particular y complejo que comprende aspectos biológicos, físicos, psicológicos, sociales y emocionales (Ludi, 2005).

Dada esta afirmación, los investigadores en la materia prefieren hablar de *situaciones de*

²¹ A la vez que contribuye a esa representación. En tanto saber experto también colabora a su construcción.

²² Para nuestro país, la edad es de 60 años a partir de la ratificación en el 2016, de la Convención Interamericana de Derechos de las Personas Mayores, donde se define ese corte etario.

vejez, en lugar de una concepción unívoca y universal, con el argumento de que no se trata únicamente de una situación *de derecho* (proporcionada por la legislación o las políticas), pero tampoco se puede considerar una situación *de hecho* (va a depender de cómo sea el contexto). Las vejezes se transitan en espacios sociales concretos, como producto histórico-social se constituye a partir de la institucionalización de determinadas formas de entender las nociones de edad, de etapas de vida, de vejez.

Las vejezes, como categoría de análisis, implican una forma de visibilizar la singularidad de las experiencias y de evitar la homogeneización de las intersecciones que confluyen sobre las personas, que hacen que sea transitada de manera diferencial (la etnia, la clase, el género, el momento histórico, entre otras determinaciones). «[...] la vejez *solo (sic)* puede ser entendida en totalidad; no es *solo (sic)* un hecho biológico, sino un hecho cultural» (De Beauvoir, 1970, p. 20).

Un recorrido histórico de los estudios sobre la construcción de la vejez da cuenta de las variadas interpretaciones que le han dado las diferentes sociedades a las fluctuaciones del papel social, político y económico de los viejos. Hacer una historia de la vejez sostenía De Beauvoir (1970) *es imposible*. Durante los últimos cuarenta años se han desarrollado intentos por superar esa sentencia, en la literatura sobre el tema se destacan las obras de Minois (1987), Muchinick (1984), Sánchez Salgado (2005), entre otras. En estas investigaciones se reconoce que se trata de un proceso no lineal y de un estatus que ha oscilado desde la condena y el ostracismo, hasta la veneración y el reconocimiento. El lugar dado a esta etapa de la vida ha sido producto de diferentes factores sociales, económicos, políticos, ideológicos y culturales.

Las autoras feministas enroladas en esta perspectiva han destacado el carácter androcéntrico de las representaciones populares y científicas acerca del ciclo vital como un conjunto de etapas o estadios que se suceden cronológicamente (Freixas, 1997). Señalan que, en el caso de las mujeres, las etapas se superponen e intersectan o presentan inconsistencias dentro o entre distintos períodos. Sostienen, también, que el ciclo vital de las mujeres parece estar más relacionado con los acontecimientos familiares y con los cambios de roles en el ámbito doméstico. Para los hombres, en cambio, los roles sociales públicos (trabajo, participación social) constituyen los marcadores de cada etapa evolutiva (Yuni y Urbano, 2008).

Asimismo, la investigación llevada a cabo en Uruguay por Berriel, Paredes y Pérez (2006) indica que la perspectiva de género describe las diferencias que se suscitan en la vejez,

no solo por la sobrevivencia, sino a partir de «[...] cómo han construido de manera distinta hombres y mujeres su vida y que los lleva a otorgar un significado vivencial específico a su propia vejez» (p. 27).

Las tradiciones orales, la literatura, los manuscritos de los que se tiene conocimiento en la historia en general no aluden a la vejez pues los viejos son considerados mayoritariamente dentro del conjunto de la adultez. La cultura en la que se desarrollan las personas construye formas diversas de envejecer, sobre ella no hay una imagen cierta, por lo que se solapa la categoría social con la vejez particular. No se reconoce como categoría, a pesar de que las personas han llegado a ser viejas a lo largo de la historia, es un *asunto personal*, en la medida que no se reconocen como pertenecientes a ella.

Puede parecer paradójico plantear que asistimos a un fenómeno nuevo cuando hablamos del envejecimiento humano, ya que viejos hubo siempre. Lo diferente no es solo un punto de vista, sino una mirada diferente, que si bien está relacionada con el aumento de la longevidad humana, se trata del nuevo rol de la vejez en la sociedad. (Muchnik, 2006, p. 17)

La historia de la población humana, sostiene Pellegrino (2003), es de «[...] una larga lucha del hombre contra la muerte y la enfermedad» (p. 2), la que, a partir de los avances de la ciencia y la tecnología, ha podido prolongar significativamente la esperanza de vida y la vida promedio de las poblaciones.

La idea de envejecer ha problematizado a la especie humana desde sus albores, la búsqueda de la fuente de la eterna juventud²³ es la utopía que rige el comportamiento de la especie, ser siempre joven, vital, fuerte, porque eso es lo que genera admiración (los héroes siempre son jóvenes, la belleza está en la lozanía).

La vejez generalmente no es bien *recibida* por quienes aún no han llegado a esa edad y, a veces, no es aceptada por los mayores. La acepción de la palabra *viejo* ha sido negada y vilipendiada, disfrazada, velada con eufemismos artificiales como *tercera edad*, *persona de edad*, *mayor*, todo lo cual subsume la idea de que *viejos son los trapos* porque ser viejo es sinónimo de decrepitud, de pérdida, de muerte. «No hubo nunca una edad de oro de la vejez, sino una evolución caótica a merced de los cambios de valor no sincronizados en las civilizaciones» (Minois, 1987, p. 399).

²³ La primera mención conocida de esta idea es del siglo. IV AC, en el tercer libro de las historias de Herodoto. Allí se narra la historia de los etíopes que llegaban a los 120 años, también el mito del rey Gilgamesh (siglo.III.AC) que da cuenta de la búsqueda de la planta que concedía la juventud a quien la poseyera, así como la idea de que Ponce de León descubre la Florida en su búsqueda de la fuente de la eterna juventud, entre otras.

Para De Beauvoir (1970) los ideólogos (filósofos, moralistas, legisladores, científicos o poetas) van forjando las distintas concepciones sobre la vejez de acuerdo a sus intereses de clase. Como categoría social no ha sido protagonista ni ha intervenido en la evolución de las sociedades,²⁴ sino por su inscripción en la colectividad como adulto.

La vejez no es meramente un dato o hecho estadístico, *la cantidad de personas mayores de 60 años en un país*, es el resultado de un proceso, para muchos desfavorable, para otros positivo, definitivamente inexorable para todos. Depende de quién lo postule, siempre se es *viejo para alguien* o *para algo*. Para ser primer bailarín de una compañía de ballet ya se es viejo si se intenta aprender a bailar a los 25 años, los músculos ya no pueden adquirir esas habilidades, un jugador de fútbol no llega a *primera* a los 38 años de edad. Para las generaciones más jóvenes los mayores son más viejos. Filardo (2008) plantea la idea de las miradas relativas: para los jóvenes, a partir de los 40 años todos son viejos (*miopía*), en cambio, como estrategia que regula la autoimagen, los objetos lejanos se nos aparecen como borrosos (*hipermetropía*) a partir de los 40 años, los de 55 no son tan viejos. En las sociedades occidentales actuales es común superar los 70 años, para los pueblos *primitivos* las personas de 30 ya estaban *gastadas*.

No es posible encontrar a la humanidad en estado de naturaleza, siempre hay cultura. Para comprender como se consideraba a la vejez en los pueblos sin escritura se apela a los mitos, cuentos y narraciones que los etnólogos registraron. Según de qué pueblo se hable el destino del viejo puede variar, pero en la mayoría de las colectividades el *drama de la edad* aparece asociado al plano económico. En una economía *de abundancia* se puede *cuidar* del débil; en una de *escasez* el destino es el abandono (Alba, 1992; De Beauvoir, 1970; Minois, 1987).

En la antigüedad, el mito asimila la vejez a la maldad y a la decadencia, los dioses antiguos se vuelven perversos y tiranos, por lo que provocan la sublevación y finalmente su derrota. *La decrepitud es peor que la muerte* en la mitología griega.²⁵ También es cierto lo contrario. Homero en sus epopeyas asocia la vejez a la sabiduría, Néstor en la *Iliada* es un consejero al que la experiencia le otorga autoridad, si bien no es el que triunfa. Hay una ambivalencia, es *lamentable*, es no *deseada*, a la vez que en ciertas singularidades cobra un carácter *sublime*.

Esto ha sido compartido por las diferentes civilizaciones. Coexisten las dos visiones y una

²⁴ Más allá de las vejeces singulares.

²⁵ El mito de Titón a quien Zeus le concede la vida eterna, pero no la juventud es un ejemplo de ello. (Graves, 1992; De Beauvoir, 1970; Sánchez, 2005).

ha predominado sobre otra en cada momento histórico. Platón (427-347 a. C.) plantea una postura en la cual la vejez otorga la experiencia dada por la educación, por las *ideas*, ya que el cuerpo es solo apariencia. Para Aristóteles (384-322 a. C.), su discípulo, el alma no es puro intelecto y se relaciona con el cuerpo, así los males que afectan a uno, afectan al otro. Su propuesta rechaza el idealismo dualista de su mentor y plantea que las causas biológicas del envejecimiento y el *marchitamiento* del cuerpo acompaña el debilitamiento del carácter. La vejez bella es la que va acompañada de la independencia y, si bien depende de las *ventajas* corporales, es también fruto del trabajo sobre el sí mismo.

La vejez no es una condición que sea *dada* por su pertenencia al colectivo social (a la *otredad*) se constituye en *puro objeto* (De Beauvoir, 1970), por lo que resulta en una adscripción *otorgada*. Los viejos son aquellos que tienen más de 65²⁶ años, se es tan viejo como la edad de los órganos, son los jubilados, son ... ¡*los otros!* Se va demarcando a partir de las expectativas compartidas socialmente. Esto se puede relacionar con la perspectiva de las representaciones sociales, la vejez es un *estado* al que las personas le significan una serie de características negativas, producto del prejuicio, a la que *no se quiere pertenecer*.

La noción de envejecimiento diferencial puso de manifiesto, entre otras cosas, que varones y mujeres tienen modos diferenciados de envejecer, de concebir el envejecimiento, de afrontarlo y de significarlo. Las transformaciones contemporáneas del proceso de envejecimiento como acontecimiento social han llevado al reconocimiento de la diversidad, la heterogeneidad y la dimensión ecológica del envejecimiento individual y social. (Yuni y Urbano, 2008, 156)

No hay nada que defina la entrada en la vejez, no hay ritos de pasaje,²⁷ no hay señales en el cuerpo que indiquen *este es el comienzo*, no hay fecha en el calendario vital a partir del cual se pueda definir que ya se es viejo. Es una construcción social que toma a la edad cronológica como base.²⁸ El ser humano, como todos los seres vivos, comienza a envejecer desde el nacimiento, es un hecho natural y biológico (Acarin, 2010; Marfany, 2013), cada persona a su ritmo, de acuerdo a su carga genética, su modo de vida, su situación social, su clase y

²⁶ Si bien la referencia de la Convención define como criterio que a los 60 años se considera persona mayor, para muchos servicios sigue siendo los 65 años la edad de corte y, además, es una edad clásica donde se comienza a hablar de vejez.

²⁷ Salvo quizá el contemporáneo y artificial pasaje de *activo a pasivo* que implica la jubilación. Si bien la salida del mercado de trabajo puede ser representada como un hito muy importante, con efectos concretos en la vida de las personas, tanto positivos como negativos y de acuerdo a quien lo mire, no tiene una entidad tal que implique el paso hacia la vejez y cada sociedad lo ha ido modificando, de acuerdo a la primacía de argumentos basados en la lógica del capital (basta ver la propuesta del FMI sobre el aumento de la edad jubilatoria). Algunos estudios incorporan el abuelazgo como uno de esos ritos.

²⁸ La diferencia conceptual entre envejecimiento (como proceso) y la vejez (como estado) se va desarrollando a lo largo de la argumentación. Afirmar que las personas son sujetos envejecientes no contradice la idea de la vejez como categoría que debe problematizarse.

estructura de la sociedad en que vive.

Para comprender lo que se entiende por vejez se deben incorporar tres aspectos importantes a considerar: cambios biológicos, sociales y psicológicos (Buendía, 1994; Iacub, 2011a; Ludi, 2005; Sánchez Salgado, 2005; Zarebski, 2011).

El envejecimiento biológico es el aspecto más estudiado desde una perspectiva geriátrica. Algunas investigaciones desarrolladas por la OMS (2013) indican que la longevidad humana no ha variado sustancialmente a lo largo del tiempo,²⁹ su máximo se sitúa alrededor de los 110 años de edad. Si bien no hay consenso en la comunidad científica sobre las razones del envejecimiento, hay múltiples teorías que van desde la propuesta del desgaste (Papalia y Wendkos, 1998) hasta la idea de catástrofe final acuñada por Orgel (1988) o la teoría de la programación genética del envejecimiento de Burnet (1970)³⁰. En lo que respecta al envejecimiento humano se lo considera como un fenómeno multicausal en que el componente genético tendría, según Morin (2007), una *desprogramación programada*³¹ a la que se suman los factores ambientales, sociales y culturales.

Según Penny Montenegro (2012), desde un punto de vista fisiológico, la vejez es un proceso que se inicia con el nacimiento. Para este autor hay un momento donde se alcanza la plenitud, a partir del cual existe un cambio donde los procesos catabólicos³² superan a los procesos anabólicos³³. Se produce entonces una pérdida de los mecanismos de reserva del cuerpo que determina un aumento de la vulnerabilidad ante cualquier tipo de agresión.

Desde el punto de vista biológico existe una gran variabilidad en el proceso de pérdida de vitalidad (incapacidad progresiva para realizar las funciones fisiológicas) entre las personas, y en ellas entre los diferentes órganos y sistemas durante el proceso de envejecimiento. Hay características generales como la disminución funcional que tiene un carácter universal e irreversible, pero la velocidad y ritmo del deterioro difiere entre las personas e incluso dentro

²⁹ Hay datos de personas que han vivido hasta los 121 años, como el caso del chileno Celino Villanueva, el japonés Kimura que vivió hasta los 116 o el también japonés Nonaka, aún vivo al momento de redactar este documento, con 112 años.

³⁰ Para profundizar sobre estos aspectos se recomienda el artículo de Pardo Andreu y Delgado Hernández (2003), *Senescencia celular y envejecimiento*.

³¹ Morín (2007) plantea la idea de que exceptuando algunas especies que están programadas para morir inmediatamente después de la reproducción (como algunas plantas e insectos), el envejecimiento se puede concebir como una desprogramación al término de una programación referida a mutaciones o desarreglos celulares del metabolismo «cada organismo constituido por células está condenado a morir tarde o temprano por la acumulación de errores en el programa de las moléculas directoras.» (Morin, 2007, p. 364)

³² Kata (hacia abajo) y el sufijo *ismos* (proceso) es el proceso por el cual se reducen los elementos a las formas más simples. Es necesario para que el organismo tome el alimento necesario desde fuera y luego lo asimile.

³³ Ana (*hacia arriba*) es el proceso contrario donde se sintetizan las sustancias más complejas a partir de las más sencillas.

del mismo organismo. A lo largo de la vida sucede una disminución de la capacidad de reserva funcional que tiene componentes genéticos, pero que se ve también influenciada por factores ambientales.

Las personas no han sido preparadas para envejecer de manera positiva y saludable, de ahí que establecer una edad para determinar el inicio de la vejez es una construcción social: «La categoría viejo es, por consiguiente, un estado adscrito, generalmente aceptado por las personas pertenecientes a él, pero no elegido» (Rodríguez, 2006, p. 3).

Para la Organización Mundial de la Salud es un proceso normal que ocurre a todos los seres vivos, que comienza en el momento en que se nace y se acentúa en los últimos años, donde se produce una limitación de la adaptabilidad. Es un proceso no uniforme, diferente de una especie a otra, de un hombre a otro e, incluso, en un mismo ser humano no todos sus órganos envejecen al mismo tiempo (OMS, 2000).³⁴

Es así que el modelo biomédico se basa en los cambios a nivel funcional, con énfasis en el deterioro y su eje central en la patología. Desde este paradigma hay una interpretación social del envejecimiento como un problema médico, con su correlato en las formas de pensar la vejez como *enfermedad* y al envejecimiento como *anomalía*. Para este modelo, el envejecimiento es un proceso inevitable, de fenómenos a nivel biológico que se manifiestan como inmutables y acarrear consecuencias en la tendencia social a verlo como un problema, como una declinación insalvable, que conjuga el binomio enfermedad y deterioro. Esta perspectiva deja al médico en el lugar del saber y acentúa la creencia de que los *problemas* del envejecimiento son fundamentalmente fisiológicos.

La aceptación del envejecimiento poblacional aparta el tema de la vejez del ámbito privado y familiar para colocarlo como una dimensión de los fenómenos sociales. El interés sobre la vejez, como campo de investigación, es contemporáneo a los intereses del Estado, de la comunidad, de la economía del mercado.

La literatura sobre el tema plantea que en las sociedades actuales hay una suerte de cenit alrededor de los cuarenta/ cincuenta años³⁵ que precede al *inevitable* declive que lleva a la vejez.

³⁴*Impacto del Envejecimiento Poblacional en la sociedad del 2000*. Seminario 28 y 29 de Agosto del 2000. Centro de Convenciones Diego Portales, Santiago de Chile.

³⁵ Razón por la cual en este trabajo se tomará esa franja etaria como población de estudio.

6. La construcción social de la vejez a partir de las políticas

«A cada etapa, se asocia un marco social y cultural, es decir un conjunto de objetivos, de opciones y de obligaciones, de roles y estatus de edad específicos, que estructuran la existencia de aquellos que acceden al período de vida en cuestión. Estas construcciones sociales no son intangibles.»
(Yuni, 2011, p. 201)

La vejez es una categoría social, una construcción a la que cada tiempo histórico ha cargado de significaciones. Hay distintos factores (con diferentes niveles de abstracción, pero similar valor heurístico) que se entrecruzan para definir el estatus de viejo: 1) la fragilidad física, vinculada al envejecimiento fisiológico y a la mengua de las capacidades físicas (fuerza, velocidad, potencia), 2) la duración de la vida, que va a depender de la esperanza de vida y de las condiciones en que se llega (materiales y simbólicas), 3) los ideales de belleza, la alteración de los rasgos a medida que pasan los años se asocia a lo feo, lo ajado y, por tanto, menospreciable, 4) el nivel de respeto de los derechos humanos en cada sociedad específica, y 5) el sistema económico.

El desafío que implica analizar la temática de la vejez se profundiza al aparecer como un *problema social* que no había sido previsto y se manifiesta en el discurso político de las sociedades. La vejez, como fenómeno social, aparece en el marco de este complejo proceso demográfico que se ha instalado y al cual la ciencia social, el derecho, y la política, entre otros, necesitan dar respuesta.

En el año 1982 se realiza la primera Asamblea Mundial sobre envejecimiento, en Viena, cuyo propósito declarado fue que sirviera de foro «[...] para iniciar un programa internacional de acción encaminado a garantizar la seguridad económica y social de las personas de edad, así como oportunidades para que esas personas contribuyeran al desarrollo de sus países» (ONU, 1982, p. 2).

En el año 1991 (resolución 46/91), la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó algunos principios con respecto a las personas *de edad*³⁶, los cuales pueden sintetizarse en: cuidados, autorrealización, independencia, participación y dignidad. Esto surge al constatarse que ya no es posible dejar de atender a un conjunto cada vez mayor de habitantes del

³⁶ La propia terminología usada en el documento da idea de cómo se va reconfigurando la vejez. En el año 1991 se habla *de personas de edad*, en la Convención Interamericana sobre la Protección de Derechos (2015) la terminología cambia a *personas mayores*. El lenguaje crea también el objeto.

planeta³⁷, para los que no había sido pensado el orden social. Estos principios, aparecen como declaraciones de intención que tienen un correlato en la cotidianidad y se ven mediados por las políticas públicas. Tres años después, el Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD) orienta el trabajo del Fondo de Población de Naciones Unidas (Unfpa), aprobado en 1994 en el Cairo por 179 países, en el que se dedica una sección específica a medidas dirigidas a mejorar la calidad de vida de las personas mayores³⁸. No obstante, a la luz de los hechos, no fue una prioridad su desarrollo. Se afirma que las consecuencias económicas y sociales del *envejecimiento de la población* representan, a la vez, una oportunidad y un problema para todas las sociedades.

A partir de estas iniciativas aparece, a nivel del mundo occidental, una preocupación por el tema de la vejez y el envejecimiento. Otro hito que significó un avance sobre la problematización del tema fue la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, de abril de 2002, y su plan de acción internacional que promueve el desarrollo de una sociedad *para todas las edades*.

Desde la celebración de la primera Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento en 1982, el mundo ha cambiado de tal manera que actualmente resulta casi irreconocible. En aquel entonces el envejecimiento de la población era un problema que afectaba fundamentalmente a los países desarrollados, mientras que hoy en día también está cobrando verdadero protagonismo en los países en desarrollo. En cierta medida, el envejecimiento se podía considerar entonces un problema aislado o una ocurrencia nueva, pero en la actualidad somos conscientes de que una transformación demográfica de tamaño magnitud tiene profundas repercusiones en todos los aspectos de la vida de las personas y las comunidades, así como en los planos nacional e internacional. (Annan, 2003, p. 4).

Enfrentar el envejecimiento poblacional es un desafío para las sociedades y desde hace años constituye una preocupación de los organismos internacionales por generar insumos³⁹, a partir de los que se han desarrollado recomendaciones, planes y estrategias que los distintos países han incorporado en mayor o menor medida.

³⁷Refiriéndose a aquellos que necesitan apoyo para las actividades de autocuidado, lo que no tiene su correlato en la edad, sino en la función.

³⁸ De acuerdo a la terminología usada por la Convención.

³⁹Como establecer políticas públicas, de acuerdo a la Convención Interamericana sobre la Protección de Derechos Humanos de las Personas Mayores que impliquen «garantizar el ejercicio de los derechos de las personas adultas mayores, así como establecer las bases y disposiciones para su cumplimiento» (Art. 1.º). En tanto, dichos derechos abarcan, entre otros, el derecho a una vida con calidad (Art. 5.º, Inc. I a), a la protección contra toda forma de explotación (Art. 5.º, Inc. I e), a tener acceso a los satisfactores necesarios «considerando alimentos, bienes, servicios y condiciones humanas o materiales para su atención integral» (Art. 5.º, Inc. III a), a tener acceso preferente a los servicios de salud (Art. 5.º, Inc. III b) y educación (Art. 5.º Inc. IV a). El Artículo 6.º, asimismo, dispone que «El Estado garantizará las condiciones óptimas de salud, educación, nutrición, vivienda, desarrollo integral y seguridad social a las personas adultas mayores. Asimismo, deberá establecer programas para asegurar a todos los trabajadores una preparación adecuada para su retiro.» (Cipdpm, 2015)

En los resultados del estudio de la Organización Mundial de la Salud (OMS), sobre envejecimiento y salud de los adultos en el mundo (SAGE, 2015), se reafirma la tendencia dada en las exposiciones acerca de considerar a la vejez como parte del curso de vida.

En este informe se consideran las inversiones desde la perspectiva del curso de la vida y con el objetivo de garantizar una distribución justa de los recursos de la sociedad. Esto no implica que se trate a las personas de distintos grupos de edad exactamente igual (dadas sus diferentes necesidades), sino que se les trate bien a lo largo de toda la vida (OMS, 2015, p. 19).

Desde el año 1991 se han proclamado, declarado y realizado estrategias y planes para intentar, desde los Estados, que se instale el tema de la vejez en la agenda pública. La última década del siglo xx marca el comienzo de los tratados internacionales que tienen carácter vinculante entre los países firmantes.

TABLA 2. DECLARACIONES INTERNACIONALES SOBRE VEJEZ Y ENVEJECIMIENTO.

1982	Primera Asamblea Mundial sobre envejecimiento.
1988	Protocolo de San Salvador.
1991	Principios de las Naciones Unidas en favor de las Personas de Edad (ONU).
1992	Proclamación sobre el Envejecimiento (ONU).
1994	Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD, ONU).
2002	Declaración Política y Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento (ONU).
2003	Primera Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento. Estrategia Regional de implementación para América Latina y el Caribe del Plan de Acción Internacional de Madrid.
2007	Declaración de Brasilia (Cepal). Segunda Conferencia Intergubernamental sobre el Envejecimiento.
2009	Plan de Acción de la Organización Panamericana de la Salud sobre la Salud de las Personas Mayores, incluido el Envejecimiento Activo y Saludable (OPS). Tercera Conferencia Regional Intergubernamental sobre el Envejecimiento.
2009	Declaración de Compromiso de Puerto España (OEA).
2012	Carta de San José sobre los Derechos de las Personas Mayores de América Latina y el Caribe (Cepal).
2015	Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores (OEA).
2017	Cuarta Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento y Derechos de las Personas Mayores en América Latina y el Caribe. Declaración de Asunción.

Fuente: Sande (2012) con agregados.

Uruguay ha ratificado cada uno de estos pronunciamientos y por tanto se ha

comprometido a generar estrategias a nivel del Estado para dar cumplimiento a estas reivindicaciones. Una primera medida fue la creación del Instituto Nacional del Adulto Mayor, por Ley N.º 18 617 de noviembre de 2009, que se puso en marcha a partir de enero de 2012.

En el país, el fenómeno del envejecimiento poblacional ha traído repercusiones a nivel de la formulación de políticas sociales, recientes e incipientes, por ejemplo, las de cuidado para el porcentaje de esta población que los requiere, tanto sea por dependencia funcional, por situaciones de carencia material o por aislamiento y soledad, entre otras situaciones.

Paulatinamente, se han incorporado propuestas desde el Estado que atienden otras problemáticas vinculadas, sobre todo, a factores de vulnerabilidad del envejecimiento poblacional. La instauración, en el año 2015, del Sistema Nacional de Cuidados (SNC) aporta a la comprensión de la problemática de la vejez dependiente⁴⁰.

La creación del Instituto del Adulto Mayor (Inmayores), en el área del Ministerio de Desarrollo Social (Mides), se considera un avance en materia de posicionamiento del Estado en la temática. El Plan Nacional de Envejecimiento y Vejez 2013-2015 del Inmayores presenta, por primera vez en Uruguay, una estrategia de abordaje que supone una nueva forma de entender el envejecimiento y la vejez, planteado como matriz de protección social desde la visión del ciclo de vida y, a partir de la detección de vacíos en las respuestas estatales. El segundo plan, 2016-2019, propone ahondar en la propuesta, basado en la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, para promover que se tomen

Medidas que integren la transversalidad de género en el diseño e implementación de las políticas públicas en materia de envejecimiento; la incorporación de mecanismos institucionales para la igualdad y no discriminación de las mujeres mayores; y la incorporación del tema del envejecimiento como un eje de comprensión y visibilidad en las acciones que realiza el Estado hacia la población en general incorporando la visión de curso de vida. (Inmayores, 2016, p. 20)

La constitución de la temática de la vejez como tema de interés público se consolida en la formulación de políticas. Para atenderla es necesaria la regulación institucional, la asignación de recursos y, sobre todo, una mirada que ubique a los beneficiarios de esas políticas como sujetos de derecho. Las políticas reflejan intenciones y discursos, dan cuenta de un determinado interés por ciertos temas y se materializan en institucionalidad.

⁴⁰ Si bien, para el SNC, la vejez es el sector para el cual se asignan menos recursos.

Cambiar el paradigma de intervención estatal en materia de población, tiene tal envergadura que no se construye en una sola práctica institucional, sino que requiere de pasos persistentes en el tiempo, luchas sostenidas y cotidianas, pequeñas y grandes acciones, y de elementos discursivos que ingresen en la dinámica y organización de las dimensiones instituidas a nivel público. (Inmayores, 2016, p. 6)

Esto es importante ya que en la sociedad uruguaya persisten representaciones sociales sobre la vejez, concebidas a partir de la idea de pasividad e incapacidad, sustentadas en la visión biomédica, y casi todas las acciones públicas, hasta ahora, tienen ese sustrato. Está pendiente aún el debate sobre las diferentes formas de envejecer, las que no tienen porqué comportar la dependencia, pero que necesitan una mirada problematizadora sobre la especificidad que conlleva.

Las leyes, la promulgación de políticas, implican una determinada manera de concebir las relaciones sociales. Se construye, desde el discurso político, diferentes formas de ser viejo, ya sea de los derechos a los que acceden, la forma en que se nominan y, por tanto, el lugar que se les asigna.

Hay que mostrar que, por legítimo que sea tratar las relaciones sociales —y las propias relaciones de dominación— como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, no hay que olvidar que esas relaciones de comunicación por excelencia que son los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza. (Bourdieu, 1999, p. 13)

En Uruguay, son varias las leyes, decretos y programas que se han elaborado para atender la temática. El país ha sido pionero en materia de legislación de la seguridad social y uno de los primeros en lograr una amplia cobertura. Pero hubo que esperar casi un siglo para que se atendieran otras temáticas vinculadas a la vejez fuera de las jubilaciones y pensiones.⁴¹ La temprana incidencia de la vejez en la población total uruguaya habilitó a que tímidamente se iniciaran algunas políticas sociales.

Precozmente, en el país se han formulado políticas sobre la Seguridad Social, ya que es la temática principal, junto con los temas sanitarios, que los Estados han trabajado en materia de medidas sobre la población vieja. Es, desde finales del siglo XIX que Uruguay cuenta con una normativa sobre pensiones contributivas. Esta propuesta está más ligada al mundo del trabajo (la población trabajadora envejecida) que a la preocupación sobre la vejez.

Tejera (2009) plantea tres etapas en la conformación de políticas hacia la vejez, la primera que comenzaría a finales del siglo XIX y se prolongaría hasta finales del proceso dictatorial,

⁴¹ Para profundizar sobre el papel del Banco de Previsión Social se remite a la tesis de maestría en Trabajo Social (2012) de la autora, donde se aborda ese proceso.

donde se consolidarían las políticas básicas universales de previsión social: la jubilación y la pensión por vejez. Esta última, en una modalidad contributiva con aportes previos desde 1896 y luego no contributiva, a partir de 1919.

Una segunda etapa, entre los años 1985-1995, con una ampliación y extensión de la cobertura, y una tercera etapa que continuaría hasta la actualidad, donde se van ampliando derechos que incluyen a personas que no lograban la cobertura. La tercera etapa es la que se está procesando y que está fuertemente ligada al proceso de los gobiernos *progresistas*.

Se muestra a continuación una síntesis de la legislatura vigente en el país sobre vejez y envejecimiento.

TABLA 3. LEGISLACIÓN SOBRE VEJEZ EN URUGUAY. PERÍODO 1896-2016.

1896	Banco de Previsión Social- Pensiones a la vejez contributivas.
1919	Banco de Previsión Social- pensiones a la vejez no contributivas.
1987	Banco de Previsión Social- en convenio con el ministerio de Vivienda: Viviendas para pasivos.
1988	Intendencia de Canelones- Atención a adultos mayores (AM) en condición de vulnerabilidad.
1988	Intendencia de Cerro Largo- Hogar de Ancianos.
1988	Intendencia de Maldonado- centro Diurno.
1992	Intendencia de Montevideo- Centros Diurnos.
1998	Ministerio de Deporte- participación de adultos mayores en centros y plazas de deportes.
1998	Poder Legislativo- Ley 17 066- Normativa sobre hogares de ancianos.
2001	Ministerio de Salud Pública- Reconversión del Piñeyro del Campo.
2004	Poder Legislativo- Ley 17 796- Promoción integral de los AM.
2007	Poder Legislativo – Ley 18 241- Subsidio a personas con edades comprendidas entre 65 y 70 años.
2008	Banco de Previsión Social/ Mides- Asistencia a la vejez.
2008	Poder Legislativo – Modificación del régimen de vivienda para pasivos.
2008	Poder Legislativo -Ley 18 395-Flexibilización de las condiciones de acceso a la jubilación común.
2008	Poder Legislativo– Ley 18 340- Disposiciones referidas a la administración de viviendas para jubilados y pensionistas del BPS.
2009	Poder Legislativo – ley 18 617- Creación del Instituto Nacional del Adulto Mayor.
2010.	Poder Legislativo – Ley 18 651- Protección Integral de personas con discapacidad.
2013	Mides- Inmayores- Primer Plan Nacional de Envejecimiento y vejez 2013-2015.

2015	Poder Legislativo- Ley 19 353- Ley de Cuidados.
2016	Reglamentación del artículo 518 de la Ley 19 355- regulación, habilitación y fiscalización en materia social, de los establecimientos para cuidados a personas mayores.
2016	Mides- Inmayores- Segundo Plan Nacional de Envejecimiento y vejez 2016-2019.
2016	Ratificación de la Convención Interamericana sobre la protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, con lo cual queda incorporado al ordenamiento legal del país.

Fuente: Sande (2012) con modificaciones.

7. Las concepciones sobre la vejez

«El estudio de la vejez es un campo en búsqueda de una teoría.»
(Sánchez Salgado, 2005, p. 77)

En el campo de la investigación sobre el *envejecimiento del ser humano*, se han creado distintas teorías de carácter psicológico, sociológico o psicosocial, las que muestran la representación que las ciencias sociales y humanas ofrecen de la vejez y del proceso de envejecer (Sánchez Salgado, 2005; Ludi, 2005; Muchinik, 2006).

Muchos de los estudios sobre la vejez (Alvarado, 2014; Fernández Ballesteros, 2009; Gómez, 2003; entre otras) se han basado en la edad cronológica, una imagen de tiempo que se puede medir desde el nacimiento hasta la muerte, asociada a la concepción de San Agustín sobre el tiempo humano. La edad se relaciona con los efectos vinculados a lo biológico y puede ser reducida al tiempo vivido, pero también se debe aclarar que el tiempo transcurrido, desde el nacimiento hasta el momento actual (aquel en que se declaran los años cumplidos), *por sí mismo* no es factor que cause ni explique nada.⁴²

En la actualidad, coexisten varias generaciones, lo que vuelve las relaciones sociales y humanas más complejas, ya que las distintas contemporaneidades transitan por realidades diferentes. En este sentido, se pueden plantear dos posturas sobre el desarrollo de la vida humana, una que se basa en la idea de la continuidad de la edad y otra que implica la idea de etapas, de acuerdo a la edad real o simbólica (Muchinik, 2006). El criterio de la edad será tenido en cuenta a efectos estadísticos o de clasificación, aunque no contempla a la edad cronológica como *causalidad/explicación/determinación*, frente a la postura de que la edad *significa/separa/clasifica* y, por tanto, es una categoría que explica comportamientos.

Parte de la confusión del término edad, para denotar el proceso del envejecimiento, proviene de que este proceso es multidimensional, con aplicaciones de tiempo (historia y circunstancia), espacio (geografía y ecología humana), valores (cultura), poder político y social (la política, las regulaciones, la economía), autonomía y dependencia (salud y cuidados a largo plazo), prestigio y rango (estratificación social), apego y desapego (actividad y retiro), y formas de organización social (papeles sociales e instituciones) por mencionar unas pocas de estas muchas dimensiones. (Hidalgo, 1993, p. 7)

Existen diferentes marcos explicativos/interpretativos sobre el proceso de envejecer y la/las vejez. Los primeros esfuerzos teóricos surgen en Norteamérica en la década de los

⁴² En este trabajo se utiliza la edad como criterio de corte, desde el punto de vista metodológico, a efectos de construcción de la categoría mediana edad. Lo que se pone en discusión es que al decir de alguien que *tiene 47 años* no da ninguna razón sobre esa persona o esa cohorte ¿Qué explica? ¿Qué dice sobre algo?

sesenta. Nacen a partir de la constatación del aumento de personas viejas, vinculadas a la noción de *pérdidas* (físicas, sociales, de posición), con un enfoque que tiene como objetivo la adaptación de las personas viejas a su realidad.

Algunos autores, (Abellan, 2011; Curcio Borrero, 2010; Paola, 2015), plantean que se podrían considerar diversos aspectos en el desarrollo de las teorías en gerontología, por ejemplo, tratar el tema como problema, abordar la acumulación de conocimiento a partir de generalizaciones empíricas y modelos o la definición de un campo que trascienda las fronteras disciplinares. Estas dificultades han producido una serie de posturas que muchas veces se complementan, pero que otras se contradicen.

Sánchez Salgado (2005) hace una clasificación sobre las teorías que se interesan por el proceso de envejecimiento y las ubica dentro de las perspectivas sociológicas generales.

TABLA 5. TEORÍAS SOBRE LA VEJEZ.

Perspectiva teórica	Teoría	Planteo	Exponentes	Período histórico
Estructural funcionalismo	<i>Separación</i>	Retiro.	Cummings y Henry	Década del sesenta
	<i>Modernización</i>	Pérdida de prestigio.	Cowgill, y Holmes.	Década del setenta.
	<i>Estratificación</i>	Determina las funciones sociales.	Riley y Foner.	Década del setenta.
	<i>Ciclo de vida</i>	El ser humano como un ser integral.	Clausen, Hultsch y Deutsch.	Década del ochenta.
Interaccionismo simbólico	<i>Actividad</i>	Adaptación a los cambios.	Havighurst.	Década del sesenta.
	<i>Competencia</i>	Vulnerabilidad y pérdida.	Kuypers y Bengston.	Década del setenta.
	<i>Subcultura</i>	Pertenencia.	Rose.	Década del sesenta.
	<i>Continuidad</i>	Extensión de las demás etapas.	Neugarten.	Década del sesenta.
Marxismo	<i>Economía política de la vejez</i>	Papel de las políticas sociales.	Minkler y Estes.	Década del ochenta.
Curso de vida	<i>Teoría del curso de vida</i>	Trayectoria.	Elder.	Década del setenta.

Fuente: Sande (2015) en base a Sánchez Salgado (2005)

Paola (2011) plantea que la racionalidad del paradigma positivista propone que los hechos sociales presentan rasgos de universalidad y de estabilidad que los colocan por encima de las condicionantes histórico sociales. El estructural funcionalismo coloca a la vejez como un problema disfuncional sobre el que se debe intervenir para corregir, ya que los viejos «[...] conceptualizados como “individuos” que se encuentran transitando un período de involución, declinación, pérdida de capacidades deben ser objeto de aplicación de técnicas preestablecidas» (Paola, 2011, p. 23).

En las últimas décadas, se ha ido incorporando en las teorías del desarrollo humano a la vejez y se ha superado la idea de que el desarrollo se completaba al llegar a la adultez (Deval, 2008; Fernández Felman, 2004; Rice, 1997). Antes de esto, con el psicoanálisis freudiano, se conjeturaba que más allá de la mitad de la vida nada ocurría o era poco el cambio. Se concentraban en la infancia y en los primeros años hasta la madurez. Freud (1967) y se consideraba a la infancia como la etapa crucial en la que se forma la personalidad y el comportamiento como adultos. Presentaba, asimismo, al desarrollo como un proceso discontinuo que más allá de los 50 años no era posible *analizarlo* (ser tomadas en tratamiento) «[...] porque acumulan demasiadas capas de material a remover», una etapa para «[...] deshacer lo hecho» (Fernández Felman, 2004, p. 169).

Actualmente, y a partir del aumento de la longevidad, de la constatación de la práctica cotidiana de las personas que han superado la barrera de los cuarenta años y aún tienen por vivir otro tanto, se presta más atención a los factores ambientales, sociales y contextuales, además de constatar que también los patrones de comportamiento y la personalidad siguen cambiando a través del ciclo de vida. Las personas que transitan la mediana edad continúan cambiando, adaptándose, proyectándose e incluso reconstruyendo las biografías.

Las teorías sobre el ciclo vital son relativamente nuevas, las más tempranas son de la década de los setenta del siglo pasado. Pueden citarse: 1) como antecedente, las propuestas de Erikson y las teorías evolutivas, 2) la psicología del *lifespam* de Baltes (1980), 3) la teoría de la acción de Brandtstader (1998), 3) la del curso de vida de Elder (1991), 4) la de la continuidad (Neugarten, 1970), y 5) la teoría del ciclo vital de Heckhausen (1999).

Según la teoría del envejecimiento activo⁴³, las personas deben *prepararse para envejecer saludablemente*. Esto implicaría que las personas deban propender a un autocuidado y a la

⁴³La OMS (2002) lo define como «el proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen». Según lo planteado en la Segunda Asamblea Mundial del Envejecimiento (Madrid, 2002) el envejecimiento activo se aplica tanto a los individuos como a los grupos de población.

adopción de conductas y prácticas de salud en todas las etapas de su vida. La propuesta sobre un envejecimiento activo abarca a las políticas y programas que fomentan la responsabilidad individual, pero no toma en cuenta que los Estados deben posibilitar los entornos y recursos adecuados.

Para Fernández-Mayoralas *et al.* (2014), compete a las personas ser gestores autorresponsables del mantenimiento de su salud (a través de la participación en actividades de tiempo libre) y al Estado el rol de facilitador de estas, mediante la motivación y la capacitación de sus ciudadanos. Esta teoría se basa en una visión positiva del envejecimiento y con una clara referencia a la participación (social, política, cultural).

El concepto se construye como sinónimo de actividad, abierto a una participación social y política más amplia (Kalache, 2011; Activage, 2006; European Commission, 2012). Quizás su definición como «una estrategia integral para maximizar la participación y el bienestar a medida que la población envejece» debe operar simultáneamente en el nivel individual (estilo de vida), organizativo (gestión) y social (políticas) y en todas las etapas del curso de vida (Walker, 2007), y, a su vez, es omnicomprensiva de todos sus componentes. Desde una perspectiva personal, envejecer activamente es un modo habitual de *imaginar* positivamente la forma de vivir de los mayores por parte de los propios mayores y de la sociedad frente a la concepción *ageista*, vigente durante décadas (Fernández-Mayoralas *et al.*, 2014, p. 8).

Para estos autores, «[...] el concepto de envejecimiento activo tiene estrecha relación con el concepto de vejez competente, que define como el entrecruce de la salud y la habilidad funcional con el óptimo funcionamiento cognitivo y físico» (Fernández-Mayoralas *et al.*, 2014, p. 9), sumado a manifestaciones conductuales que permiten mantener la vinculación con las redes sociales y la productividad en un sentido amplio. Proponen que la fundamentación de esta perspectiva tiene sus raíces en otras tantas teorías « de lo que resulta un uso polisémico, a veces confuso, construido a partir de múltiples y diversos contenidos y sus interacciones» (p. 9). Entre las limitaciones que se plantean incluyen « la confusión entre envejecimiento, como un proceso asociado al curso de vida de la persona, y la vejez, como una situación estructural que afecta a la población en un determinado momento» (p.9).

A finales del siglo xx aparece la propuesta de una gerontología crítica (Cohen, 1994).

Se problematiza lo que se consideraba como mercantilización del envejecimiento (Iacob, 2004; Yuni, 2008). Esta crítica deviene de la idea de que los *sistemas expertos* (que incluyen instituciones y profesionales) enfocan a la vejez desde una mirada *individualizadora*, de la cual se excluyen los contextos, la historia y la ideología dominante. A partir de esta

gerontología crítica, se comienza a conformar una nueva identidad sobre las vejeces (como campo heterogéneo) que

desestabilizará representaciones del mismo en el seno de la familia y en una actitud de retracción social promoviendo otra de reintegración sin imágenes estereotipadas a nivel de la edad aunque sí dentro de un marco rígido por edades, con los efectos homogeneizadores propios de toda identidad social. (Iacub, 2004, p. 6)

Estas teorías que incluyen la perspectiva del curso de vida enfatizan el contexto y la cultura, además del crecimiento o declive biológico, así como el papel del individuo en el desarrollo como ser activo, capaz de influir (o intentar hacerlo) en su curso de vida. El énfasis está dado en la adaptación y la plasticidad.

Esto tiene un correlato con la propuesta del proyecto reflejo y el concepto de individuación propuesto por los teóricos del riesgo (Beck, 2002; Giddens, 1995) y se vincula con la construcción de una biografía personal que implica planificar el futuro

7.1. La vejez uruguaya desde los aspectos demográficos

Las sociedades se van transformando a lo largo del tiempo y los aspectos demográficos, como componentes estructurales van cambiando, aunque, si se exceptúan las situaciones catastróficas, estos cambios se producen con cierta regularidad, lo que permite, de alguna manera, realizar predicciones (Pellegrino, 2003).

Un buen indicador del envejecimiento es la edad promedio de la población, que en América Latina y el Caribe casi se habrá duplicado entre 1950 y 2050. Según estimaciones de la CEPAL, los mayores incrementos en la edad promedio se darán entre 2000 y 2050, pasando dicha edad promedio de 28 a 40 años durante ese período. Del mismo modo, la población de 60 años y más se triplicará en ese mismo lapso, en tanto que la población menor de 15 años pasará de más del 30% de la población total a menos del 20%. Por otra parte, la prolongación de la vida por el descenso de la mortalidad condujo a un aumento de la proporción de personas mayores (60 años y más) del 6% en 1965 al 11,8% en 2017. (ONU, 2017, p. 11)

El mundo presenta, por primera vez en su historia, una cantidad creciente de personas viejas. Tan solo en la ciudad de Montevideo, de acuerdo a datos del último Censo (Uruguay, 2011) hay 60 099 mayores de 80 años y, en todo el país un total de 203 204 personas mayores de 65 años. Para 2030, Montevideo será otra ciudad, tendrá, seguramente, otras postales, otra tecnología, otra movilidad y, tal vez, otra mirada hacia el mundo. Aunque con un cambio en su demografía, habrá más mayores de 65 años que niños.

En las próximas décadas, la población de adultos mayores crecerá a un ritmo muy por encima del promedio del resto de los grupos de edades. Para el 2030 habrá en Uruguay 624.000 personas de 65 y más

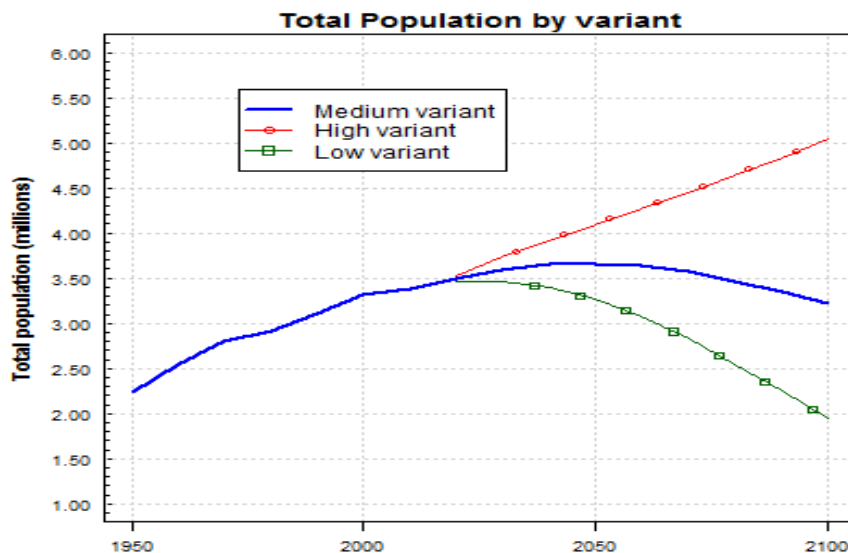
años, de los cuales 162.000 contarán con más de 80 años. Y en el 2050, alcanzarán las 743.000 y 250.000 personas respectivamente. Esto supondrá desafíos relevantes en varios planos; en particular, la población mayor de 80 años tendrá un ritmo de crecimiento como nunca antes se ha observado. (Calvo y Pardo, 2014, p. 22)

En América Latina, la cantidad de personas de 65 y más años asciende a 60 millones, el 10 % de la población total, y crece a razón del 4 % anual. Para 2050, en los países desarrollados habrá el doble de personas mayores de 60 años que de niños y en los países en desarrollo está previsto que se duplique el número total de personas en edades avanzadas. Esta tendencia tendrá consecuencias trascendentales, tanto para los países como para los individuos a lo largo del tiempo.

Como resultado de esta evolución se han modificado, y seguirán modificándose, la composición etaria de la población, la distribución entre los distintos grupos de edad, las relaciones intergeneracionales, las dinámicas individuales, y, finalmente, la vida de las personas particulares, que se extiende como nunca antes. (Paredes, 2014, p. 43)

Las personas mayores de 60 años, a nivel mundial, alcanzan a ser 962 millones (13 % del total) y el porcentaje de personas mayores, también a nivel mundial, está en el orden del 7 % (ONU, 2017), mientras que para Uruguay es del 14,15 %, lo cual lo ubica en el tercer lugar, luego de la Comunidad Europea y Japón, con respecto al envejecimiento poblacional, y lo convierte en la sociedad más envejecida de América Latina (ONU, 2017; INE, 2011, INE, 2018).

GRÁFICA 1. POBLACIÓN MUNDIAL, PERÍODO 1950-2100.



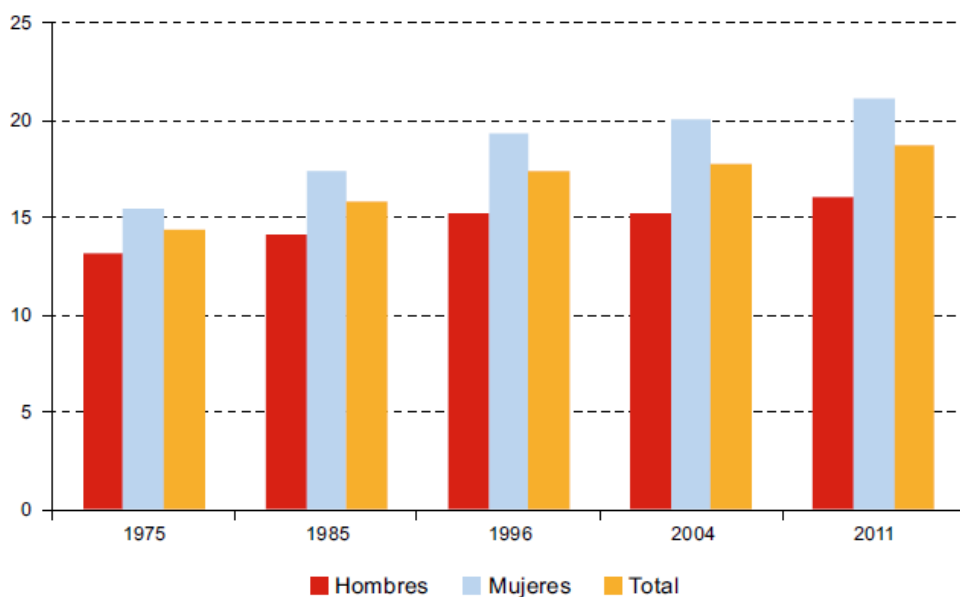
Fuente: ONU 2017.

En el año 2017, a partir de datos del *Informe sobre perspectivas de la población mundial*

de las Naciones Unidas, Europa es la región con mayor cantidad de personas mayores de 60 años, aproximadamente un 25 %. Según el documento, esta será la tendencia mundial para el año 2050 (a excepción de África) y que, en el 2030, se estima que serán 1 400 millones las personas viejas en el mundo. Quienes superan los 80 años se triplicarán en 30 años, de 137 millones en el 2017 a 425 millones en el 2050 (ONU,2017)⁴⁴.

El envejecimiento de la población es uno de los fenómenos de mayor impacto en la sociedad contemporánea. En términos demográficos se refiere al aumento relativo de personas de 60 años de edad y más y a una prolongación de la esperanza de vida al nacer. El envejecimiento de la población se ha asociado frecuentemente con los países más desarrollados, en los que una quinta parte de la población tiene más de 60 años de edad. Sin embargo, este proceso también ha ocurrido y está ocurriendo en los países menos desarrollados.

GRÁFICA 2. AUMENTO DE LA POBLACIÓN DE 60 AÑOS POR SEXO (EN PORCENTAJES). CENSO 1975-2011.



Fuente: Paredes (2014).

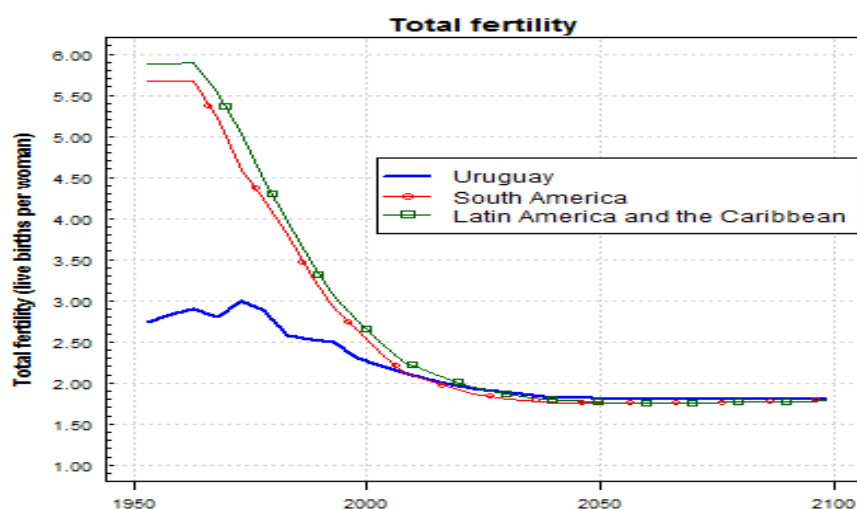
Los desarrollos sobre la temática se basan en la idea de transición demográfica, la que asocia las variables natalidad y mortalidad, sus consecuencias y desfases a partir de la revolución industrial, donde se produce un cambio en las tendencias y se pasa de una fase de alta mortalidad y alta natalidad a tasas de mortalidad bajas y alta natalidad, hasta llegar a la

⁴⁴ Dato que no contradice lo expuesto en cuanto a que la longevidad, como dato biológico, no ha sufrido sustancialmente variaciones a nivel individual; lo que se acrecienta es la cantidad de personas que llegan a vivir más años.

actualidad, donde ambas tasas se sitúan en niveles bajos.

El envejecimiento poblacional es un tema ampliamente instalado en el país, aun cuando este proceso se iniciara hace ya bastante tiempo. Las consecuencias de una transición demográfica temprana, caracterizada por tasas de fecundidad cuyos valores oscilaban alrededor de tres hijos por mujer, a mediados del siglo xx, y por una esperanza de vida comparativamente alta desde finales del siglo XIX, se combinan con el efecto prolongado de la emigración en el país. (Paredes, 2014, pp. 43- 44)

GRÁFICA 3. PROYECCIÓN DE LA FECUNDIDAD POR MUJER EN URUGUAY, SUDAMÉRICA Y LATINOAMÉRICA Y EL CARIBE. PERÍODO 1963-2100.



Fuente: ONU (2017).

El fenómeno al que se asiste a nivel mundial se configura como un contexto estable de baja mortalidad y natalidad, sostenido en el tiempo y, en algunos países, con tasas de fecundidad inferiores al nivel de reemplazo. Para Uruguay la tasa global de fecundidad es de alrededor de 2,04 hijos por mujer y la esperanza de vida al nacer alcanza los 77 años (Paredes, 2014, p. 44).

El tamaño y la composición por edades de una población se determina a través de tres procesos demográficos: la natalidad, la mortalidad y la migración. Todas las regiones del mundo han experimentado, a partir de la segunda mitad del siglo XX, un aumento considerable de la esperanza de vida con la consecuencia de una sobrevivencia de las personas mayores que explicaría la mejora en la longevidad de las poblaciones a nivel mundial.

Ambos factores (reducción de la natalidad e incremento de la longevidad) explicarían el envejecimiento mundial de la población, con un progresivo aumento de personas mayores de 60 años (población que está creciendo a un ritmo continuo y más rápido que el de otros

sectores de edades). A estas dos variables demográficas hay que agregar la migración. La tasa de migración internacional modifica las estructuras de edad en diversas regiones e influye en retrasar o no ese proceso (ONU, 2017).

En Uruguay, de acuerdo a los datos del último censo (Uruguay, 2011), habitaban 3 286 314 personas. El porcentaje de los mayores de 65 años ha variado sustancialmente en los períodos intercensales:

TABLA 4. PORCENTAJE DE PERSONAS MAYORES DE 64 AÑOS EN URUGUAY.

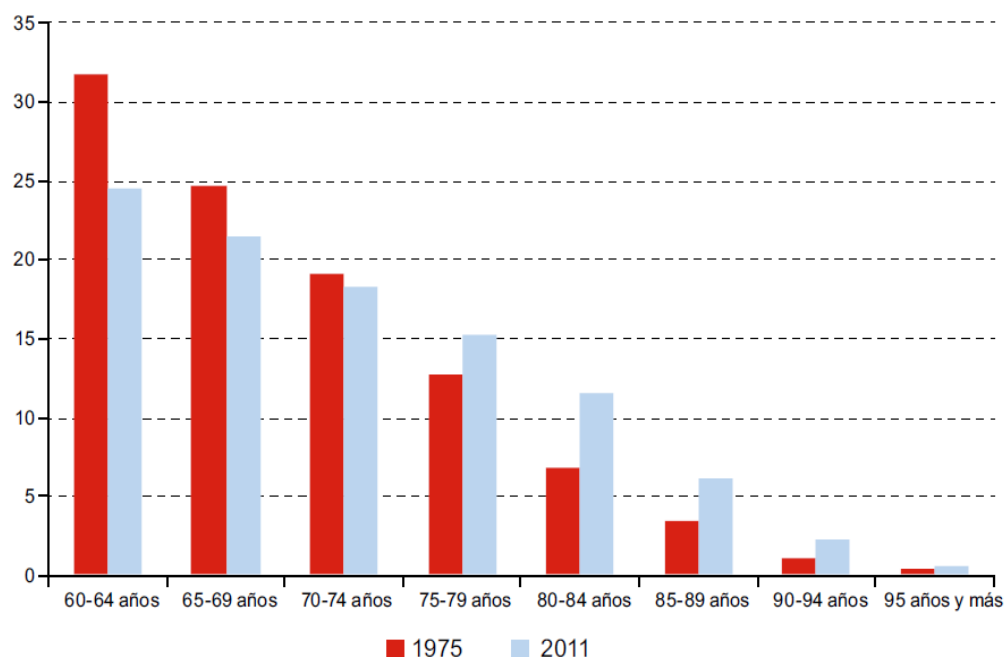
1963	7.6 %
2010 ⁴⁵	13.4 %
2011	14.1 %

Fuente: Elaboración propia en base a INE.

En Uruguay, las personas mayores de 60 años representan el 19 % de la población total y el 21 % de las que habitan en la capital. Según los datos aportados por el INE (2011) en el país viven 484 407 personas mayores de 64 años, lo que representa el 14 % de la población total. El índice de envejecimiento ha tenido una tendencia de crecimiento sostenida que ha pasado de 50,86 en el año 1996 a 69,64 en 2017.

⁴⁵ Datos de la Encuesta Continua de Hogares (Uruguay, 2010).

GRÁFICA 4. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE 60 AÑOS Y MÁS POR GRUPO DE EDAD (1975-2011).



Fuente: Paredes (2014).

La sociedad uruguaya muestra una tendencia a la feminización, en los tramos de edad más altos. De cada diez personas mayores de 65 años, seis son mujeres, lo que significa un índice de feminidad de 151 (1,5 mujeres mayores por cada varón mayor). Montevideo es el departamento con el valor más alto del índice de feminidad, hay 177 mujeres por cada 100 varones. La mayor concentración de mujeres de 65 años y más se encuentra en el cuadrante sureste de la ciudad⁴⁶, con un índice de feminidad alto le siguen Maldonado, Canelones, Colonia y Rivera (Brunet-Márquez, 2016).

El envejecimiento es un proceso que incide de manera diferencial y específica en hombres y en mujeres. Debido a la sobrevivencia femenina, una de las principales características de dicho proceso es la denominada «feminización del envejecimiento». Esta mayor presencia de mujeres en las etapas más avanzadas de la vida presenta dos características fundamentales: el porcentaje de mujeres que llegan a la vejez es superior al de hombres que alcanzan esta etapa, pero ellas lo hacen, en general, en un contexto de mayor vulnerabilidad. En muchos casos, las condiciones de protección social de las mujeres que llegan a la vejez son peores que las experimentadas por los hombres, debido a la menor presencia de las mujeres en el mercado laboral y a su dedicación, a lo largo de la vida, a las tareas reproductivas y a las actividades no formales. (Paredes, 2014, p. 46)

Las personas de 65 a 84 años representan el 86,8 % (420 446 personas) y las de 85 y más años el 13,2 % (63 961 personas). Residían en el país, en el año 2011, 500 individuos que tenían más de 100 años. Se ha verificado un incremento del peso de los tramos de edad de 85

⁴⁶ Según la misma fuente, es la zona de mejores indicadores de bienestar social.

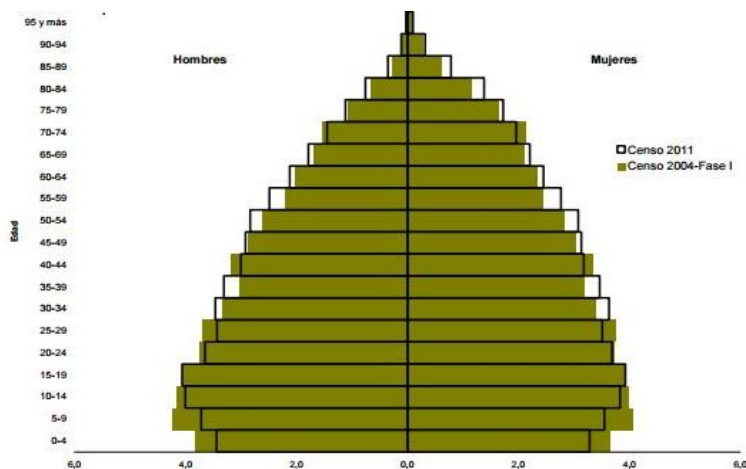
años y más dentro de esta población, lo que implica un aumento del índice de sobreenvjecimiento,⁴⁷ que pasa del 9,6 % en 1996 a 13,2 % en 2015. Dentro del grupo de personas con edades entre los 65 y los 84 años, los varones representan el 41,6 % y las mujeres el 58,4 %. (Inmayores, 2015).

El 34 % de las personas mayores viven solas en un hogar de tipo unipersonal, el 94.6 % reside en zonas urbanas, el 45,2 está casada y un 32 % es viuda. La viudez es más frecuente en las mujeres mayores de 65 años que en los varones de la misma edad (45,7 % de las mujeres frente a un 12,7 % de los varones). Uruguay cuenta con una alta proporción de hogares con personas mayores jefas de hogar (Paredes, Ciarniello y Brunet, 2010).

La gráfica 5 muestra el aumento de las personas mayores en el total de la población durante el período intercensal (7 años). La idea de sociedades envejecidas remite a la vejez, entendiendo que ellas no envejecen tal y como lo hacen las personas (MacInnes y Pérez Díaz, 2008).

⁴⁷ Peso relativo de la población de 85 y más años entre la población de 65 y más años.

GRÁFICA 5 . DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN URUGUAYA. CENSOS 2004 FASE I Y CENSO 2011.



Fuente: INE, Censo 2004 y 2011.

Las personas envejecen, tienen *edad*, lo que les conduce al eventual declive en sus capacidades vitales y, finalmente, a la muerte, en cambio esto no ocurre con las sociedades. La forma de las pirámides puede cambiar, pero la «[...] analogía por la que a ese cambio se lo denomina *envejecimiento* demográfico es tendenciosa y conduce a malas interpretaciones, porque estamos ante un proceso social y demográfico, no biológico» (MacInnes y Pérez Díaz, 2008, p. 15).

El país se caracteriza por transitar lo que se ha conceptualizado como segunda transición demográfica. Esta se especifica en: (i) incremento de la soltería, (ii) retraso del matrimonio, (iii) postergación del primer hijo, (iv) expansión de las uniones consensuales, (v) expansión de los nacimientos fuera del matrimonio, (vi) aumento de las rupturas matrimoniales, (vii) diversificación de las modalidades de estructuración familiar. Estos cambios sociales se vinculan a la ruptura entre la sexualidad y la procreación. Estos indicadores tienen su correlato en la aparición de otros arreglos familiares distintos al matrimonio heterosexual clásico: hogares unipersonales, cohabitación prematrimonial prolongada, cohabitaciones posmatrimonio, en reemplazo de segundos matrimonios, y formación de hogares con parejas del mismo sexo (Lesthaeghe, 1998; 2010).

Estos fenómenos operan en la conformación de las trayectorias individuales, tienen consecuencias en la representación identitaria y en cómo se procesa el envejecimiento personal. Hay un interjuego entre estos procesos sociales y el *timing* de las trayectorias individuales (en la medida que se retrasan determinados eventos esperables, como la edad del

primer hijo o la salida del hogar de origen) y, por lo tanto, habilitan otros itinerarios y dan potencia a la *agencia* (Elder, 1999; Blanco, 2011), lo que incluye esta noción de responsabilizar al individuo sobre sus logros o fracasos.

8. Problematicando el concepto: el envejecimiento y el campo de las edades, las generaciones y las clases de edad

«La edad se presenta también como el capital simbólico, en torno a cuya disputa, se constituye el campo de la edad.»

(Gutiérrez-Ríos, 2006, p.16)

La idea de curso de vida, de vejez y de envejecimiento, con la propuesta de pensar a la anticipación de la vejez en la mediana edad como objeto de estudio, implica problematizar la idea de los campos de edades, las generaciones y las clases de edad.

El sentimiento de estar viejo es gradual. Durante el lapso de la biografía personal se percibe a nivel descriptivo, a partir de cambios sutiles, sobre todo de rastros en el cuerpo y modificaciones en las relaciones familiares, como, por ejemplo, el crecimiento de los hijos o hijas. El envejecimiento conduce a la modificación de las funciones biológicas, como consecuencia del paso del tiempo (Ludi, 2005; Muchinik, 2006; Sánchez Salgado, 2005). Este proceso se acompaña de pérdidas funcionales y de diferentes sentimientos que pasan desde la aceptación hasta la resignación.

La vejez es un momento de la vida en que se suman fragilidades, pero depende de diferentes factores (biológicos, sociales y culturales) cómo se gestionarán esas vulnerabilidades. Si bien los factores biológicos pueden estar condicionados por la genética, no es posible entender la duración de la vida sin considerar las condiciones materiales en que se desarrolla la existencia humana. No todas las personas acceden a niveles mínimos de recursos materiales y esto impacta en las formas de envejecer. Los factores sociales y culturales son también coadyuvantes a la hora de definir el tipo de vejez, «[...] la vida humana requiere un nivel de comprensión que aborde la complejidad del entorno» (Muchinik, 2006, p. 68).

Por otro lado, se ha prescrito la idea de la vejez, a partir de cumplir determinada cantidad de años. La edad cronológica en tanto categoría social:

[...] ha constituido, (i) desde el punto de vista de la antropología, junto con el sexo, uno de los principios en los que se fundamenta la organización social; ii) en la literatura sociológica, una variable interviniente en la realidad social que marca diferencias; iii) en el estudio de las poblaciones, una variable central en su perspectiva analítica; iv) en la vida cotidiana, un antecedente de inclusión o de exclusión social, entre otros efectos. (Gutiérrez-Ríos, 2006, p. 13)

Se puede plantear, asimismo, que la idea de envejecimiento no *solo* está dada por la edad cronológica. Cada campo va a definir sus estrategias según

Las inversiones masivas y extensivas [...], o las inversiones moderadas e intensivas [...] asociadas a inversiones [...] —evidentemente, no con clases etarias— cada campo define sus propias leyes de envejecimiento social sino con la importancia del capital poseído que, definiendo en cada momento las posibilidades objetivas de beneficio, define las estrategias «razonables» de inversión y de desinversión. (Bourdieu, 1976, p. 88)

El cómo se envejece, es decir, cómo se transita el envejecimiento (sobre todo a partir de la mediana edad) puede dar pistas sobre las representaciones sociales existentes acerca de la vejez en ese momento biográfico, así como constituirse en un indicador de las formas de trato que se brinda a los viejos; de ahí que se decida este rodeo para fundamentarlo.

Las trayectorias vitales de las personas se construyen en la interacción social, mediante condiciones materiales y entornos socioculturales a los que se debe agregar las experiencias y significados diversos y cambiantes de cada peripecia, desde un sustrato biológico inmanente. Pero los aspectos más psicológicos quedaron al margen de las propuestas teóricas sobre la temática desde los clásicos de la sociología. En la conceptualización sobre la temática aparece una separación entre lo estrictamente social y el campo de las emociones o, por lo menos, aparecen residualmente si pensamos en el tipo de acción afectiva en Weber (1977) o la orientación catética de Parsons (1999). Desde finales del siglo pasado se ha verificado un impulso para incluir aspectos vinculados a la subjetividad en los procesos de individuación.

En las sociedades modernas, caracterizadas por un alto grado de diferenciación y complejidad, el espacio social se torna multidimensional y se presenta como un conjunto de campos relativamente autónomos, aunque articulados entre sí: campo económico, campo político, campo religioso, campo intelectual, entre otros. Estos son «[...] espacios de juego históricamente construidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias» (Bourdieu, 1987, p. 108). Un campo es una esfera de la vida social que se ha ido autonomizando progresivamente a través de la historia, en torno a cierto tipo de relaciones sociales, de intereses y de recursos propios, diferentes a los de otros campos.

La idea de vejez adquiere sentido en la medida que se instala al interior de un haz de relaciones históricamente definidas y que es producido históricamente con las otras edades. La propia circunstancia de la vejez como construcción histórica, producto de luchas de intereses (diferencias de poder) que generan resistencias (dominados versus dominadores) ha colocado una clase de edad por sobre otra y un género por sobre otro.

En la medida que crecen en número y cambian sus funciones en las relaciones intergeneracionales, los mayores gozan cada vez más de recursos propios y aportan una cantidad creciente de trabajo reproductivo, cosa que facilita una creciente incorporación de las mujeres jóvenes a la actividad laboral, mejorando, en

vez de empeorar, las «relaciones de dependencia». En otras palabras, un efecto paradójico de la traslación del género a la generación en la distribución del trabajo es que la dependencia (entendida como relación entre los que producen y los que dependen de ellos) cada vez tiene menos que ver con la edad o con la forma de las pirámides de población. (MacInnes y Pérez Díaz, 2008, p.16)

En este mismo sentido es que Filardo (2008), para trabajar la idea de generación, propone:

Bourdieu define las «leyes de envejecimiento» a la regulación propia de cada campo, en relación a la ubicación de los agentes según sean estos jóvenes o viejos. Por eso la consideración de quienes son jóvenes (o viejos) en un campo u otro admite sustantivas diferencias y en consecuencia ser joven o viejo es relativamente autónomo de la edad cronológica. (p. 3)

Hablar del campo de las clases de edad o de las generaciones (Criado, 2009; Filardo, 2008; Gutiérrez, 2006) se sostiene en la idea de la edad social. La edad cronológica ha sido utilizada acriticamente⁴⁸, como variable independiente para controlar categorías que midan identidad, modos de vida (Criado, 2009) subsumiendo la ideología, las representaciones sociales que están por detrás de ese uso. La idea de homogenización de cohortes de edad (*los jóvenes son, los viejos son...*) se basa en una propuesta psicologista que identifica a las generaciones como estadios de la vida que se recorren del mismo modo, sin interactuar con las condiciones de existencia.

Las diferencias entre los grupos de edad pueden reflejar cambios históricos en los valores y actividades como también cambios que acompañan al aumento de la edad misma [...]. Nuestra cambiante sociedad ha traído consigo modificaciones en los significados sociales de la edad: los límites entre los distintos períodos de la vida han perdido nitidez, han aparecido nuevas definiciones de los grupos de edad, nuevos patrones en las cronologías de los principales acontecimientos de la vida y nuevas inconsistencias en lo que se considera un comportamiento adecuado a cada edad. (Neugarten, 1999, pp. 57 y 75)

Las personas forman, sin advertirlo, clases de edad que no tienen *fronteras naturales ciertas*, pero a las cuales la sociedad *puede* asignar límites precisos, por ejemplo, la edad para *obligatoriamente*⁴⁹ cesar la actividad, como pasa con los funcionarios públicos.⁵⁰ Pasar de una clase de edad a otra puede ser una ventaja o una caída (De Beauvoir, 1970) y muchas veces el rol social se refleja en cada singularidad.

Así el concepto de edad social complejiza, tensiona, desestructura y desafía tanto al sentido común como a los imaginarios que rondan y han rondado la categoría edad, proponiéndola como una construcción

⁴⁸Como «variable estadística soñada». (Criado, 2009, p. 345)

⁴⁹ En Uruguay, la edad establecida para la jubilación está determinada a partir de los 60 años siempre que se tengan 30 años de actividad. Para los organismos públicos, incluyendo la Universidad de la República, a los 70 años (Ley 16 736, Tofup).

⁵⁰ Los setenta años de edad, según el estatuto del funcionario público. Ley 19 121.

social y cultural a través de la cual al interior de las sociedades los diferentes grupos sociales organizan sus actividades. (Gutiérrez y Ríos, 2006, p. 26)

Todo campo, en tanto producto histórico, activa una forma específica de *intereses genéricos* asociados a participar en el juego (lo que *merece ser objeto de lucha*) y de *intereses específicos*, relacionados a las posiciones relativas a ese campo. El capital acumulado de modo específico en un determinado campo se distribuye ordinariamente de modo desigual entre los agentes según la posición ocupada. Hay una estructura de distribución del capital específico más o menos dispersa o concentrada según la historia y la evolución de las luchas por la apropiación del capital del campo (Bourdieu, 1990).

Los espacios sociales producen posiciones donde los distintos *habitus* interactúan, diferenciados por su lugar y en relación con el capital del que disponen en diálogo con los demás. Para Bourdieu (1991), a todo ejercicio de poder le corresponde determinada lucha y resistencia de los dominados, quienes dominan en un determinado campo, están en posición de hacerlo funcionar en su beneficio, pero siempre deben tener en cuenta la resistencia, las protestas, las reivindicaciones y las pretensiones de los dominados. Entender a la vejez como campo implica un esfuerzo conceptual, ya que no hay nada más diferente que las *vejeces* en la vida humana⁵¹. A eso se suma la percepción que tienen sobre sí mismos, producto de las concepciones estereotipadas que la sociedad construye, lo que implica el prejuicio y el estigma (Goffman, 2003).

Las realidades sociales son a la vez objetivadas e interiorizadas, remiten a mundos objetivos (reglas, instituciones) exteriores a los agentes, que funcionan a la vez como condiciones limitantes y como puntos de apoyo para la acción y, además, se inscriben en mundos subjetivos e interiorizados, constituidos principalmente por formas de sensibilidad, de percepción, de representación y de conocimiento. Tienen una dimensión histórica: es un estado de las relaciones entre los agentes o las instituciones «[...] espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias» (Bourdieu, 1988, p. 108). Es un campo de luchas, lo *social hecho cosas*.

Esos espacios están ocupados por agentes con distintos *habitus* y con capitales distintos que compiten tanto por los recursos materiales como simbólicos del campo. Desde un punto

⁵¹ La vejez no *solo* es biológica sino biográfica, la diferenciación en las trayectorias hace que cada vez sea más difícil generalizar. Desde la perspectiva de la psicología evolutiva se puede plantear que a determinada edad se pueden esperar determinados comportamientos: «los niños a los tres años tienen berrinches», a medida que las personas avanzan en sus biografías es más difícil poder predecir comportamientos.

de vista sincrónico, los campos se presentan como *sistemas de posiciones y de relaciones entre posiciones*. Existe en cuanto tal, en la medida en que hay jugadores dispuestos a jugar el juego, que creen en las inversiones y recompensas, que están dotados de un conjunto de disposiciones que implican a la vez la propensión y la capacidad de entrar en el juego y de luchar por las apuestas y compromisos que allí se juegan (Bourdieu y Wacquant, 1992). Su estructura depende de la distribución de capital en un momento dado y de las relaciones de fuerza entre los agentes y las instituciones (las clases de edad, el Estado, la familia, la educación, la salud).

Pensar en términos de campo de la vejez, implica entenderlo como un campo de luchas destinadas a conservar o transformar esa relación de fuerzas. Las edades mayores aparecen como agentes subordinados que no logran detentar un poder simbólico ya que se subsume en la idea de improductividad. Esto se puede percibir a la interna de cada campo, aun cuando los demás capitales estén preservados, aunque conserven privilegios dados por el nivel económico o por el capital político o académico, en las luchas por la posición. La vejez como categoría se ve permeada por la descalificación: *darle lugar a los más jóvenes*.

Así también la diferencia en compartimentos homogeneizantes, infancia, juventud, vejez, forman parte de la violencia simbólica que la acción pedagógica (como trabajo de inculcación) durante el curso de la vida (a partir del prejuicio que se naturaliza), produce como un *habitus* capaz de perpetuarse.

Habría una manera de existir en el espacio que definiría «lo joven», «lo infantil», «lo viejo». Distinciones tales como infancia [...], juventud, adultez, adulto joven, adulto mayor, etc., legitiman la fantasía de la naturalización de etapas universales del ciclo vital. Este último fenómeno es el resultado de la actuación de agentes en el campo de la edad que apuntan en esa dirección de manera simultánea a lo menos en dos órdenes de cosas: el mercado y el del desarrollo de las ciencias humanas, en especial del área de la psicología evolutiva. (Gutiérrez y Ríos, 2006, p. 27)

El campo social como *campo de luchas* está compuesto por *agentes* comprometidos con intereses comunes, entre ellos, la conservación de ese mismo campo en una suerte de *complicidad básica*, porque hay un acuerdo acerca de lo que debe ser objeto de lucha, el juego, las apuestas, los compromisos.

En la sociedad actual hay una forma sustancialista de habitar el mundo según la fase del curso de vida, una manera de *ser* joven, una forma de vivir la vejez. Esto se apoya y sustenta en las dinámicas del mercado y en los discursos de los dominadores, «Los ancianos viven

demasiado y eso es un riesgo para la economía global⁵²» (Lagarde, FMI) y esta afirmación la realiza una mujer mayor.

Los campos son dinámicos, tienen una dimensión histórica, se generan constantemente redefiniciones de las relaciones de fuerza de los agentes y las instituciones comprometidas en el juego. Los cambios sociales experimentados en los últimos cincuenta años, con respecto al alcance de la técnica y la tecnología, han impactado en las formas de apropiación de los espacios sociales modificando las pautas de control de los mayores sobre los más jóvenes. La irrupción de una clase de edad, *los jóvenes*, problematiza las posiciones de los adultos, a la vez que estos se atrincheran frente a la irrupción de la *vejez*, también como una clase de edad, en el campo de las edades por la posesión del capital simbólico. Es decir, la distinción entre mayores y más jóvenes se constituye en la práctica social a partir de las posibilidades que le otorga, de acuerdo a lo que habilita y lo que niega en cada momento histórico. Importa lo que resulta en cuanto a relaciones entre las clases de edad, dependencia, exclusión o sus pares dialécticos, autonomía e inclusión (Criado, 2009).

Para Gutiérrez (2006), el campo de la edad se puede dividir en tres subcampos, el de la longevidad, el de las clases de edad y el de las generaciones. En ellos el capital simbólico de la edad se reconoce en la lucha por definir los contenidos de cada clase de edad. Para el subcampo de la longevidad, la vejez aparece subsumida a un orden de la pulsión: *vivir más años*, lo que de alguna manera significa negarse a sí mismos (dominados), ya que los agentes en su interés y en sus apuestas se posicionan en las edades más jóvenes (es por lo que hay que luchar, *por no envejecer*) o, en su defecto, por postergar las consecuencias. El mercado y la mercadotecnia son agentes influyentes (ideal de postergar la juventud del cuerpo mediante la cosmética o la cirugía), al igual que los avances de la ciencia médica *in extremis* (búsqueda de las claves genéticas que lo posterguen). El capital simbólico en juego en el campo de las edades estaría inscrito en el paradigma de la subordinación⁵³, pero plantea que la mayor proporción de longevos pondría en cuestión la sustentabilidad del aparato productivo.

⁵²Discurso planteado por Lagarde a partir de lo propuesto en capítulo del Informe sobre la Estabilidad Financiera Mundial (FMI, 2012) del informe El Impacto Financiero del Riesgo de Longevidad. En el texto, el FMI considera *esencial* permitir que la edad de jubilación aumente a la par de la longevidad esperada.

⁵³En la medida que su valor como capital simbólico de la edad se encuentra limitado en su relación con las otras edades de manera drástica. Los criterios del desgaste, del cansancio vital y del deterioro orgánico, que fundamentaron en sus orígenes la necesidad del retiro de los más envejecidos, el derecho adquirido tenía una contraparte; quien deja un empleo —el más envejecido— permite que otro —menos envejecido— obtenga un empleo. El derecho de los más envejecidos puede mirarse también como la astucia de una estrategia de los adultos para desplazar del mercado del trabajo a los más envejecidos. El capital simbólico de la edad se encuentra así asimétricamente dispuesto al interior de un campo —la edad— en el que el espacio de la dominación es ejercido por todos aquellos adscritos a la clase de edad de los adultos. (Gutiérrez, 2006, p.31)

Asimismo, el subcampo de las generaciones (Bourdieu, 1970; Criado, 1989; Mannheim, 1993) implica la necesidad de comprender los mecanismos de reproducción y los diferentes contenidos de las clases de edad en cada momento de la estructuración del campo⁵⁴.

La situación de clase y la situación generacional (la comunidad de pertenencia a años de nacimiento próximos) tienen algo en común, debido a la posición específica que ocupan en el ámbito sociohistórico los individuos afectados por ellas. Esa característica común consiste en que limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de vivencia y pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico. (Mannheim, 1993, p. 209)

La idea de generación implica que se comparten condiciones sociales y materiales que generan y los *producen*:

Solo se puede hablar, por lo tanto, de afinidad de posición de una generación inserta en el mismo período de tiempo cuando, y en la medida que, se trata de una potencial participación en sucesos y vivencias comunes y vinculados. (Criado, 1998, p. 216)

Cada generación implica un conjunto de personas (agentes) que en principio son diferentes, porque a pesar de compartir el mismo momento histórico sus características difieren de acuerdo a la posición que ocupan. Esta última división dentro del campo remite al concepto de *habitus*, entendido como:

Principio de la producción de las diferencias [...] más duraderas [...] principio generador y unificador de las conductas y de las opiniones de las que es asimismo el principio explicativo porque tiende a reproducir en cada momento de una biografía [...] el sistema de las condiciones objetivas de las que es producto. (Bourdieu y Passeron, 1970. p. 218)

El *habitus* es para Bourdieu (1997) producto de la interiorización de principios de una arbitrariedad cultural capaz de perpetuarse una vez terminada la acción pedagógica y, consecuentemente, produce prácticas que la perpetúan. Implican esquemas de clasificación, de visión y división del mundo que establecen las diferencias entre lo que es bueno, distinguido, eficiente o no (Bourdieu, 1997). Involucra el sentido más práctico, lo que se *debe hacer* en cada situación. Fruto de la historia es lo incorporado —estructura estructurada— que se encarna de manera duradera en el cuerpo como una segunda naturaleza socialmente construida. El *habitus* sería el resultado de la incorporación de las estructuras sociales

⁵⁴ Para Gutiérrez (2006), las generaciones constituyen grupos de individuos situados en el espacio social de una manera diferente. Mientras las primeras están visibles y cristalizadas en el régimen de prohibiciones sociales/licencias sociales validado, las generaciones remiten «a las variaciones estructurales en el tiempo, dentro de un campo, de los modos de generación de sujetos.» (p.31)

mediante la interiorización de la exterioridad, mientras que el campo sería el producto de la exteriorización de la interioridad, es decir, materializaciones institucionales de un sistema de *habitus* efectuadas en una fase precedente del proceso histórico-social. Es el encuentro entre *habitus* y campo, entre historia hecha cuerpo e historia hecha cosa, lo que constituye el mecanismo principal de producción del mundo social.

Homogeneizar a las personas de acuerdo a la edad cronológica no solo es erróneo sino improductivo en la medida que no aporta información pertinente.

Más de una evidencia existe en el sentido de que no hay nada más alejado de una certeza que la homologación de los sujetos de acuerdo a sus edades cronológicas. Envejecer en una sociedad organizada estructuralmente para la guerra o en otra organizada para el consumo producirá sin lugar a dudas *ethos* diferentes entre los individuos que comparten una misma edad (Gutiérrez y Ríos, 2006,p.14)

El paso del tiempo, el envejecimiento, son categorías que adquieren significación al interior de un marco social y cultural determinado. En este sentido, en la sociedad moderna la edad está condicionada por la acción de agentes específicos (el Estado, la familia, el mercado). La edad está dada por los años calendario, la cantidad de tiempo que pasa desde el nacimiento; es un atributo social que es internalizado como una *condición natural* y de esa forma conforman la identidad, junto con el género, el nombre, la nacionalidad (*fulano de tal, uruguayo de 48 años*). Esto por sí solo no dice nada sobre la persona, pero la ubican en un contexto específico,

Muchos de los Estados modernos, en algún sentido, se apropian también del nacimiento de los individuos, y a cada recién nacido, se le asigna un número. La edad personal se transforma así en la edad para el Estado. El carné de identidad constituye el nacimiento del individuo para el Estado. Será el permiso de circulación del individuo en los laberintos del Estado y de la sociedad. De acuerdo a lo inscrito en el registro estatal, el individuo tendrá que, en un estadio de su vida determinado, en un año calendario específico, estar en un cuartel o en una escuela. (Gutiérrez y Ríos, 2006, p. 20)

Los sistemas simbólicos, al ser estructurados, son estructurantes y ejercen dicho poder en esa estructuración. De alguna forma, moldean y ubican las formas de ser en cada campo. Estos símbolos son los instrumentos de la integración, su reproducción permite la integración de las personas a la sociedad. La violencia simbólica justamente surge del reconocimiento de la legitimidad exclusiva de los valores de la clase dominante «[...] función propiamente ideológica del discurso dominante, intermediario estructurado y estructurante que tiende a imponer la aprensión del orden establecido como natural (ortodoxia) por medio de la imposición enmascarada de los sistemas de clasificación» (Bourdieu, 1988, p. 14).

Para Criado (2009), no se puede hablar de generaciones si además de la

contemporaneidad cronológica no se le incorpora la situación en el espacio social. Esto implica que se compartan determinadas condiciones materiales y sociales para que se pueda configurar una producción similar de *habitus*.

La generación remite a la historia, habla del momento social con su estructura política y cultural específica en que una cohorte se incorpora a la sociedad. Esta inclusión implica determinadas características que se darán en el proceso de socialización a partir de los códigos culturales imperantes.

Las clasificaciones por edad dan lugar a la construcción de categorías estadísticas relacionadas con la biología; la noción de generación, en cambio, remite a la edad, pero procesada por la cultura y la historia. Mientras que la condición de clase apela a la estructura social y tiene efectos de perseverancia o crisis ajenos a la condición de edad.» (Margulis y Urresti, 1998, p. 5)

Para dar cuenta de la propuesta de investigación que implica comprender la anticipación de la vejez en las generaciones que aún no la transitan, pero que a partir de determinadas condiciones (simbólicas y materiales) se proyectan en ella (a partir de determinados eventos) es que se hace necesario conceptualizar lo que se entiende como mediana edad.

9. Mediana edad

«En el juego de cartas tapadas de la vida para ganar en la fase más crítica, que es la vejez, lo decisivo no es el truco de la deslealtad de un tahúr, sino la capacidad de previsión y la habilidad para usar el raciocinio.»
(Sinay, 2013, p. 133)

Así como para comprender la categoría *juventud*, la edad y el sexo han sido utilizadas como base de las clasificaciones sociales, la mediana edad sería una categoría etaria que puede objetivarse a partir de determinado marco conceptual. Margulis y Urresti (1998) plantean que las clases de edad en las sociedades actuales no tienen el mismo potencial predictivo, «[...] por el contrario, tales enclasmientos tienen características, comportamientos, horizontes de posibilidad y códigos culturales muy diferenciados en las sociedades actuales, en las que se ha reducido la predictibilidad respecto de sus lugares sociales» (p. 1).

La edad y el sexo aparecen como categorías orientadoras y, a la vez, como ordenadoras de la actividad social (se usan como base de las clasificaciones sociales y estructuraciones de sentido), pero cada vez más estos conceptos se hacen difusos,⁵⁵ no explican, no dicen nada sobre el lugar social, sobre sus características, sobre su potencialidad. Estas categorías se tornan vagas, difuminadas frente a la heterogeneidad de la realidad. No hay una sola juventud ni una sola vejez, hay juventudes y hay vejezes, como diversas formas de estar en el mundo y de habitar la edad.

A partir de estas consideraciones, incorporar un nuevo enclasmiento (Bourdieu, 1998) se hace complejo de argumentar, pero necesario para comprender la idea de las diferencias sociales a la interna de los grupos de edades en tiempos de una modernidad que no tiene fronteras ni parámetros ciertos, ni utopías genéricas y en el que las personas se encuentran *obligadas* a liberarse de los roles internalizados, de las etapas previstas, para construir una *existencia propia* en los márgenes de una sociedad que sigue regida por parámetros de dominación de clase,⁵⁶ y a la que se exponen con incertidumbre y sin más apoyos que su obligación de planificar sus biografías.

Las personas que hoy transitan la mediana edad pueden asimilarse a una o más de una

⁵⁵Si bien se continúan usando estas categorías, al igual que el lugar de procedencia o la clase social, como una aproximación explicativa para comprender lo social, lo que se pretende discutir son estas categorías ya que ni el sexo —al no incorporar las dimensiones de género ni sus múltiples formas de habitarlo— ni la edad, al haberse corrido las fronteras, producto entre otras cosas de la longevidad, aportan información válida sobre los fenómenos sociales.

⁵⁶ En términos de Marx

generación que, de alguna manera, ha tenido a lo largo de sus trayectorias vitales la posibilidad de hacer uso de la denominada *moratoria social*⁵⁷. Se constituye como una generación que *ya no es joven*, pero que aún *no es vieja*. Si ser joven implica «[...] tener por delante un número de años por vivir, estar separado por las generaciones precedentes de la vejez, la enfermedad y la muerte» (Margulis y Urresti, 1998, p. 7), las personas que están en la mediana edad habitan esa *amenaza* que las coloca en la *segunda línea de fuego*. En esta idea se conjugan las propuestas de trayectoria a lo largo de la vida con la conceptualización de generación para construir el concepto de mediana edad.

La personalidad y los patrones de comportamiento continúan cambiando a través del ciclo de vida en respuesta a una variedad de sucesos y condiciones. Muchos eventos en la vida, de gran significado para las personas, ocurren en la adultez mediana y las oportunidades en este período tienen grandes consecuencias para la calidad de vida en la vejez. (Quadagno, 1998, en Sánchez Salgado, 2005, p. 113)

9.1. Sincretismo/complejidad: el amasado de una propuesta

Problematizar la categoría *mediana edad* implica la construcción de un marco *comprehensivista* que necesariamente debiera incorporar diversas miradas. El espacio de lo físico, en tanto biología que sustenta un cuerpo conformado socialmente, la dimensión de la psique, en cuanto fenómenos que no son únicamente orgánicos, los componentes culturales que van conformando una personalidad, sumado al anclaje de lo social y de la economía constituyen el proceso de *estar en el mundo*.

Su construcción teórica necesita de la apoyatura en diversas disciplinas, la historia, la biología, la psicología, la antropología, la sociología, la antropología, por nombrar algunas de las que se desarrollan en este trabajo.

La mediana edad puede ser pensada como un punto de anclaje desde el cual comenzar a anticipar el envejecimiento. Varios estudios (Birren y Sloane, 1980; Neugarten, 1979; Salvarezza, 1998, Zarebski, 2005) muestran la presencia de algunos rasgos comunes a los individuos que atraviesan esta etapa:

- el incremento de la interioridad, que alude a una experiencia de *vuelta hacia adentro* en que se comienza a replantear lo vivido y las posiciones ocupadas, como un

⁵⁷ «La moratoria social alude a que, con la modernidad, grupos crecientes, pertenecientes por lo común a sectores sociales medios y altos, postergan la edad de matrimonio y de procreación y durante un período, cada vez más prolongado, tienen la oportunidad de estudiar y de avanzar en su capacitación en instituciones de enseñanza que, simultáneamente, se expanden en la sociedad. Este tiempo intermedio abarca a grupos numerosos que van articulando sus propias características culturales.»(Margulis y Urresti,1998, pp. 3-4)

replanteo o como una constatación;⁵⁸

- el cambio en la percepción del paso del tiempo, a partir de no percibir los cambios al pasar los años, si no es a través del *espejo del otro*;
- la personalización de la muerte; estos autores plantean que es en la mediana edad cuando aparece con mayor fuerza la idea de la muerte propia. Sobre todo a partir de la pérdida de los padres o la posibilidad cercana;
- la trascendencia, entendida como la necesidad de transmitir algún tipo de *legado*.⁵⁹

Si a esto se le agregan los aportes de la psicogerontología, se suma la posibilidad que se configuren (a partir de diferentes procesos psíquicos, emocionales y conductuales) diversos envejecimientos con un tipo polar que incluye la idea de *normalidad* y otro de *patología*. Zarebski (1999, 2005, 2011) plantea que en sus investigaciones aparece evidencia empírica que demuestra que una vida de pobreza psíquica, afectiva y de vínculos, es el mayor *detector* de un envejecimiento *patológico*. La autora propone *romper* con las estructuras rígidas y cristalizadas de las emociones y conductas, y aduce que si se hace hincapié en cuestiones tales como pensar *que ya no se puede cambiar*, se sientan las bases para un envejecimiento con pobreza de vínculos, lo que genera las condiciones para la aparición de la depresión y la demencia. Afirma que el trabajo sobre sí mismo es fundamental para lograr una vida autónoma en la vejez, «Poniendo en juego la creatividad en la construcción de la propia subjetividad por un lado, o persistir en el anquilosamiento identificador y simplificador propio del narcisismo perturbado» (Zarebski, 2009, p. 11).

La contribución que aporta esta perspectiva para la construcción de la categoría mediana edad está apoyada en los trabajos que desde el campo de la psicogerontología se han realizado (Bidegain, 2011; Marconi *et al.*, 2016; Zarebski, 1990, 1994, 1999, 2005, 2011). Ellos han arrojado como resultado la idea de que esa etapa es el punto de anclaje desde el cual se comienza a anticipar el envejecimiento y que trae como consecuencia que «[...] frente a la perspectiva del envejecimiento: asumir la complejidad del mundo humano que implica diversificar los ideales y los puntos de apoyo, desde la aceptación de la incompletitud»

⁵⁸ En la vejez se configuran como reminiscencias o nostalgia, según si los recuerdos son experimentados como placer o como dolor, *lo pasado es lo bueno*.

⁵⁹ Bodoni (2013) propone la *teoría del legado y de la investidura del sucesor*. Se basa en la constatación del cambio en la población por el aumento de la longevidad. Esto supuso cambios en la valoración social de las personas mayores que condujo a *desidentificaciones tempranas* en los roles de poder y en los intentos de postergar su delegación. Esta postura refiere a la necesidad de la persona que envejece de encontrar un sucesor al que investir, el *destinatario* de una herencia *diversa*; «solo puedo aspirar a ocupar un lugar en su amoroso recuerdo», esta es la única forma de inmortalidad que conozco. (Freud, citado en Bodoni, 2013, p. 26)

(Zarebski, 2009, p. 11).

Desde un punto de vista biológico, el proceso de envejecimiento es parte natural del curso de vida, a partir del desarrollo de los órganos, estos empiezan a declinar, el envejecimiento acompaña a las personas en toda la peripecia vital. Esto no significa una pérdida, se continúa aprendiendo a través de todo el curso de vida (aporte que brinda la teoría cognitiva y el avance de las neurociencias, que demuestran la plasticidad neuronal), y se mantiene una continuidad *entre quienes fuimos y quienes seremos*.

Para esta corriente, la noción de mediana edad tiene su correlato con la idea de proceso, en el entendido de conceptualizar la biografía humana como curso de vida. Desde el punto de vista biológico, el avance de las neurociencias ha demostrado que si se puede ampliar *el mundo psíquico*, a través de estímulos, de afectos y de conocimientos, se logran fortalecer las redes endócrinas e inmunológicas.

Así, lo biológico y lo social actúan como receptores de la temporalidad. A través de las marcas en su cuerpo y desde su ubicación social, el ser humano reconoce que envejece. Pero en su núcleo, en su esencia, en lo que hace a sus fundamentos, es atemporal. (Zarebski, 2011, p. 7)

Acarín (2010)⁶⁰ afirma que envejecer es una suerte. El ser humano vive más allá de su facultad de reproducirse y por ello es capaz de aprender, transmitir conocimiento y cuidado. Si bien no son muchas las diferencias que nos separan de otros animales, lo que nos hace humanos quizás tenga que ver con «[...] el lenguaje verbal simbólico, el envejecimiento longevo, y la mayor capacidad de conocimiento, que ha hecho posible la cultura, y poco más». (Acarín, 2010, p. 44). Todas las demás características surgieron antes que la especie humana, son propias de la vida animal. Esta idea ayuda a romper el *paradigma economicista* que valora a las personas por lo que hacen, producen o tienen, al plantear que el cerebro funciona más si aprende y se forma según la conducta, «[...] si no tuviéramos que aprender, no habría viejos» (Sinay, 2013, p. 147).

Cada persona trae consigo la impronta que tendrá su vejez (Ferrero, 1998, Osorio, 2006) a partir de cómo se va prefigurando su vida y a pesar de las particularidades de su trayectoria, *se envejece como se es*, al igual que otras características personales, no se puede *pedir al cobarde que ame como un valiente*.

La experiencia personal de envejecer se construye a partir de una socialización inacabada (Dubet, 1994), en la que a través de las experiencias cotidianas, de las diferentes peripecias y

⁶⁰Secretario General de la Sociedad Española de Neurología (1976-78).

transiciones, se va prefigurando una posible vejez, no ligada a la edad cronológica que, al decir de Neugarten (1999), se hace cada vez más imprecisa, en la medida que ni los ritos sociales (jubilación, por ejemplo) ni las convenciones sobre el comienzo de la vejez (edad igual a 60 años para la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores) resultan adecuados para marcar un umbral de comienzo de la vejez. Sin embargo, y pese a que todas las etapas de la vida parecen haberse alargado en el tiempo, (Osorio, 2004, 2005, 2006, 2008), las imprecisiones mencionadas contribuyen a la creación de un nuevo imaginario sobre las diferentes etapas de la vida que impactan en la percepción de la identidad a lo largo de la biografía.

Definir cuándo empieza o termina la mediana edad es un asunto polémico y ha dependido de la expectativa de vida, lo que remite al logro humano de la longevidad. Arbitrariamente se puede pensar en la edad cronológica que comienza a los 40 o 50 años, como plantea Muchnik (2006), pero hay que prever (advierde la autora) que las definiciones cronológicas no tienen en cuenta los contextos sociales e históricos, que definen las etapas sin percibir el impacto de la estructura social y cultural en ese proceso. Los temas como la edad de retiro laboral y la jubilación han impactado en los estilos del curso de la vida. Esta perspectiva está fuertemente ligada al mundo del trabajo y genera trayectorias que están estrechamente vinculadas a él.

Esto es cierto para la sociedad industrial y en nuestros países aún tiene un fuerte contenido matricial (si bien se ha ido modificando en las últimas décadas del siglo pasado, por una suerte de ética del ocio que se expresó en los países industrializados mediante los retiros anticipados) donde las trayectorias siguen vinculadas al mundo del trabajo. Pero la historia es dinámica; luego de las crisis económicas a nivel mundial se ha modificado la impronta de una biografía que termina en el retiro laboral. Los hitos, las transiciones se hacen menos previsibles en términos de edad. España, en el año 2016, lleva la edad de jubilación a los 67 años y en otros países se está manejando esta alternativa como respuesta a la presunta crisis de los sistemas previsionales de la Seguridad Social. Esta suerte de interjuego entre el contexto socio-histórico, la economía global, los cambios demográficos y los cambios culturales hacen más imprecisa aún la definición de lo que se conceptualiza como mediana edad.

También aparece en esta etapa de la sociedad, la idea de que los viejos *molestan*. Para la economía mundial, para los empresarios, la edad en que las personas empiezan a estar perimidas es cada vez más temprana, «Antes de cruzar el mediodía de la vida ya se es “viejo” para los paradigmas corporativos. Los mismos que echan a los “viejos”, son poco después

echados a su vez por “viejos”. Tarde para reaprender la empatía» (Sinay, 2013, p. 141).

Si se coincide con la idea de la diferenciación de la vida humana en etapas, como producto de la modernidad, el surgimiento de las nociones de *infancia, juventud, adultez, mediana edad, vejez temprana, vejez tardía* son construcciones sociales, consecuencia de la historia y, por tanto, naturalizadas. Aunque el envejecimiento ha sido objeto del pensamiento humano desde que el hombre se piensa a sí mismo, es en la modernidad postradicional donde se empieza a pensar la idea de la diversidad de situaciones que abarca.

Desde el punto de vista sociológico, la mediana edad ha sido construida a partir del aumento de la expectativa de vida en la sociedad moderna. Pensar en la edad mediana no era concebible en períodos de la denominada *demografía de excesos* (como lo explicara Barrán —1992— tan claramente para el Uruguay) ya que *solo* cuando la supervivencia supera a los 50 años es que las personas se han podido proyectar a un período de tiempo, más allá de la educación, el empleo y el matrimonio.

La referencia al concepto de mediana edad aparece cuando se la distingue como una etapa distinta y desvinculada del declive en la edad de procreación y, por lo tanto, separada de los procesos de reproducción social.

Salvarezza (2011) plantea que se debe ser riguroso cuando se utiliza el término y procurar que no se confunda con su extensión en el uso por los medios masivos de comunicación. Advierte sobre la inconveniencia de conceptualizarla *solo* teniendo en cuenta la edad cronológica, sobre todo porque el uso de la expresión *edad mediana* no tiene un contenido teórico, «[...] la conceptualización de la noción de curso de vida permite el estudio de la interrelación de todos los procesos bio-psico-sociales que en ella se despliegan» (Salvarezza, 2011, p. 50). Esta idea permite una conceptualización más dinámica y amplía el rango cronológico (45 a 60 años).

La edad mediana entonces se entiende como aquella en que la mayoría de las personas han formado su familia y han logrado un modo de subsistencia. Es la etapa en que se ha terminado con la crianza de los hijos pequeños y también donde comienza la preocupación y el cuidado de los propios padres. Por otro lado, plantea el autor, en las sociedades modernas, en ciertos sectores de la población, es la etapa en que se está al mando en términos de poder e influencia, se toman decisiones sobre la juventud y sobre la vejez. Salvarezza (2011) refiere que entre los 30 y los 60 años se distribuye el 80 % de los puestos de decisión (políticos, militares o industriales).

A grandes rasgos, y con las reservas que se deben tener a la hora de generalizar, hay dos

grandes temas que aparecen como *telón de fondo*:

- la toma de conciencia sobre el propio envejecimiento con el paso del tiempo;
- los cambios en los patrones vitales: crecimiento de los hijos, envejecimiento de los padres.

Otra característica de esta etapa es que aparecen nuevas preocupaciones sobre el cuerpo y la salud. Muchas veces se modifican conductas y hábitos vinculados a los riesgos externos en interacción con los sistemas expertos. La medicina, por ejemplo, va a tener algunos indicadores que dan la primera señal. Es a partir de los 40 años que se hace obligatoria la prueba de Papanicolaou (PAP) y la mamografía en la mujer, el examen de próstata en el hombre, por citar solo dos ejemplos. Es así que para muchas personas que están transitando la mediana edad se comienzan a adoptar «[...] decisiones sobre el estilo de vida» que implica, entre otras situaciones ,adquirir «[...] nuevas destrezas y capacidades» (Giddens, 1995, p. 182), a efectos de conseguir un mayor dominio de las circunstancias.

9.2. Algunas características de la mediana edad

Para dar cuenta de la conformación de la mediana edad y a título tentativo, sin que suponga una caracterización, se la puede considerar a partir de algunas particularidades:

- La *edad cronológica* que se sitúa alrededor entre los 45 a los 60 años. Esta restricción está en discusión y es provisoria. Algunos autores plantean que a partir del aumento de la longevidad esta delimitación debería correrse hasta, por lo menos, los 68 años⁶¹.
- Algunas corrientes la llaman *segunda adultez* (Berger, 2001; Erikson, 2000; Neugarten, 1965) y la consideran como un momento de la vida en que cambia la perspectiva sobre la forma de encarar la biografía. Desde los años de la mediana edad se comienza a considerar el tiempo que resta por vivir en contraposición con estadios anteriores. Aparecen problematizaciones sobre los significantes y las formas de estar en el mundo —desde el ser profesional, al ser en relación a otros. También es el período en que aflora la preocupación por el futuro propio y el de las generaciones anteriores y posteriores. Se produce lo que podría denominarse como

⁶¹Un estudio realizado en el Reino Unido por la organización Love to Learn —publicado en 2012 en los diarios BBC de Londres, La Nación de Argentina, El País de Uruguay y reproducido por el informativo de canal 10 Subrayado el 19/9/2012— plantea que mediante un sondeo entre 1000 adultos ingleses estos consideraban que se empieza a ser viejo a los 70 años y que la mediana edad se iniciaría alrededor de los 55 años

un *darse cuenta* de que distintos eventos, como la muerte (de sus progenitores, sus mayores, pero también de sus pares), lo colocan como una generación distinta a la de los más jóvenes (hijos e hijas, nietos y nietas, discípulos).

- Erickson (2000) la denomina la etapa de la *crisis de productividad*, para diferenciarla de la del estancamiento. La considera una etapa fundante en el ciclo vital a la que le otorga la característica de la productividad (sobre todo a nivel intelectual). Para esta perspectiva es un momento de autorrealización.
- Para algunos autores (Huyck, 1993; Krugé, 1994), durante este período podría surgir lo que se conoce como la crisis de la adultez media, también denominada *midescencia*⁶². Se describe como un proceso que se caracteriza por la búsqueda de nuevas identidades, como una experiencia negativa que pone en cuestión lo vivido. La literatura y el cine son ricos en mostrar este estereotipo⁶³ que da cuenta del esfuerzo por la búsqueda de nuevas identidades, a partir de una experiencia emocional *negativa*, suscitada por la sensación de estar *enredado/atrapado/rehén* entre *lo aspirado, lo logrado y lo realmente posible* de alcanzar y que suscita un sentimiento de *pérdida* en la mediana edad. Generalmente, las personas se ajustan y adaptan a sus circunstancias. Salvarezza (2011) plantea que pueden darse entre los sujetos que están en la mediana edad una suerte de *rechazo* o resistencia a admitir el envejecimiento, pensado en términos de presentación corporal, disminución de la sexualidad, entre otros declives. Afirma que esto puede traducirse en la adopción de conductas que se corresponden con otros momentos de la biografía como «un intento de detener el reloj», lo que en términos de Erikson (1968) se plantea como el conflicto entre *generatividad y estancamiento*, de cuyo resultado va a depender el tipo de vejez. Esto es lo que Salvarezza (2011) explica

⁶² Término tomado del inglés *midllescence*. Los autores que sostienen esta propuesta (Jacques, 1965; Gómez de la Torre, 2014) se basan en los aportes de Jung (1958) y la plantean como una etapa de individuación o realización del *sí mismo*, en la cual la crisis de la mediana edad (expresada en síntomas e indicadores de malestar) es clave para esa individualización, pero que puede llevar a un estado de *confusión* sobre la forma en la que se ha vivido la vida hasta el momento y las metas logradas. Para otros autores (Neugarten, 1999; Iacub, 2006) también deberían incluirse los aportes de Erickson (2000), quien sostuvo que en esta etapa de la vida las personas luchan por encontrar significado y propósitos, lo que podría llevar a esta situación de crisis.

⁶³ Películas como *La comezón del séptimo año* (1955), *Hannah y sus hermanas* (1986), *The firstwives club* (1996), *Belleza americana* (1999), *Infidel* (2002), *Perdidos en Tokio* (2003), *Mientras seamos jóvenes* (2015) son ejemplos de esta postura. En tanto, desde la literatura se plantean en *La señora Dalloway* (Wolf, 1925), *Mujeres de ojos grandes* (Mastretta, 1990), *Comer, rezar amar* (Gilbert, 2006) o *El intenso color de la luna* (Belli, 2014), entre otras.

al decir que «[...] cada viejo es el producto de sus propias series complementarias» (p.62).

- Pero no todas las personas pasan por esta *crisis* de la mediana edad. Para otras, habitarla implica una experiencia placentera, la identifican como una etapa de plenitud, concebida como el triunfo sobre las circunstancias al haber logrado alcanzar las metas propuestas o por los sucesos acontecidos, o la experiencia acumulada y la certeza de la finitud.
- La aparición de *cambios fisiológicos*, entre los más significativos son los conocidos como menopausia/andropausia. La primera refiere al cese del proceso de menstruación debido a cambios hormonales (declinación en la secreción de estrógeno y progesterona) que culmina la capacidad reproductiva natural. Tiene, a su vez, consecuencias a nivel fisiológico, como la pérdida de elasticidad de la piel o la mayor fragilidad de los huesos (osteoporosis). La andropausia se utiliza para designar la contraparte de ese proceso en los hombres. Es un término controversial por varias razones, si bien aparece una disminución en las secreciones hormonales como la testosterona, es un proceso gradual y la pérdida de la fertilidad también es más lenta. Ambos procesos son naturales y de no mediar un fuerte contenido simbólico (ligado a la capacidad reproductiva) no implicarían ninguna situación problemática en el curso de vida.
- *La vejez de los padres*. Quienes transitan la mediana edad vivencian el acusado proceso de envejecimiento de sus progenitores. En algunos casos va acompañado de declinación funcional y aumento de la dependencia, para estos, los cambios en los roles de cuidado marcan el comienzo de una nueva etapa en la relación con los padres, pero también en cuanto a la configuración de su cotidianidad y puede implicar un momento de reevaluación de su propio proyecto vital.
- *Síndrome del nido vacío*. Así se denomina a la experiencia que algunas personas vivencian, relacionada con una sensación o sentimiento de soledad cuando los hijos se independizan del hogar de origen. Aparece como una situación de duelo por una forma de transitar la vida familiar que se termina. El vínculo con los hijos independizados cambia, se redefinen los roles y las funciones (que se van negociando a medida que las condiciones se modifican) e implica que hijos y padres o madres se van convirtiendo en recursos mutuos (Sánchez Salgado, 2005). Este, se constituye en un momento biográfico que implica reconfigurar la cotidianidad en términos de

convivencia, relacionamiento familiar, uso del tiempo, la posibilidad de asumir nuevas funciones (parientes políticos, abuelazgo, entre otras). Quienes viven en pareja deben acomodar la relación a la nueva situación (pareja sin hijos convivientes) y realizar los ajustes necesarios, lo que implica muchas veces una situación de crisis⁶⁴. En otras ocasiones puede configurarse como un cambio positivo referido al mayor tiempo disponible. La literatura sobre el tema muestra que existirían diferencias en la vivencia de este síndrome de acuerdo al género (Sánchez Salgado, 2005; Zarebski, 2005), fundamentalmente por la condición de cuidadora principal que configura arquetípicamente la condición de *madre*.

También aparecen situaciones vinculadas a la relación de pareja (Acarin, 2010; Carter y Mc Goldrick, 1999; Rodríguez, 2006), cuyo sostén fue la crianza de los hijos, y que una vez que se van del hogar, se separan o entran en crisis.

No es menos cierto que el amor que existió en la juventud cambia y muchas parejas se rompen cuando la atención a los hijos deja de ser prioritaria, o incluso antes. No es que el crecimiento de los hijos distancie a los padres, sino que ya no es imprescindible la unión de responsabilidad es para la perpetuación de la especie y, al igual que en otros animales, es la etapa en que se dan las separaciones y divorcios; alrededor de un 35 % de las parejas europeas se separan cuando los hijos llegan o superan la adolescencia. Los padres y madres divorciados en esta etapa aún son jóvenes y mantienen su potencial genésico. (Acarin, 2010, p. 96)

Culturalmente, la adultez se relaciona con los *relojes sociales*, así como con múltiples transiciones que la colocan como la época de la vida en que se presentan más cambios, se viven más ritos de paso (salida de los hijos del hogar, retiro del empleo formal, viudez, entre otros) y en la que pueden surgir las más diversas interacciones, así como nuevos factores y posibilidades (Birren, 2000; Dulcey- Ruiz, 2002).

Desde esta perspectiva es que se puede considerar a la mediana edad como un momento particular del curso de vida, donde, a partir de las características señaladas, se comienza a pensar la propia vejez como parte de la biografía, en la medida que se pasa de una identidad *naturalizada*, en tanto agentes que mientras viven toman decisiones (continuas y muchas veces dolorosas), a una suerte de identidad proyectada, y sobre la que es posible incidir en términos de estrategias para transitarla de manera tal que no signifique una ruptura identitaria, la que en este trabajo se denomina *anticipación*.

⁶⁴ También en este caso el cine ha dado algunas aproximaciones al tema: *El nido vacío* (Argentina, 2008); *Failure to launch* (EEUU; 2006), *Tanguy ¿Qué hacemos con el niño?* (Francia, 2001).

10. El concepto de anticipación a la vejez en la mediana edad

Los humanos tenemos necesidad de establecer un cierto programa de vida. Tras la infancia y la adolescencia, y de forma progresiva, configuramos una estrategia de vida. Lo que hacemos hoy está parcialmente determinado por lo que haremos mañana o dentro de un año o incluso en función de lo que pensamos hacer en el futuro [...]. Hay un plan que interrelaciona el presente con el futuro.
(Acarin, 2010, p. 159)

Las personas se adaptan a las situaciones de vida. La idea de envejecer a medida que avanza la edad va aproximándose a *un futuro pensable* cuando antes era un *futuro incierto*. El trabajo anticipado sobre ese envejecimiento en la mediana edad se da cuando se entiende que los individuos construyen su propio curso de vida a través de las decisiones que toman, las que, a su vez, dependen de las oportunidades y restricciones planteadas por su entorno vital.

Esto supone la idea de que las personas hacen elecciones, son capaces de tomar decisiones y no son meramente entes pasivos a los que se les imponen influencias y constreñimientos estructurales. Supone un agente que elige dentro de una estructura de oportunidades que implica limitaciones y constreñimientos provenientes de las circunstancias históricas y sociales (Elder, 2001; Elder y Giele, 2009, Giddens, 1994).

Para ello, se debe consignar a la mediana edad como una etapa en que las circunstancias vitales habilitan a la proyección de la vida a partir de que se empieza a pensar la propia vejez, tomando decisiones en cuanto a trayectorias laborales, perspectivas de cuidado y relaciones interpersonales. La idea de anticipación implica que los adultos inventan su yo futuro al igual que reinventan su pasado al contarlo (Neugarten, 1979, 1999).

Son varias las acepciones que tiene esta palabra de origen latino: *anticipare, de ante, antes y capere, tomar*.⁶⁵

1. Acción de anticipar en el tiempo la ejecución de una cosa o anticiparse una cosa.
2. Acción y efecto de anticipar o anticiparse.
3. Hecho o circunstancia de anticipar o anticiparse en el tiempo.
4. Objeción que se hace uno mismo con el fin de anticiparse a la que otro pudiera hacerle para refutarla de antemano.
5. Rapidez de reflejos que permite a una persona llegar a un lugar o actuar antes de lo previsto o antes que otra persona y prever de antemano su reacción o respuesta.
6. Cosa que ocurre con anterioridad a lo que se expresa y es una muestra de cómo será.

⁶⁵ RAE, Diccionario de sinónimos y antónimos.

7. Como sinónimo de prever *Ver (algo) con anticipación, conjeturar (algo futuro) y disponer (lo necesario) para futuras contingencias.*

En un sentido más amplio, la *anticipación* es la capacidad del organismo para actuar de forma adelantada en los parámetros espaciotemporales, que se adelanta al futuro en respuesta a un estímulo que actúa en el presente y activa los conocimientos previos.

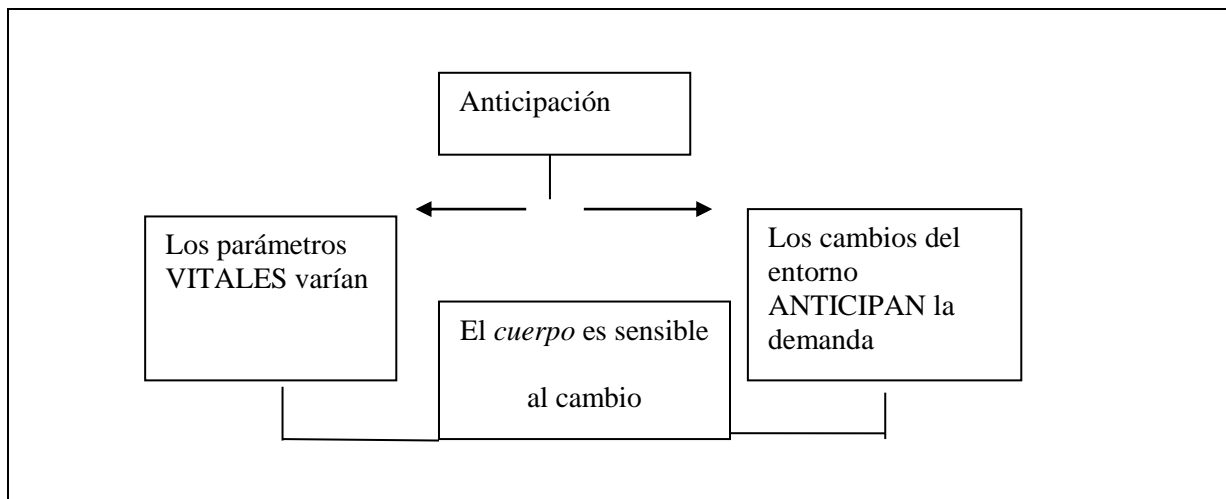
La biología y la medicina dan respuestas progresivas a la regulación fisiológica. Sterling (2018) propone una alternativa al modelo de homeostasis⁶⁶ para comprender y ajustar las reacciones fisiológicas que la medicina toma como parámetro para ajustar ante posibles daños o rupturas del equilibrio. A ese mecanismo lo llamó *alostasis*, lo que supone la estabilidad a través del cambio. Parte de la base que la condición física obliga a:

[...] la regulación de aspectos de la fisiología para ser eficiente en el ambiente al que se expone el individuo, lo que implica evitar errores y minimizar los costos. Ambas necesidades se logran mejor utilizando la información previa para predecir la demanda y luego ajustando todos los parámetros para afrontarla sino más bien como una respuesta adaptativa a alguna predicción. (Sterling, 2018, p. 1)

La premisa sobre la que se sostiene es que la fisiología es de hecho sensible a las relaciones sociales y que apoya la idea de que el cuerpo, lo biológico, ya es social. A efectos de conciliar esta propuesta con la idea de anticipación, que se plantea en esta investigación, se utiliza la analogía de la preparación que las personas realizan ante su vejez.

⁶⁶ La homeostasis describe la característica esencial de todos los seres vivos que definen un interior y lo mantienen estable en un ambiente inestable. Como modelo de estabilidad que se ha mantenido vigente en medicina a partir, sobre todo, de la propuesta de Bernard (1865).

FIGURA 1 ANTICIPACIÓN



Fuente: Elaboración propia con base en Sterling (2018).

El concepto de *alostasis*, para este autor, implica la idea de «[...] mirar hacia el futuro a tiempo» (Sterling, 2018, p. 2), concepto que se puede relacionar con la propuesta de anticipación (Neugarten, 1972; Zarebski, 2005) y de que los eventos futuros inevitables se pueden augurar con «[...] la creación por sí mismo del sentido predecible de su ciclo vital» (Zarebski, 2005, p. 51). Desde un punto de vista sociológico, estas nociones se sustentan en las ideas de seguridad e identidad.

Giddens (1995) introduce el concepto de *seguridad ontológica*, como la seguridad básica que conforma la vida cotidiana de las personas, refiere a la «[...] certeza o confianza en que los mundos natural y social son tales como parecen ser, incluidos los parámetros existenciales básicos del propio-ser y de la identidad social» (Giddens; 1998, p. 399). El origen psicológico de la seguridad ontológica es un mecanismo básico de control de la angustia (Erickson, 2000) que favorece a la obtención de sentimientos de confianza para la reproducción de la vida social. Esta confianza permite la continuidad identitaria y establece las bases para proyectarse a futuro como una continuidad *refleja*.

Su contrario, la ausencia de la seguridad ontológica, se configura como la aparición de situaciones críticas, «[...] circunstancias de disyunción radical de un carácter impredecible que afecten a cantidades sustanciales de individuos, situaciones que amenacen o destruyan las certidumbres de rutinas institucionalizadas» (Giddens; 1995, p. 95). Esto se produce cuando los acontecimientos, los eventos de la cotidianidad, las necesidades vitales no permiten proyectarse en el futuro como una única identidad en tránsito.

La posibilidad de anticipar el envejecimiento en la mediana edad como parte del proyecto

reflejo de la biografía es la puesta en escena de la certeza de la vejez propia, la cual se puede *planificar*, en términos de lo que se desea/detesta, y sobre la cual se pueden realizar acciones en el presente que impacten en ese escenario futuro.

A partir de estas problematizaciones, se buscó en la literatura sobre el tema, en investigaciones en el país y la región que versen sobre la temática abordada. Se muestran a continuación solo aquellos trabajos que tienen una vinculación directa con la conceptualización de la posibilidad de un trabajo de anticipación sobre la vejez y que han sido utilizados como referencia para la problematizar el objeto de nuestro estudio.

11. Antecedentes que orientaron la investigación

«El temor a envejecer ¿envejece?/ el temor a la muerte ¿enmuerta?»
(Gelman, J., 1998)

La anticipación de la vejez en un momento anterior de la biografía ha sido investigada desde la psicogerontología. Las investigaciones de Zarebski son inaugurales en este tipo de estudios. Su trabajo sobre el curso de vida (2005) propone como hipótesis que la *posición psíquica previa* que se adopta desde la juventud, frente a los temas del envejecimiento tiene consecuencia en el modo de *vejez a la que se arribe*. Esta propuesta implica que puede existir un *trabajo anticipado del envejecer* y que podría llegar a constatar la existencia de mecanismos psíquicos que promoverían un *envejecer normal* o un *envejecer patológico*. Sobre la base de sus investigaciones se tomó la decisión de utilizar su cuestionario *Mi envejecer* (2011), adaptado a los objetivos del presente trabajo y utilizado como guía conceptual que permitiera comprender las distintas posiciones frente a la anticipación de la vejez propia que, en palabras de la autora, implicaría que se pueda

Seguir otorgando sentido a la propia vida y de sostener proyectos en tanto sujeto activo, a pesar de los avatares del paso del tiempo. Es decir, que la vejez constituya o no, quiebres en la continuidad de la identidad y el derrumbe o no, del sujeto. (Zarebski, 2005, p. 23)

Los resultados de la investigación realizada en Brasil por Calderoni y López (2006), *Qué sienten y piensan sobre sus propias vejez*, que consistió en indagar sobre la incidencia que tiene el trabajo profesional con viejos en las decisiones tomadas por los profesionales del área durante sus trayectorias vitales, a partir de ese ejercicio. En ese trabajo se entrevistaron a 12 personas residentes en San Pablo, recibidas de magíster en Gerontología en el programa de posgraduación de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo (PUC-SP), cuyas edades estaban en el entorno de los 40 a los 60 años y que tenían en común el trabajo de intervención o investigación sobre el proceso de envejecimiento o la vejez. La metodología consistió en lo que los autores denominaron *conversaciones con finalidad*, sin preguntas directas. La propuesta era que los entrevistados pudieran contestar sin racionalizar sus respuestas. El presupuesto que manejaban era que, si las preguntas eran cerradas, podían evitar la espontaneidad que implica hablar sobre las emociones al trabajar con viejos y que podrían generar representaciones que *movilizaran* su propio proceso de envejecimiento. Al tratarse de personas que se encontraban en la mediana edad, el hecho del contacto con la vejez ajena podía movilizar contenidos personales que repercutieran en sus vidas. Los resultados de la

investigación reflejan que los entrevistados no perciben restricciones en su cotidianidad, si bien el 50 % de ellos en la muestra manifestaron incomodidad frente a esa conciencia sobre la propia vejez. Otro aspecto que destacan es que las personas indagadas perciben en su cotidianidad las señales del envejecimiento, si bien se imaginan longevos, pero sin limitaciones. Las conclusiones a las que arribaron es que el contacto con el envejecimiento del *otro* implica una perspectiva sobre su propia vejez y esto es una fuente de tensión. Este antecedente aportó al proceso de formulación del problema de investigación, en aspectos tales como las decisiones muestrales (edades y nivel educativo, ya que utilizaban criterios similares) y analíticas (la incidencia que puede tener entre los profesionales que trabajan con personas viejas la pregunta: ¿Cómo será mi vejez?, en comparación con la vejez atendida) al incorporar la idea de proyección biográfica.

En el marco de las investigaciones realizadas por estudiantes de la carrera de Especialización en Psicogerontología de la Universidad Maimónides de Argentina, se encontró el trabajo de M. Bidegain (2011), el que refiere a las concepciones respecto al envejecimiento que existen entre las personas de la mediana edad, en la ciudad de Bahía Blanca. Los objetivos de la investigación fueron explorar las concepciones del envejecimiento de personas pertenecientes a la mediana edad (hombres y mujeres entre 35 y 59 años de la ciudad de Bahía Blanca, de clase media) y conocer si dicha concepción tendría algún tipo de relación con el bienestar subjetivo experimentado por ellos. Los hallazgos de la investigación indican que existiría algún tipo de relación entre la concepción que los sujetos de la mediana edad construyen del envejecimiento y el bienestar subjetivo experimentado. Otro hallazgo relevado es que existirían diferencias en la concepción del envejecimiento y en el bienestar subjetivo entre hombres y mujeres. De este antecedente se toma la incorporación de la variable género como una dimensión a ser explorada.

En la cátedra de sociología y género de la Facultad de Ciencias Sociales de la UdelaR se han realizado investigaciones que giran en torno al estudio sobre el uso del tiempo: *La población uruguaya y el cuidado: persistencias de un mandato de género* (Batthyány, 2012), así como los trabajos de Aguirre, sobre la construcción de un Sistema Nacional de Cuidados (1992, 2012, 2013, 2014). Estos insumos se toman como antecedente porque implica una situación de cuidado de las personas viejas que puede constituir una mirada sobre la propia vejez. Las personas se cuestionan sobre las formas de cuidar a sus mayores y esas interrogantes pueden ser extrapoladas a las que desearían para sí mismos; si llegara a ser necesario ¿cómo quiero ser cuidado o cuidada? puede ser una pista sobre la anticipación de la

vejez propia.

De lo relevado sobre las investigaciones que en Uruguay se realizaron, en relación con la percepción sobre la vejez, resultó significativo el trabajo *¿Qué es para usted envejecer? Envejecimiento y representación social en Uruguay desde una perspectiva intergeneracional* de Berriel, *et al.*, (2013). En él, se plantea un estudio centrado en las significaciones sociales con el objetivo de deconstruir la imagen general de la vejez en el marco de una perspectiva intergeneracional. Al analizar la significación social del envejecimiento y la vejez se encontraron diferencias en función de las generaciones entrevistadas. No obstante, predominó una orientación negativa de la significación de la vejez y se observó una «[...] clara dificultad de pensar el propio envejecimiento emergente en la mayoría de los grupos» (Berriel *et al.*, 2013, p. 19). Este trabajo permitió interrogarse sobre si este conflicto también acaece en las personas más jóvenes, al prever su vejez.

Otro antecedente reciente de este trabajo refiere a algunos hallazgos de la investigación realizada para la tesis de Maestría en Trabajo Social de la Universidad de la República (UdelaR), *Envejecer en Uruguay: Políticas y olvidos* (Sande, 2012), en la que se da cuenta de las dificultades para el cuidado del adulto mayor vulnerable en Uruguay, así como la escasez de políticas públicas para esta población. De este trabajo se va a tomar el recorrido sobre las políticas desarrolladas en el país, políticas que comprenden la perspectiva sobre la vejez que hay detrás de su promulgación. Además ofrecen un marco contextual desde donde pensar la forma de entender a la vejez en la sociedad uruguaya actual. Si bien se han producido cambios en los seis años que distan entre este trabajo y la actualidad, el recorrido histórico arroja pistas sobre las formas de involucramiento del Estado en la temática.

Dado este antecedente y teniendo en cuenta, además, que uno de los supuestos planteados en la investigación realizada para la tesis de Maestría en Psicogerontología de la Universidad Maimónides de Argentina fue el de vincular las prácticas de cuidado con la anticipación del envejecimiento, se toma como parte del estado del arte el trabajo realizado por la autora: *Anticipación del envejecimiento y representaciones sociales sobre la vejez y el envejecimiento en Uruguay: El caso de los trabajadores del Hospital Centro Geriátrico Piñeyro del Campo* (2015). En esta investigación se da cuenta de las formas de cuidado a los viejos en los establecimientos de larga estadía, a partir de la vinculación en tres ejes de análisis: 1) prácticas de cuidado, 2) anticipación del envejecimiento, y 3) representaciones sobre la vejez. Este trabajo concluye en una tipología de prácticas de cuidado formal a la vejez que se configuraron como: *Promotores*, *Boicoteadores*, *Conformistas* y *Ausentes*, como ejemplos

polares de ejercer la tarea. En esta investigación se hizo hincapié en la dimensión de los cuidados, aspectos que conformaron parte de la construcción del problema en estudio.

Otra referencia que sirvió para adecuar la mirada sobre el curso de vida fue el estudio de la *Percepción de los cambios en el curso de la vida: aspectos metodológicos*, de Cavalli (2010, 2013). El trabajo se basa en la explotación de las encuestas CEVI realizadas a personas mayores de dos grupos de edad: 65 a 69 y 80 a 84 años. En estas investigaciones se planteó la pregunta de ¿cómo analizar los cambios en el curso de la vida? El trabajo se centró en problematizar un enfoque que considerara la subjetividad de los individuos para identificar y definir los cambios a lo largo de las trayectorias.

La investigación realizada por Heredia (2015) en la ciudad de Quito, Ecuador, tuvo como objetivo describir las particularidades del replanteamiento de la identidad de las mujeres en la mediana edad y arroja como resultados diferencias en la autopercepción según las trayectorias. El trabajo consistió en entrevistas a 8 mujeres de 50 a 59 años, con nivel educativo alto, de las cuales cuatro tenían trayectoria laboral fuera de los hogares (MT) y las restantes cuatro trabajaban dentro del hogar (MH). La autora sostiene que se encontraron diferencias en la construcción de su identidad influidas bidireccionalmente por circunstancias bio-psico- socio-culturales.

Las mujeres MT evidencian una identidad singular, donde se destaca la autonomía, iniciativa y capacidad de lucha, ellas han desarrollado capacidad de adaptación y recursos de reflexión para estar más dispuestas al cambio, lo cual de principio puede plantearse como perspectivas positivas hacia la vejez. Estas características de las MT, coinciden con lo planteado en la perspectiva de la madurescencia por Yuni & Urbano (2001), acerca de que las mujeres se plantean encontrarse a sí mismas y en cada movimiento hecho a lo largo de su adultez este objetivo ha estado presente; son mujeres que buscan sus propios sentidos a través de un proceso subjetivo personal que se acompaña de acciones decidoras sobre su propio destino, entonces legitiman su carácter de sujetos que desean, piensan y actúan. Por otra parte, las MH también cumplen con este proceso, pero en una dimensión más acotada, vinculada a los ambientes donde son sus vivencias. (Heredia, 2015, p. 208)

Otras investigaciones relevantes que oficiaron como parte del estado del arte de esta investigación son las realizadas por Iacub (2011) *Identidad y envejecimiento*, que recorre los distintos enfoques de la identidad personal de los sujetos envejecidos en relación con lo social y lo psicológico, desde el punto de vista de la psicología de la vejez en Argentina. También, su libro sobre *Erótica y vejez*, del mismo año, realiza un recorrido sobre cómo se ha representado el erotismo en los viejos, partiendo de un *alejamiento* de las posturas que han trabajado sobre la biomedicalización de la vida.

Los trabajos presentados permitieron acotar el problema de investigación. Tanto Heredia

(2015) como Bidegain (2011) proponen sendas investigaciones donde el género tiene una cualidad interpretativa al colocar un diferencial en las formas de envejecer de hombres y mujeres. Batthany al incorporar la dimensión del cuidado y su diferencial en torno a la división sexual del trabajo de cuidados también aporta en ese sentido e incorpora una nueva problematización al análisis.

El trabajo de Calderoni y López (2006) permitió corroborar la presunción de que para comprender el concepto de anticipación de la vejez en la mediana edad era necesario focalizarlo en los niveles educativos altos, y plantear la pregunta sobre la incidencia del contacto con la vejez en la perspectiva sobre sí mismos en esa etapa. Lo propio sucedió con los aportes de Berriel (2014).

La perspectiva de la psicogerontología que invocan Iacub (2011) y Zarebski (2005, 2011) fueron insumos necesarios para dar cuenta del particular objeto de análisis de este trabajo.

12. Enfoque metodológico

El investigador social, sujeto situado en un determinado orden social, intenta comprender a otros sujetos que se encuentran también sujetos como él. Como ellos, el analista social también utiliza sus significaciones para encontrarle sentido a lo que considera como real. Lo que se establece en los estudios cualitativos es una relación sujeto-sujeto; un sujeto interpretante de las interpretaciones de otros, que debe tener presente, en la medida de lo posible, las determinaciones de sus propias interpretaciones.»
(Serbia, 2007, p. 1)

La propuesta de esta investigación es conocer las representaciones sobre la propia vejez de los sujetos investigados, a la que se le denomina *anticipación*, en un período anterior a su ocurrencia al que se designará como mediana edad (construyéndola como categorías de análisis).

La conceptualización de una modalidad de anticipación sobre el propio envejecimiento es posible de pensar una vez que las tendencias al alargamiento de la vida han consolidado un prolongamiento de las trayectorias vitales que tienden al envejecimiento, lo que ha impactado en las formas de *expectar*⁶⁷ el curso de vida.

Se propone la realización de una investigación de corte cualitativo, con diseño flexible. El trabajo se enfoca en comprender y profundizar sobre la anticipación del envejecimiento en la mediana edad, examinándolo desde la perspectiva de los participantes, en un ambiente natural y en relación con el contexto para indagar las diferentes formas en que las personas perciben su realidad.

Aprehender las prácticas desde el punto de vista de quien actúa no supone renunciar a la objetivación (no hay conocimiento científico sin objetivación), [sino] que implica poner en práctica la empresa epistemológica de redoblar la objetivación desde la posición del observador, mediante la objetivación del criterio del agente y, finalmente, objetivar el propio vínculo de objetivación. (Martínez, 2007, p. 132)

Esto supone la construcción de un objeto de estudio que no ha sido abordado desde la disciplina del Trabajo Social y que implica el esfuerzo de incorporar teorías que no refieren al tema. Se parte del supuesto de que hay una forma de habitar la mediana edad que coloca a las personas en un determinado estadio en que empieza la preocupación por el futuro de dos generaciones: la de sus hijos e hijas que inician la transición a la adultez y la de los padres que envejecen.

Esta metodología requiere pensar en términos de construcción y ruptura (Bourdieu, 1976),

⁶⁷Se utiliza este neologismo que tiene su origen en la traducción del portugués para dar cuenta del concepto de esperar con expectativa. Si bien se ha visto utilizado por Zarebski (2005, 2011), en este contexto se usa con *intencionalidad* teórica a efectos de diferenciarlo del concepto de *anticipación* que se pretende desarrollar.

pero, sobre todo, es necesario un permanente ejercicio de *vigilancia epistemológica*, a efectos de controlar los elementos subjetivos que surgen al estudiar un tema que tiene una fuerte connotación en el conocimiento de la vida cotidiana, con implicancias desde la propia trayectoria del investigador y que además aparece como novedoso en la disciplina.

12.1. Sobre el diseño

Se propone como objeto de estudio la anticipación de la vejez propia en las personas de mediana edad. Esto implica conceptualizar algunos de los términos.

La *mediana edad* como categoría de análisis se operacionaliza a partir de definir dos generaciones, una, la de los nacidos entre 1958 y 1968 y otra los nacidos entre 1969 y 1977. De esta manera, se consideró a la categoría como constituida por las personas que cumplen con el criterio de tener entre 40 años y 59 años durante el periodo de estudio (2015-2017). El criterio de edad se plantea al considerar los antecedentes sobre la temática que se han compulsado.

Se propone como otra categoría de análisis *la anticipación*, entendida como la posibilidad de prever acontecimientos futuros a partir de la información de los sentidos, las prácticas y las vivencias que se fueron consolidando en tanto *habitus*. Se define el *envejecimiento* como un proceso que se da a lo largo del curso de vida y a la *vejez* como la etapa de la vida en que las personas se identifican con cambios en distintos aspectos sociales o corporales. Se trabajó con las siguientes categorías:

- expectativa sobre su vejez;
- cambios pensando en la vejez: percepción sobre los cambios (corporales, psíquicos, económicos, emocionales, entre otros);
- anticipación de la vejez.

Se utilizó una metodología cualitativa de carácter exploratorio. El diseño implicó técnicas que se desarrollaron para el campo de la psicogerontología y que debieron ser adecuadas a la propuesta de la investigación, para lograr una aproximación a lo que se pretende estudiar, y tomar decisiones⁶⁸ sobre cómo procesar los datos obtenidos.

Existe en las ciencias sociales pluralidad de aproximaciones metodológicas, sin entrar en la discusión de la dicotomía cuali-cuanti, lo que se debe intentar es buscar la coexistencia de ambas técnicas en el

⁶⁸ Esto implicó generar nuevas categorías a partir de la combinación teórica de distintas dimensiones que fueron medidas con la técnica empleada y que se debieron ajustar al objetivo de la investigación.

escenario investigativo de las ciencias sociales. En el intento de que, a partir de la metodología cualitativa, se logre una forma de reconstrucción de la realidad que tenga en cuenta la realidad de los sujetos inmersos en ella. La perspectiva de la realidad que relata el actor gira sobre su interpretación actual de las interacciones sociales en las que él y otros participan. (Schwartz y Jacobs, 2003, p. 60)

Si la intención es emprender una investigación cualitativa de un fenómeno empírico situado históricamente, se debe ser especialmente cuidadoso en problematizar lo que se incluye y lo que no. Esta propuesta metodológica requiere, en términos de Vallés (1997), transformar los hallazgos en categorías que puedan aplicarse al desarrollo de un análisis fundado.

El interés de esta investigación se centró en capturar las representaciones sociales sobre la vejez y la construcción de identidad que habilita a las personas a pensarse como posibles sujetos viejos a partir de la mediana edad. Se entendió que para problematizar esta noción es necesario centrarse en el hecho de que «[...] las representaciones sociales son un claro ejemplo de cómo un objeto de estudio, cuya construcción depende siempre de un compromiso teórico previo, puede ser analizado a la luz de cualquiera de los métodos» (Peña Zepeda y González, 2001, p. 327).

Dado que se preveía que el universo de análisis sería lo suficientemente amplio como para acceder a él mediante una metodología de carácter cualitativo, se optó por aplicar una muestra dirigida a mujeres y a varones de entre 40 y 59 años de edad con por lo menos 12 años de escolarización. Mediante una serie de referentes iniciales este universo se fue ampliando a través de la técnica de bola de nieve. La consideración de una escolaridad alta (secundaria completa y más) fue necesaria debido a la reflexividad (Beck, 2003; Giddens, 1995, 1998) que forma parte de la hipótesis sobre la que se basa esta investigación.

Diseñar es, ante todo, tomar decisiones. Y es sabido que decidir supone elegir, seleccionar entre opciones posibles. La propia formulación del problema conlleva un proceso selectivo: se enfoca la atención del investigador en un fenómeno, en unos objetivos o preguntas de investigación, en un marco conceptual. (Vallés, 1997, p. 89)

12.2. Sobre las decisiones muestrales

El universo de análisis está constituido por personas con un nivel educativo alto⁶⁹ y que cumplen el criterio de tener más de 40 años y menos de 60. Fueron entrevistadas entre los años 2015 y 2017 en la ciudad de Montevideo.

⁶⁹ Por nivel educativo alto se entiende bachillerato o estudios universitarios con o sin posgrado.

En cuanto a las decisiones muestrales es posible afirmar que se trata de una forma de muestreo teórico, lo que implica un posicionamiento que debe ser explicitado. Así, se parte de la construcción teórica de la categoría mediana edad a la que se le asigna una cota inferior en la edad cronológica (40 años) y una superior (60 años), que se fija a partir de los cánones internacionales que plantean el comienzo de la vejez en esa edad.⁷⁰ Esto supuso considerar la propuesta de generación como criterio de análisis.

Se utiliza la categoría género, que hace referencia a la construcción social de mujeres y de hombres, de feminidad y de masculinidad, que varía en el tiempo, en el espacio y entre las culturas. La idea de género surgió en los años setenta y fue propuesta por las teóricas del feminismo, que desafiaron la posición secundaria de las mujeres en la sociedad.

Se aleja de la noción de sexo para señalar que la biología o la anatomía, que indican la diferencia entre varones y mujeres, no son relevantes para comprender las formas en que se representan: «No es en tanto cuerpo sino en tanto cuerpo sujeto a tabús, a leyes, que el sujeto toma conciencia de sí mismo y se desempeña» (De Beauvoir, 1970, p. 34). Es importante distinguir claramente entre género y sexo. El sexo es un ideal regulatorio (Butler, 2005) al que no es posible disociar/separar del género, ya que está directamente condicionado por la cultura: «[...] la designación misma del sexo es política, entonces el “sexo”, la designación que se supone más *cruda*, resulta estar ya *cocida*» (Butler, 2001, p. 72).

Se consideró la categoría nivel educativo⁷¹ como *proxy* de nivel socioeconómico, entendiendo, con base en la bibliografía, que la mayor escolarización supone mayor bienestar y, por tanto, acceso a recursos, por ejemplo, de cuidados. Si bien no siempre los indicadores brindan una medición directa del factor al cual se asocian; los indicadores sustituto (*proxy*) brindan información indirecta. Se justifica dicha elección en su uso como indicador en educación, ya que reflejan una proyección de futuro, porque las mejoras en los niveles de instrucción dependen de la escolarización alcanzada previamente.

Se parte del supuesto, fundado a partir de la incorporación de la *reflexividad*, de que la probabilidad de anticipar los eventos futuros, si bien están presentes en todas las personas (todas proyectan de alguna manera los eventos futuros), se incrementa cuando las posibilidades de supervivencia están dadas, en la medida que se ha alcanzando un mínimo de condiciones materiales de vida que pueden proyectarse en el futuro más allá de la

⁷⁰ Convención Interamericana de los Derechos Humanos de las Personas Mayores (2015).

⁷¹ Se utiliza como indicador que las personas seleccionadas tengan secundaria completa o cualquier nivel educativo superior.

supervivencia (Giddens, 1995).

Como se explicitó, la muestra consistió en mujeres y varones de entre 40 y 59 años, con nivel educativo alto⁷² y que aceptaron participar de la investigación; además, la disposición a acceder a una entrevista larga, que ponía en juego la subjetividad, ofició de filtro. Asimismo, al tratarse de una investigación cualitativa, se deja constancia que al plantear una muestra por conveniencia (lo que incluye a quienes cumplen los requisitos, pero que no son seleccionados al azar) la representatividad es teórica, no es posible la aleatorización (ya que la población es casi ilimitada). Esta limitación se aceptó porque al elegir a las unidades a entrevistar se siguieron criterios de conveniencia que agregaron riqueza de información debido a la posición que cada unidad de análisis ocupa con relación al fenómeno estudiado.

Con respecto al tamaño de la muestra, al no haber criterios ni reglas establecidos y al determinarse esta con base en las necesidades de información, se tomó como guía la saturación de información.

[...] no la reproducción en cantidad y extensión de ciertas características poblacionales, sino la reconstrucción de las vivencias y sentidos asociados a ciertas instancias microsociales. La representatividad de estas muestras no radica en la cantidad de las mismas, sino en las posibles configuraciones subjetivas (valores-creencias-motivaciones) de los sujetos con respecto a un objeto o fenómeno determinado. (Serbia, 2007, p. 11)

CUADRO 1. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA POR GÉNERO

Edades	Mujeres	Varones
40-49	56	13
50-59	45	16

Basado en la cantidad de entrevistados.

Entonces:

1. Se empezó con una noción general de dónde y con quién comenzar (conveniencia o avalancha).⁷³
2. La muestra se seleccionó a partir de que los miembros sucesivos se eligieron basándose en los ya seleccionados y en la información que facilitaron.
3. La muestra se fue ajustando a partir de nuevas construcciones teóricas que surgieron mediante el análisis primario de los primeros entrevistados.

⁷²El cual se definió como aquello que por lo menos tenían finalizada secundaria.

⁷³Ver :Vallés (1997).

4. Se continuó hasta alcanzar la saturación.

De los entrevistados que pertenecen a la muestra, el 90,76 % tenía educación terciaria, de los cuales el 31,53 % presentaban niveles educativos de posgrado.

CUADRO 2. NIVEL EDUCATIVO DE LOS ENTREVISTADOS.

Nivel Educativo	Frecuencia	Porcentaje
Secundaria	12	9,2
Terciaria	118	90,8
Total	130	100,0

Se relevó un total de 130 personas, 77,69 % mujeres y 22,31 % varones. La diferencia por sexo está dada en que la respuesta era voluntaria.

CUADRO 3. SEXO DE LOS ENTREVISTADOS

Sexo	Frecuencia	Porcentaje
Mujer	101	77,7
Varón	29	22,3
Total	130	100,0

12.3. Sobre las técnicas

En este trabajo se utilizaron dos técnicas que se complementan: la entrevista y la sociología visual, a partir del análisis fotográfico. Ambas se integraron y aportaron a la recuperación de la información.

El uso de la entrevista cualitativa como técnica intenta dejar de lado la perspectiva metodológica que privilegia la cuantificación del dato con su consecuente elaboración estadística para determinar que una investigación tiene un estatuto científico y que esa elaboración estadística es el único criterio de validez. En el mismo sentido la utilización de la sociología visual permitió corroborar tendencias, la fotografía (al igual que las imágenes cinematográficas y de video) pueden ser utilizadas como técnicas auxiliares para recabar, describir o analizar datos o en un proceso de investigación (Ortega Olivares, 2009).

12.4. La entrevista

La entrevista cualitativa es una técnica indispensable para que se pueda generar conocimiento sobre el mundo social, ya que se ubica en «[...] el plano de la interacción entre

individuos cuyas intenciones y símbolos están muchas veces ocultas y donde su empleo permite descubrirlo» (Vela Peón, 2001, p. 67). Además, es definida como una situación construida o creada con el fin específico de que una persona pueda expresar, al menos en una conversación, ciertas partes esenciales sobre sus referencias pasadas o presentes, así como sobre sus anticipaciones e intenciones futuras (Kahn y Cannell, 1997, citado por Vela Peón, 2001). Se trata de una interacción entre el entrevistado y el entrevistador que, tanto en copresencia como a partir de la voz de otro, genera un proceso de intercambio simbólico. Es una técnica indispensable para llegar a interpretar significados y símbolos que están ocultos detrás del discurso institucionalizado socialmente.

A grandes rasgos, las preguntas abiertas son aquellas en las que proporcionamos el máximo grado de libertad a la expresión de la respuesta. Generalmente, se concretan mediante un espacio libre de respuesta verbal con dimensiones no determinadas de cierta extensión para suscitar unas palabras o unas frases.

La técnica se utilizó de dos maneras: entrevista cerrada y abierta. En el primer caso, se formularon preguntas cerradas, pero con un orden pautado por la interacción. Se usó como guía el cuestionario *Mi envejecer*, de Zarebski (2011),⁷⁴ al que se le realizaron ajustes a efectos de que se adecuara a los objetivos de la investigación. Esta técnica es una herramienta necesaria para captar «[...] los factores subjetivos y de personalidad que contribuirían a lograr o a interrumpir la continuidad identitaria» (Zarebski, 2011, p. 32). En definitiva, la intención de su uso coincide con la propuesta de la autora de identificar si «[...] las personas envejecen de una forma consistente con sus biografías anteriores» (Zarebski, 2011, p. 32). Las dimensiones que se relevaron fueron: 1) las actitudes anticipatorias con relación a la propia vejez, 2) la disposición al envejecimiento, 3) proyectos propios y 4) modos de envejecer y predisposición al cambio.

En las entrevistas abiertas se incorporaron preguntas con referencia a la relación de cuidado a dependientes y a la paternidad o maternidad como elementos que podrían incidir en la proyección de la vejez propia.

La entrevista en profundidad se orienta a la comprensión de las perspectivas del entrevistado sobre su vida en sus propias palabras. Para Bourdieu (1999), se escucha la voz de

⁷⁴ Este cuestionario elaborado para su tesis doctoral y publicado por Zarebski (2014) es una herramienta de la psicogerontología que se construye con un doble alcance, como herramienta de investigación y como pauta de intervención. Para este trabajo se referenciaron las preguntas que incluye, entendiendo que aportaban a la problemática planteada, con modificaciones de acuerdo a la propuesta de investigación.

los protagonistas y se pone en juego su *yo total biográfico*, se realiza un movimiento que lleva desde el pasado al presente: desde el presente devuelve la mirada sobre el pasado, con una escucha activa tanto del entrevistado como del entrevistador, intentando, de esa manera, que la subjetividad que se objetivó en una práctica determinada pueda, al volver a subjetivarse, transformarse en nueva objetivación. Se puso especial cuidado en evitar la *intrusión*, que es inevitable en una situación de entrevista ya que pone la *reflexividad refleja* del investigador (Bourdieu, 1999) para evitar la violencia simbólica.⁷⁵

El uso tanto de la entrevista cerrada como de la abierta supuso una instancia de problematización de parte de los entrevistados sobre sus creencias en torno al envejecimiento y a su propia futura vejez. Al total de los entrevistados se les aplicó el cuestionario; a 16 de ellos, además, se les hizo una entrevista en profundidad con el propósito de ahondar en aspectos tales como el cuidado, los vínculos intrafamiliares y los proyectos de futuro.

12.5. Sobre el análisis de las fotografías

Para complementar las anteriores técnicas se recurrió a la llamada sociología visual. Se tomaron los aportes de Echevarren (2010), de Ortega Olivares (2009), de Becker (1999) y de Bourdieu (2003) para el análisis de las fotografías.

Utilizar imágenes, aunque no hayan sido captadas con el propósito de la investigación, se justifica en la medida en que aportan datos que no pueden ser captados por otros medios. Esto no sustituye a la palabra ni al texto, aunque puede complementarlo (Ortega Olivares, 2009) ya que responden a distintas lógicas.

Echevarren (2010) plantea que «[...] mirar es una forma de percibir, y percepción e interpretación son elementos inseparables» (p. 4). Al constituir la imagen de un acontecimiento social se da cuenta de parte de los ritos de una sociedad determinada, y en ese sentido es que la sociología debe afrontar la investigación de los fenómenos visuales. La fotografía, como imagen por excelencia en la cultura, tiene implicaciones en tres niveles: en un nivel sociológico y antropológico, la fotografía es primordialmente un rito social, que se dedica además a fotografiar (memorizar) otros ritos sociales. Echevarren (2010) afirma que es una suerte de rito dentro de otro rito y, por tanto, la fotografía es una estrategia de la socialización de las personas.

El segundo nivel que plantea es el psicológico: «[...] la foto es una defensa contra la

⁷⁵Spinoza, citado por Bourdieu (1999): «No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender.»

ansiedad» ya que fotografiar «[...] proporciona una ilusión de poder sobre objetos y personas, e incluso poder sobre el tiempo y el espacio» (Echevarren, 2010, pp. 6-7), en el sentido de que proporciona seguridad en la memorización de experiencias.

Por último, el tercer nivel hace referencia a la fotografía como instrumento de poder, pues la imagen fotográfica representa un papel primordial en cualquier aparato propagandístico por su supuesta veracidad.

A algunos de los entrevistados se les solicitó autorización para la utilización de sus fotografías (consentimiento informado) y de las fotos que tuvieran de familiares (progenitores o abuelos) con la misma edad cronológica que la delimitada para la muestra y que cumplieran con el criterio de tener al menos secundaria aprobada (no se fijó como criterio específico, ya que debido a los niveles de escolarización de la época podría haber sido un impedimento). Se considera entonces que el uso de las fotografías puede permitir una doble hermenéutica del fenómeno planteado.

Una forma de mirar esto es a partir de las imágenes que las personas muestran o comparten, y en las que se proyecta también la construcción social de la vejez en los diferentes momentos de la historia. Dieciséis de las 32 personas a las que se les solicitó material fotográfico de las décadas de los sesenta y los setenta sí lo aportaron, el resto no lo hizo, aduciendo que no conservaban o que no cumplían el criterio. Por otro lado, solo 5 dieron consentimiento informado para el uso de fotografías actuales. En total, se recibieron 110 fotografías: 40 de la década de los sesenta, 40 de la de los setenta y 30 de la década actual (2010-2017). Para el uso de las imágenes actuales, se solicitó consentimiento informado.

CUADRO 4. NÚMERO DE FOTOS POR DÉCADA

Década	Cantidad
1960	40
1970	40
2010-2017	30

Otro aporte que puede implicar el uso de las fotografías es tener en cuenta la imagen por sí misma en sus distintas formas, por un lado, y su utilización como forma de recoger información sobre la realidad social, por otro. Desde ambas dimensiones, plantea Ortega Olivares (2009), la imagen como lenguaje es uno de los principales inconvenientes que ha tenido lo visual para integrarse dentro del conocimiento científico. Esto se debe a que es un

dato *demasiado subjetivo*, no *solo* por quien lo toma, sino también por quien lo interpreta a lo que se agregan las dificultades de operacionalizarlos, complejizando aun más su uso.

La imagen es entendida a través de un código no escrito complejo, que se requiere para la interpretación de la obra. Si una imagen quiere transmitir un sentido determinado, previamente la persona debe conocerlo y asumirlo. Por sí sola, la imagen no crea conocimiento. Esto es *solo* posible a través de un código que permita un discurso racional con capacidad de abstracción. (Ortega Olivares, 2009, p. 169)

Toda comunicación necesita de un emisor y de un receptor, de un canal y de un código. El código permite interpretar el dato que se construye como una categoría teórica y, al igual que esta, depende de la intención del investigador. No es inmediato ni intuitivo y requiere de dos procesos. Según Echevarren (2010):

[...] la cultura de las imágenes, de manera que ciertos temas pueden apoyar sus significados en base a otras imágenes (es decir, otras formas de organizar el espacio, símbolos establecidos por la fuerza de la tradición) y una cultura compartida determinada, que implica la misma visión de determinados temas. También existe un fondo común de historias que tanto fotógrafo y espectador conocen, sean bíblicas, mitológicas o contemporáneas. Esto implica que toda visión de una obra desligada de su época, suele confundir los significados, o reinterpretar la imagen en términos nuevos. Cada época elige una historia determinada para ser representada. Ambas responden al clima social que rodea a la imagen, que es también una construcción social. (p. 10)

La fotografía es una «[...] herramienta de exploración de la sociedad» (Becker, 1974), de ahí que su uso como instrumento permita identificar situaciones sociales que de otra forma podrían pasar sin ser advertidas: «[...] encuentra su razón de ser en la manera como aquellos que están implicados en su elaboración la comprenden, utilizan y le atribuyen un sentido» (Becker, 1999, pp. 173-174). La utilización de la fotografía implica que se propongan preguntas sobre lo que los actores sociales se plantearon sobre su uso: «[...] las fotos, como todo objeto cultural, extraen su sentido del contexto» (Becker, 1999, p. 181). De ahí que tengan un sentido, que *muestran* una significación.

Para Bourdieu (2003), existe una doble relación con la fotografía ya que es un producto cultural y, a la vez, puede ser utilizada como una herramienta de trabajo para la investigación. Se considera que esta es «[...] la única práctica con dimensión artística accesible a todos, y el único bien cultural universalmente consumible» (Bourdieu, 2003, p. 38). Esto le otorga una importancia analítica al poseer significaciones (unas explícitas y otras implícitas) que responden a una situación en la cual quienes las expusieron muestran las condiciones objetivas de su realización (su importancia, su situación, su pertinencia), mientras que también denotan «[...] una forma de mirar [...], una forma de intensificar la mirada» (Bourdieu, 2003, p. 23).

Se realizó una selección de 14 fotografías tomadas durante tres períodos, es decir, de las décadas de los sesenta, de los setenta y de la actual (2010-2017).

La utilización de esta herramienta supuso tres ejes:

1. cómo se presenta la persona frente al exterior a partir de su apariencia;
2. cómo se representa la relación de pareja;
3. cuál es la *imagen de sí* que proyecta.

12.6. Sobre el análisis de los resultados

La propuesta implicó la utilización del método comparativo contrastando las respuestas similares, pero que entre sí tenían determinadas características que permitieron interpretarlas a partir de formulaciones teóricas (Strauss, 1987).

Para reconstruir las trayectorias se fueron identificando en las respuestas las transiciones y los hitos, utilizando el método de comparación constante (Strauss y Corbin, 1998, 2002). Se construyeron categorías que surgieron del cotejo de las respuestas a partir de los datos, distinguiendo tendencias y recurrencias (en base a las representaciones) sobre el envejecimiento y las decisiones que se tomaban, o no, frente a la idea de ser viejos.

El desarrollo de los hallazgos que se realiza en cada apartado incorpora la empiria y la teoría sobre cada una de las categorías. Se seleccionaron algunos párrafos significativos a modo de ejemplo. Una vez definidas las categorías, la exposición del análisis se realiza en forma conjunta al abordaje teórico, al igual que los datos secundarios se incorporan al corpus conceptual.

Bourdieu (1991) considera que las transcripciones no son un dato en bruto, se ha de tener en cuenta cómo se realizó la entrevista, la forma de abordarla, de presentar la propuesta, el tipo de pregunta, los estímulos no gestuales, los refuerzos. Al respecto:

Son otras tantas indicaciones e intervenciones que sirven para orientar los planteamientos del encuestado y estructurarlos rompiendo la ilusión espontánea del discurso que habla de sí mismo, y que están ahí para dirigir la mirada del lector hacia los rasgos pertinentes que una percepción desarmada y distraída correría el riesgo de pasar por alto. Tienen por función recordar todo cuanto se disimula y se transmite a la vez en el discurso, es decir las condiciones sociales de que es producto el autor del discurso, su trayectoria, su formación, sus experiencias profesionales, e iluminar, con la luz de todas esas informaciones, todo cuanto se enuncia o se traiciona a través de los silencios, los sobrentendidos [...]. Pero transmitir esas razones de ser, las condiciones sociales de posibilidad y de imposibilidad que se hallan en el principio de las conductas o los planteamientos observados, como transmitir la fórmula generadora del discurso registrado, como en una palabra, explicar, sin sujetar con alfileres, sin dar a la transcripción de la entrevista, con su comentario, el aire de un protocolo de caso clínico, precedido de un diagnóstico clasificatorio. (Bourdieu, 1991, p. 67)

Lo primero que se debe explicitar a la hora de iniciar el análisis de los resultados es desde qué postura se realiza este trabajo. La situación de entrevista implica una relación de dos lógicas distintas, la del investigador, cuyo fin es el conocimiento, y la del entrevistado, al que se le *interroga* para conseguir ese fin, poniendo el énfasis metodológico en la calidad de la respuesta. El entrevistador es una guía en el relato del entrevistado. Las respuestas que obtenemos, ordenadas por un análisis teórico, permitirán *comprender* (en el sentido weberiano) al sujeto que construye su historia.

En ese sentido, se concuerda en que «[...] un análisis temático busca de manera metódica las unidades de sentido a partir de los temas enunciados por una persona que produce un discurso» (Baeza; 1999, p. 52). Lo que se busca en este tipo de análisis no es la coherencia del discurso individual, sino la supra individual, «[...] una conexión de sentido subjetivo entre varias personas entrevistadas» (Baeza, 1999, p. 52). Con la utilización de esta técnica se pretende construir formulaciones interpretativas, modelos, tipos ideales que superen los obstáculos de las justificaciones individuales del sujeto entrevistado, sus verdades, su construcción personal de la realidad.

La unidad de registro utilizada fue la frase. Para dar cuenta del objeto de estudio, la categorización fue un paso que ofició de insumo para el análisis, «[...] las categorías son secciones o clases que reúnen un grupo de elementos (unidades de registro en el caso de análisis de contenido) bajo un título genérico, reunión efectuada en razón de los caracteres comunes de estos elementos» (Bardin; 1986, p. 90).

La categorización utilizada fue semántica. Se identificaron las respuestas a partir de una codificación que da cuenta del número (arbitrario) que se le asignó al cuestionario, seguido de la identificación del género (M, para mujer y V para varón) y la edad cronológica. (xV/M xx) y, en el caso de las transcripciones de las entrevistas abiertas, se optó por el género y la edad.

Para el análisis de las fotografías se optó por identificar tres aspectos: postura corporal, distancia/cercanía entre los cuerpos, imagen proyectada.

13. Reflexiones sobre el proceso de investigación: algunos aspectos epistemológicos

«Los hechos que convalidan la teoría valen lo que vale la teoría que validan.»
(Bourdieu, 2011, p. 88)

Bachelard (1988), sobre los obstáculos epistemológicos expresa que siempre están presentes a la hora de proponerse un ejercicio de investigación. A medida que el investigador ahonda en su tema, aparece la dificultad de que *lo que se cree saber* impide que emerja *lo que debería conocer*. Bachelard (1988) plantea ante la cultura científica *el espíritu nunca es joven: ya tiene la edad de sus prejuicios*. Por lo tanto, acceder a la ciencia es *rejuvenecer espiritualmente*, adaptándose y problematizando el pasado (Villamil Mendoza, 2008).

Al analizar la temática de investigación se pudieron identificar los siguientes obstáculos epistemológicos: la necesidad de superar lo que se denomina *experiencia primera*; esto es, a partir de las impresiones iniciales comenzar a decidir qué es lo que se incluye y qué se descarta. Ese es un problema que se planteó ya que las informaciones que se perciben mediante el sentido común (y que no fueron sometidas a crítica) están vinculadas a experiencias primeras que fueron inculcadas en la socialización primaria y aparecen como naturalizadas. El proceso de envejecimiento no emerge como un dato dado, la sociedad presenta categorías que se manifiestan como naturales, tales como: *los niños, los jóvenes, los adultos, los viejos*. La primera impresión se vincula a la idea de etapas y esto implica problematizar las propias trayectorias; asimismo, se relaciona también con el entendido de que el espíritu científico debe formarse en contra de la naturaleza, del entusiasmo natural, e incluso en contra de lo percibido y debe ser construido, reformándose (Bachelard, 1988). La selección de este tema llevó a cuestionarse la elección por sus implicancias en la propia biografía. En este caso, el investigador forma parte del propio recorte realizado. Ha sido un desafío que acompañó todo el proceso dejar de lado lo que *se conoce* para construir un objeto de conocimiento.

Un segundo obstáculo que identifica Bachelard está relacionado con la tendencia al sustancialismo de la realidad investigada, la que se toma como esencia, sin problematizar. Esto se vincula a la *preconición*, no solo desde la vida cotidiana, sino también desde las representaciones sociales e incluso desde las teorías científicas. Posicionarse a partir de la perspectiva de la reflexividad para analizar la anticipación que las personas realizan de su propia vejez implicó hacer preguntas no solo a las categorías, sino a la propia perspectiva,

¿hasta dónde estos experimentos cotidianos habilitan a un proyecto individual? Si a las prenociones que aparecen constantemente al problematizar un tema que se presenta como cercano, el campo de investigación e incluso la propia práctica profesional, constituyen un problema, si, además, a eso se le suma la lectura mediada por marcos teóricos que no fueron pensados para comprender ese preciso objeto, se hace aún más necesario estar vigilante de lo que se cree encontrar.

El tercer obstáculo con el que se encuentra el investigador al delimitar su objeto de estudio refiere al empleo de conceptos de la vida cotidiana que adquieren en el hábito lingüístico de la experiencia social significados distintos a los supuestos de la investigación académica. Se trata, pues, de deconstruir el lenguaje cotidiano para re significar los conceptos utilizados en el marco de la investigación social.

Abordar una temática que interesa y tratar de buscar que el recorte tenga algún viso de originalidad aparece como una primera frontera que el investigador tiene que transponer. Allí emerge un primer *parte aguas* o territorio a *conquistar*: el enfoque disciplinario ¿Qué significa pararse desde el trabajo social para pensar el envejecimiento? ¿La trayectoria disciplinaria en intervención sobre la vejez, sobre los sujetos envejecidos, da lugar a un conocimiento pertinente sobre la temática? ¿Hay una especificidad disciplinaria que habilite a la profesión a desarrollar teoría social sobre estos sujetos? Al iniciar esta investigación, posicionada desde la experiencia en el trabajo profesional con la vejez y al mismo tiempo como investigadora de la temática, la primera dificultad que se plantea es: ¿qué aspectos de las múltiples miradas y problemas de la temática abordar? Si la propuesta es comprender y, por lo tanto, contribuir al conjunto de los estudios sobre la vejez desde la mirada del trabajo social, pensar el envejecimiento como parte del curso de vida y la posibilidad de su anticipación, entonces, es posible repensar las prácticas y sus sentidos.

A eso se agrega la circunscripción de las disciplinas en tanto constructos sociales que demarcan el campo de conocimiento sobre lo social. Aparecen aspectos de la realidad social sobre los cuales parecería que no se puede *pensar* desde el trabajo social e incluso desde las ciencias sociales. Conceptos como identidad, anticipación, surgen como subproductos de otras fronteras disciplinarias con una substanciación de los aspectos intrapsíquicos sobre los que las ciencias humanas y sociales no tienen experticia y que deben ser objeto de otras ciencias (psicología, psiquiatría). Intentar, desde una mirada social, dar cuenta de las imbricaciones que estos constructos teóricos aportan para la comprensión de la vejez propia, desde un presente (en el cual aún no ha ocurrido), significó una dificultad adicional. La

estrategia metodológica y la selección de las técnicas en el diseño de la investigación (entrevista y análisis fotográfico) permitieron el abordaje de la temática al habilitar una mirada externa a una respuesta interna.

En tanto sujeto que conoce, el propio investigador se convirtió en un obstáculo en la medida que la investigación parte de un agente que intenta conocer (sujeto cognoscente) que, no solo es poseedor de una determinada educación, ideología, valores, sino que está situado históricamente y es producto de una formación disciplinar. Por lo tanto, es poseedor de determinadas maneras de demarcar lo *pensable* y, desde su lugar, debe reinterpretar la realidad que analiza.

Pensar en términos de obstáculos epistemológicos implica dar cuenta de que el investigador es un ser situado y que son sus propias limitaciones las que no permiten una correcta apropiación del conocimiento objetivo. El esfuerzo que supone determinar cuáles son las dificultades específicas que impiden una apropiación adecuada de la realidad comienza con la identificación de esas dificultades, a efectos de atender la necesaria vigilancia epistemológica que permita adecuar los marcos teóricos y las decisiones metodológicas, sin forzarlos a que nos *expliquen lo* que no pretenden.

Otra dificultad en el proceso de delimitación del objeto fue la temática a abordar. El específico recorte de la realidad sobre la que se pretendió *conocer* y su opacidad, sus múltiples aristas, inabordables todas, pero que aparecen como necesarias para comprender, y la gran dificultad de intentar, cual cirujano, recortar, extraer una pequeña porción para poder construir un objeto de estudio sobre el cual decir *algo* que contribuya a su comprensión.

La primera precisión que se debe realizar es que la temática planteada ha sido poco abordada desde el Trabajo Social, por lo que la propuesta metodológica frente a esta temática se vio permeada por la dificultad de entender que «Hay problemas que los sociólogos omiten plantear porque la tradición profesional no los reconoce dignos de ser tenidos en cuenta, no ofrece los instrumentos conceptuales o las técnicas que permitieran tratarlos canónicamente» (Bourdieu, 2011, p.48).

Este trabajo de investigación intentó colocar la mirada sobre la mediana edad, su significado en la construcción de identidad, la perspectiva de la anticipación del propio envejecimiento. Ha sido un punto de partida que plantea la anticipación sobre la propia vejez como objeto de análisis, a partir del supuesto que las personas son sujetos envejecientes y que la percepción que se tiene sobre la vejez surge como experiencia personal que se arraiga en determinadas estructuras sociales, significaciones y modos de vida. Para ello fue necesario

evitar la substancialización, ya que esto impide «[...] ver su modificación de sentido según el juego complejo de relaciones que las define cada vez» (Martínez, 2007, p. 198).

La metodología utilizada no permite generalizar resultados estadísticos ni siquiera describir un estado de las cosas y mucho menos explicar el fenómeno en estudio. Se requiere, para ello, pensar en términos de construcción y ruptura (Bourdieu, 1976), pero, sobre todo, es necesario un permanente ejercicio de inspección a efectos de controlar los elementos subjetivos que surgen al estudiar un tema que aparece como novedoso en la disciplina. La utilización de la perspectiva de la sociología reflexiva se entendió pertinente «[...] no como cambio de perspectiva sino como maduración que permite comprender lo que está en juego» (Martínez, 2007, p.171).

Se puede decir que abordar un tema de tesis implica dar cuenta de, por lo menos, una serie de problemas que deben ser considerados (Beltrán, 1985; Bourdieu, Passeron y Chamberdon, 2011; Vasilachis, 2003). A saber:

- frenos vinculados a la perspectiva teórica desde la cual se analiza el tema;
- tensiones disciplinares, en la medida que las propias profesiones enmarcan el conocimiento a compartimentos que no deben ser extrapolados;
- trabas del propio investigador, ya que se trata de un ser situado, con formación disciplinar, con ideología, valores y posición política que no puede ser soslayada;
- delimitación de la temática, pues no todos los temas de investigación tienen el mismo grado de desarrollo teórico-conceptual ni histórico o ético;
- dificultades referidas a los sujetos involucrados. No es lo mismo tratar con un objeto de investigación histórico que tratar de problematizar a los agentes contemporáneos que desarrollan su situación vital en la medida que se configuran como parte del universo de estudio.

La explicitación del derrotero y de los obstáculos encontrados a lo largo del proceso de investigación permiten problematizar también los hallazgos, si los hay, pero sobre todo habilita a cuestionarse cuánto de lo que se considera en la vida cotidiana como cierto no es más que «[...] un fragmento de una poderosa construcción que nos impide ver lo que requiere ser visto» (Vasilachis, 2003, p. 12). A esto se suma la certeza de que escribir una tesis de doctorado está condicionada por el *para quien* se escribe, esto implica muchas veces optar por presupuestos teóricos y metodológicos que tengan en cuenta el campo disciplinar.

La necesidad de explicitar los obstáculos surge de preguntarse sobre la posibilidad que tiene el cientista social de producir un conocimiento que aporte un poco de luz sobre los

temas sociales que aborda, si, en definitiva, no se oscurece y oculta lo que se quiere conocer. Al respecto, Vasilachis (2003) propone como «[...] una reflexión acerca de las formas de conocer es también una reflexión sobre el empleo del conocimiento que se produce» (p. 12).

Segunda parte

1. Del dicho al hecho: la percepción sobre la propia vejez

«La vejez no está reservada a los demás, nos acecha como acecha a la bella muchacha cuyo pesar anticipa; es nuestro destino.»
(De Beauvoir, 1970, p. 182)

En este apartado se desarrollará el análisis de los datos recabados, los que se vincularán a la idea de la vejez propia de los entrevistados. Como fuera mencionado, se parte de la idea de que las personas, en su autopercepción, se conciben *sin edad* como identidades que transcurren.

Dada la muestra seleccionada (personas entre 40 y 59 años) se puede plantear que al encontrarse en un momento biográfico anterior a la etapa de la vejez, la percepción sobre ella se plantea proyectivamente e implica una evaluación subjetiva.

Para comprender lo que se entiende por vejez se van a tener en cuenta cuatro cuestiones:

- 1- ¿Qué entiende que es envejecer?
- 2- ¿Se sintieron viejos en algún momento de sus biografías?
- 3- ¿Cuáles son las pérdidas (si las hay) que consideran acaecen al envejecer?
- 4- ¿Cuáles las ganancias (si las hay) que reconocen en la vejez?

El supuesto desde el que se analizan los datos es que el envejecimiento propio para las personas que se ubican en edades anteriores a las que la sociedad instala como la del inicio de la vejez,⁷⁶ se presenta como un asunto sobre el que se *piensa* a partir de algún acontecimiento externo: *la vejez de otros, la mirada ajena*.

Esto se vincula con otras investigaciones (Cavalli, 2006, 2008; Gastrón, 2009) donde la percepción de la entrada a la vejez depende de la edad del consultado, cuánto más años cumplidos más se aleja la vejez. Las personas no se ubican como incluidas en la vejez; si se le pregunta a alguien de 70 años la ubicará en aquellos que pasan los 80 años, (una perspectiva que se alinea a la propuesta de Filardo y Muñoz (2001) sobre la hipermetropía de las relaciones sociales).

Desde la perspectiva del curso de vida, las diferentes transiciones que ocurren en las biografías implican «[...] un intenso trabajo por parte de la sociedad y de la cultura» (Gastrón,

⁷⁶ En nuestro país según los documentos relevados se ubica en la edad cronológica de los 65 años

2009, p. 10), a la vez que se ponen en juego opciones, decisiones y obligaciones vinculadas a la edad que se está transitando, de acuerdo a modelos sociales que regulan los cursos de vida a nivel estructural y que las personas negocian a nivel individual.

Dado que es el resultado de una construcción del sujeto sobre la base de una negociación de los modelos de trayecto de vida disponibles. En este nivel, remite a diferentes esferas también denominadas, campos o sistemas de acción, en los que transcurre la existencia y donde se ponen de manifiesto los cambios que jalonan las etapas y los cambios transicionales. (Gastron, 2009, p. 13)

Del relevamiento realizado (130 entrevistas a personas que tiene en común la característica de pertenecer a una determinada generación y comportan similares condiciones materiales)⁷⁷ el concepto sobre el propio envejecimiento, proyectado desde el presente (joven), al confrontarse con la idea, da una idea sobre la perspectiva de la vejez propia.

Se trata de personas que nacieron entre los años 1958 y 1977, lo que implica qué eventos fundamentales en la historia del país les acaecieron en una etapa de sus vidas en la que las formas de socialización secundaria, vía educación, se transitaron en un contexto de pérdida de libertades individuales. Nacieron o se criaron en dictadura, vivenciaron las consecuencias que sobre las instituciones significó el golpe de Estado en el país (27/6/1973). Para algunos significó convivir con el terrorismo de Estado (prisión, exilio, persecución de sus familias), para todos implicó vivir las consecuencias de un régimen de limitación de los derechos humanos fundamentales, durante un periodo importante de sus vidas. Estos procesos de socialización, en un contexto de represión y supresión de garantías, durante su infancia y adolescencia los ubica como una generación que procesaron los mismos eventos sociales y sus consecuencias.

En relación con Uruguay ocurre algo muy similar respecto a la dictadura militar que es mencionada en primer lugar por cerca del 40 % de las personas entrevistadas en las cohortes mayores de 50 años al momento de la encuesta. Esto se acompaña de menciones específicas al golpe de Estado en particular en las generaciones mayores y la reapertura democrática entre los que atraviesan la mediana edad. Considerando estos procesos en conjunto impactan en una parte importante de las generaciones entrevistadas exceptuando a los más jóvenes.

Otro evento que equipara en magnitud al de la dictadura es la crisis económica atravesada por el país en el año 2002. Esto es particularmente señalado en grupos etáreos con menos de 40 años al momento de la encuesta que vivieron –probablemente más que otras generaciones– sus consecuencias en materia económica, laboral y social. La asunción del Primer Gobierno del Frente Amplio en el año 2005 es un evento señalado por todas las generaciones aunque con jerarquías diferentes según las edades impactando

⁷⁷ En este caso dado por pertenecer a la misma categoría de agentes *educados* lo que implica que, por lo menos, tiene secundaria y más, conceptualizado a efectos de este trabajo como pertenecientes a una misma situación del espacio social en la misma época.

en mayor medida entre los más jóvenes pero con significancia también entre los mayores. (Paredes y Oberti, 2015, p. 7)

1.1. Sobre la noción de *vejez*

Frente a la pregunta de qué es envejecer, las respuestas de los entrevistados son variadas. Si bien la mayoría entiende el envejecimiento como un proceso natural, aparecen representaciones que tienen que ver con el prejuicio y la valoración social sobre esta etapa. Los resultados que se muestran son de construcción de significado; aunque se realiza una presentación numérica a efectos ilustrativos, no tiene esta una pretensión estadística de representación.

A efectos analíticos se crearon cuatro categorías:

- *Naturalización* (V1N): pertenecen a esta categoría las respuestas que consideran a la vejez y al proceso de envejecimiento como parte del curso de la vida. Se incluyen las contestaciones en las que, a pesar de tener algún matiz de negatividad, se interpreta la vejez como parte del curso natural de la vida y del devenir de la biografía.
- *Visión romántica* (V2Vr): dentro de esta categorización se incluyen las argumentaciones que representan a la vejez como una etapa idílica, plena, de crecimiento personal, de sabiduría.
- *Visión infausta* (V3Vi): a diferencia de la anterior, se incluyen en este *tipo ideal*⁷⁸ las frases que muestran una perspectiva negativa de la vejez.
- *Aceptación* (V4A): en contraposición a la primera categoría, las respuestas que se incluyen aquí tienen que ver con no solo considerar que es una etapa del curso de vida, sino también que forma parte de los sujetos y que configura la trayectoria vital. No solamente es naturalizada, sino aceptada.

⁷⁸ En el sentido dado por Weber (1997) .Un tipo ideal está formado por la acentuación unidimensional de uno o más puntos de vista y por la cantidad de síntesis de fenómenos concretos difusos los que se colocan según estos puntos de vista enfatizados de manera unilateral en una construcción analítica unificada. Dicha construcción mental es únicamente conceptual, por lo que no puede ser encontrada empíricamente en la realidad.

CUADRO 5. CATEGORIZACIÓN DE LAS RESPUESTAS SOBRE LA PREGUNTA QUÉ ES ENVEJECER.

<i>¿Que es envejecer?</i>	Frecuencia	Porcentaje
Naturalización (V1N)	50	38,5 %
Visión romántica (V2Vr)	14	10,8 %
Visión infausta (V3Vi)	20	15,4 %
Aceptación (V4A)	46	35,4 %
Total	130	100,0 %

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A ENTREVISTAS.

Asimismo, se tuvo en cuenta, a la hora de considerar las respuestas, la edad de los entrevistados, con tramos comprendidos entre los 40 y los 49 años, y entre los 50 y los 59 años. Con ello se pretendió analizar si existían diferencias según la proximidad o no a la edad cronológica considerada como de inicio de la vejez. Aquí el concepto de *generación* aparece como una herramienta metodológica oportuna para medir el tiempo histórico y para poder comprender cómo se da el encadenamiento de las generaciones. Los tramos divididos en períodos de 10 años posibilitan comparar la mayor o menor cercanía a la edad teórica de comienzo de la vejez y, por tanto, el mayor o menor acercamiento (y su consecuencia) en la representación propia de la etapa a vivir.

Se presentan a continuación los resultados en función de la construcción de significado en forma de tabla, a efectos demostrativos, sin que tenga significatividad estadística.

CUADRO 6. COMPARACIÓN EN TÉRMINOS RELATIVOS DE LOS TIPOS IDEALES SEGÚN LAS CLASES DE EDAD CON LAS RESPUESTAS SOBRE QUÉ ES ENVEJECER.

	Naturalización		Visión romántica		Visión infausta		Aceptación	
	n	%	n	%	n	%	n	%
40-49	26	37,7 %	7	10,1 %	6	8,7 %	30	43,5 %
50-59	24	39,3 %	7	11,5 %	14	23,0 %	16	26,2 %
Total	50	38,5 %	14	10,8 %	20	15,4 %	46	35,4 %

FUENTE: ELABORACIÓN EN BASE A ENTREVISTAS.

Los entrevistados menores de 50 años plantean una mirada idealizada (V2Vr) sobre la vejez, y esbozan que envejecer es:

Hacerse más sabia y reírse más de uno mismo. (2M42)

Ir transitando la vida e ir reconociendo el pasaje del tiempo, como un proceso de madurez y de sabiduría. (12M46)

Ir creciendo tanto intelectual como afectivamente. (28M48)

Cuando la forma de entender la vejez comporta un significado que coloca al envejecimiento como un proceso que se desarrolla a lo largo de la vida de manera ajena a la voluntad y que forma parte del desarrollo, es decir, cuando se *naturaliza* (V1N), las respuestas planteadas son unívocas:

Transitar por la vida. (23M46)

La única regla cierta para todos. (40V45)

Parte del ciclo de la vida. (48M46)

Es un proceso natural que ocurre con el paso del tiempo. (65M47)

Hay un matiz con respecto a la aceptación (V4A) en relación a una reflexión previa sobre el paso del tiempo en la biografía propia. Implica una cierta reflexividad sobre las consecuencias y sobre las decisiones:

Una etapa que tengo que vivirla lo mejor posible. (41M46)

[...] es natural igual que morir, es inevitable mientras no me toque una catástrofe que me mate ahora mismo. Envejecer es también una oportunidad para madurar. (47M45)

[...] es parte de la vida. Siempre envejecemos, aunque no es lo mismo envejecer hacia la juventud/madurez que hacia la vejez. (86V48)

El paso de los años, que tiene impactos físicos, psíquicos y sociales. En muchos casos negativos, pero también de nuevas oportunidades (muchas veces por mayor disponibilidad horaria). (100M40)

La visión negativa sobre el propio envejecimiento (visión infausta —V3Vi—) implica entender que la vejez es una etapa ingrata, a la que no se quiere llegar y que no se acepta:

Melancólico, nos acerca al fin de la existencia, se deben procesar pérdidas. (82M40)

Es ser más viejo. (84V42)

Es ¡envejecer! (94V45)

Envejecer es estar más cerca de la muerte. (128M47)

La propia tautología de las respuestas da cuenta de un imaginario que considera que la vejez es algo negativo, una suerte de *no lugar* que únicamente tiene como destino el fin de la vida. Las vivencias sobre la vejez se apoyan en discursos, representaciones, es un destino cierto pero lejano, por lo que la previsión sobre su efectiva incidencia en la biografía se prevé, pero no se internaliza.

A efectos analíticos se realiza la división entre las generaciones para poder contrastar las respuestas. Las contestaciones de aquellos cuyas edades cronológicas van de los 50 a los 59

años se contrastan con las de quienes tienen entre 40 y 49 años. Con el mismo criterio se transcriben a efectos ilustrativos frases que dan cuenta de las categorías mencionadas:

Ganar en sabiduría, en sensatez, en priorizar lo relevante, es acercarse más a Dios, es perdonar. Es reconciliarse con los demás y con nosotros mismos. (56M53)

Una experiencia maravillosa y un desafío personal, me gustaría cumplir plenamente porque pienso que no existe aventura más digna y maravillosa que la vida misma. (59V56)

Un orgullo de peregrinar la aventura de vivir. (66V59)

Es ser más sabia. (72M57)

Si bien se consideraron como pertenecientes a la misma tipología (visión romántica), se observa que en las respuestas de los *mayores* hay una carga afectiva superior: *maravilloso, sabiduría, ayuda* son vocablos que dan cuenta de una proyección cargada de prejuicios (positivos) sobre la vejez que, aunque se puede asemejar a la cohorte anterior, agrega un cierto énfasis (por lo menos en el caso de las personas entrevistadas para este trabajo) que no aparece en las edades menores.

Si se acepta de manera provisoria que las vidas se construyen y que hay múltiples maneras de ser y de llegar a ser viejo, hecho que dificulta la clasificación, no se podría pensar en un *envejecimiento normal* (Muchnik, 2006) en contraposición a otras formas (*¿anormales?*) de ser viejos.

En cuanto a la categoría naturalización (VIN), las respuestas relevadas son similares:

¡Es el precio por no morir joven! En realidad, uno no puede no envejecer; no cabe todo lo que he hecho en una vida más joven. (4M52)

Un proceso inevitable, que forma parte de la vida. (34M58)

Si bien hay una cierta nostalgia por la juventud, aparece la aceptación de la vejez como destino. Se trata, pues, de una concepción de la trayectoria vital como un continuo que va desde el nacimiento y que finaliza en la muerte, y que en ese transcurrir se va declinando. Hay una respuesta *intelectualizada* sobre el proceso.

Donde aparecen algunas diferencias entre los entrevistados mayores con respecto a los que tienen menos de 50 años es en las formas de aceptación y de rechazo. En la aceptación, hay una suerte de experiencia vivida que naturaliza el pasaje del tiempo, pero que a la vez lo concibe como tiempo vivido:

Ir madurando y perdiendo un poquito de salud. (60M52)

Ser una misma más que nunca, más allá del qué dirán..., es haber vivido y hacerse cargo de ello, es asumir las limitaciones, las pérdidas, disfrutar de los pequeños/grandes placeres,

es aceptación, es respetarse. (64M51)

Lo mismo sucede con la vivencia contraria, el rechazo hacia la vejez que se aproxima se hace más acentuado aumentar la edad del que responde:

Envejecer es horrible. (5V51)

Envejecer es una cagada. (18M51)

Cumplir un ciclo físico e intelectual. (36V51)

Es la progresiva separación del cuerpo físico del yo interior. (57V59)

Si los campos son sistemas en los que circulan capitales, hay agentes que hegemonizan las formas de saber, la representación y el discurso. Hay luchas por el poder de definir quiénes son los que detentan el poder sobre los productos. Las batallas en el campo de las edades tiene consecuencias en la realidad vivida. El efecto homogenizador de los discursos sobre la vejez, que remiten a reducciones generalizantes (en cualquiera de los sentidos, tanto en la sublimación como en el desprecio), van construyendo una vejez que se erige a partir de la idea que se han formado de ella. Existe una concordancia entre las representaciones sociales (la estructura) y las subjetividades, entre las divisiones objetivas del mundo social (dominados y dominantes) y las formas de visión y división que les aplican los agentes de esa dominación (Bourdieu, 1997). Así, vemos que:

La vida va dando pistas de que la edad avanza y quizá nos hagamos los desentendidos. En mi caso, me siento joven, no creo que poseo la edad que registra mi credencial, pero es una ilusión, ya que al no ver la letras pequeñas y usar lentes para leerlas ya es un aviso de que estamos más viejos. (109V54)

Podría decir que nos hacemos conscientes de la edad que tenemos tiempo después de haberla cumplido. La sorpresa estaría en que como nos visualizamos o reconocemos en otra edad que fue internalizada en otro momento. Digamos que primero «existimos» y luego «pensamos». Sería una mirada hegeliana de la historia tal vez; aplicada a nuestra «sorpresa» sobre la «edad» o tiempo transcurrido. (114M40)

Es ambiguo. Me reconozco tanto si se cumple un envejecimiento activo o relativamente autoválido, como en el opuesto. No tengo ningún oráculo, de modo que no sé en que extremo o situación intermedia me puede tocar. A veces, en relación a mis hijos o sobrinos, pero luego me integro cuando aprendo su lenguaje y costumbres, no para ser como ellos sino para compartir y comprender..., más persona y ser humano con capacidad para jugar un rol en la sociedad y en mi familia, especialmente junto a hijos, nietos, nuevas generaciones, si la biología me permite. (59V56)

La idea de vejez que se detenta remite a relaciones de poder que posibilitan que a determinados grupos se los objective como *indignos*, sobre todo a partir de determinadas

máculas (arrugas, canas). A partir de estas premisas se imposibilita la singularización del envejecimiento y se promueven prejuicios, en los que el viejo o los viejos son dependientes, son lentos o, por el contrario, deben ser sabios, activos, participativos, abuelos y un largo etcétera. Se puede plantear la vejez como un *rol sin rol* al no sostener una posición social o al tener dificultades para la inserción dentro de los roles atribuidos a los *menores*, fundamentalmente vinculados a lo laboral (Piña Moran, 2004). A esto se le puede agregar la carga valorativa que los demás colocan, como una marca, un hito, un «ya no podés» o un «ya no servís», como sucede con el límite de edad para algunas circunstancias como plantea uno de los entrevistados:

Creo que no sería tal cosa, en tanto el ir transitando por la vida es un proceso. Quizá sí haya puntos de inflexión clave que dan cuenta que uno quizá no registró que el tiempo pasó más rápido de lo que los otros ven en uno, por ejemplo, cuando por primera vez te llaman de «señora» o te dejan de tutear, o más adelante te dejan el asiento en el bus. (87M45)

Fue a la hora de buscar trabajo..., ponían el requisito de la edad..., ahí sentí los años... por los prejuicios de la sociedad. (90M48)

Jamás lo había pensado, eso le sucede a los viejos (entendía). Hoy, en otro estadio, se vuelve un tema profundo pensar en eso. (108V54)

Sentirse viejo es la exteriorización de la interiorización, se basa en la constatación del paso del tiempo en el cuerpo desde una objetivación que tipifica la vejez tanto desde la experiencia personal como social. La vivencia del proceso de envejecimiento ocurre a partir de determinadas experiencias, a partir de las que el yo biográfico se enfrenta a acontecimientos que el entorno devuelve en clave de vejez, como las canas, las arrugas incipientes o los cambios corporales. Al respecto:

Reconocerse como adulto mayor, persona mayor, anciano o viejo es reconocerse en el propio destino si se tiene suerte de vivir muchos años y llegado a este punto es mejor asumir las condiciones que impone la edad avanzada. (94M46)

Muchas arrugas, una cierta ajenidad con la imagen y la sensación interna de seguir siendo otra (más joven). (115M41)

No me siento o me he sentido viejo. Lo que puede recordarme que no es así es alguna dolencia física y la actitud de los demás (antes yo ofrecía el asiento, ahora a veces lo dejan libre como esperando a ver qué hago) y sus comentarios (en la oficina, cuando los compañeros, más jóvenes, comentan o preguntan: «cuando ingresaste», «vos tenés mucha experiencia, sos la memoria institucional de esta empresa», etc. Mientras escucho eso recuerdo que hace unas décadas el que estaba del otro lado era yo. (57V59)

1.2. Sobre la percepción de la propia vejez

Esta pregunta resultó central para analizar el supuesto de que la vejez no se vivencia sino a partir de la mirada de los otros. Las personas se consideran viejas con respecto a los que no están en sus condiciones, los que se presentan como más jóvenes. También se indagó sobre las consecuencias, en términos de significados, de los cambios corporales.

La percepción sobre la propia vejez entre las personas entrevistadas se cimenta en las representaciones sociales que sobre la vejez han incorporado a lo largo de sus trayectorias. Las ideas sobre qué es ser viejo, producto de la incorporación de esas creencias compartidas, son reformuladas a partir de las experiencias. Esto se vincula a la posibilidad de una reorganización psíquica y emocional que, al ya no estar basada en los ritos de paso de las sociedades tradicionales, implica que «[...] el yo alterado deberá ser explorado y construido como parte de un proceso reflejo para vincular el cambio personal y el social» (Giddens, 1995, p. 49). Con esto se entienden los cambios sociales en relación a los roles.

Así surgen estas nociones sobre la propia vejez, que se sintetizan en las respuestas centradas en la mirada de los otros o en comparación con los otros (mas jóvenes, pero también más viejos), que devuelven una imagen especular que se confronta con sus propias experiencias tempranas.

Entonces, de las opiniones emitidas por los participantes de la muestra se pueden considerar 5 tipos de respuesta:

1. se sintieron viejos en relación a otras personas *más jóvenes que ellos*;
2. se sintieron viejos frente a los cambios en el *físico*;
3. se sintieron viejos ante la dificultad de *adaptarse* al presente;
4. no se sintieron viejos;
5. expresan que no son jóvenes.

Se tuvieron en cuenta para categorizar las respuestas los diferentes énfasis realizados al responder. Frente a la pregunta de si alguna vez se sintieron viejos, las respuestas de los entrevistados oscilaron entre el reconocimiento de sentir que (por lo menos) son más viejos que otros y que ya no pertenecen a la juventud (a partir de señales en el cuerpo o en la actitud como etapa ideal).

CUADRO 7. CATEGORÍAS A PARTIR DE LA PREGUNTA SOBRE SENTIRSE VIEJO

Sentirse viejo	Frecuencia	Porcentaje
En relación a otros (V50)	21	16,2 %

No joven (V6Nj)	55	42,3 %
Cambios corporales (V7CC)	7	5,4 %
No (V8N)	23	17,7 %
No adaptación (V9Na)	24	18,5 %
Total	130	100,0

1.3. Sobre la percepción de la vejez con relación a otros

Frente al cuestionamiento sobre el hecho de haberse sentido viejo, las personas se plantean que el encuentro con el otro, el alter, es lo que confirma que la idea que se tiene de sí mismo como sujeto sin edad no es lo que percibe la mirada ajena. Sería una suerte de contracara de la propuesta «No me pregunten la edad/Tengo los años de todos/Yo elegí entre muchos modos/Ser más viejo que mi edad»⁷⁹, en la que las personas se proyectan como una identidad sin tiempo, propuesta que, sin embargo, refleja la idea de vejez como distinta y negativa, ya que la edad *verdadera* es otra («El niño que he liberado»).

De todos modos, es desde la visión del otro, como respuesta o espejo, que se vislumbra la vejez. La mirada del otro, la presencia del otro (joven) como un reflejo que muestra que ya se ha cambiado es uno de los primeros indicios de que *nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*.⁸⁰ Así,

[...] lo biológico y lo social actúan como receptores de la temporalidad. A través de las marcas en su cuerpo y desde su ubicación social, el ser humano reconoce que envejece. Pero en su núcleo, en su esencia, en lo que hace a sus fundamentos, es atemporal. (Zarebski, 2011, p. 7)

Cuando se diferencia el envejecimiento como proceso (cambios universales debidos al ciclo de vida) del proceso de envejecimiento (como construido socialmente),⁸¹ se puede plantear la noción de *diferencia*. Si se construye la identidad particular desde la cotidianidad, se reconocen los rasgos comunes (el otro generalizado) y también lo que los diferencia (los otros), sobre todo en referencia los más jóvenes.

Entonces:

Cuando veo cómo crecen los jóvenes me doy cuenta que yo envejezco. (53V55)

Sí. Cuando veo algunos jóvenes y no les entiendo la forma de hablar, de vestir. (41M46)

⁷⁹ *Milonga del fusilado* (1967), escrita por Carlos María Domínguez y José Luis Guerra en homenaje al “Che” Guevara.

⁸⁰ Verso 23 del poema 20 de Pablo Neruda (2009).

⁸¹ Esta diferencia es planteada por Aimar *et al.* (2009) y se utiliza para problematizar la idea de la vejez referida a la comparación con los demás, distintos de uno mismo.

Con comentarios de personas más jóvenes la primera vez que recuerdo tenía entre 25 y 28 años, y unos niños me dijeron «señora» en un ómnibus y ahí tomé conciencia práctica de que uno es viejo, depende de con quién se compare. (29M52)

También me he sentido vieja cuando veo videos, fotos de cuando era más joven o estos últimos años cuando me miro en el espejo... De todas formas, creo que acepto la edad en el sentido de que trato de cuidarme, pero tengo claro que nunca me sometería a una cirugía estética. Pienso que se debe estar lo mejor posible dentro de la edad que se tiene y así la voy llevando. (29M52)

Sí, sobre todo con comentarios de mis hijas adolescentes refiriéndose a personas de mi edad o incluso un poco más jóvenes... O cuando me canso con actividades que antes las practicaba, como que me cuestan más algunas cosas que las hacía también de joven. (37M4)

Vieja en relación a las/los compañeras/os que me rodean, en relación a los jóvenes con los que trabajo cotidianamente, en relación a las características predominantes de la vida actual, sus ritmos, la tecnología, los valores. (9M57)

Aquí también se incluye la percepción de la enfermedad o de la muerte (tanto real como simbólica):

Cuando se murió un amigo. (29M52)

A veces. En relación a situaciones de vida más placenteras que sucedieron en otro tiempo. (128M47)

Pero también se incluyen percepciones en relación a las generaciones siguientes:

Si mirara la vejez como una construcción (no tan determinada únicamente por la edad) me vi viejo en algunos espacios de socialización: bailes, ciertos bares, etc. No solo por las personas más jóvenes que se encontraban allí (otras generaciones), también por los códigos (de encuentro, ritualización, etc.) que allí se manejan. (84V42)

Ahora, en relación a cómo funciona mi cuerpo y en relación a las nuevas generaciones y sus modos de vivir. (110M41)

Los entrevistados manifiestan una suerte de nostalgia por un tiempo en donde el futuro de alguna manera se presentaba distante y su imagen (corporal, social) reflejaba en los demás esa misma idea. Es a partir de las respuestas a la imagen proyectada en los demás que las personas empiezan a percibir la idea de su envejecimiento.

1.4. Sobre sentirse no joven

Hay una forma de habitar el cuerpo que remite a ciertos contenidos que permiten la estabilidad de las personas, a la vez que configuran formas rígidas de pensarse como individuos: si aparecen determinados cambios se produce una discontinuidad en la

autopercepción, discontinuidad que debe procesarse. Las representaciones sobre la vejez y la juventud se van transformando a lo largo del tiempo a partir de las experiencias, del diálogo con otros y de las propias prácticas sociales, que orientan a las personas hacia el futuro a partir de reconvertir las expectativas. Según Moscovici (1985), las representaciones sociales (en este caso sobre la vejez) aportan a la práctica social, mientras que las vivencias, por su parte, plantean nuevas formas de representar que habilitan nuevas prácticas.

No me he sentido vieja, sí un poco desgastada y cansada. Eso no me hace decaer, trato de adquirir conocimientos para transmitirlos a la gente con quien trabajo y a los de mi entorno. Mi vida no ha sido fácil, pero me ha dado muchos aprendizajes y me gustaría poder transmitirlos. (8M57)

Por ahora no me siento vieja, pero sí me siento «madura», es decir, ya no me siento joven. (10M56)

Aún no me siento vieja, pero cuando veo mis hijas adultas, entiendo que me voy poniendo vieja. (16M57)

«Me sentía vieja a los veinte años, pero era una suerte un regodeo dramático. ¡Ahora comienzo a sentirme vieja en serio! O por lo menos no me siento una mujer joven. (18M51)

No me siento vieja. Solo siento que para algunas actividades ya no tengo la misma energía que hace diez o veinte años atrás. (20M45)

La idea de la vejez como un momento de desgaste, de pérdida, acompaña a esta sensación de ya no ser joven, lo que entraña una determinada forma de percibirla. Se trata, pues de una suerte de *¡Adiós juventud!*,⁸² tan presente en la cultura popular. La promesa de ser siempre joven, la tecnología que *retarda* los signos del envejecimiento (*antiage*), la publicidad que muestra un mundo para jóvenes (muy jóvenes) con belleza física prototípica (asociada a la edad pero propuesta para los que ya no tienen/cumplen con esas características) interpela a la identidad que se extraña/niega a envejecer.

1.5. Sobre los cambios corporales

La identidad remite a la construcción de los esquemas de percepción, donde la educación tiene un rol primordial que marca las valoraciones, las preferencias y, por tanto, las jerarquías que se expresan en el gusto. Esta jerarquía está socialmente definida a partir de la incorporación de un *habitus* que se considera natural y que entra a confrontar la imagen de *sí mismo* a partir de un cuerpo que se modifica, de una imagen social del cuerpo que entra en

⁸² Tema que aparece en *Siempre son cuatro* (1982) de Jaime Ross: *Adiós juventud/no puedo esconder las canas/adiós juventud las ganas de volver a salir.*

contradicción con la imagen *ideal* o con el *cuerpo joven*. En el proceso de envejecimiento vinculado al *cuerpo viejo* existe una privación que puede ser ya una disposición que se transforma en una espera, en una relación particular con *algo*, en una anticipación de lo que *puede ocurrir*.

La inclusión de estos entrevistados en la muestra se definió a partir de la incorporación de determinado nivel educativo, que se operacionaliza como cantidad de años de escolaridad. El supuesto detrás de esta decisión es la posibilidad de planificar el futuro en términos de una proyección que tome en cuenta las probabilidades de dar «[...] interpretaciones discursivas de la naturaleza del comportamiento adoptado y de las razones del mismo» (Giddens, 1995, p. 51), pero también se vincula a la idea de generación. No serán semejantes las respuestas si se les preguntara a los hijos o a los padres de los entrevistados. En este sentido, pensar la identidad en el proceso de envejecimiento tiene como pilar la historicidad de los agentes, el *habitus* (lo social incorporado) como una matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones (Bourdieu, 1998) que ponen en funcionamiento recursos que de alguna manera se desenvuelven como capitales (Bourdieu, 2003).

Es de esta forma que se consideran incluidas en esta categoría las respuestas vinculadas a lo que perciben que va cambiando con respecto a sus cuerpos:

[...] arrugas, rendimiento físico, alteración del sueño. (46M52)

Limitaciones en las actividades físicas, mentales y gustos. (36V51)

Lo de sentirse viejo es relativo. Más que viejo siento que mi cuerpo hay cosas que no puede hacer. Por ejemplo, quedarme una noche sin dormir. (83V41)

Sí, en relación a algunas patologías: pérdida de visión, patología osteoarticular. (24M51)

Me sentí que no era el mismo al correr o hacer ejercicios. El cuerpo no responde como siempre y uno se cansa más rápidamente. (108V53)

A veces me siento vieja, sobre todo cuando tengo dolores que antes no tenía. Lo típico: rodillas, caderas, manos, columna. (1M49)

También aparece el hecho de no haberse sentido nunca viejo. De los 130 entrevistados, 47 de ellos dieron respuestas que pueden ser categorizadas como «No» y «No adaptación», lo que incluye la propia respuesta con un monosílabo («no») hasta aquellas en que no se considera siquiera la posibilidad:

Nunca me he sentido vieja, ¡recién tengo 52 años! (4M52)

No, tal vez por no haber asumido nunca la edad que realmente tenía en cada etapa. (109M40)

No me siento vieja. Y, sin embargo, me gustan los viejos, lo que enseñan y transmiten en experiencia y conocimiento tanto teórico como práctico. (47M45)

Además, junto con la idea de que la idea de vejez es peyorativa:

[...] no, yo creo que «viejos son los trapos», no las personas. (63M56)

O que no se llegará:

No gran cosa, salvo que me cuesta ocuparme de preparar mi vejez y de que no creo vivir hasta muy viejo por mi mala salud de hierro. (5V46)

Los cambios corporales aparecen en las respuestas de los entrevistados como una señal de lo que es envejecer. El cuerpo como el receptor de las respuestas del entorno y, por tanto, fuente de información también sobre la mismidad: «[...] lo que sabemos del mundo lo sabemos por y a través de nuestros cuerpos, y si ellos permanecen en inacción lo que hacemos es lo que vemos, lo que vemos es cómo dividimos el mundo» (Scribano, 2013, p. 101). Esta problematización sobre la apariencia se va a retomar al problematizar lo que los entrevistados consideran que se pierde al envejecer.

2. Las percepciones sobre el balance: suma de pérdidas y de ganancias

«Lo real del cuerpo, sus cambios y transformaciones vienen a recordarnos con violencia el inefable paso del tiempo y es allí donde el envejecimiento toma un papel protagónico.» (Pochintesta, 2017, p. 155)

El envejecimiento es un proceso que implica pérdidas y ganancias. Cada momento de la vida lleva a que se tengan determinadas oportunidades y a que no se acceda a otras. Se destaca lo que se valora de ser joven y se teme perder, a veces con ironía (dientes, pelos), a veces con nostalgia, y se aprecia que no resulta *sencillo* anticiparse como viejo. Las ganancias son más fáciles de pensar, se habla de compensar y de expectativa. La percepción de pérdida se acompaña casi siempre de una suerte de carácter luctuoso, inefable, que remite al declive.

Se presentan en este apartado las respuestas de los entrevistados a partir de la construcción de categorías que se identificaron al analizar dichas respuestas.

2.1. Sobre las ganancias esperadas en la vejez

En la percepción de las ganancias que puede traer la etapa de la vejez la mayoría de los consultados plantean ideas que pueden ser categorizadas en cinco ítems, que se agruparon a efectos de su estandarización:

se consideró como tipo ideal el concepto de *sabiduría*, pues se incluyeron aquellas respuestas que, conteniendo o no la palabra, remitían a la idea de que la vejez trae consigo una mayor sapiencia o una mejor forma de conocer el mundo y actuar en él.

para discutir la idea de *tiempo libre* se incorporan las respuestas en que el énfasis está en la posibilidad de rehuir al tiempo reglado, a las horas dedicadas al trabajo o a las responsabilidades que se atribuyen a la etapa de la vida que transitan (y que en este trabajo se denomina *mediana edad*).

para la construcción de la cualidad *experiencia* se utilizó el criterio de incluir la mención de la palabra, así como cuando se hace alusión a la incorporación de nuevas aptitudes dadas por la vida transcurrida (aplomo, paciencia, conocimiento).

al decir *oportunidad* se incorpora la percepción de que el tiempo de la vejez ofrece la ocasión para realizar propuestas, ideas, tareas, proyectos que en la actualidad no se pueden realizar (por falta de tiempo, por el cúmulo de responsabilidades, por el mundo del trabajo, entre otras). Asimismo, se incorpora la posibilidad de nuevos afectos (nietos, amores); queda

conformada esta categoría por aquellos planes a futuro que colocan en un *tiempo ideal* que aparece como descontracturado y expectante.

Se habla de *ambigüedad* cuando no queda definido el mensaje que da el consultado: este puede decir *nada* e incluir una idea negativa sobre la vejez (no hay que ganar, ergo, son todas pérdidas o puede significar que no suma —y tampoco resta—). Lo mismo cuando no encuentran qué decir (*no se me ocurre qué*) o con respecto a los aspectos físicos (arrugas, canas). Estas respuestas se cotejan luego con el resto de las contestaciones para dar una aproximación a si la ambigüedad refleja la imposibilidad de proyectar o una percepción negativa sobre la vejez.

Se presenta en el siguiente cuadro la frecuencia en que las respuestas a la pregunta *qué se gana al envejecer*. Se categorizaron de acuerdo a la tipología presentada y se procesaron en SPSS. Cuando se examina a la luz de la cantidad de contestaciones por categoría, se ve que lo que se conceptualizó como *oportunidad* aparece como la moda en las respuestas con 36 entrevistados, que así consideran la vejez. Si bien en el imaginario sobre la vejez la idea de que esta aporta experiencia se presenta como una certeza,⁸³ lo que se muestra en el cuadro es que ese supuesto lo sostiene el 18,5 % de los entrevistados.

CUADRO 8. RESPUESTAS A LA PREGUNTA SOBRE LAS GANANCIAS AL ENVEJECER

Tipo de ganancia	Frecuencia	Porcentaje
Sabiduría	31	23,8 %
Experiencia	24	18,5 %
Oportunidad	36	27,7 %
Ambigüedad	14	10,8 %
Tiempo libre	25	19,2 %
Total	130	100,0 %

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A ENTREVISTAS.

Asimismo, la palabra *sabiduría* aparece 32 veces a lo largo de los discursos de los entrevistados (en respuesta a esta pregunta), hecho que remite al prejuicio de que acumular años genera saber, razón, conciencia. Esto está ligado a la idea de la vejez como un tiempo de *recompensa* por el trabajo realizado. Son 39 las veces en las que aparece la palabra *tiempo* y, sin nombrarlo, surge como un anhelo en 12 oportunidades. Se ve el tiempo libre como lo

⁸³ Por lo menos así lo muestra el refranero popular: «El perro viejo, si ladra, da consejo»/ «La juventud tiene la fuerza y la vejez la prudencia» /«Más sabe el diablo por viejo que por diablo».

opuesto al *tiempo actual* cargado de peso simbólico, de falta de, de *pesar* por su escasez. Vinculados a la idea de *experiencia* hay 30 vocablos que se utilizan, mientras que sobre el *abuelazgo* hay 5 menciones en los discursos.

Además, la vejez es vista como una *oportunidad* a partir de la desvinculación, fundamentalmente, del mundo del trabajo:

Más libre para hacer todo lo que me gusta y que ahora no puedo porque tengo obligaciones, trabajo, hijos/as, madre. Al envejecer me van a dejar de demandar tanto, no voy a tener tantas responsabilidades, voy a estar por la mía. (4M57)

Perspectivas, amistades verdaderas ,más paciencia y mayor sentido de la empatía. (17M56)

[...] experiencia, conocimiento, amor, paz. (47M45)

Oportunidades para «escribir» los capítulos que han quedado abiertos en la vida. Lograr el balance. Abrazar fuerte a la familia y recuperar los años, muchos años, de estar lejos, físicamente. El corazón y la mente siempre estuvo con ellos. Pero no es suficiente. Hay que seguir ganando afectos, esa es la riqueza que nos queda al final. (57V59)

El *tiempo libre*, valorado como tiempo de vida en contraposición al tiempo reglado, rutinario y *ajeno*, es considerado como una de las ganancias que traerá la vejez:

Tiempo para mirar la tele, hacer una torta y charlar con las vecinas. (69M57)

Momentos para disfrutar tranquilamente de mi entorno. (73V47)

Tiempo libre y posibilidad de hacer cosas que en la etapa laboral uno no puede. (75M40)

Las ganancias que las personas entrevistadas vinculan al envejecimiento y a partir de las cuales se proyectan tienen lugar en un futuro (posible), en el que la rutina laboral deja lugar a un tiempo que se considera *propio* y que se habitará desde la libertad, además de posibilitar la concreción de proyectos. Dentro del imaginario sobre la vejez está la posibilidad del ocio como derecho (Martínez Barreiro, 2004), de tener un tiempo realmente libre con actividades escogidas: en definitiva, del ocio como subjetivación de ese tiempo libre elegido. Esto supone la vejez como un tiempo sin reglas (impuestas por el mundo del trabajo), como un horizonte que la vejez habilita.

Si algo se gana al envejecer es, entonces, sabiduría y tiempo. Ambas afirmaciones están fundadas en la *vejez ideal* a la que se llega a partir de que los años vividos *per se* habilitan una experiencia de vida que no solo genera sabiduría, sino que esta misma erudición permite vivir mejor, *más libre, más tranquilo*.

Asimismo, las repuestas que se consideran dentro de la categoría *ambigüedad* denotan esa imposibilidad de pensar que se gana algo al ser viejo:

¿Años? (105M47)
 Arrugas y canas. (109M940)
 Dificultades. (122V45)
 Nada. (130V52)
 No se me ocurre qué». (18M51)

2.2. Sobre las pérdidas que se perciben

La pérdida de capacidad física, de habilidades y de energía constituyen, junto con las respuestas configuradas como totalizantes (que incluyen el deterioro físico), las libidinales y la pérdida de belleza, el 58,6 % de las respuestas a la pregunta *qué se pierde en la vejez*. Esto se categorizó a efectos del análisis como *pérdidas con respecto al cuerpo*.

A las respuestas que relacionaban las pérdidas con el vínculo con otros, tanto de tipo afectivo como social, se las categorizó como *pérdidas con respecto a los demás*; si las menciones se vinculaban a la visión de la vejez identificada con la posibilidad de no ser independientes o con cambios (negativos) en su personalidad, se las configuró como *pérdidas con respecto a la identidad*. Las alusiones a la pérdida en términos económicos, así como aquellas personas que no consignaban ninguna, se analizan independientemente.

Se analizan las respuestas de acuerdo a estas tipologías, sin perjuicio de que la propia idea de envejecimiento incluye tanto lo que se pierde (y se valora como negativo) como lo que significa un cambio.

CUADRO 9. RESPUESTAS A LA PREGUNTA SOBRE LAS PÉRDIDAS AL ENVEJECER

Tipo de pérdida	Frecuencia	Porcentaje
Con respecto al cuerpo	76	58,6 %
Con respecto a los demás	15	11,5 %
Con respecto a la identidad	25	19,2 %
Económicas	6	4,6 %
Continuidad	8	6,1 %
Total	130	100 %

Estas tipologías representan las pérdidas que los entrevistados manifiestan sentir cuando piensan en su vejez.

2.2.1. Pérdidas con respecto al cuerpo

Desde la idea de la trayectoria como curso de vida es que se piensa la categoría *vejez*

durante el proceso de envejecimiento a lo largo del tiempo. A partir de los *indicios* que sobre el cuerpo (como construcción simbólica) se habitan y proyectan es que se empieza a pensar en la vejez propia. No solo es el deterioro del organismo sino también su declive el que parece configurar la idea de *ser viejo*.

Para Berriel (2003), se puede entender el cuerpo como un constructo subjetivo en sus dimensiones psíquicas, sociales, históricas y culturales, y, por tanto, su imagen será deudora de los procesos identificatorios «[...] en tanto las percepciones, sentimientos y actitudes que el sujeto ha elaborado con respecto a su cuerpo se deberán en parte a ellos» (p. 31). En el mismo sentido, en escritos posteriores sostiene que «[...] el imaginario social, las construcciones de sentido producidas socialmente respecto a la etapa vital y al género, tienen alta relevancia y eficiencia en la construcción de la imagen corporal» (Berriel, Paredes y Pérez, 2006, p. 78).

Los cuerpos aparecen como una dimensión fundamental en la problematización del proceso de envejecimiento: es desde esa materialidad que se habilita la visibilidad del tiempo transcurrido, pues contiene las marcas de la trayectoria de vida y sus recorridos. Los cambios en el cuerpo son notorios en la especie humana, pero la vivencia de esos cambios se asocia a la pérdida y, por tanto, a la decadencia. Los poetas hablan de este menoscabo «¡Ni ojos, ni dientes, ni piernas, ni aliento!» (Claudel, citado en De Beauvoir), «Sin gusto, sin nada» (Shakespeare, 1599), «Triste, cansado, pensativo y viejo» (Machado, 1994, p. 8). Al representar la vejez a partir de pensar el propio envejecimiento, aparecen estas ideas en los entrevistados:

Dientes, pelo y kilos. (67M55)

El oído, la vista, la movilidad. (93V54)

Energía y habilidades corporales. (126M57)

La medicina y el avance de las ciencias biológicas han permitido que se alcance a vivir más años y que esos años transcurran muchas veces con bienestar físico, sin enfermedad; de todas maneras, se ha podido detener el proceso. La disminución de la capacidad de reserva funcional es la característica del proceso fisiológico del envejecimiento. Se hace más visible en los momentos de enfermedad, puesto que se produce un aumento de la grasa corporal (a nivel abdominal y visceral en hombres, y en pelvis y mamas en mujeres), disminuyen el agua a nivel intracelular, la masa muscular y la masa ósea, acompañado esto de envejecimiento cutáneo (Melgar y Penny, 2012).

Si bien este proceso es diferente da acuerdo a cada persona, los efectos de esos cambios aparecen como singulares. No todas las personas evidencian de la misma manera el desgaste, pues depende también de los aspectos individuales vinculados a los estilos de vida. El cuerpo emerge como un dispositivo utilizado para demarcar qué es lo deseado y qué no. Denota aquello que se considera como productivo, distinguiéndolo de lo que no lo es: «[...] la interfaz entre lo social y lo individual, la naturaleza y la cultura, lo psicológico y lo simbólico» (Le Bretón, 2002, p. 97). Así, la vejez es la negación del cuerpo joven y, por tanto, del cuerpo deseado/deseante:

Perder calidad de vida, la esperanza de hacer algo que no se pudo. (108V53)

No voy a poder hacer lo que puedo hacer ahora con mi cuerpo. (2M42)

Se puede pensar, por otro lado, en el marco de este análisis, el cuerpo como producto de un *habitus* (Bourdieu y Passeron, 1970) que centra su atención hacia él porque responde a un interés político, social, cultural y económico. Dicho interés se genera en la inculcación de las implicancias en términos de mercancía por su valor para el mercado de trabajo o por su valor en términos de producto de consumo, especialmente en las mujeres, como consecuencia de una sociedad fundada en el sistema patriarcal. Si es mediante un proceso de familiarización que las personas producen sus prácticas, se puede considerar la idea de la naturalización de un ideal del cuerpo joven como producto⁸⁴ construido en las relaciones sociales que así le dieron forma, generando determinadas prácticas en las personas consultadas. Así, vemos que:

No estoy segura. Sin embargo, el mandato social me hace pensar en mi estado actual de soltera sin hijos; de todas maneras, estoy convencida que tener hijos o familia no es una seguridad completa para tener una vejez tranquila, lo veo a diario en la práctica médica. De momento no sabría qué cambiar o qué modificar, pero si fuera mi estado de soltería no es un asunto fácil, nada fácil. No me gusta tener pareja solamente para estar acompañada porque no siento soledad, no he experimentado lo que es la soledad dado que estoy muy ocupada y siempre tengo proyectos nuevos. (47M45)

La dimensión de género aparece intersectando las respuestas, es entre las mujeres donde más se significa la pérdida en aspectos vinculados al cuerpo:

Pelo, brillo en los ojos, dientes. (14M56)

⁸⁴«Las propiedades corporales, en tanto productos sociales son aprehendidas a través de categorías de percepción y sistemas sociales de clasificación que no son independientes de la distribución de las propiedades entre las clases sociales: las taxonomías al uso tienden a oponer jerarquizándolas, propiedades más frecuentes entre los que dominan (es decir las más raras) y las más frecuentes entre los dominados» (Bourdieu, 1986, p. 184).

Belleza física. (26M58)

Elasticidad de la piel. (109M40)

Dentro del universo de los varones entrevistados el énfasis está en las funciones del cuerpo más que en su aspecto. El mandato social sobre las mujeres, vinculado a la belleza, a la maternidad y al cuidado, se incorpora como una segunda naturaleza en las formas de discurso de las entrevistadas. En los varones la idea de vejez va más unida a la dimensión del sujeto de deseo:

Porque veo cómo perdemos deseos y cómo todos nos sentimos distintos, y vemos más el envejecimiento de los otros que el nuestro. (5V51)

Deseo sexual. (130V52)

Para Foucault (1989), durante el siglo XVII el ejercicio del control sobre la vida y el poder estuvo centrado en el entendimiento del cuerpo como máquina, ejercicio que se aseguró a partir de la *anatomopolítica del cuerpo humano*. En el siglo siguiente se concentró en el *cuerpo especie*, soporte de la biología y sobre cuyo control se intervino desde una *biopolítica de la población* (Foucault, 1989) que fue el sustento del desarrollo capitalista y de la sujeción y del disciplinamiento de los cuerpos. El cuerpo sigue siendo un objeto de control, las personas se constituyen desde la dialéctica *producto/productor/producido*, sobre la que se ejerce poder. *La obligación del cuerpo joven* cuestiona aceptar los cambios en la apariencia. La mirada ajena (y aún más la propia) interroga acerca de los *estragos* que deja el paso del tiempo como huellas. Al respecto:

La imagen corporal es algo que aprehendemos en diferentes contextos, en los que intervienen los agentes de socialización (familia, escuela, medios de comunicación, trabajo, etcétera). De este modo, las referencias de las personas de mediana edad nos permiten comprender cómo esas modificaciones corporales implican al mismo tiempo una subjetividad en transformación. Así, varones y mujeres que transitan la mediana edad de la vida dan sentido al paso del tiempo en sus propios cuerpos, lo que despierta a su vez un conjunto de emociones y sensaciones sobre el propio envejecer. (Pochintesta, 2017, p. 165)

La proyección de la vejez, entonces, se construye en pos de algo que ya *no se tiene* (las disposiciones habituales, el tono, la *piel tensa*, *los gestos*), por lo que *no se puede* (la forma de vestirse, las reacciones). El cuerpo aparece como primera frontera con el *afuera*, en primer plano en la interacción:

Un portador de sentido que mediatiza determinaciones sociales más amplias y diferidas. Una superficie en la que se muestran las huellas de algo que ha huido, una textura que evidencia en su obviedad la presencia de algo ausente. El cuerpo, ese intrincado plexo de estructuras vitales y sociales, cuando es percibido como aspecto físico, es sometido a la operación habitual que lo reduce a imagen. (Margulis y

Urresti, 1998, p. 8)

Las pérdidas que se anticipan en la vejez se proyectan desde el presente y se viven como *sufrimiento*. Pone en acto la representación de la vejez como lo *no deseado*, que la publicidad (representante de la ideología dominante) reafirma. Es la idea de sostener *al infinito* una estética *antiage*, sobre todo hacia el cuerpo *femenino*, aunque no únicamente. De todos modos, el cuerpo femenino es sobre el cual más ejercicio de poder se ejerce. La historia de la vejez es una narrativa sobre la fealdad de la mujer vieja (la bruja, la alcahueta, la muerte), que ya en su juventud lleva la sombra de la decrepitud: «Esas dulces miradas, esos ojos hechos para agradar./pensadlo bien, perderán su claridad.../vuestra belleza se cambiará en fealdad» (La Marche, en Beauvoir, 1970, p. 180).

2.2.2. Pérdidas con respecto a los demás

Cuando se analizan las respuestas categorizadas como *hacia los demás*, aparece la expectativa de la finitud. El ser viejo implica la cercanía de la muerte, la propia y la ajena; así, también, el imaginario sobre la propia vejez acarrea la idea de pérdidas afectivas, amigos, familia, pareja. Algunos de los participantes del estudio consideran dentro de las pérdidas que aparecen en la vejez la ausencia de algunos afectos a partir de la muerte como una certeza. A través de la historia, la vejez y la muerte han estado asociadas:

Amigos porque se mueren. (46M52)

A seres queridos. (64M51)

Familiares. (84V42)

A mucha gente querida. (128M47)

2.2.3. Pérdidas con respecto a la identidad

Las pérdidas con respecto a la identidad se identificaron como aquellas en que se ponen en juego aspectos de la personalidad y de las actividades sociales a las que se proyectan como susceptibles de cambios negativos a medida que avanza la edad.

Es la etapa del ser pasivo, de la aparición de enfermedades o achaques como los que seguramente vivimos en nuestras etapas anteriores pero que se sobredimensionan sin motivo aparente, es la etapa en la que la soledad se vuelve una compañía. (Mujer, 55 años)

Asimismo, hay una asociación entre la vejez y la independencia. Esta última palabra fue la respuesta que 10 de los entrevistados consideró como una pérdida que se tiene al llegar a la

vejez. Los *achagues* endilgados al envejecimiento se encuentran en todas las épocas y ese pensamiento subsiste en cada momento histórico, y suscita reacciones similares: *el miedo a ser viejo* o, por lo menos, la preocupación por esa etapa. Hay una permanencia en el tiempo en cuanto a la preocupación sobre la posibilidad de declinar:

[...] *movilidad, capacidad de reacción, capacidad de autosuficiencia, etc. (74V54)*
Hacer las cosas como las hago hoy. (98M40)

Si bien envejecer es una certeza orgánica, no todas las personas lo transitan igual y no toda declinación funcional lleva a la dependencia. La idea de la pérdida para algunos de los entrevistados adquiere una dimensión *totalizante*:

Perder... capacidades, libertades, intimidad, autonomía. (119M49)

2.2.4. Pérdidas en lo económico

También se construye la idea de la pérdida desde la dimensión económica. Si acordamos con Althusser (2011) en su propuesta de la *determinación en última instancia por la economía*, referida a la relación de la totalidad social con los procesos múltiples que la determinan (siendo determinados, a su vez, por ella), las condiciones que las sociedades actuales dan a la seguridad social (por medio de la jubilación) hacen que sea una posible pérdida el llegar a viejo.

Un salario decente. (68V55)
Sustento económico. (110M41)
Tal vez ciertas condiciones que tenía años anteriores. (123M45)

Si bien no se puede afirmar que esta sea una relación *unívoca*, también es cierto lo contrario: no es una relación de tipo *equivoca*, las condiciones materiales hacen a la calidad de vida y, por ende, la posibilidad (cierta) de la mengua de ingresos es uno de los factores intervinientes a la hora de tener una proyección poco amigable con la futura vejez. «La sociedad impone a la inmensa mayoría de los ancianos un nivel de vida tan miserable que la expresión “viejo y pobre” constituye casi un pleonismo» (De Beauvoir, 1970, p. 13). La condición de *improductivo* lleva consigo una consecuencia económica; de ahí que, para muchos, el futuro retiro es una preocupación del presente. La posibilidad de mengua en los ingresos conlleva a consecuencias personales y familiares, porque el papel que los viejos desempeñan en la vida cotidiana refleja el lugar que les confiere el Estado.

Desde el punto de vista económico se teme el *destino* al que la condición de viejo

condena: la improductividad, el temor a la pérdida de ingresos. Las representaciones sobre la vejez ofician de espejo sobre ella, reproduciendo las concepciones que han prevalecido sobre esa etapa. Cada persona tiene una *idea*, a veces más platónica, a veces más aristotélica.

La vejez, como declive y destino ominoso, está presente en la literatura de Occidente. En Egipto, el poeta Ptahhotep (siglo XXIV a. C.) cantaba sobre lo penoso que es ser anciano, sobre cómo se va debilitando tanto física como mentalmente; desde entonces, la enumeración *desolada* (De Beauvoir, 1970) permanece como una anatema. Si bien han variado el sentido y el valor que sobre vejez han tenido las diferentes sociedades, hay un núcleo transhistórico que genera reacciones similares de aceptación o de rechazo.

El balance entre las pérdidas y las ganancias que surge del planteo de las personas entrevistadas dan cuenta de un delicado equilibrio. Para el 27,7 % de los entrevistados implica la oportunidad de acceder a mayor tiempo libre, a un tiempo sin pautas heterónomas, donde disfrutar del ocio y de la compañía de otros (amigos, familiares). La vejez traería consigo una mayor sabiduría para afrontar el resto de la vida. Pero esto se contrapone con un tiempo en que las pérdidas afectivas, de imagen del cuerpo, incluso libidinales, muestran una vejez a la que no se quiere llegar. La idea de la vejez como un horizonte infausto se enfrenta a una visión romántica, y entre ambas, para más del 70 % de los entrevistados, la aceptación y la naturalización de este proceso se constituye como la forma en que se piensa esta etapa.

Desde la concepción, el ser humano trae consigo una carga genética que programa el envejecimiento a través de un *reloj biológico*,⁸⁵ cada persona cuando llega a una edad avanzada comienza a experimentar cambios. Por lo general, estos cambios no son considerados de manera positiva; por el contrario, en algunos casos, se tiende a pensar y a hacer sentir a las personas mayores que ya no tienen *nada que aportar*, que ya cumplieron su rol en la sociedad, «[...] argumentado en las huellas del cuerpo, el egreso de la estructura productiva, el debilitamiento de sus potencialidades y deseos, la caducidad de sus saberes» (Golpe, 2011, p. 109).

Esta situación desencadena que las personas tiendan a sentir rechazo y resignación cuando comienzan a envejecer, a pensar que ya no tienen la *misma energía y capacidad para hacer cosas*. Empiezan, pues, a tener dificultades en su salud, entre otros cambios generalmente interpretados negativamente, sobre todo porque desde niños se ha *escuchado*

⁸⁵ Según Hastings (2017), el reloj biológico está vinculado y formado por neuronas del núcleo supraquiasmático, situado en la base del cerebro que regula los ciclos circadianos.

desde otros significantes que envejecer es *malo*, que es un signo de *inutilidad y estorbo*, y que, además, se aproxima la muerte.

No se prepara a las personas para envejecer de manera positiva y saludable, esto es, no hay una perspectiva de trayectoria a partir de la cual las personas puedan ir habitando su vida sin temor a la vejez: «[...] si la adaptación opera sin tropiezos, el individuo que envejece no lo nota» (Ludi, 2005, p. 19). La categoría viejo es un estado adscrito, dado por *otros*. El sentimiento de estar viejo es gradual, ya que durante el recorrido de la biografía personal se va acercando a nivel descriptivo a partir de cambios sutiles. El envejecimiento conduce a la modificación de las funciones biológicas, consecuencia del paso del tiempo (Ludi, 2005; Muchnik, 1998; Sánchez Salgado, 2005). Es un proceso que se acompaña de pérdidas funcionales en algunos aspectos y de diferentes sentimientos que pasan desde la aceptación hasta la resignación.

La vejez es siempre un momento biográfico en que se suman fragilidades, pero depende de diferentes factores (y su procesamiento) cómo se gestionarán esas vulnerabilidades. Los factores biológicos, si bien pueden estar condicionados por la genética, como la duración de la vida, son mediaciones que no deben dejarse de lado, pero inciden y muchas veces prevalecen las condiciones materiales: el *cómo* y el *qué tipo* de calidad de vida se ha tenido y se tiene. Los factores económicos, sociales y culturales son coadyuvantes a la hora de definir las concepciones sobre la vejez.

3. El curso de vida y la identidad biográfica

«Los individuos no son entes pasivos a los que solamente se imponen influencias y constreñimientos estructurales, sino que hacen elecciones y llevan a cabo actividades.»
(Blanco, 2011, p. 15)

La vida humana se desarrolla en el tiempo, un tiempo cronológico que se mide en días, en meses, en años: un tiempo personal, un transcurrir que implica la duración de lo cotidiano, la vida que se vive en cada momento, no como un presente absoluto sino como trayectoria que tiene precedentes (eventos, memorias, recuerdos, reminiscencias), que se sostiene en esa historia vivida y se proyecta en el después, como futuro pensado, desde las posibilidades y circunstancias actuales. La dinámica de las vidas cotidianas en la actualidad se sustenta en un espacio-tiempo que se *muestra frágil*, en un presente que obliga a las personas a mantener una actitud *activa* que implica ser protagonista de su biografía.

En las sociedades actuales se han procesado cambios no previstos que se deslizan a *pasos de gato* (Beck, 2002) y que implicaron consecuencias a nivel de la organización de la vida cotidiana:

La biografía del ser humano se desliga de los modelos y de las seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales y, de manera abierta y como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo. La proporción de posibilidades de vida por principio inaccesibles a las decisiones disminuyen y las partes de la biografía abiertas a la decisión y a la autoconstrucción aumentan. (Beck y Beck-Gernsheim, 2003, p. 19)

Las significaciones que asumen las ideas de familia, de pareja, de amor filial y de cuidado del otro no se dan por supuestas, sino que son negociadas, descifradas y acordadas. El concepto de biografía *elegida* planteado por Beck y Beck-Gernsheim (2003) implica la deliberación, y esto puede tener consecuencias a la hora de anticipar los resultados de esa elección, convirtiéndose los sujetos en «[...] legisladores de su propia forma de vida, en los jueces de sus errores» (Beck y Beck-Gernsheim, 2003, p. 20).

3.1. Temporalidades, espacialidades y trayectorias

El fenómeno del envejecimiento humano resulta en una mirada diferencial sobre los procesos de envejecer. Aparece una preocupación por comprender la dimensión sociocultural, política e ideológica de lo humano. La vejez es parte del desarrollo biológico, pero no es la misma a lo largo de la historia, entre otras cosas porque no se vivieron la misma cantidad de

años.

En las sociedades actuales, a partir de imaginarios instituidos, se plantean pautas de vida que suponen ciertas corporalidades dadas como legítimas, es decir, una suerte de estética hedonista que entraña una corporalidad joven, una mente ágil y una subjetividad atravesada por amores líquidos (Bauman, 2005). El envejecimiento es un acontecimiento que involucra a todos, no es solo «[...] un límite enunciativo de los bordes disonantes de una sociedad eufemizada con máscaras jóvenes. Este hecho condenatorio hacia las vejeces reproduce un círculo cada vez más viciado de las condiciones futuras del desamparo intergeneracional» (Golpe, 2011, p. 121). La vida humana se desarrolla temporalmente en un espacio social determinado, atravesado por la cultura y las representaciones de la sociedad en que se habita. La vejez (o las vejeces) adquiere en la contemporaneidad un sentido negativo al que no se quiere aludir y que implica una idea de obsolescencia. La idea del proceso de envejecimiento es singular, sujeto a la trayectoria vital de aquel que porta los años y, al mismo tiempo, responde a variables histórico-sociales más amplias (Danel, 2007).

La idea de *edades*, de *ciclo de vida*, de *escalas de edad*, de *etapas vitales*, de *estaciones*, son parte de las representaciones que la humanidad a lo largo de la historia ha generado para intentar comprender la noción de vida, de vejez y de muerte. Por otra parte, entender a las personas como sujetos envejecientes durante su trayectoria vital y no como sujetos que atraviesan distintas etapas o ciclos de forma inconexa es otro elemento que se apuesta a recuperar a través de la incorporación de la perspectiva de curso de vida:

Hay diferentes modos de abordar el curso de la vida; uno, considerándola como una dimensión social de la vida humana, y otro que enfatiza que las personas cambian con el transcurso del tiempo de acuerdo con el momento histórico y con variables sociales. (Muchnik, 1998, en Zarebski, 2005, p. 42)

Si se entiende el envejecimiento como «[...] un proceso natural, gradual, de cambios y transformaciones a nivel biológico, psicológico y social, que ocurren a través del tiempo» (Sánchez Salgado, 2005, p. 33), se refleja la imposibilidad de considerar las trayectorias de forma unidimensional y la necesidad, por ende, de ser nutridas por aquellos elementos que hacen a su relacionamiento con el ambiente. Los entrevistados, al referir a sus biografías, las narran como una *duración* y algunos acontecimientos o marcas se constituyen en referencias.

Sin contar el nacimiento de mis hijas, lo que me vino a la mente, sin pensar mucho, fue el reencuentro luego de años sin vernos con un matrimonio amigo, en la estación de tren de un aeropuerto, llegando con mi esposo de Uruguay y ellos de su país adoptivo. (16M57)

No existe una única forma de habitar la vejez ni un único proceso de envejecimiento, ya que la diversidad de manifestaciones es tan compleja como la propia singularidad de las personas que la viven. Sin embargo, persisten diversos mitos y prejuicios que contribuyen al asentamiento de un imaginario negativo en torno a la misma, así como a la homogeneización de las vejezes y, en consecuencia, al rechazo de asumirse como sujetos envejecientes.

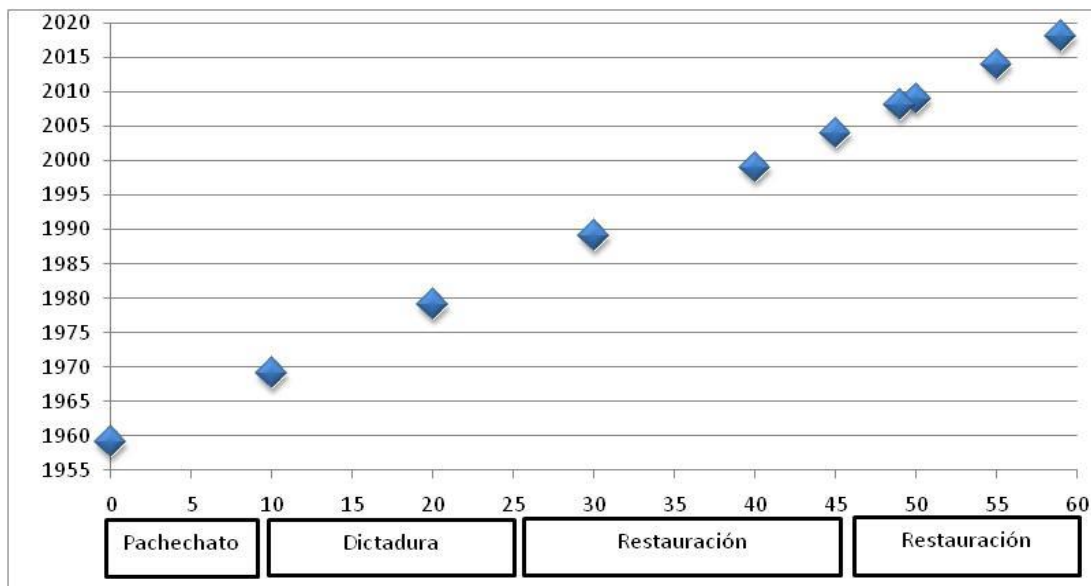
La interacción entre eventos históricos, oportunidades contextuales y decisiones individuales con las experiencias tempranas afecta las respuestas futuras, los resultados en tanto proyectos y/o perspectivas con respecto al futuro. Así, los entrevistados manifiestan:

Me parece que la vida es más procesos que hechos. Si tengo que citar hechos: la muerte de mi abuela materna, la dictadura militar, cuando vine a estudiar a Montevideo, conocer a mi esposo, el nacimiento de mi hija, mudarme a casa propia, el primer gobierno del Frente Amplio, el primer viaje a Europa, el viaje a Cuba, el nacimiento de mi sobrino-nieto, la muerte de mi padre. (126M57)

A lo largo de mi vida he cambiado mucho y he visto a otros cambiar, y eso es una de las cosas que más me maravilla del ser humano, esa capacidad. Pero en algunos aspectos o situaciones de la vida el cambio no es volitivo, por lo tanto decir «yo soy así y no voy a cambiar» me parece más una excusa, un «agarrarme de esto» por falta de recursos, por miedo, por pereza, por incapacidad, por egoísmo. (Mujer, 51 años)

Las personas que hoy están transitando la mediana edad vivieron su infancia y/o adolescencia en la dictadura (1973-1984). Las instituciones (educativas, familiares, políticas) modelan los cursos de vida, habilitando y constriñendo prácticas. La gráfica que se muestra a continuación intenta contextualizar el momento histórico en el que crecieron las personas incluidas en este estudio; como se explicitó, se trata de mujeres y de varones nacidos entre 1958 y 1977. Si bien obviamente no procesaron los mismos eventos aquellos que vivieron toda su infancia y su juventud en contextos represivos que quienes nacieron en los últimos tramos de la dictadura, se trata de circunstancias históricas particulares que dejan huellas en las biografías. Esto sucede tanto cuando esas circunstancias afectan directamente a las personas como cuando impactan en su entorno directo (Elder, 1999).

GRÁFICA 4. EDADES E HITOS HISTÓRICOS POR AÑO DE NACIMIENTO



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA.

Haber transcurrido parte de la infancia y de la adolescencia en contextos de terrorismo de Estado supone que en esas trayectorias hay marcas, huellas de ese constreñimiento en las posibilidades de oportunidad y libertad que el momento histórico delimitó:

Porque fue la salida de la dictadura y entonces por ejemplo yo el primer año de psicología lo hice en el Sudamérica, era enorme la cantidad de gente de esa generación, que bueno... Pasamos por tres locales mientras hice la carrera, primero estuvimos ahí en el Sudamérica, después estuve en el Pedro Vizca y después terminamos acá, donde ahora es Ciencias de la Comunicación, que era una iglesia, pero no me acuerdo cómo se llama. La terminé ahí a la carrera y bueno, mucho también, mucha ocupaciones, temas gremiales, al principio metido en eso y después ya deseando terminar la carrera. Y me acuerdo de eso y me acuerdo por ejemplo, yo me recibí en diciembre del 94 y mi hijo nació en abril del 95, la terminé ahí, metí 8 materias, metí 7 u 8 materias, las metí en un año porque ya estaba ahí el proyecto del embarazo, y después ya estaba el tema del embarazo en camino... Y bueno, me tenía que recibir ahí porque no iba a tener tiempo para ser padre. (Varón, 51 años)

Para comprender los procesos de envejecimiento y las condiciones en las que las personas habitan la vejez, es necesario utilizar una perspectiva que dé cuenta de la compleja relación entre la biografía y la historia (Elder, 2001). Incorporar a la mirada analítica sobre las trayectorias individuales su relación con determinados contextos resulta fundamental para entender las profundas marcas que trazan sobre el campo de posibilidades de los sujetos (Sartre, 2000).

Cada vez que alguien cuenta su propia historia, la va recreando y ajustando, nunca la

contará igual. Esto es porque vamos aprendiendo nuevas formas de ver y entender las cosas con el paso del tiempo, o sea, todos cambiamos... Disfruto mi edad, vivo de manera lo más alegre y sana posible. Pienso que es la mejor forma de «encargarse» uno mismo de su vejez. (Mujer, 56 años)

No sé si son hechos, pero en realidad en todas las etapas de la vida han ocurrido circunstancias que han influido mucho en mi vida, pero la más importante fue la muerte inesperada de un día para el otro de mi madre, la cual a su vez creo que fue la que me hizo el pensar el vivir cada día al máximo. Si bien yo siempre fui de vivirlo intensamente, a partir de ahí me hizo cuestionar y sentir que hay que vivir cada día como si fuera el último, haciendo las cosas que nos hacen bien que nos hacen pasar momentos de felicidad, porque no sabemos cuándo será nuestro último día. (Mujer, 40 años)

Uno de los hechos más lindos de mi vida es haber encontrado la paz, el equilibrio familiar y personal. Pero como hecho en sí se traduce en actividades de disfrute familiar, encuentros simples, sencillos de alegría. (Mujer, 44 años)

Posicionarse desde el curso de vida entraña comprender la articulación entre la historia y la biografía, la dinámica de los cambios y de los eventos propios de una sociedad determinada, y las trayectorias de vida de quienes participan en ella en tanto individuos singulares (Elder,1999; Lalive d'Epina y *et al.* 2005, 2011).

Toda sociedad produce *modelos* de trayectorias, nacer, crecer, estudiar, trabajar, criar hijos, jubilarse: estos modelos tienen como función regular las vidas al mismo tiempo que mantienen el orden institucional basado en procesos de socialización y en representaciones sociales. Las *disidencias* se sostienen si no atacan ese orden, se *permiten* rupturas toda vez que existe diversidad de posibilidades para las expectativas del rol. Una persona puede mantener una apariencia joven y mientras esto se mantenga, el *pasaje a la vejez* puede ser enlentecido. Las etapas se articulan a partir de transiciones más o menos ritualizadas e interiorizadas como modelos normativos (Lalive d'Epina y, 2009) a partir de los cuales las personas se cargan con marcas simbólicas para regular sus prácticas. Uno de los cuestionamientos que surgen frente a la posibilidad de la propia vejez se manifiesta en quienes no han *seguido el guion*, no han tenido hijos, no han consolidado la pareja e incluso está en cuestión la supervivencia económica más allá de la etapa laboral. Pero también vemos esto en quienes no aceptan el paso del tiempo, niegan los cambios del cuerpo y, más que a la muerte, temen *ser viejos*.

Ante la perspectiva sobre su vejez, algunos respondieron:

No, porque si llegara a ella no modificaría nada. (109M40)

En principio no se me ocurre nada, justamente por lo antedicho, no tengo una

negación/omisión respecto al envejecimiento, por lo que algunas cosas que hago hoy también las pienso en perspectiva de largo plazo, para que las distintas etapas vitales que me faltan transita, lo pueda hacer en las mejores condiciones posibles. (100M40)

Se puede considerar el curso de vida como una *dimensión*, como un *transcurso* y como un sistema normativo ordenador de la biografía, de la vida humana (Muchnik, 2006). La idea evoca un proceso de continuidad pero también refiere a la posibilidad de cambio. Esto implica plantear que hay diferentes modos de abordarlo: *a)* considerándolo como un espacio social de la vida humana; *b)* enfatizando que las personas cambian con el transcurso del tiempo de acuerdo al momento socio-histórico.

En definitiva, problematizar la vida humana envuelve *recuperar* y *singularizar* el proceso de envejecimiento, hecho que evoca la incorporación de la continuidad en la trama vital. Esto no implica desconocer los permanentes cambios que moldearon la identidad y la subjetividad, sino que lo constituyen. Heller (1967) refiere a la continuidad como la toma de conciencia de que los cambios de circunstancias se vinculan en un sentido de historia personal. Aunque se forjen nuevas interpretaciones, estas se configuran a partir de la historia personal: «[...] hablar del curso de la vida es establecer una interrelación dinámica entre pasado, presente y futuro» (Yuni, 2011, p. 56).

4. Las trayectorias en el curso de vida: la configuración de un *habitus*

«El *habitus* “programa” el consumo de los individuos y las clases, aquello que van a “sentir” como necesario.
(Bourdieu, 1991, p. 437)

Las personas son capaces de auto-organizarse, de reaccionar a los cambios. Esa capacidad es lo que permite el logro de cierta estabilidad y la resolución de situaciones de desequilibrio a las que se acomodan o conforman nuevas estructuras. La trayectoria es el resultado de múltiples estrategias de adaptación y de readaptación, de construcción de bifurcaciones a partir de la toma de decisiones. La narrativa sobre esa trayectoria la construye cada persona en cada relato, le va dando sentido y esa resignificación forma parte de la representación que hace de su biografía y de la historia. Hay un *trabajo* de subjetivación que reactualiza los eventos y que genera otra/s versión/es de relatos pretéritos, con las cuales se representa la historia personal.

Creo que si estamos atentos a los demás y a nosotros mismos nos vemos envejecer normalmente como todas las cosas. (40V45)

La historia personal es historia vivida y resignificada: desde ahí es posible el proyecto personal y la trascendencia, con base en esa narrativa se constituye la identidad. Las respuestas dadas por los entrevistados plantean esa significación.

Las personas pueden trazar una línea imaginaria que conecte los eventos biográficos en una trayectoria que se constituye como coherente y trasmisible. El discurso biográfico supone un relato con un hilo argumental de elementos conscientes acerca de los tramos y de los recorridos que se han introyectado, y por los cuales cada una de las personas otorgan sentido a sus vivencias. Cada trazo está mediado por la selectividad de la memoria, que reconfigura las *huellas* que dejan los eventos sin ser la referencia, sino su representación. La narrativa del yo, la *autobiografía* se inscribe en los itinerarios que se han construido de la experiencia del *sí mismo*, configurando un relato organizado a partir de la interiorización de la exterioridad (Bourdieu, 1997). En cada momento los sujetos *agencian* sus procesos de constitución de identidad personal y social (Urbano, 2011).

Si bien las personas no tienen una *vivencia* independiente de la sociedad en que viven (y de sus reglas), las experiencias personales están mediadas por la configuración del campo donde actúan. En este sentido, si el *campo* es el *marco*, su *habitus* es el *efecto* de este. Es el

cuerpo estructurado a partir de la historia: sobre esa materialidad se han incorporado las estructuras inmanentes de su contorno, lo que habilita la comprensión del mundo. Como producto de la historia, el *habitus, estructura estructurada*, se encarna en los cuerpos como segunda naturaleza, como *estado del cuerpo*. Esa objetivación permite a las personas producirse y adaptarse dentro de los límites «[...] inherentes a las condiciones particulares (histórica y socialmente situadas) de su producción: en todos los ámbitos, aun los aparentemente más “individuales” y “personales”, como pueden ser los gustos y preferencias» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2011, p. 15), en que producen sus trayectorias.

Cuando las personas *cuentan*, narran sus itinerarios, el *habitus* es el que permite dar cuenta de esas prácticas en término de *razones*. Esas trayectorias pueden plantearse como un camino hasta el momento actual, sin proyectarse. Pensar desde esta perspectiva es hacerlo en término de disposiciones, en primeras predisposiciones que orientan las prácticas, pero no como destino, sino como posibilidad, como algo que *se aloja*, no como imperativo, sino como tendencia, como preferencia. Así se incluye la experiencia anterior, la memoria afectiva sobre lo que representa ser viejo para cada uno. El *habitus*, en este sentido, es «[...] lo que se ha adquirido, pero que se ha encarnado de manera durable en el cuerpo bajo la forma de disposiciones permanentes» (Bourdieu, 1984, p. 134). Las personas introyectan el *habitus* hasta que otras estructuras lo suplantán al incorporar nuevas problematizaciones. La trayectoria (en tanto reproducción y tendencia) se especifica en los discursos.

Decir que las personas tienen un *habitus* es aceptar que se inclinan a actuar a partir de diferentes haberes (sentimientos, saberes, preferencias) que han ido acumulándose en estadios anteriores y que se han convertido en predisposiciones que habilitan a actuar de una manera más que de otra. Es una potencialidad, un estado en suspenso que permite o no determinadas prácticas. Estas disposiciones ofician de mediación entre las estructuras sociales como marco referencial constituido por las representaciones sociales sobre la vejez en el momento de la biografía y sobre las personas como individuos singulares, biológicos y culturales, como agentes.

Cuando se les plantea a los entrevistados que describan brevemente las distintas etapas de la vida como una línea imaginaria de tiempo y que piensen en una palabra que dé cuenta de ese transcurso, plantean un derrotero que se detiene en el presente:

Infancia: olvido. Adolescencia: timidez. Juventud entre 20 y 30 años: amistad. Entre 30 y 40: conflicto. Entre 40 y ahora: pasión. El modo en que fui descubriendo qué cosa me gustaba hacer, pese a que todas las cartas estaban dadas para que hiciera otra. (18M51)

Niñez: familia, escuela. Adolescencia: sueños. Juventud: estudio, trabajo. Adulthood: profesión, familia, maternidad. Vejez: abuelidad, tiempo para mí. Muerte: ¿descanso?, ¿trascendencia en los demás? (81M40)

De 0 a 15 años, recién nacido y la infancia: muy divertida, pobre e ingenua, egocéntrica. De 15 a 25, la adolescencia: al límite, riesgo, rocanrol, búsqueda de una identidad que permitiera la sobrevivencia. De 25 a 43, madurez: tener hijos y vivir en pareja: más ordenado y cuidadoso, más preocupado por los otros. (122V43)

La línea sería in crescendo. Nacimiento: vida. Infancia: libertad en el tiempo. Adolescencia: reconocimiento de mí mismo. Juventud: búsqueda. Adulthood: independencia. (83V41)

En otras respuestas los discursos contienen a la vejez como parte de la vida. Esta inclusión puede ser proyectada positiva o negativamente, dependiendo de las representaciones que el presente (joven) tiene de esa etapa a llegar. A veces aparecen actitudes *fatalistas*, en que se acepta *resignadamente* el curso de los acontecimientos:

Infancia: movimiento, mudanza, países. Adolescencia: afirmación de personalidad. Adulthood: amor, sexualidad, proyecto, maternidad. Vejez: tranquilidad, experiencia, aceptación. (120M45)

Una línea ascendente hasta la madurez (felicidad), una línea recta (amor) y descendente hasta la vejez (paz). (93V54)

Nacer: luz, juego. Adolecer: realización, ocaso. (66V59)

El curso de vida transcurre desde el nacimiento hasta la muerte, incluirla daría cuenta de la constatación de la finitud y de la continuidad en la que la vejez no implica un cambio drástico, sino que aparece como una continuación de los acontecimientos previos. Para la teoría de la continuidad (Neurgarten, 1970), desde la edad mediana subsiste una tendencia a la permanencia de la identidad y a la incorporación de los eventos anteriores en la narrativa de la trayectoria, con el cambio y la adaptación (Sánchez Salgado, 2005). Así, también, al construir esquemas de percepción, las representaciones sobre la vejez tienen un rol que no es neutro, pues supone un sistema de preferencias, de jerarquías, que se expresa en el gusto o disgusto por comenzar a percibir los rastros de la vejez en el camino. Asimismo, la memoria hace su propia versión de los hechos: las personas evocan un recuerdo, lo traen al presente una y otra vez, pero van perdiendo ingredientes y añadiendo otros (que consideran reales) pero que muchas veces solo da cierta coherencia a un relato, que es su versión personal de la realidad.

1) Nacimiento: llegué. 2) Primera infancia: hepatitis. 3) Niñez: juegos. 4) Adolescencia: amigos. 5) Juventud: facultad. 6) Adulto: otras responsabilidades. 7) Adulto mayor: cooperación. 8) Muerte: ¿? (37M43)

Nacimiento, linda niñez, buena adolescencia, juventud plena, maternidad maravillosa, viudez triste, felicidad de casamiento hijo mayor, abuela babosa, vejez disfrutable, fin. (44M57)

Ingreso a facultad. Casamiento y nacimiento del primer hijo. Nacimiento del segundo hijo. Nacimiento del tercer hijo. Recibimiento de médica. Recibimiento de postgrado. Buena etapa laboral. Mudanza familiar, mi mamá se viene a vivir con nosotros, casa nueva y grande. Fallecimiento de mi mamá, nueva mudanza. Etapa laboral negativa.. Mejora en lo laboral. Casamiento de dos hijos. Nacimiento de los nietos. Casamiento del hijo menor. Nido vacío llenado por nietos. Mucho trabajo y actividad de fé. Muerte, cuando Dios me llame a su Casa. Tal vez que mi marido ya está allí. (97M)

Hay una suerte de sistematicidad en la estructuración de las conductas que tienden a la regularización, que no es solo la obediencia a reglas. Se denota en los discursos una periodicidad que asume los límites de las *edades sociales*, que, al decir de Bourdieu (1984), toma la forma de práctica regular, que sin ser norma es aprehendida. Se constatan regularidades que atraviesan las sociedades y que se conocen (y por tanto son parte de las leyes de juego), pero que a la vez son producto del aprendizaje del juego social. Los eventos se narran de acuerdo a los puntos de inflexión y en concordancia con el principio del desarrollo a lo largo del tiempo, siguiendo el *timing* esperado (Blanco, 2011).

5. La identidad del yo y el proyecto reflejo

«Los seres humanos no nacen para siempre el día que sus madres los alumbran: la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez, a modelarse, a transformarse, a interrogarse (a veces sin respuesta), a preguntarse para qué diablos han llegado a la tierra y qué deben hacer en ella.»
(García Márquez, 1993, p. 52)

La Modernidad es un orden postradicional (Giddens, 1995) en que la tradición no ha sido sustituida por el conocimiento racional, sino que más bien institucionaliza el principio de la duda radical, en la que toda certeza adopta la forma de hipótesis que puede ser susceptible de revisión: «[...] los procesos de reapropiación y capacitación se entrelazan con los de despojamiento y pérdida» (Giddens, 1995, p. 16).

A lo largo de la vida las personas se van readaptando, adquiriendo habilidades y conocimientos que les permiten transitar su biografía y, de alguna manera, evitar los efectos del «[...] despojamiento provocado por los sistemas abstractos»⁸⁶ (Giddens, 1995:16) tanto a nivel de la vida personal como con respecto a los compromisos sociales. Esta readaptación es siempre parcial, pues se va reformulando a partir de las trayectorias en interjuego con la reflexividad del yo⁸⁷ (Giddens, 1995). Esto afecta a los procesos psíquicos y afectivos, como al cuerpo y sus cambios, en tanto productores de subjetividad.

En cierto momento tomé conciencia del escaso tiempo restante, comparado con lo ya transcurrido. La visión del cambio en la piel, nuevas medicinas y nuevos dolores. Subir una escalera no era como antes. Jugar un partido de fútbol era igualmente divertido, pero ya no era tan fácil. (57V59)

Pensarse como sujeto envejeciente implica procesos de readaptación (Giddens, 1995). En efecto, la reconfiguración de la identidad a partir del paso del tiempo es uno de los mecanismos de adaptación en la Modernidad: «[...] la identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo, es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía» (Giddens, 1995, p. 72). Las personas tienen una continuidad biográfica que pueden captar reflexivamente y comunicar,

⁸⁶ Lo que está ligado a la idea de fiabilidad: «[...] contexto de un conocimiento general de que la actividad humana—incluyendo en esta expresión el impacto de la tecnología sobre el mundo material—es creada socialmente y no dada en la naturaleza de las cosas o por influencia divina» (Giddens, 1995, p. 43).

⁸⁷ Para Giddens (1994) es el individuo el que tiene que interpretar su pasado, fundamentar el por qué de sus acciones, elegir como actuar para ir construyendo reflexivamente su identidad desde una narrativa que unifique y de coherencia a sus experiencias. «La acción humana ocurre como una *duración*, un fluir continuo de la conducta y lo propio vale para una cognición [...] conviene pensar la reflexividad fundada en el registro continuo de una acción [...] más como un proceso que como un estado y como parte intrínseca de la competencia de unos agentes» (Giddens, 1994, p.41).

con lo que dan cuenta de una misma biografía a lo largo del curso de vida, integrando lo que se *fue* con lo que se *es*. Esa reflexividad del yo es continua y presupone una crónica que puede comunicarse:

Cada uno de nosotros no solo «tiene» sino que vive una biografía reflejamente organizada en función de los flujos de información social y psicológica acerca de los posibles modos de vida. La Modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión «¿cómo he de vivir?» hay que responder con decisiones tomadas cada día. (Giddens, 1995, p. 26)

En el transcurso de la vida y especialmente, en la mediana edad, se van procesando hechos, circunstancias, que generan consecuencias. Giddens (1995) las llama *momentos decisivos*, que llevan a tomar determinadas decisiones que impactan en la vida a posteriori. La vida se constituye en un conjunto de *pasajes*, de entradas y de salidas, de fragmentos en los que se dan pérdidas o ganancias. Estas transiciones, a su vez, no siempre van acompañadas de ritos formalizados, pero muchas veces están escoltadas por procesos de duelo, necesarios para la coherencia en la biografía personal.

La aparición de la artritis. La conciencia de la enfermedad. Eso me recordaba que mi cuerpo había cambiado, me restringía las rutinas, tuve que cambiar mis deportes favoritos, asumir buenos hábitos y darme cuenta que se recobra el equilibrio de nuevo. Sin embargo, uno aprende nuevas formas de disfrutar la vida y con mucha energía. (58M56)

Para las personas vivir implica una suerte de *conciencia ontológica* que supone crear puntos de referencia que le permiten responder a las vicisitudes de la vida cotidiana; esas respuestas se traducen en conductas. En la mitad del curso de vida aparecen cuestiones vinculadas a la toma de decisiones sobre el futuro, cuestiones que se resuelven ya no desde la tradición, sino desde la certeza de envejecer. En el contexto de la sociedad actual el yo biográfico (la identidad del yo) es entendido reflexivamente en función de la propia trayectoria. La identidad (en tanto narrativa personal) supone continuidad (tanto en tiempo como en espacio), pero esa continuidad es interpretada por las personas:

¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? ¿Quién ser? Son cuestiones fundamentales para cualquiera que viva en las circunstancias de la modernidad tardía y a la que respondemos todos en uno u otro plano, discursivamente o por medio de nuestro comportamiento diario. (Giddens, 1995, p. 93)

En la mediana edad se procesan situaciones inéditas que en el transcurso de las etapas anteriores no se habían producido y que afectan al futuro; además, traen consecuencias en el presente. Un ejemplo es el envejecimiento de los padres, situación *no pensada* anteriormente que entraña, muchas veces, reorganizar la vida cotidiana:

A partir de la vejez de mis padres, uno se pregunta, si llego ¿Cómo será la mía? (Mujer, 52 años)

La cercanía del cuidado de mi madre me ha ayudado a prepararme para diferentes etapas. (Mujer, 57 años)

Con respecto a mi padre después de morir mi madre. Pareció envejecer muchos años en poco tiempo. (Mujer, 49 años)

La vejez de mi madre me ha tocado vivirla con ella. Aprendí y sigo aprendiendo de su vejez...significó una sorpresa no muy grata,. No disfruta de esa etapa, más allá de su depresión, de sus diferentes dolencias, veo una vejez triste en ella. Me da mucha pena. Esto es un tema para mí, me ha marcado mucho.(Mujer, 55 años)

Cada persona tiene una *sensación de continuidad biográfica*, es capaz de captarla y de comunicarla como algo valioso (Giddens, 1995), manteniendo la sensación de un yo vivido, como una crónica particular en la que al interactuar con el mundo debe incorporar los sucesos externos y distribuirlos en la historia personal:

Vemos venir la vejez, pero en la medida que la negamos, pues no la vemos. Entonces un día una enfermedad o una disminución, nos hace palpable lo que no quisimos ver. (11M51)

Me imagino a los 84 años, una anciana arrugada, con ojos risueños y curiosos. Puedo ver n ella cada una de las mujeres que fui. (11M49)

La trayectoria biográfica deriva de la conciencia de los diferentes momentos vividos: se construye con base en la interiorización de las circunstancias y de las estructuras, y de los procesos de reorganización. Los individuos evalúan reflexivamente sus actuaciones y su entorno como procedimiento para accionar. En consecuencia, no tienen solamente una comprensión de lo que *hacen*, sino que también pueden *dar razones* de por qué lo hacen:

Por eso la continuidad está sustentada en el relato autobiográfico. No existe por sí misma. Es la historia que nos contamos y contamos a otros que va cambiando y reinterpretándose con el paso del tiempo. No hay una única historia sobre el yo. Nos contamos varias historias y todas están atravesadas por lo que los otros nos han contado de nosotros mismos. Sucesos como el nacimiento, que no es posible recordar, se integran a nuestro relato biográfico a partir de la perspectiva y del relato de los otros. Nosotros seleccionamos los relatos confiables a medida que transcurre el tiempo, nuestra memoria es selectiva también. Elegimos qué contar y a quiénes. Por eso la identidad no es una cualidad ontológica del ser social. La identidad individual es una narración, un relato que se construye y se modifica a lo largo del tiempo. (Mujer, 45 años)

Giddens (1995) plantea que esa agencia no es acción con determinada finalidad (dirigidas a un fin), sino que se ven muchas veces sorprendidas por consecuencias imprevistas, no buscadas. Esto se debe, al menos en parte, a que el conocimiento de los actores acerca de las

circunstancias de la acción y de sus posibles repercusiones siempre es limitado, al igual que lo es su poder para incidir sobre esas circunstancias. Tampoco el entendimiento es asequible de un modo directo a la *conciencia discursiva* que permite verbalizarlo: tiene un carácter *práctico*.

Esa actuación de un habitus en el campo, de alguna manera, se forma en lo que Giddens (1995) plantea como no somos lo que somos, sino lo que hacemos, en términos de Sartre (2000), es decir, lo que hacemos con nuestras circunstancias. Además,

El hombre se caracteriza ante todo por la superación de una situación, por lo que logra hacer con lo que han hecho de él, aunque no se reconozca nunca en su objetivación. [...] Hasta la más rudimentaria de las conductas se tiene que determinar a la vez en relación con los factores reales y presentes que la condicionan y en relación con cierto objeto que tiene que llegar y que trata de hacer que nazca. (Sartre, 2000, p. 77)

El envejecimiento de los padres es un hecho que no se procesa hasta que un determinado evento lo muestra, y a partir de eso cambia la relación. Se pasa de un vínculo ascendente del *cuidado recibido* a la relación asimétrica de *cuidado a brindar*, lo que conlleva un punto de viraje: «Los momentos decisivos son aquellos en que los individuos se ven llamados a tomar decisiones especialmente determinantes para sus ambiciones, o más general, para sus vidas futuras» (Giddens, 1995, p. 145). Lo mismo puede suceder al enfrentarse a la enfermedad o a la muerte, o cuando se verifica el crecimiento de los hijos o al encontrarse con la certeza de ya no tenerlos (cuando hasta ese entonces era una posibilidad).

Esto último se relaciona con la idea de *turning point* como evento a partir del cual hay un cambio significativo. Tanto en las entrevistas abiertas como en el cuestionario surgen hitos que se pueden vincular a la vejez de los progenitores como puntos de inflexión desde donde pensar la propia vejez:

He pensado y he tenido que realizar cambios en mi vida, mis padres y tíos han envejecido y no han tomado conciencia hasta que, o se enferman, o dejan de tener determinadas capacidades para realizar actividades que antes les era común, y que ahora yo debo apoyar. (Mujer, 47 años)

Me he enfrentado a la necesidad de dar una «vuelta» a mi cotidianidad, sobre todo a partir de las personas viejas que atiendo, que no se han proyectado en el futuro y la mayoría llegan sin ningún recurso y solos, sin redes familiares ni personales. Me preocupa ser una carga para mis hijos y por ello pienso en llegar lo más integra posible y poder disfrutar de encuentros, paseos y reuniones con personas de mi generación. A su vez de disfrutar de mis nietos y de mis hijos con armonía. (Mujer, 57 años)

De no querer ser una carga, que Dios me dé vida hasta que me valga por mí misma. (26M58)

Sí, claro. Empecé a pensar en mi vejez como a los cuarenta y pico a partir de la vejez de mi madre. (35M55)

Por momentos a partir de la vejez de mi madre y el tema de la soledad cuando uno no es totalmente autosuficiente: visión, caminar, etc. (46M52)

Entrar en la etapa de cuidar de nuestros padres te moviliza mucho respecto a tu propia vejez... (62M56)

En estas respuestas aparece la idea de *carga* vinculada al cuidado, lo que puede interpretarse como la responsabilidad socialmente asignada hacia los hijos con respecto a la dependencia de los padres. La preocupación por un futuro en el que el trabajo de ocuparse de las necesidades de atención ante la enfermedad o la imposibilidad de hacerse cargo por sí mismos de las actividades de la vida diaria pone a las entrevistadas en *alerta* sobre la propia vejez, lo que incluye autocuidado.

Con el proceso de individualización (Beck, 1997; Giddens, 1997), las personas deben ser capaces de desarrollar un enfoque sobre las nuevas estructuras, sometidas a variados tipos de riesgo (de alcance personal y global), que les permitan adecuarse y desarrollar acciones en la vida cotidiana, ya que las formas tradicionales no les son suficientes y se ponen en tela de juicio. Para Giddens (1995), la destradicionalización significa el agotamiento de los roles que cumplían la familia, la religión y la comunidad local. Se necesitan nuevas bases de confianza.

El *yo* es en la actualidad un *proyecto reflexivo*: una interrogación más o menos continua del pasado, del presente y del futuro:

Cuando cumplí 50, pero rápidamente lo sustituí con proyectos laborales académicos y viajes y con el consuelo de que siempre me dan menos edad de la que tengo. Hago gimnasia, volví a estudiar idiomas y tengo por unos cuantos proyectos que concretar. (29M52)

Sí. Siempre pienso en la vejez, pero sobre todo lo he pensado con más énfasis a partir de que mi madre hiciera un Alzheimer y falleciera producto del deterioro que esa enfermedad produce. Por esa razón pienso en la vejez como en una etapa para lo cual hay que trabajar desde que se es joven. (72M57)

El concepto de *individuación*, ligado a la idea de proyecto reflejo, está conectado con la construcción de una biografía personal, con nociones de trayectoria, con opciones y con identidad narrativa.

6. La identidad a lo largo del curso de vida

«Practicar el arte de la vida, hacer de la propia vida una “obra de arte” equivale en nuestro mundo moderno líquido a permanecer en un estado de transformación permanente, a redefinirse perpetuamente transformándose (o al menos intentándolo) en alguien distinto del que se ha sido hasta ahora.»
(Bauman, 2006, p. 4)

En este apartado se intentará comprender cómo la identidad se configura y reconfigura a lo largo de la vida, y cómo ese reconocimiento habilita a pensarse como mismidad a pesar de los diferentes puntos de inflexión, que en la mediana edad facultan la posibilidad de proyectarse en ser un *viejo* y de mantener la narrativa biográfica. Al respecto:

Por las importantes experiencias que marcan diferencias del sí mismo, que pueden aparecer como no intencionadas, vividas como exteriores al sujeto y no deseadas y en donde la asignación de «ese quien» (ser viejo) puede devenir una categoría rechazada o mortificante. (Iacub, 2011a, p. 301)

Desde los estudios en psicogerontología, Zarebski (1999) plantea que la sociedad se debe ocupar de los sujetos envejecientes y de sus diversos contextos culturales, y que para hacerlo es necesario un nuevo enfoque (superador del modelo simplista y biologista) que incorpore una perspectiva integradora de los aspectos bio-psico-sociales, que de manera compleja están interactuando. Esta propuesta se da en uno de los *puntos de encrucijada* (la mediana edad): las personas frente a la perspectiva del envejecimiento propio *deberían asumir la complejidad del mundo humano* (Zarebski, 2005), lo que implica *diversificar los ideales y los puntos de apoyo*. Para ello es necesario aceptar la *incompletud*, debiendo poner en juego la creatividad para la construcción de la propia subjetividad, ya que de lo contrario se persistiría en el *anquilosamiento simplificador propio del narcisismo perturbado*. Para Zarebski (2005), esta propuesta supone la normalización en términos de normal y patológico, lo que da cuenta de las condiciones de vulnerabilidad emocional (y su opuesto: la resiliencia) que se manifiestan desde las tempranas edades; es decir, muestran ya cuál será el derrotero y cuál el *necesario trabajo preventivo* para transitar la vejez sin *desconsuelo*.

Las condiciones psíquicas que se pueden construir en el curso de la vida ofician de *antídotos* que amortiguan las adversidades por las que se va transitando en el curso del envejecimiento. Así, una «[...] vida de riqueza representacional y abierta a la complejidad» (Zarebski, 2011, p. 23) habilita ser capaces de soportar las frustraciones y los autocuestionamientos que acompañan este proceso. En definitiva, el envejecimiento es «[...] esencialmente una propuesta de cambio» (Zarebski, 2011, p. 23) desde la continuidad de una

trayectoria.

La identidad del sujeto es «[...] un proceso que construye y reconstruye a través de una historia de vida como una unidad y permite al hombre el sentido de mismidad y continuidad» (Muchnik, en Salvarezza, 1998, p. 319). El propósito de la continuidad es otorgar un sentido de anclaje, de pertenencia, que posibilite afianzar la identidad personal, teniendo en cuenta que las identidades «[...] nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes [...] [que] están sujetas a una historización radical, y en un constante proceso de cambio y transformación» (Hall, 1996, p. 18).

Esto se puede entender desde la idea de trayectoria (Elder, 2001; Blanco, 2011), puesto que las expectativas y las contingencias se ajustan como un saber *actuado* que se construye en un campo de posibilidades efectivas. El *habitus* reconfigura las prácticas futuras y condiciona las elecciones del individuo, además de presentar las prácticas sociales como estrategias. Al mismo tiempo, conforma «[...] un sistema de esquemas incorporados que, constituidos en el curso de la historia colectiva, son adquiridos en el curso de la historia individual, y funcionan en la práctica y para la práctica» (Bourdieu, 1991, p. 478). La generación de prácticas, individuales y colectivas, conforme a los principios engendrados por la historia, aseguran la presencia activa de lo vivido en lo pasado. La percepción del futuro depende tanto en su forma como en su manifestación de los posibles objetivos de cada persona, según su lugar en la producción y sus condiciones materiales (Bourdieu, 1998).

De todas formas, debe entenderse que la identidad «[...] no es unívoca porque cada uno modifica y es modificado; identidad que nos muestra, nos caracteriza, nos reconoce y a la vez nos distingue» (Ludi, 2005, p. 121). Es a partir de los disímiles contextos en que se interactúa cuando se dan diferentes procesos que implican cambios, subversiones, agitación, desencuentros, transformaciones, tanto en lo físico como en lo social o lo existencial. Aparecen, de este modo, *detonantes* que impactan en la asimilación que cada persona da a su identidad. Tampoco se debe dejar de lado que este último concepto remite a una permanente confrontación entre *lo mismo* y *lo distinto*, o sea, a los cambios en los modos de ver la realidad en la que las personas se encuentran inmersas «[...] con relación a ciertos límites que forjan un mapa conocido, ya sea por los afectos con los que se relaciona o los contextos con los que se desenvuelve» (Iacub, 2011, p. 91).

En el mismo sentido los prejuicios sobre la vejez atentan contra la identidad. El recorrido sobre las investigaciones basadas en los procesos de confrontación a los estereotipos sociales negativos muestran que «[...] minan lenta y progresivamente la consideración que los

mayores tienen de sí mismos» (Iacub, 2011b, p. 80). Asimismo, esa sensación surge de las «[...] percepciones y vivencias de las personas de mediana edad, así como la importancia que le otorgan a los acontecimientos y las experiencias en esta etapa» (Iacub, 2011b, p. 93).

Se trata de contemplar desde una postura crítica la idea de sujeto envejeciente, a la vez que se desmitifica al viejo y, como plantea Iacub (2001), esto supone posicionarse desde una perspectiva que entienda que:

El sujeto es a la vez una construcción y un agente social. La construcción de las posiciones implica al sujeto como un agente, con una multiplicidad de representaciones ideológicas contradictorias y posiciones frente a las cuales este debe negociar el reconocimiento de su identidad. Resulta relevante cómo el mismo proceso que construye sujetos dominados, a su vez, establece sujetos que resisten. (p. 7)

Las personas realizan una trayectoria que va desde el pasado, se activa en el presente y mira hacia un futuro previsto en tanto proyecto. Poseen una coherencia que deriva de los sucesos externos, que durante la vida se viabilizan como un detrás de escena en la vida que van transitando. La identidad personal, el yo biográfico, supone una crónica que va desde el ayer al hoy, interpretando esa historia.

En general y más allá de la formación, la curva de los 55 tiene una impronta especial en ese sentido y quien no lo diga no es sincero. No es malo, es simplemente lo que es. (59V56)

A veces me siento cansada y con ganas de realizar cambios en la vida que llevo, entonces me voy ajustando a las necesidades de mi cuerpo y mente, aunque también es cierto que no a la velocidad que me gustaría generar los cambios. (91M47)

Hay una connotación negativa, aunque no hay motivos para que así sea. Viene sobre todo por las valoraciones que vamos escuchando a nuestro alrededor sobre la edad y la vejez. Por ahora siento que cada año que pasa estoy mejor con respecto a lo vivido (desde el punto de vista simbólico, material, físico, emocional, etc.). (84V42)

En la producción de una identidad coherente, el cuerpo (y no el organismo) como construcción social es el objeto sobre el que habitar, es el receptáculo con el que las personas se vinculan:

[...] no es solo una entidad física que *poseemos*: es un sistema de acción, un modo de práctica, y su especial implicación en las interacciones de la vida cotidiana es parte esencial del mantenimiento de un sentido coherente de la identidad del yo. (Giddens, 1995, p. 128)

No solo se tiene, *se porta* el cuerpo y los cambios reflejados por el tiempo impactan en la identidad e integración de la crónica personal.

La noción de riesgo (Beck, 1997; Giddens, 1995) y su control es parte de las oportunidades, de tomar precauciones y de planificar la vida en los contextos actuales. Un

ejemplo es el control de la salud, que aparece como un elemento central cuando se les pregunta a los entrevistados con respecto a los cambios que deberían, desean, planifican a futuro en cuanto a su propia vejez. Esto se apoya en la reflexividad y en el saber experto; el discurso médico⁸⁸ sobre el envejecimiento está sustentado en esa idea.

El trabajar con adultos mayores te hace saber que la vejez, la dependencia y la muerte existen. Hay distintas formas de vejez. Algunas que desearía para mí y mis seres queridos que es aquella vejez con arrugas y cambios físicos característicos, pero con las capacidades físicas, mentales y vínculos sociales conservados. Otras formas que me dan miedo y son patológicas con dependencia física y/o mental, depresión, aislamiento social. (65M47)

Nunca me lo imaginé, pero me veo parecida a mi abuela paterna, delgada, sin canas y sin arrugas [risas] pero de verdad, mi abuela paterna no tenía arrugas ni canas y falleció a los 86 años... En realidad, solo lo he pensado algo en broma con amigas cuando decimos que seremos amigas toda la vida, y que cuando seamos viejas seguiremos reuniéndonos a conversar, pero más en serio desde que empecé a estudiar geriatría, antes no se me ocurría, y especialmente comparando, viendo pacientes de 80 o más años siempre enfermos versus los de esa edad y más tan bien, que se nota la diferencia, la edad no hace la enfermedad solo aumenta el riesgo de sufrirla, y eso hace la diferencia. (47M45)

⁸⁸ Estas dos mujeres entrevistadas tienen como profesión la medicina: una como médica de familia y otra como geriatra.

7. La cuestión del tiempo y la trayectoria: el sujeto envejeciente

«La distinción entre el pasado, presente y futuro es solo una ilusión obstinadamente persistente.»
(Albert Einstein)

Entender la biografía humana en términos de curso de vida implica aceptar con Bourdieu (1986) la incorporación de la relación del cuerpo como construcción social que va transcurriendo en el tiempo, que se va edificando a partir de introyectar una cierta pedagogía implícita que valoriza determinados cuerpos y determinadas formas de ser y estar en el mundo por sobre otras (el cuerpo joven, el cuerpo sano, la configuración de los mandatos del género, ser viril, no ser marimacho, ser dócil, ser sabio, adecuarse a los tiempos sociales). Esta inculcación produce una serie de *marcas* (que no son neutras) y que se trasmudan en formas naturales de percibir el mundo. Es el ocultamiento de un arbitrario cultural que pone al cuerpo por afuera de la conciencia y de las transformaciones dadas por la voluntad de los agentes.

Se *habita* un cuerpo que, para ser aceptado, debe permanecer flexible, magro, con *aspecto* juvenil, y para no ser vilipendiado, ajeno. Incorporar la noción de *habitus* y de *estrategia*, de un agente sujeto a creencias sociales entraña el tiempo como historia, como legado y como disposición. Incorpora la noción de vida vivida como *tempo*, como posibilidad objetiva: se trata de un aprendizaje a veces corporal, que revela el anclaje del cuerpo en el mundo y que, a la vez, se presenta como *proyecto creador*. Asimismo, la perspectiva del proyecto refleja aporta la idea de una biografía planificada dentro de los límites que colocan las circunstancias, además de una reflexividad que se *extiende al cuerpo* (Giddens, 1995) como un sistema de acción.

Con el telón de fondo de la modernidad tardía, las personas se enfrentan a elecciones sin la ayuda de la costumbre o de la tradición, y, entre esas elecciones, se plantea la propia vejez como proyecto a construir, como propuesta de un estilo de vida a adoptar «[...] no solo porque satisface necesidades utilitarias, sino porque dan forma material a una crónica concreta de identidad del yo» (Giddens, 1995, p. 106). La multiplicidad de elecciones a las que las personas se hallan expuestas está acotada por el contexto, por la situación de clase, por el género y por las diversas interseccionalidades que atraviesan las biografías. Las variaciones son atributos de la estratificación, elementos estructurales (Bourdieu, 1986) que van a reconfigurar esas elecciones. La posibilidad de proyectarse en un futuro *viejo* implica lo que Giddens (1995) propone como planes de vida:

Entonces voy creciendo y me voy dando cuenta de mi envejecimiento, pero sin sorpresa. Igualmente, creo que alguien podría sentir eso cuando le queda como una especie de frustración de lo que «no pudo ser siendo más joven», entonces cree que la edad se apoderó de sus sueños no cumplidos o algo así... O cree que no puede hacer determinadas cosas ya con su edad. (98M44)

Se puede tener 80 años, haber perdido tanto y sin embargo seguir siendo uno. Al final, todo pasa por nuestro interior y allí podemos ser igualmente libres, soñadores, imaginativos, creativos, pese a las limitaciones físicas. Uno es el YO interior, lo de afuera es la cáscara que envejece. Los recuerdos, mientras podamos tenerlos, las imágenes, las vivencias, los seres queridos, la alegría, el dolor, la pérdida, los logros, todo eso sigue con nosotros. Somos nosotros. No envejecen. Ese es el mayor dolor a veces al llegar a la vejez. Seguimos siendo jóvenes en un cuerpo que nos limita. Hasta por momentos sentimos que aún podemos hacer y sufrimos porque no es igual. Aún así, que bueno es poder sentirnos niños, adolescentes, enamorados, creativos, poderosos, aún cuando ya el poder no sea físico. (57V59)

Estas políticas de vida ordenan las biografías y proyectan en la futura vejez la dificultad (aunque no imposibilidad) de seguir siendo productivo, de seguir creando a pesar de las dificultades (sobre todo físicas) que se pronostican para la propia vejez. La multiplicidad de planes de vida en el marco de la modernidad, plantea Giddens (1995), es posible por la coexistencia de cuatro factores: *a)* por vivir en un orden postradicional; *b)* por la pluralidad de mundos de vida; *c)* por el impacto existencial que implicó la naturaleza contextual de las creencias acreditadas; *d)* por el predominio de la experiencia mediada.

Vivir en una situación de modernidad y actuar en ella implica optar y comprometerse con alguna de las alternativas que se presentan, sin apoyo en las certezas que daba la tradición. En momentos anteriores de las sociedades las personas vivían situaciones sociales en estrecha cercanía con los demás, rodeadas de entornos *comparables*. En la actualidad las actividades y los estilos de vida tienen un carácter segmentario, y cada sector requiere la adopción consciente de determinadas prácticas. La reflexividad no actúa en condiciones de certeza, sino de *duda metódica*, lo que se sabe: las «[...] autoridades más fiables solo son fiables “hasta nuevo aviso” y los sistemas abstractos que impregnan en tan considerable proporción de la vida diaria, más que ofrecer guías o recetas de acción fijas proporcionan una multiplicidad de posibilidades» (Giddens, 1995, p. 109).

Las personas que hoy tienen más de cuarenta años aprendieron en clase de biología que las neuronas mueren y no se reproducen; hoy se habla desde las neurociencias de la plasticidad neuronal, de la reconfiguración de las conexiones y de la reproducción de las células nerviosas a lo largo de la vida ante eventos traumáticos. La ciencia es provisoria, las

certezas son circunstanciales. Hasta el 2012 la enfermedad de Parkinson no tenía tratamiento; en el 2016 se probó una vacuna que podría tratarla. En los últimos años se han probado combinaciones genéticas que podrían ser las responsables del proceso de envejecimiento. Esto fue posible porque en el año 2000 se descifró el genoma humano.

Los que nacieron a principios de los setenta y crecieron en los ochenta esperaban una semana la carta de su pareja si esta estaba en otro departamento en un Uruguay de 175 245 kilómetros cuadrados. Hoy las comunicaciones por *whatsapp* son instantáneas en cualquier parte del mundo.

Frente al vínculo con mis hijos o con alumnos muy jóvenes. A veces se me dificulta comprender los razonamientos, llego a comprender el tiempo y espacio en que viven pero no su visión de estos. (73V47)

Las experiencias mediadas también influyen sobre las elecciones. Los medios de comunicación ofrecen acceso a situaciones con las que no se hubiera podido tener contacto personal y que superan fronteras que separaban las vivencias personales.

Por su parte, las cuestiones de género no están separadas de la idea de proyecto biográfico o de trayectoria del yo. Los derechos políticos de las mujeres entran en vigor por Naciones Unidas en 1953; hasta ese momento no existían. En 1967, los Estados miembro de las Naciones Unidas aprobaron la *Declaración sobre la eliminación de la discriminación contra la mujer*, que la establece como una ofensa a la dignidad humana. De todas formas, es recién con la *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*, aprobada en 1979, cuando se deja constancia de que, a pesar de la existencia de otros instrumentos, las mujeres siguen sin disfrutar de los mismos derechos que los hombres. La *Convención de Belem do Pará* describe la naturaleza y el significado de la discriminación por motivos de género y estipula la obligación de los Estados de eliminar la discriminación y de abordar no solo las leyes discriminatorias, sino también las prácticas y las costumbres, así como la discriminación de la mujer en el ámbito privado. Con esto se quiere señalar que las mujeres nacidas antes de 1979 llegaron a un mundo en que sus derechos no eran considerados, no formaban parte de los ordenamientos jurídicos nacionales. Esto de por sí es un elemento que deconstruye el campo de lo posible y prefigura un mundo de posibilidades nuevas.

Pensar el propio envejecimiento no es igual de acuerdo a diferentes transversalidades, y el género es una. Si bien en los resultados de la investigación no aparece una diferencia clara, la

insistencia social sobre la preservación del cuerpo femenino en estadios de mayor juventud es un síntoma de esto: basta ver las publicidades *antiage* («Nosotras lo valemos», «Un aspecto 10 años más joven» o «La belleza no es cuestión de edad sino de actitud»).

El *impacto* del paso del tiempo afecta tanto a hombres como a mujeres, pues son transiciones que cuestionan la biografía sobre todo si se la vincula al envejecimiento y al deterioro:

Desconcierto, dificultad para imaginarme en ese momento, contradicciones entre lo que quisiera que fuera y lo que siento que podría ser, cuestionarme si llegaré, darme cuenta que uno está lleno de clichés y es difícil vaciarse de ellos y verse en realidad en una proyección a futuro sincera, ganas de dejarlo, ganas de retomar la terapia... (64M51)

Un poco de tristeza, ya que no deseo envejecer aún. (19M49)

Se habla de una unidad consistente a lo largo de la vida. Las personas son una y la misma durante la trayectoria vital. La identidad se construye con el otro (dialécticamente) en el contexto y en las relaciones que se establecen, por eso no se la puede plantear con un carácter unívoco, dado que es modificable y modificada en y por el entorno «[...] que nos muestra, nos caracteriza, nos reconoce y a la vez nos distingue» (Ludi, 2005, p. 121).

La identidad se va resignificando a lo largo de la vida, tanto a nivel personal como social. Desde la propuesta del paradigma⁸⁹ del curso de vida se la puede plantear como un proceso individual que se basa en la experiencia de la socialización y en las diferentes temporalidades articuladas en las biografías:

Como un proceso subjetivo (a la vez psíquico y mediado por los recursos culturales) y por medio del cual las personas elaboran su condición de sujetos atravesados por el tiempo y que atraviesan el tiempo, modificándose y viéndose impelidos a reelaborar sus autoconceptos, sus autorepresentaciones y también sus propios discursos acerca de sí mismos, como seres que en su construcción son siendo y están lanzados a advenir otro a medida que envejecen. (Urbano, 2011, p. 63)

Cuando los cambios en el entorno inmediato (el crecimiento de los hijos, el envejecimiento de los padres, el otro viejo) se hace *objetivo*, la posibilidad de la vejez propia se *representa* y cuestiona la autodefinición, es decir, pone en juego las posibles versiones del yo. Cada uno construye un relato de su biografía, de su *ser*, versiones que se *coconstuyen* con los otros, con las instituciones, con la cultura y que se *revisan* a partir de la reelaboración del pasado en diálogo con el presente: «El hombre no es solo *ethos*, vale decir, forma de actuar, modo de vivir, sino también *pathos*, forma de sentir. La manera en que sentimos es también la

⁸⁹ Planteado desde los autores que refieren a la teoría.

manera como vivimos, como percibimos el mundo» (Piña Moran, 2004, p. 39).

También es posible considerar la identidad a lo largo de la vida como «[...] un itinerario vital construido por elecciones y decisiones del individuo, pero bajo determinantes familiares o del entorno próximo, determinaciones estructurales del contexto amplio, y determinaciones del orden cultural» (Casal *et al.*, 2006, p. 29). Junto a esta noción de itinerario, Casal *et al.* (2006)⁹⁰ proponen pensarlo como una secuencia doble: como itinerario *recorrido* (hasta dónde se ha llegado, hasta el ahora y por el otro como itinerario *probable a dónde ir*).

Creo que en cada etapa relativizamos los «males» de la anterior. Lo que antes nos hacía mal o sufrir o preocuparnos, ahora pasa a ser menos significativo. Y también porque, en definitiva, una se termina adaptando a lo que «es». (128M47)

Intento vivir la vida, el transcurrir de los días, meses y años, paso a paso, como proceso, planificando... sin que ello no signifique que mire a mi alrededor y observe sobre todo a mis hijas adolescentes, y me plantee cuánto ha transcurrido de mi vida y así también con otros hechos significativos de la misma. (37M43)

Creo que no vivimos tan pendientes del paso del tiempo hasta que por responsabilidad o alguna alteración de salud nos recuerda en qué etapa de la vida estamos. (48M46)

La vida misma es un suceso de continuos cambios: corporales, fisiológicos y de pensamiento y formas de actuar, porque al adquirir conocimiento nos vamos educando y, por ende, cambiamos o podemos cambiar conductas que nos hacen daño. Todo cambia, hay cosas que no cambian porque no queremos. Sin embargo si quiero cambiar algo de mi vida o de mi carácter puedo hacerlo como lo he venido haciendo en el desarrollo de mi personalidad. (47M45)

La idea de una identidad a lo largo de la vida remite a la perspectiva del curso de vida como marco conceptual pertinente para analizar el proceso de envejecimiento y la posibilidad de anticipar la vejez en la mediana edad. Las respuestas de los entrevistados apuntan a sostener un sentido a la vida y configurar una biografía coherente que incluya a la vejez (aunque con dolor). La revisión del pasado, a partir de algunos eventos que *marcan* el paso del tiempo, activan en las personas consultadas (mayoritariamente) la conciencia sobre la futura vejez y la *resignación activa*, en tanto inexorable hacia esa etapa. La idea de una proyección refleja que impacte en las formas de residir en la vejez es lo que se problematizará en el siguiente apartado.

⁹⁰ Autores pertenecientes al Grupo de Investigación en Educación y Trabajo (GRET) de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB).

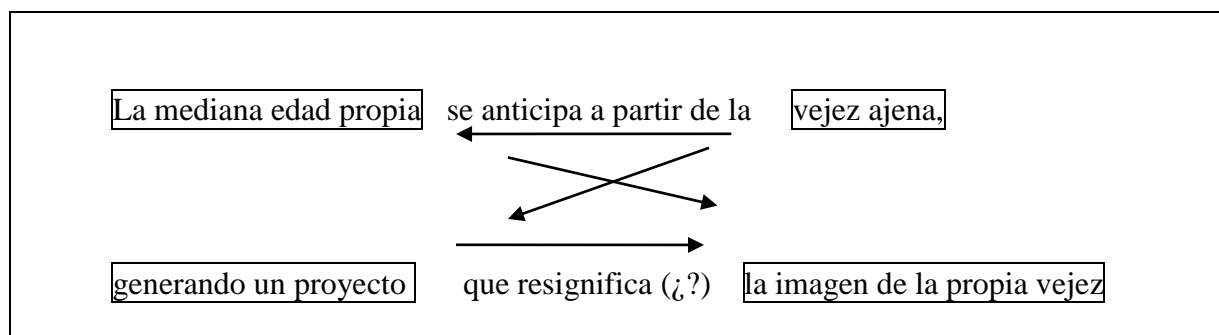
8. La mediana edad y la anticipación del envejecimiento

«Ver por el relato del espejo/que por dentro del pellejo/nos está/ esperando un viejo al existir.»
(Ferrer, 1981)

El propósito de este capítulo es comprender la elaboración de la *anticipación* como una práctica social que supone un trabajo sobre sí mismo y una relación con los otros en una etapa específica de la existencia (*la mediana edad*). Al mismo tiempo, envuelve la idea de que la personalidad y los patrones de comportamiento continúan cambiando a través del curso de vida en respuesta a una variedad de sucesos y de condiciones que permiten proyectar la vejez propia.

La tesis de este trabajo se sustenta en que las personas, a partir de determinadas circunstancias (que se pueden dar en conjunto o por separado) como la edad mediana, la vejez de los padres, el crecimiento de los hijos, el trato, el cuidado o el trabajo con personas viejas, se plantean su propia vejez y esa anticipación repercute en sus proyectos, en sus previsiones o en sus conductas.

FIGURA 2. ANTICIPACIÓN DE LA VEJEZ EN LA MEDIANA EDAD



FUENTE: ELABORADO CON BASE EN ZAREBSKI (2005).

Las profundas modificaciones en las políticas de vida (Giddens,1995) impactan en todos los aspectos de la cotidianidad de las personas. Los cambios en la forma de atender los roles sociales, las instituciones y su relación con la vida cotidiana han modificado los trazos de las biografías sin tener en cuenta las limitaciones de las situaciones particulares:

Las elecciones de estilo de vida y la planificación de la vida no se dan solamente «en» la vida diaria de los agentes sociales ni son constitutivas de ella, sino que se crean situaciones institucionales que les ayudan a configurar sus actos [...] en las condiciones de la modernidad reciente, su influencia es más o menos universal. (Giddens, 1995, p. 112)

Los procesos de individualización generan *libertades arriesgadas* que reaccionan a las *inseguridades fabricadas*. Las barreras que en el pasado eran percibidas como dadas a partir de los procesos de socialización, la religión y la tradición, pierden fuerza y capacidad de coerción en la modernidad tardía, hecho que genera la posibilidad de elección y de proyecto. Los eventos, las transiciones (desde la salida del hogar de origen a la conformación de arreglos de pareja o la decisión de tener o no hijos) surgen de *negociaciones*, de razonamientos, de acuerdos. La propia autogestión de la trayectoria en un orden postradicional se hace *refleja* (Beck, 2003; Giddens, 1995).

En la literatura o en el cine (como referencias culturales de una época) se muestran como en un escenario la contradicción entre las exigencias y las posibilidades de los estilos de vida. Representan cómo se viven los diferentes tramos de las trayectorias, las contingencias de la infancia, los avatares de la adolescencia, los desafíos de la juventud, las propuestas de la adultez, las preguntas sobre el envejecimiento. Películas como *La demora* (Rodrigo Pla, 2012) muestran sin dobleces la dificultad de una mujer de mediana edad para el cuidado de su padre dependiente y lo complejo de la toma de decisión sobre su futuro. *Her* (Spike Jonze, 2014) y *Lost in translation* (Sofía Coppola, 2003) plantean la conflictividad de los vínculos y el peso de la soledad en la era de la tecnología.

En los contextos de modernidad reflexiva, las personas viven sus años de mediana edad bajo el *designio* de que han aumentado la proporción de *posibilidades de vida* y de decisiones sobre sus biografías, incluyendo la vejez. El contacto con las personas viejas también resignifica esas proyecciones:

A partir de la enfermedad de mi abuela, me hizo pensar en cómo me tocaría vivir ese momento de mi vida. (118M42)

Sí, lo he pensado. A partir de estudiar la vejez y de un trabajo constante de desnaturalizar los prejuicios hacia la vejez, de pensarla como una etapa más del curso de vida. Igualmente creo que no es un proceso interno fácil, porque vivimos en una sociedad que constantemente se olvida de la vejez y la excluye. Entonces esto genera que en el intento por reconocerla encuentre en el camino muchos obstáculos desmotivantes. (111M40)

Pienso en mi vejez en lo que refiere a mi situación física y en qué condiciones llegaré. Sobre todo si podré tener cierta movilidad, autonomía e independencia para hacer las cosas cotidianas. También en lo que refiere a la tranquilidad económica, no depender de otras personas. (84V42)

Desde esta perspectiva proviene la idea de anticipación como una suerte de reflexividad que integra la identidad a lo largo del curso de vida y no como la preocupación ominosa que

no permite habitar el presente (ansiedad, colonización del futuro).

9. La mediana edad: ¿transición hacia la vejez?

«En el juego da cartas tapadas de la vida para ganar en la fase más crítica, que es la vejez, lo decisivo no es el truco de la deslealtad de un tahúr, sino la capacidad de previsión y la habilidad para usar el raciocinio.»
(Sinay, 2013, p. 133)

La referencia al concepto aparece cuando se lo distingue como una etapa distinta, vinculada al declive en la edad de procreación y, por tanto, desvinculada de los procesos de reproducción social. Es en la mediana edad que en las sociedades modernas (en ciertos sectores de la población y dependiendo del género) se está al mando, en términos de poder e influencia, tomando decisiones sobre la juventud y sobre la vejez. Son entre los hombres de 30 a 60 años que se distribuye el 80 % de los puestos de decisión tanto políticos, miliare como industriales (Salvarezza, 2011). Pero también es el momento en que aparecen ciertos indicadores de cambios a nivel de la continuidad de la biografía:

En lo personal, aunque mucho me pesaría seguramente, yo cambiaría de acuerdo a lo que necesitara en la vejez para poder adaptarme para seguir adelante. Lo que no cambiaría son mis pensamientos sociales, respecto a la humanidad, respecto a la confianza en el ser humano y en su capacidad para salir adelante. Ja ja, además, seguiré siendo hincha de Defensor hasta el final de mis días, y, aunque no haya después, después también lo seguiría siendo... creo que en alguna medida hay que tomar precauciones, buscando que esa etapa llegue a golpear lo menos posible, por ejemplo, en lo económico. (74V54)

Algo de eso se experimenta, especialmente pensando en los «desfasajes» que a veces uno siente entre la edad formal y la experiencia (a veces uno es más «joven» que su edad y otras «más viejo», dolencias, por ejemplo). (100M40)

Las transiciones, los eventos y los cambios en la vida de la persona (trabajo, matrimonio, hijos, relaciones sociales) que se desarrollan en el período de la edad adulta tienen su correlato con lo que le precedió, y continúan en el proceso de la trayectoria vital. Esto se encuentra íntimamente ligado a todas las experiencias, actitudes, necesidades y valores vividos hasta ese momento. Transitar la mediana edad conlleva características particulares, determinadas por distintos factores de cambio que proporcionan contenido específico a esas experiencias. La mediana edad es el punto de anclaje desde el cual comenzar a anticipar el envejecimiento y, en consecuencia, se puede anticipar una imagen de la propia vejez. De esa manera se producirán efectos que impriman en el presente (joven) y que promuevan (cuando se dan las condiciones psíquicas adecuadas) un trabajo psíquico que elabore de forma previa un proyecto que guíe la trayectoria vital y que promueva el desenlace deseado. Es lo que

Zarebski (2005) denomina como movimiento anticipatorio que preexiste al trabajo que se realiza al proyectar.

Esto problematiza la idea moderna de la vida signada por el avance de la edad. La irrelevancia de este concepto, afirma Neugarten (1965, 1970, 1999), refiere a que la edad por sí misma no tiene un factor explicativo o descriptivo, ni puede ser una variable para organizar la vida humana. Es menos importante el tiempo que pasa que lo que ocurre durante ese tiempo. Así tiende a perder importancia cualquier clasificación de la vida por etapas, dado que los hitos culturales y biológicos son cada vez más inexactos e inesperados:

Las personas utilizan la edad como una guía para adaptarse a los demás, para dar sentido a la vida, para reflexionar sobre el tiempo que ha pasado y que queda [...], existen múltiples niveles de realidad social y psicológica basados en la edad cronológica, como indicador de la edad social. (Neugarten, 1999, p. 83)

Como ya se ha planteado, Giddens (1994) manifiesta que el origen psicológico de la seguridad ontológica es un mecanismo básico de control de la angustia. De esta manera se favorece la obtención de sentimientos de confianza para la reproducción de la vida social. Este autor señala la tradición y la rutinización como fundamentales para la reproducción de la seguridad ontológica, puesto que la tradición simboliza un punto de apoyo y pertenece a la esfera de lo familiar, lo conocido: «La tradición se refiere a la organización del tiempo y por tanto del espacio» (Giddens, 1995, p. 123).

Sí, hoy tendría que alimentarme mejor y realizar más actividades físicas. Mantenerme saludable, pensando en retrasar algunas de las enfermedades asociadas con la vejez. Hoy, también me preocupa cuidar más de mis afectos, aquellos vinculados a mi entorno más próximo. Una vejez en soledad también es algo que me preocupa. Si bien esto no es seguridad de nada, al menos quiero, cuando llegue a esa etapa de la vida, sentir que hice algunas cosas para que eso no me suceda. «No hay peor lucha que la que no se hace». (121M46)

La mediana edad puede ser comprendida desde de las nociones de *trayectoria del yo*, de *estilos*, de *planes de vida* y de *reflexividad* (Giddens, 1995), como trasfondo sobre el cual las personas procesan en sus biografías la concreción de un proyecto vital diferente al de la juventud y al de la vejez. De todos modo, siempre permanece la huella de la primera y la perspectiva de la segunda:

El envejecimiento ocurre día a día y no porque se llega a una edad particular. La transición de una edad a otra es gradual. Las adaptaciones físicas y emocionales a los cambios que trae el envejecimiento son parte de este proceso, de tal forma que hay tiempo para acostumbrarse al cambio según va gradualmente ocurriendo. (Sánchez Salgado, 2005, p. 68)

Si las personas a los 55 tienen por delante treinta años más de vida, proyectar la vejez aparece como una posibilidad cierta, en la medida que *estadísticamente* se va a llegar a esa etapa:

Me veo desde lo subjetivo como un veterano frágil pero pujante, ejerciendo abuelazgo y aportando a la sociedad desde la edad y rol. En un sentido objetivo, no sé si llego y, si llego, ya sé que ello implica mayor probabilidad de declinación funcional y de calidad de vida. (59V56)

Cuando esté viejo voy a ser autosuficiente. Viviré la vida más despacio, me acordaré de mis logros y me sentiré orgulloso. Me daré con mis iguales y me cuidaré de acuerdo a mi edad, porque envejecer es el precio de estar vivo. (936V54)

9.1. El cuerpo en la mediana edad: ¿un punto de inflexión?

En este apartado se problematiza el supuesto de que en la mediana edad, con señales (sutiles) en los cuerpos, se comienza a proyectar la vejez como un destino previsible. Los cambios en distintas dimensiones (actitudinales, de cuidado, de aspecto, de salud) offician como marcadores que hacen que las personas comiencen a pensarse más allá de la juventud.

El cuerpo es interpretado culturalmente⁹¹ y ha sido construido en cada momento de la historia, lleva las marcas de la época y es portador de la posición social (Bourdieu, 1998). Se define como algo concreto, físico, tangible, pero ese mismo cuerpo es desentrañado como la idea de sí mismo, la introyección que hacemos de ese cuerpo es lo que se llama el *esquema corporal* (la corporalidad) y, por tanto, es subjetivo y modificable. Este se constituye en la expresión de quien lo porta, de su personalidad y también como el límite con el *otro*, con el exterior y con los objetos. Martínez Barreiro (2004) plantea que desde el esquema corporal se puede distinguir entre el *cuerpo objeto* (la representación que se hace) y el *cuerpo vivido* (la corporalidad manifestada en la socialización).

Entender la corporalidad Bourdieu (1998) requiere considerarla como una dialéctica entre las estructuras sociales y los agentes. Este autor integra el cuerpo y sus usos, las condiciones sociales de existencia, el *habitus* y las prácticas. Entiende el *habitus*, además, como historia naturalizada y afirma que el olvido de la historia es la condición de su desarrollo. La naturaleza es a la vez una creencia social, «[...] un concepto para nombrar el olvido de las condiciones y de los procesos por los cuales los hombres y las mujeres son como son, y que sirve a la dominación simbólica en tanto legitima esa forma de ser» (Martínez, 2007, p. 142).

⁹¹ Como se explicitó, este trabajo parte de una postura constructivista (Bourdieu, Foucault, Goffman, entre otros), en la que se considera a la biología como parte de la cultura.

Por otro lado, la misma naturaleza es el principio de las operaciones que se han constituido desde las experiencias más tempranas, en ambos casos se asimila al *habitus* y puede integrarse para la comprensión de las formas de vivir los cuerpos.

Los espacios de preferencias corporales (de nutrición, de ejercitación, de exposición) están organizados desde la acumulación de capitales (económico, cultural y social), lo que moldea a la clase de pertenencia. La incorporación del *habitus* se realiza desde una biología, que ya es social (está socialmente designada, desde el nombre hasta el estatus) y que prefigura un gusto que en tanto corporalidad va a depender de la idea de clase en la que se inscribe. Además, este gusto contribuye a perpetuar el *habitus*, por ejemplo, a través de la apariencia. La forma de habitar el cuerpo se estructura por la posición social: cada corporalidad es el lugar del *habitus* como cuerpo construido socialmente. La historia se torna naturaleza a partir de que *se hace cuerpo* por la educación en *estado práctico* (esquema estructurado) mediante la inculcación.⁹²

Se percibe el cuerpo como deseable o como bello en la medida en que se asemeja a los ideales de las clases dominantes (cuando no hay una distancia entre el cuerpo ideal y el real). Incluso los parámetros en que se estructura esa idealización (peso, talla, elegancia, gestos) están basados o por lo menos se ven influenciados por la posición social.

Para complejizar un poco más la idea del cuerpo como estructurante del curso de vida, el aporte de Goffman (1971, 1979, 1991) sobre la interacción social refiere a una interrelación entre las personas, puesto que es necesaria una trasmisión de información entre los actuantes. Una de las formas de intercambio de datos de los *actores* es a través de lo que dicen y de lo que hacen, es decir, considerando la apariencia,⁹³ que permite *saber* cómo comportarse. Cuando las personas interactúan deben poder *captar* las características del actuante que indiquen su significado social, a saber, los mensajes que dan y que comunican, y de la manipulación que realizan. Estos datos son necesarios para confirmar la idea que se quiere proyectar, pues parten de un glosario del cuerpo y de sus señales. Mostrar y portar un cuerpo es el primer signo que media en la interacción, y de ahí la significación social mediadora en las relaciones sociales.

⁹² Entendiendo la incorporación como la introducción en el cuerpo. Para Bourdieu (1995), todo cuerpo es una construcción social, dado que de él siempre se hace una lectura social (cuerpos distinguidos y cuerpos vulgares).

⁹³ La apariencia o «fachada personal» (Goffman, 1987) se entiende como la dotación expresiva empleada por el individuo durante una actuación, intencionalmente o no. Es parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, definiendo la situación con respecto a aquellos que observan esa actuación. Es *la dotación expresiva* empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación.

Para los teóricos de la modernidad tardía, el cuerpo ya no puede considerarse como algo fijo (identidad fisiológica) porque ha sido implicado en la reflexibilidad de la modernidad. Si en las sociedades tradicionales se lo consideraba como parte de la naturaleza (biología) no manipulable por la cultura, en las sociedades contemporáneas se ha visto paulatinamente invadido por los sistemas abstractos. El cuerpo, al igual que la *identidad del yo*, pasa a ser un lugar de interacción, de apropiación y de intercambio. Al igual que el yo, el cuerpo no puede considerarse inmutable, por el contrario, se encuentra hondamente implicado en la reflexividad de la modernidad. Sus límites se han *emancipado* como condición para su reestructuración refleja.

Ese cuerpo actual es susceptible de ser *trabajado* por las influencias del entorno, de la cultura, de las presiones de la modernidad (Giddens, 1995). El cuerpo de la modernidad tardía se ha apropiado reflejamente de los debates y de los discursos sobre la política de la vida. Hay una reflexividad en su *cuidado*, en la apropiación de la ciencia y de la tecnología de su *diseño*, así como en su presentación. Hoy el cuerpo se puede *dominar*, vía tecnología, en procesos que antes eran impensados. Se puede manipular, modificar, *mejorar* o cambiar (implantes mamarios o peneanos, cirugías de rostro, inyecciones de colágeno): «En condiciones de modernidad reciente, el cuerpo es de hecho menos dócil que lo que nunca lo fue anteriormente en relación con el yo» (Giddens, 1995, p. 276). Entonces, su manipulación está interrelacionada en el proyecto reflejo. Giddens (1995) va más allá y agrega que en el ámbito de la política de la vida es posible elegir en relación con las estrategias del desarrollo corporal e incluso en la planeación de la vida, esto es, elegir cómo se dispondrá (congelamiento de óvulos y espermatozoides, células madre) tensionando las decisiones sobre la vida y sobre la muerte como experiencias límite. La socialización de la naturaleza (Giddens, 1995) permite que los supuestos *fenómenos naturales* tengan un carácter social que depende de decisiones individuales.

En la época de Goethe seguramente no tenían nuestra obsesión por la juventud... Entrevisté canadienses de 30 años que ya se autodefinían como «papitos calientes» (hotdaddies). Hoy vemos a los mayores institucionalizados regularmente y avistamos ese futuro. La edad, que otrora significó poder, hoy significa fealdad. (5V51)

Cuando me voy a vestir siento una suerte de duplicidad, por un lado aún mi aspecto me permite ponerme la ropa que usaba antes, pero algo me lo impide... Siento esa ambivalencia porque me da rabia o nostalgia y a la vez hay cierta madurez que me enorgullece de este cuerpo nuevo. (61M46)

No quiero verme así, mezcla de fragilidad y fortaleza. (64M52)

Las personas moran *un* cuerpo, pero este tiene más de una significación. Hay más de un cuerpo que se habita, *el simbólico, el social, el que se refleja en el espejo*. Un cuerpo representado por significantes que contrastan con el organismo como límite de quien *no se es*, el ajeno que es frontera y espejo, «vieja y gorda como debo estar yo» (mujer, 49 años). Sobre cada uno de estos cuerpos se tienen diferentes registros. Para Padilla-Muñoz (2010) hay uno *simbólico* que incluye las representaciones sobre el cuerpo ideal, «[...] en donde reinan los significantes» (p. 2), otro real que corresponde al organismo, es «[...] el cuerpo de la tensión», y uno imaginario que se condice con la imagen del propio cuerpo.

En la mediana edad hay una confrontación con el *nuevo* cuerpo real que envejece:

Cuando comencé con múltiples, intensos y prematuros síntomas del climaterio. (9M57)

Aparecen signos en el organismo:

Tengo más dolores musculares y mucho cansancio. (79M41)

Sí, como dije, la artritis/artrosis te acompaña a diario, a veces con más dolor, otras no tanto, pero lo que sí logra es hacerte sentir el cuerpo. Por lo tanto, uno se pone un poco más pendiente de su cuerpo, te cuidas más, tienes que medir tus esfuerzos y también te preguntas si envejecerás sano. (58M56)

Estos cambios corporales generan tensiones porque enfrentan a la posibilidad de la vejez, aparecen vulnerabilidades a las que *se creían inmunes* porque eran parte de otros cuerpos (viejos y, por tanto, ajenos). El cuerpo imaginario se desplaza, hay un duelo por el cuerpo joven que *ya no es*.

Sensaciones más corporales que con el pasar de los años ya el cuerpo no da las mismas facilidades en movimientos que antes. (87M45)

Estas imágenes sobre el cuerpo se apoyan además en lo que Lyotard (1979) plantea como *condición posmoderna*, en la que entre sus postulados está la idealización del cuerpo joven. En la mediana edad los cambios corporales *resuenan* y aparece una suerte de duelo por un cuerpo que envejece y que, por tanto, se vuelve no deseable (ya que la vejez se asimila a lo feo, a lo perdido, a lo ajado), en la medida en que lo que es querido supone un duelo, una nostalgia. El cuerpo no solamente es distinto, «[...] casi nuestro y casi ajeno» (Ferrer, 1981), sino que se transforma en algo a cuidar, cuando antes no era así.

El cuerpo de la mediana edad hace ruido en el registro de lo real con una serie de dolores que repercuten en lo simbólico y que abren una puerta al mundo de la adultez, que muchas veces es representada por el «empezar a morir». Esta es la traducción simbólica que trae este

cuerpo real; el simbólico lo fuimos armando de niños, con significantes de autoridad, de madurez, es decir, fue un lugar simbólico que ocuparon nuestros padres idealizados de la infancia, mientras que ahora se nos cae encima como un balde de agua fría, nos atrapa (Padilla, 2010).

El cuerpo, en la medida en que conforma una apariencia (el aspecto físico), brinda en primer lugar la resultancia de los procesos que lo constituyeron: los factores sociales, el origen de clase, la trayectoria, la nutrición. En definitiva, hace presente el *habitus* tanto referido a gustos y preferencias como a formas de estar y de ser en el mundo social. Es un cuerpo que ha sido *intervenido* por la sociedad y por la cultura, al que, por tanto, también le han intersectado las diferencias de género (en su cuidado, en su exposición y en su valoración). La cultura, la *violencia simbólica* que atraviesa los cuerpos es distinta para hombres y mujeres en la mediana edad (y a lo largo de las trayectorias) al plantear temporalidades diferentes.

La propia biología determina derroteros disímiles, ritmos desiguales que tienen que ver con procesos orgánicos, con el campo de las posibilidades, pero también con las disposiciones y, de alguna manera, con la emergencia de lo *deseado* en las representaciones sociales sobre lo que es dable o no (lo que se le permite y lo que se le censura). El cambio en las habilitaciones sociales (lo que la cultura autoriza) condiciona las formas de expresión y los modos de acción (Margulis y Urresti, 1996). Si bien es cierto que el avance en las propuestas de igualdad de géneros (Beck y Beck Gernsheim, 2001; Butler, 2002; Margulis y Urresti, 1998) permitió que las mujeres en las últimas décadas no ataran la realización personal a la maternidad, aún así siguen divididas:

Por la contradicción entre liberación y revinculación a las viejas adjudicaciones. Eso se refleja también en su conciencia y comportamiento. Huyen del trabajo doméstico a la profesión, y al revés, e intentan, en diferentes épocas vitales de su biografía, conciliar de «alguna manera» las condiciones irreconciliables de su vida mediante decisiones contradictorias. (Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 54)

Las mujeres entrevistadas plantean en su percepción del futuro un entramado de proyectos que intentan conciliar distintos roles:

Conocerme, reconocerme, corregirme, aceptarme, quererme y respetarme en todo lo que haga, crear, retomar mi carrera, aprender cosas nuevas (seguir estudiando canto —empecé hace dos meses—, joyería, costura y patronaje, swing-dance), simplificar mi vida cotidiana, «alivianar», erradicar la crítica destructiva y el hablar por hablar, como quien mata a la mala hierba (trabajo diario y sin tregua), conquistar el silencio y la calma interior, conquistar la libertad y vivir con amor. (64M51)

Poder criar lo mejor posible a mi hijo (9 años), poder verlo encaminado en su vida. Poder jubilarme y dedicarme a hacer alguna actividad que me guste realmente y sin horarios y sin rutinas. (71M51)

Por ahora continuar trabajando y estudiando (estoy cursando un Doctorado). Viajar. Cuando me jubile, quisiera continuar muy activa, sobre todo mentalmente. Por eso todos los días me preparo mentalmente para las diferentes situaciones que se van presentando o que se avecinan (casamiento de los hijos o hijos que se independicen, volver a estar sola con mi esposo, entre tantas otras). (72M57)

Las mujeres uruguayas que en el presente transitan la mediana edad han atravesado a lo largo de sus biografías la tensión entre el *descuido* de la carrera profesional o la presión por el *cuidado maternal*. El avance en la reducción progresiva a las restricciones en la sexualidad, las luchas emancipatorias en defensa de los derechos de las mujeres y en el plano de la equidad de género son parte del contexto en que han desarrollado sus cursos de vida. La polarización entre los *derechos adquiridos* y las *obligaciones* aún pesan sobre esos cuerpos (falta de seguridades sociales, un mercado laboral que preserve inequidades, el mandato del cuidado) y generan contradicciones en el proceso de individualización de las mujeres. Si bien se puede realizar esta generalización sobre el cuerpo femenino, hay que explicitar que esto es así para determinados sectores (los medios y los altos), que han podido acceder a nuevas formas de realización (académicas, profesionales). Queda la interrogante de si las mujeres que no alcanzan mínimos de ingreso o de formación pueden desarrollar un proceso que implique la posibilidad de un proyecto personal. Dice Giddens (1995):

La palabra «cuerpo» evoca la idea de un concepto simple, sobre todo si se compara con otros como el de «yo» o «identidad del yo». El cuerpo es un objeto en el que todos tenemos el privilegio, o la fatalidad, de habitar, la fuente de sensaciones de bienestar y placer, pero también la sede de enfermedad y tensiones. Sin embargo, [...] el cuerpo no es solo una entidad física que «poseemos», es un sistema de acción, un modo de práctica y su especial implicación en las interacciones de la vida cotidiana es parte esencial del mantenimiento de un sentido coherente de la identidad del yo. (p. 128)

La tensión entre la planificación de la vida y el cuerpo y sus expresiones tuvo (¿tiene?) un ámbito privilegiado en la reflexividad de la vida cotidiana. La identidad de género en la sociedades actuales tiene un correlato en las definiciones de *la política de la vida*. El cuerpo y la identidad del yo no son fijas, se han «[...] implicado en la reflexividad de la modernidad» (Giddens, 1995, p. 275).

No sé si vieja, pero sí seguro más entrada en años que antes. Eso tiene sus cosas buenas y sus cosas malas: las buenas es la posibilidad de pararse desde lugares más certeros y con mayor fundamento; las no tan buenas, no sé si en este momento hay no tan buenas, creo que

esas llegarán en unos años con relación a lo que implica ser viejo/vieja en estas sociedades. (104M45)

Son protagonistas de un proceso que se encarnó en sus cuerpos, pero que no ha logrado aún *hacerse piel*, pues genera muchas veces en las mujeres de mediana edad la idea de ser diferentes a ambas generaciones: la que las precedió y la que las continuará. El campo de posibilidades de estas cohortes estuvo limitado por la historia, por los acontecimientos sociales, por la cultura imperante: estructuraron las elecciones realizadas (Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

Al respecto, Margulis y Urresti (1998) señalan:

Las mujeres jóvenes experimentan, con referencia a sus madres y abuelas, cambios notables, probablemente más intensos y con mayor carga afectiva que los vivenciados por los varones: las modificaciones en su papel social, las transformaciones en las expectativas y en las pautas culturales limitantes que regulaban las prácticas y los comportamientos de la mujer han significado un proceso de cambio extraordinario en cuanto a su calidad y profundidad, lo que sobredetermina el actual campo de sus desencuentros con sus madres y abuelas. (pp. 13-14)

Para los hombres, la situación es diferente: no hubo un cambio en las adjudicaciones y se da el fenómeno de coincidencia entre aspiraciones e identidad del rol. El estereotipo del rol del género masculino coincide con la individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). Si bien se dan procesos de reconversión de las masculinidades, este es un fenómeno reciente que no ha tenido el tiempo suficiente para estructurarse en las formas de *ser varón*.

Pero no solo el género actúa sobre el cuerpo, también lo hacen las representaciones sociales que sobre ese cuerpo se plantean. La *juvenilización*⁹⁴ (como mandato de la época) se visualiza en los contenidos publicitarios sobre la noción de lo deseable y de lo expectable de los cuerpos: ser siempre joven, sano, bello.

No me preocupan los años, pero sí tener arrugas, aunque es inevitable, es una sensación rara. (76M40)

Mi cuerpo más joven. (29M52)

Los medios de comunicación presentan una corporalidad medicalizada y estetizada que no responde a los parámetros singulares de las personas (que generan miedo a la marcas del tiempo):

⁹⁴ La idea del apego narcisista y de la juventud procesada como motivo estético o fetiche publicitario se toma de los planteos de Margulis y Urresti (1996, 1998, 2003, 2011) en sus investigaciones sobre *juventudes*.

Si no existieran los espejos seguiría creyendo que tengo la figura de los 20. (18M51)

Y al que se propone combatir desde la cosmética, la tecnología, la ciencia, la dieta o la cirugía, la *sociedad de la comunicación* le restringe la corporalidad de la imagen, de lo que muestra de sí, y eso atenta con la idea de un cuerpo que envejece:

La moda de la juvenilización conduce a que los sectores que intentan incluirse en ella debiliten la cadena significativa del relato de su propia temporalidad, interrumpen los sintagmas de la memoria, que así se va tornando plana, con menor densidad temporal, propicia al artificio y al simulacro. (Margulis y Urresti, 1998, p. 16)

9.2. Oxímoron o hipérbole : la construcción de la mediana edad

La idea de un cuerpo que comienza a verse constreñido por el futuro, por lo que *ya no se hizo*, como un campo de lo posible que se reduce, está ceñida a las condición de clase, de género y de personalidad. Se puede anticipar un futuro (la vejez) como un horizonte de pérdidas y de declinación:

Horrible, detesto la vejez. Precisamente por mi madre y por el trabajo que hago. (67M55)

Es como que vivo toda su vida pensando que iba a ser joven por siempre. (93V54)

También se puede proyectar una continuidad identitaria:

Yo me siento siempre la misma persona, sin edad. (6M59)

No tengo la edad que dice mi documento. (108V53)

Si pienso en mi vejez, me veo igual que ahora un poco gordita, pelo con un moño, de lentes, feliz leyendo o disfrutando del aire libre... A partir de que uno a los 50 años comienza a pensar con más frecuencia el poder disfrutar de su jubilación de un poco de descanso, de familia. (60M52)

A un hombre con arrugas que me «parece reconocer», la cara es diferente pero los ojos son los mismos. Veo a un hombre satisfecho, de físico cansado, pero con ganas de seguir un poco más... Reconozco parcialmente la imagen, lo más parecido es la mirada, lo más diferente es el rostro... Sí, muchas veces por mi profesión y especialidad. Creo que sigo pensando a partir de personas envejecidas significativas (positiva y negativamente) que me voy encontrando en mi «quehacer» profesional. (73V47)

Creo que uno ha aprendido y aprehendido tanto a lo largo de la vida que internamente se siente tan fortalecido que los cambios y deterioros a nivel biológico- psicológico-social... son sustituidos por otros aprendizajes que se despliegan plenamente en nuestra vida cotidiana. (37M43)

, mientras podamos tenerlos, las imágenes, las vivencias, los seres queridos, la alegría, el dolor, la pérdida, los logros, todo eso sigue con nosotros. Somos nosotros. No envejecen. Ese

es el mayor dolor a veces al llegar a la vejez. Seguimos siendo jóvenes en un cuerpo que nos limita. Hasta por momentos sentimos que aún podemos hacer y sufrimos porque no es igual. Aún así, que bueno es poder sentirnos niños, adolescentes, enamorados, creativos, poderosos, aun cuando ya el poder no sea físico. (57V59)

Desde el punto de vista antropológico, Del Valle (2002) plantea que el cuerpo adquiere una dimensión simbólica de respuestas y de significaciones culturales en torno a sus cambios, a transiciones y a transformaciones biológicas. Lo corporal no es solo natural, sino que es construido social y culturalmente: cambia en su funcionamiento, en su disposición, en su forma, en su estilo y en la «[...] interacción con él mismo y en su (auto)percepción» (Del Valle, 2002, p. 53).

Muchas veces no se percibe en la cotidianidad la idea de la certeza de la vejez propia y es a partir de un estímulo externo que se empieza a considerar esa posibilidad:

Soy aprensiva, me preocupa mucho sentirme mal físicamente, me angustia y no está bueno, sé que no es algo positivo. No suelo tener pensamientos positivos cuando padezco alguna patología. Me preocupa demasiado. Con el tiempo (si no cambio) puedo perjudicarme en mi vejez. (35M55)

El tiempo es veloz, dice la canción. Así es. Nos sentimos interiormente bien, casi como siempre, con una cierta linealidad, tan jóvenes como siempre hasta que nos vemos en el espejo y descubrimos que ya no somos nuestro «niño interior», ni siquiera el joven o el padre primerizo, somos alguien que está próximo a jubilarse. (57V59)

Las respuestas de los consultados sobre *qué sintieron durante la realización de la entrevista* es por lo menos ilustrativa del hecho de que, cuando se presenta ante las personas la *posibilidad* de su vejez (cuando aún no la habían pensado o proyectado), aparece la problematización por esa perspectiva que no habían (hasta ese momento) considerado:

Me sentí como más en la vejez. (53V55)

En algunos momentos preocupación, porque por más que uno tenga una idea de cómo quiere afrontar la vejez, no podemos saber cuál va a ser nuestra situación física y/o mental. Si uno está bien desde esos puntos de vista es más fácil ser un anciano activo y positivo. Si se presenta dependencia, se puede tener un enfoque positivo, pero es más difícil. (65M47)

Muchos sentimientos encontrados, nostalgia, incertidumbre, y mucha angustia. (71M51)

No me resultó nada fácil... Me encontré con preguntas que nunca me imaginé. Movilizador. Sentí que cada vez estoy más cerca de esa nueva etapa. (35M55)

Me produjo tristeza. Me hizo redimensionar el tema a partir de mi edad actual. Tengo que cambiar algunas cosas... (81M40)

¡Tremendo viaje! Muy introspectivo y que habilita a la autorreflexión sobre una temática sobre la que no sé si se piensa tanto en el trajín de la vida cotidiana, salvo se esté en la vejez.

(87M45)

Ahora casi lloro. Hasta la pregunta anterior venía respondiendo de manera espontánea y serena. (88M40)

¡Mal! Que terminara, que quién me manda meterme en esto, que cuánto falta. (93V54)

Se toma de Yuni y Urbano (2008) el concepto de *madurescencia* a efectos analíticos y con la perspectiva de problematizarlo a la luz de los hallazgos. Aunque no es exactamente la misma idea de mediana edad, sí la incluye:

Entendemos por *madurescencia* a aquel momento/movimiento del recorrido vital-existencial en el que el sujeto se cuestiona, se plantea y se orienta a la tarea de alcanzar su madurez. [...] Conviene apuntar que la *madurescencia* es un tiempo personal que se inscribe en un tiempo social de permiso y que implica un movimiento subjetivo de reapropiación y reorientación de la propia experiencia vital. La *madurescencia* es un proceso de transición en el que transcurre y discurre el trabajo de dar sentido a la propia vida, que necesita de y se realiza en diferentes espacios/tiempos/movimientos transicionales. En tanto movimiento subjetivo, requiere que la persona decida atravesar, permanecer y significar, [...] dándoles, por ende, un sentido particular e intransferible. (Yuni y Urbano, 2008, p. 157)

Así, los entrevistados plantean que:

[...] hoy me miro al espejo y ya veo cómo estoy envejeciendo, fue un tema que jamás me preocupó, cosa que sí, por ejemplo, lo veía en mi hermano, siempre preocupado por su apariencia, de la mano con el pensamiento ya tengo tanto años. Fui madre a los 41 años y a los 43, y esa necesidad imperiosa de serlo me hizo sentir joven (ante el espejo), sin pensar en la edad, hasta que logré serlo, con mis trabajos y las exigencias de mis hijas casi adolescentes. Cuando me miro al espejo me siento rara, me veo «vieja», pero en lo profundo me siento con ganas de hacer lo que siempre quise y no le encuentro impedimentos por mi edad. Pero cuando me miro al espejo siento que esta me atropella, es decir, me toma por sorpresa. (99M53)

Un elemento que a priori en la delimitación del objeto de estudio se había decidido excluir es la temática del cuidado de los padres o familiares viejos, ya que se consideró que esta dimensión podría generar un sesgo en el análisis. En una primera aproximación se vinculaba la anticipación del propio envejecimiento con un correlato inmediato en las formas de cuidado. Esta hipótesis no se indagó finalmente como parte de este trabajo dado el específico problema de investigación planteado.⁹⁵ De todas maneras, aparece en las entrevistas un vínculo entre esa aproximación vivencial al envejecimiento propio con el cuidado desde el vínculo filial como un dispositivo privado.

⁹⁵ Si bien en el proyecto preliminar se planteó como hipótesis a trabajar en acuerdo con los comentaristas, se decide dejar de lado este aspecto para futuras indagaciones.

La problematización sobre la forma en que las personas se imaginan, proyectan o prevén su vejez se hace aún más pertinente a la luz de los datos del censo 2011 realizado por el Instituto Nacional de Estadísticas (Uruguay, 2011). Allí se muestra al Uruguay con un aumento de la proporción de personas de 40 años y más con respecto al año 2004 (un ensanchamiento de la parte superior de la pirámide de población). Solo en Montevideo la cantidad de personas entre 40 y 64 años asciende 368 465, que en 10 o 20 años estarán en la franja de las personas mayores o viejos, según el posicionamiento de quien lo defina. Si además se advierte el acelerado crecimiento del envejecimiento, la preparación para este escenario, tanto social como individualmente, es una justificación para pensar la «anticipación de la vejez» como objeto de investigación desde las ciencias sociales.

El hecho de tener que hacerse cargo del cuidado de los padres o de familiares viejos actualiza las vivencias de la propia crianza, a la vez que modifica el vínculo:

Cuidé a mi madre durante 3 años hasta el 2012, si bien al principio me provocó sentimientos encontrados su enfermedad, Alzheimer, después de realizar terapia acepté su enfermedad y cada fin de semana mi consigna era que pasáramos bien las dos, le cantaba, le recitaba y bailaba para ella. Disfrutaba hasta de cambiarle el pañal, le decía que era hora de la batidora al moverla de un lado para otro y nos reíamos. En ese tiempo fui su amiga de la infancia, la hermana menor, una conocida pero nunca su hija. Después de informarme, la asumí tal cual era. Sí tuve problemas con mi hermana, nada de lo que hacía la conformaba, reviví conflictos que tuve con ella en la infancia. Ella se hizo cargo y vivía con mamá, los fines de semana yo la relevaba para que ella fuera a estar con su hijo y nietos. En esa etapa de mi madre aprendí mucho y me hizo sensibilizar con las personas viejas, escuchándolas, abrazándolas y dándoles aliento. (Mujer, 57 años)

La vejez de mi madre me ha tocado vivirla con ella. Aprendí y sigo aprendiendo de su vejez..., significó una sorpresa. No me gusta. No disfruta de esa etapa más allá de su depresión, de sus dolencias, veo una vejez triste en ella, Me da mucha pena. Es todo un tema para mí, me ha marcado mucho. Nunca pensé en su vejez y, si alguna vez pensé, no me la había imaginado así. Me da tristeza. (Mujer, 55 años)

Ayudo a mi vieja económicamente todos los meses. Me afecta en que me privo yo de algunas cosas para ayudarla y me enoja mucho cuando se parte la boca comiendo cosas que yo no puedo porque no me alcanza la plata por ayudarla. (Mujer, 44 años)

Mis padres... en estos últimos 5 años, estoy tomando conciencia de sus limitaciones, finitud en la vida y los he apreciado más, comprendido más, perdonado de tantas cosas que creía tener el derecho a enojarme. (Mujer 47 años)

Sí tengo con mi madre. Fue un cambio en mi vida, afecta en tanto me tengo que ocupar de su cuidado, gestionar la economía de su casa, acompañarla cuando está enferma, llamarla a diario, verla casi a diario. (Mujer, 57 años)

Si bien no es posible hacer una generalización dado el tamaño de la muestra y el planteo

metodológico, la dimensión del cuidado surge en el relato de las mujeres y no en el de los varones, lo que es coincidente con lo que la literatura sobre el tema plantea. El estudio realizado por Batthyány, Genta y Perrota (2012) evidencia cómo persiste un mandato de género en referencia al cuidado en la sociedad uruguaya, y esto se constata en las entrevistas. En el caso de los varones, la posibilidad del cuidado está mediada por otros (¿las mujeres de la familia?):

Por ejemplo, yo me arrimo y me empieza a hablar mal de mi hermana, que hizo esto y este que no hizo aquello y que no se qué, y ¡pah! Me empiezo..., es como que me coloca en un lugar de mierda y entonces como que ahí empiezo a poner distancia de vuelta, que no me cuesta mucho. (Varón, 47 años)

Sólo con mi madre y no es cercano. Siento que cuando me arrimo me absorben, ella y mi hermana, que es su principal cuidadora. (Varón, 49 años)

Sí, con mi madre. Es una situación muy compleja, pues no tengo la relación que se supone debe tener un hijo con su madre. En mi caso eso ha sido imposible y es doloroso. (Varón, 53 años)

9.3. La anticipación de la vejez

Del total de los entrevistados (130), 115 (un 88,5 %) han pensado o proyectado su vejez, mientras que los 15 restantes no lo han hecho. Igualmente, una vez planteada la propuesta (como es el caso de enfrentarse a las preguntas realizadas) aparece una suerte de problematización (en cierta medida asociada a la sorpresa) sobre esa posibilidad. Dada la hipótesis que guiará este trabajo, se consideraron las siguientes categorías sobre la anticipación de la propia vejez:

9.3.1. La vejez de los padres

Se trata de la irrupción de un cambio en la relación filial con la que aparecen signos de dependencia. No todas las vejeces producen en los demás un sentimiento de proyección, es cuando surgen determinados signos que ponen *alertas* sobre las consecuencias de una vejez *necesitada* (de cuidados, de atención). Esto implica la puesta en escena de la certeza del propio envejecimiento a través de la constatación de los diferentes cambios que ocurren en la cotidianidad una vez que no se es autoválido: hay enfermedades, dependencia o muerte.

La muerte de mi padre aumentó mi preocupación por enfermedades como el cáncer, así como me provocó angustia que provocó problemas físicos que determinó [que] le dé más prioridad al cuidado de mi estado físico. (13V54)

A partir de ver el deterioro de mi madre. (19M49)

9.3.2. El contacto o el trabajo con la vejez

Esta hipótesis surge de la lectura del estado del arte sobre la temática, fundamentalmente de la investigación brasileña de Calderoni y López (2006). La vejez de los otros, las situaciones de dependencia, de soledad, de exclusión o de su contrario, significativas, hacen necesario preguntar *cómo será mi vejez*:

En mi caso, quizás por formación y enseñanza de alguno de mis maestros, sí que lo he pensado. Especialmente luego de una clase donde el profe Álvarez Martínez (alumno del insigne profe Purriel), nos preguntó en una clase magistral: «¿Quiénes tienen servicio fúnebre? ¡Levanten la mano!». (Contó cuántos.) Luego, preguntó: «¿Y quiénes tienen servicio de emergencia?» (Contó cuántos.) Finalmente: «¿Y quiénes tienen servicio de acompañantes?» (Contó cuántos.) Luego dijo: «No me digan que la muerte o la discapacidad y la dependencia no les interesa... Lamento confirmarles que un escaso porcentaje de nosotros moriremos de muerte súbita y que existe una etapa en el final de la vida donde existe discapacidad y donde el mayor temor no es la muerte, sino el abandono o el dolor entre otras cuestiones. La vejez no es sinónimo de ello, pero existe esa posibilidad y ustedes mismos lo han dicho en sus respuestas». ¡Chapeau al maestro y a su memoria! (59V56)

El trabajar con adultos mayores te hace saber que la vejez, la dependencia y la muerte existen. Hay distintas formas de vejez. Algunas que desearía para mí y mis seres queridos que es aquella vejez con arrugas y cambios físicos característicos pero con las capacidades físicas, mentales y vínculos sociales conservados. Otras formas que me dan miedo y son patológicas, con dependencia física y/o mental, depresión, aislamiento social. (65M47)

9.3.3. La preocupación por los cambios en la *apariencia*

El cuerpo, como ya se ha visto, adquiere importancia en la medida en que es el habitáculo de la persona, *su presentación*, y los cambios que ocurren con el paso del tiempo ofician de señales sobre la posibilidad de la vejez. Como un dato paulatinamente menos extrínseco y que se ve activado de manera refleja, el cuerpo está cada vez más construido y controlado (Giddens, 2005).

Lo pienso a partir de los cambios corporales: canas, cambios en la silueta por partos, senos caídos post lactancia, etc. (88M40)

De envejecer a otros y al sentir cómo mi cuerpo va cambiando con el tiempo. (93V54)

En el climaterio surge una serie de alteraciones psicofísicas que vienen todas juntas. (97M53)

A los 40 años intenté tener mi tercer hijo y por una mala formación congénita debí interrumpir el embarazo... Físicamente y sobre todo a nivel de mente cuerpo y alma me encontraba o me sentía muy bien, pero de alguna manera mi edad biológica definió otra

cosa. (37M43)

En algún momento me trataron de «señor»... Creo que el pánico apareció cuando confundí falta de ganas con no poder tener sexo (que mal asocio con vejez). (49V54)

9.3.4. La readaptación y la adquisición de un nuevo estatus: la idea de jubilación y los cambios en la *economía*

En tanto la modernidad aparece como un orden postradicional, los mecanismos de desanclaje de las instituciones modernas generan que se tenga cada vez más conciencia de los aspectos «[...] de la actividad social y de las relaciones materiales, [...] están sometidos a revisión continua» (Giddens, 1995, p. 33). De ello no escapa la certeza de la importancia de contar con la capacidad económica que requieren las situaciones de vulnerabilidad que pueden aparecer en la vejez (compra de medicamentos, asistencia en la salud o en los cuidados), y que a partir del cambio de estatuto (de activo a pasivo) se ven menguados.

Me preocupa la reducción en el salario, ya que no deberíamos perder calidad de vida al jubilarnos. (32M56)

Me preocupan los aportes de la caja de jubilaciones. (6M59)

9.3.5. La representación negativa de la vejez: proyección denegatoria sobre la vejez propia

En esta categoría, que se denominó como *despojamiento*, subyacen los estereotipos que se tienen sobre la vejez:

Sí, he pensado mucho. Estoy soltera, no tengo hijos y mi familia está lejos. Me da miedo pensar si moriré sola. (11M49)

Esta pregunta me hace acordar a una canción de Pablo Milanés: «... dónde estarán los amigos de ayer...». A veces, cuando pienso en la vejez, pienso en eso, en lo que fuimos dejando en el tiempo. (83V41)

Esa pregunta es como un shock. Sí, en este camino que decía antes de estar transitando desde hace varios años y que cada vez se va haciendo más corta la llegada al final. (87M45)

9.3.6. El crecimiento de los hijos y la anticipación del envejecimiento

Es un tópico común que, cuando los hijos se hacen mayores, comienza el declive de los progenitores: «Póngase usted un vestido viejo/ y de reajo en el espejo/ vaya marcha atrás, señora/ Recuerde antes de maldecirme/ que tuvo usted la carne firme/ y un sueño en la piel» cantaba Serrat en 1970 a las abuelas de la generación de la muestra. Estas mujeres de mediana edad no preveían la vejez, porque la vejez estaba al alcance de la mano, pasada la edad

reproductiva y la crianza de los hijos esperaba la abuelidad y el retiro.

Los hijos hoy adolescentes que crecen a pasos agigantados nos aproximan a esa realidad futura también. Uno ya sabe que en unos años serán adultos y nosotros adultos mayores. El tiempo pasa para todos. (90M40)

El nacimiento de mi hijo, acompañarlo en su crecimiento, aprender a ser madre. Debería agregar que, si bien es el hecho que califico como el más agradable, también ha sido el más difícil y en ocasiones doloroso. (91M47)

Esto puede ser conceptualizado como uno de los *indicadores* que las personas perciben a la hora de pensar en su propia vejez. Se vincula a la idea del *nido vacío* que cambia la estructura de convivencia y que genera relaciones de nuevo tipo entre progenitores y descendientes:

Cuando veo niños que ahora son hombres. (26M58)

A momentos que me parece que ya pasaron en mi vida, por ejemplo, criar un bebé. (39M47)

9.3.7. La salud, el cuidado y la vejez propia

La relación entre vejez, enfermedad y dependencia muestra cómo en el imaginario social estas categorías están asociadas. Pensar en la forma en que se habitará la vejez aparece vinculada a temas de cuidado de la salud para evitar la dependencia:

Sí, a partir de posibles enfermedades o deterioros físicos que impliquen distintas discapacidades para autovalerse en la vida cotidiana. (17M56)

Pensar cómo sería a partir de no querer ser una carga. (21M51)

La vejez es un fenómeno para mí no tan determinante que la alergia que desde la primera infancia me mantiene en íntima relación con la muerte. La vida para mí no se trata de evitar la muerte, sino tratar de actuar de tal forma de sobrevivir de la manera más inteligente posible a mi alcance. La muerte de mi padre, en cambio, aumentó mi preocupación por enfermedades como el cáncer, así como provocó angustia que provocó problemas físicos que determinó le dé más prioridad al cuidado de mi estado físico, frente a mi familia y a mí. (C13V)

9.3.8. La edad como un factor que hace pensar en la vejez

La edad cronológica es un marcador que todavía tiene un valor de límite de los roles sociales:

Al acercarse a los 60 y cuando los demás empiezan a preguntar qué haré cuando esté jubilado. (57V59)

A partir de que uno a los 50 años comienza a pensar con más frecuencia en la jubilación. (60M52)

Lo pienso en la edad que cumplo. (68V55)

9.3.9. No anticipar

El 11 % de los entrevistados no se visualiza como viejos, no lo han pensado ni lo problematizaron hasta el momento de la entrevista. La edad cronológica de los que responden (estar más o menos cerca de la frontera que por convención se le coloca a la vejez: 65 años) no parece que se relacione con el hecho de no anticipar. (Las respuestas que se incluyen en esta categoría tienen una proporción similar entre todos los entrevistados.) De los que consideran que no se piensan ni se ven ni se anticipan en su vejez, 15 tienen menos de 45 años y los restantes una edad promedio de 52 años:

Espero no llegar. (27M59)

No quiero pensarlo. (42M45)

9.3.10. La idea de la vejez futura

La etapa vital que se vive en conjunción con algunos de los elementos anteriormente mencionados provoca pensarse como sujetos viejos, hecho que puede motivar una pregunta o una situación que coloca a la persona ante la idea de su propia vejez. En efecto, frente a la pregunta de si se han pensado viejos:

No lo había pensado hasta hoy. (105M47)

El año pasado, cuando empecé a hablar del tema, ¡ahí fue una sacudida! (104M45)

En la entrevista anterior fue cuando pensé por primera vez. No obstante últimamente me es recurrente pensar y tengo mucha incertidumbre. (12V46)

9.4. La planificación del futuro: ¿prepararse para la vejez?

Para Beck (2001), la individualización implica en los seres humanos la liberación de los roles de género institucionalizados y, a la vez, la obligación de construirse una *existencia propia*. Pero esa premisa que debe realizarse tiene costos que obedecen a «[...] la obligación de planificar y llevar a cabo una biografía que satisfaga las exigencia de movilidad» (Beck, 2001, p. 21), es decir, planificar la vida. El concepto de *libertad* adquiere un sentido de autoobligación y autoadaptación. La individualización es un fenómeno complejo, es una transformación de la sociedad que abarca la libertad y la toma de decisiones, pero también la

obligación de las exigencias del mercado y de la sociedad:

Por una parte, la autorresponsabilidad; por otra, la dependencia de condiciones que se sustraen absolutamente a la intervención individual. Y dichas condiciones son precisamente las que causan la singularización y una dependencias completamente diferentes: *la autoobligación a la estandarización de la propia existencia*. (Beck y Beck Gernsheim, 2001, p. 22)

En la experiencia humana, todo en la vida cotidiana está mediado por la socialización mediante el lenguaje y la memoria «[...] como en la institucionalización de la experiencia colectiva» (Giddens, 1995, p. 37). Envejecer es parte del curso de vida, pero experimentarlo como parte de la trayectoria no sucede hasta que aparece la «[...] intromisión de sucesos distantes en la conciencia cotidiana» (Giddens, 1955, p.41), fundamentada en función de la noción que se tenga de ellos. De ahí que las personas, al anticipar la vejez, piensen en cambios en su cotidianidad que puedan afectar ese futuro previsto (la vejez propia).

Vivir en una sociedad de riesgo (Beck, 1997) supone una actitud de «[...] cálculo hacia nuestras posibilidades de acción, tanto favorables como desfavorables, con las que nos enfrentamos de continuo» (Giddens, 1995, p. 45). Por ello, la anticipación de un momento posterior de la vida forma parte de la planificación: «[...] los “futuros” están reflejamente organizados en el presente en función del flujo continuo de conocimiento hacia las circunstancias que lo han generado» (Giddens, 1995, p.45), aunque el resultado de esa expectativa pueda implicar posibilidades distintas.

La seguridad de envejecer es parte de la confianza básica en tiempos de modernidad. No se puede tener certeza sobre la duración de la propia vida, de hecho la muerte puede acaecer en cualquier momento en tanto seres vivos, pero como especie, la longevidad es una evidencia empírica desde el punto de vista de las estadísticas:

El mantenimiento de la vida, en un sentido de salud tanto corporal como psicológica, está inherentemente sometido a riesgos. El hecho de que la conducta de los seres humano se vea influida tan fuertemente por la experiencia mediada, unida a la capacidad de cálculo que poseen los agentes humanos, significa que toda persona puede (en principio) sentirse abrumada por angustias referentes a los riesgos que implica la misma tarea de vivir. (Giddens, 1995, p. 57)

Cuando se les pregunta a los participantes de la muestra si han pensado en realizar cambios en el presente para enfrentar la *futura* vejez, un 23,1 % no se los plantea. Pero esta categoría puede dividirse a efectos analíticos entre los que *no se proyectan* y quienes mantienen una actitud de *negación* sobre ese futuro avizorable:

Soy como soy. (61M46)

Solo que disfrutaría más para morir antes. (67M47)

Sí, revisar mis aportes jubilatorios y pensarlos, arreglar mi cremación sin velorio porque si yo no estoy no me interesa. Ambos en algún momento. (5V51)

Esto marca una diferencia respecto de aquellos que no se plantean cambios:

Nada. (7V59)

Sería conveniente no preocuparme más que lo necesario, si es posible solucionar algo, ocuparme. No cargar con la mochila de los demás. (8M57)

La diferencia, si bien sutil, puede implicar una negación de la idea de envejecer frente a la incapacidad o innecesidad de plantearse cambios en su cotidianidad en pos de una situación futura (que acaecerá o no y, por ende, no se proyecta). El 76,9 % de los entrevistados manifiesta que, pensando en la propia vejez, deberían realizar cambios en su presente.

El cuadro siguiente ilustra las diferentes respuestas que han dado los entrevistados a la pregunta de *qué cambios piensan que deberían realizar en el presente si piensan en su vejez*. Dichas respuestas fueron colocadas con referencia a categorías construidas *ex post* a efectos de su análisis.

CUADRO10. TIPO DE CAMBIO PLANTEADO EN TÉRMINOS ABSOLUTOS Y PORCENTAJES

Tipo de cambio planteado	Frecuencia	Porcentaje
Personalidad/conductual	38	29,2
Salud/cuerpo	38	29,2
Económicas/laborales	12	9,2
Negación/nada	30	23,1
Afectivas	11	8,5
S/D	1	0,8
Total	130	100,0

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A ENTREVISTAS.

Para analizar estas respuestas de acuerdo a la construcción de tipologías se mostrarán en forma de listado, para su ordenamiento y mejor comprensión.

1) *Cambios que afectan a la forma de encarar la vida*: se pueden conceptualizar como de personalidad, como conductuales, como comportamentales o actitudinales. En esta categoría se incluyen las respuestas en que los participantes se plantean que, para transitar una *buena* vejez, deberían comenzar a cambiar actitudes y comportamientos que se presentan en el presente como obstáculos que les impedirían transitar su vejez *de mejor manera*.

Mi ansiedad, por sobre todas las cosas, quiero disfrutar más las cosas, dar más tiempo a las cosas que pasan a nuestro alrededor. (1M42)

Tratar de cambiar karma, tratando de cambiar patrones de conducta para no parecerme a mis padres. (6M59)

Intento flexibilizar mis posturas frente a los hechos y situaciones, hacer más de una interpretación y mantener mi físico lo más saludable y flexible posible. (34M58)

Estudiaría algo o me especializaría en algo que me guste pensando en los días de mi retiro del trabajo actual. Seguiría en otra actividad más placentera, con menos horarios. (71M51)

2) *Cuidar de la salud y del cuerpo en aras de una mejor vejez*: el miedo a la enfermedad y a la dependencia coloca la responsabilidad en el presente para anticipar la futura vulnerabilidad.

[...] intentar aumentar los hábitos saludables, para evitar enfermedades que puedan impactar en la salud y en esa etapa. (117V43)

[...] hoy tendría que alimentarme mejor y realizar más actividades físicas. Mantenerme saludable, pensando en retrasar algunas de las enfermedades asociadas con la vejez. (121M46)

Sí, puede ser que tuviera que comenzar a modificar algunos hábitos como el tener una alimentación saludable, realizar más actividad física, ya que considero que lo que hacés hoy influye sin dudas en el mañana. Y, por tanto, si comienzo a tomar conciencia en algunos hábitos hoy, podré llegar a una vejez saludable. (123M45)

La salud empieza a problematizarse a partir de esa asociación con lo *añoso*, empezar con los *achagues*, de ahí que para mucha personas en la mediana edad los quebrantos de salud son asociados al inicio de la vejez, y causan alarma. No se anticipa a la vejez sino a partir de evitar la enfermedad y, consecuentemente, la dependencia. De Beauvoir (1970) sostiene que «[...] se puede caer en la tentación de confundir una enfermedad curable con un envejecimiento irreversible» (p. 352), y por eso el miedo a envejecer.

Los sistemas expertos, como se mencionará, son otra forma de informar. Aparecen a la hora de proyectar el envejecimiento propio, dietas, alimentos antioxidantes (López, 2014; García Ríos, 2014) deportes, ejercicio físico, (Ramírez, 2004), así como discursos que van construyendo un imaginario sobre cómo se debe uno preparar para transitar la vejez.

3) *La preocupación por el futuro*: se asocia en muchos casos con la pérdida de poder adquisitivo, con una falta de ingresos (vinculada al cambio en el estatus de trabajador a pasivo). Esto fue desarrollado como una pérdida en el apartado sobre la vejez, pero aparecen en las proyecciones otras interpretaciones sobre ese evento.

La idea de jubilación (*jubileo*)⁹⁶ para algunas personas que están en los 50 años (y que, por tanto, ven más cercano el retiro laboral) puede implicar una oportunidad de uso del tiempo libre:

[...] actividad más placentera, con menos horarios. (71M51)

Mejorar mis redes recreativas. (22M51)

Pero la preocupación por la mengua de los ingresos aparece como un malestar que las personas proyectan al futuro y que genera una suerte de problematización en aras de ese futuro en el que la situación económica dependerá de decisiones del presente. Sigue siendo una inquietud que pareciera tener un correlato con la necesidad de cubrir gastos relacionados a la salud y los cuidados (que se proyectan como problemas a prever para afrontar la vejez):

Creo que en alguna medida hay que tomar precauciones, buscando que esa etapa llegue a golpear lo menos posible, por ejemplo, en lo económico. (74V54)

Revisar la pensión, para qué va a dar. Pensar en el futuro para poder recibir ayudar y empezar a pagar ahora. (93V54)

Sí, es necesario. Sé que debo modificar mi salario. Necesitaré una jubilación mejor para atender gastos médicos. (68V55)

Sí, las finanzas. Entiendo que en esta sociedad capitalista la vejez es cara. (63M56)

Sí, claro, seguramente muchas cosas tendría que cambiar, como la alimentación, hacer ejercicio, ahorrar para la jubilación. Sería conveniente, pero... (16M57)

4) *La vejez vinculada a la soledad*: esto se ha sostenido desde los estudios sobre el tema. La teoría de la separación o retraimiento (Cummings y Henry, 1961) plantea que las personas viejas se retraen sobre sí mismas, disminuyendo la interacción social como un proceso voluntario y manteniendo cada vez menos contactos sociales. Si a eso se suma la representación social sobre la vejez como una etapa de aislamiento y de falta de vínculos, vemos que surge la afectividad entre los cambios que se plantean para enfrentar la vejez propia:

Sí, el cuidado de los afectos. Fomentar el cultivo de los amigos de otras etapas de la vida y de tratar de conseguir nuevos (no compañeros de trabajo). (73V47)

Debo reconocer que he pensado en tener otro hijo, para estar más acompañada en la vejez. (76M43)

También me preocupa cuidar más de mis afectos, aquellos vinculados a mi entorno más próximo. Una vejez en soledad también es algo que me preocupa. Si bien esto no es seguridad

⁹⁶ La palabra proviene del latín "iubilare" (gritar de alegría), la connotación de tiempo libre proviene también de ese origen

de nada, al menos quiero, cuando llegue a esa etapa de la vida, sentir que hice algunas cosas para que eso no me suceda. «No hay peor lucha que la que no se hace.» (12IM46)

La idea de proyectarse en un futuro que esté libre de las presiones del mundo laboral es una de las razones que aducen en algunos relatos de vida para pensarse en la vejez. La percepción subjetiva del paso del tiempo, que en la actualidad puede referir a etapas posteriores en las que aún no se percibe la declinación, se constituye en la historia de cada persona, a partir de las múltiples formas que va adquiriendo la trayectoria personal. Esa subjetividad se conforma socialmente desde una producción arbitraria y distorsionada de lo vivido (Gómez, 2006): se produce en un momento (real o no) en que esa experiencia se desdobra en alternativas.

Me gustaría poder jubilarme a los 60, cuando cumpla la edad de jubilarme, esa es mi idea. Incluso siempre pienso lo mismo, es un tema que hablamos ahí en el trabajo, hay una compañera que se jubila ahora a fin de año y es un tema que sale. Hoy, por ejemplo, estaban hablando qué le vamos a regalar y estaban organizando, y después tengo un par de compañeras que tienen mi edad, un poquito más, 52, 53, yo cumplo 50 ahora. Y... hemos hablado de este tema de la jubilación y eso, y este, y yo pienso eso sí, pienso que de los 60 a los 71 es el mejor año que me queda. Y de los 61 a los 62 es el siguiente... Entonces ahora que estaban hablando que iban a subir el tope a los 65 y yo me enojé, porque, escuchame, me sacan los mejores 5 años que me quedan, ¡no seas malo! Sacame los últimos, no los primeros, que es donde voy a poder estar mejor y poder disfrutar más. Yo qué sé, pero ta... Me imagino jubilado y fantaseo con eso, me encantaría. (Varón, 49 años)

También aparece en los relatos de vida una suerte de análisis sobre la trayectoria que problematiza la forma en que (hasta el presente) se ha ido desarrollando la propia biografía. Se trata de mirar hacia atrás mientras se está narrando: admiten la posibilidad de proyectar otros derroteros.

Lo principal es tejer vínculos, es decir, romper el aislamiento, no solo en lo personal, es decir, en redes, en lo laboral-profesional, de generar... Correr la mirada, es decir, correr la mirada del yo al nosotros, de alguna manera. Y bueno..., ubicarme... en donde estoy, en qué redes ocupo, es decir, tener una posición crítica de las redes que ocupo, de los roles que ocupo a nivel profesional, a nivel de mis amigos, de mis amistades, a nivel familiar, a nivel de pareja, a partir de familia. A partir de esa revisión de mi rol y de mis expectativas es que empecé a cambiar o a modificar ciertas conductas o enriquecer los vínculos que muchas veces estaban ahí, pero eran una carretera vacía que no transitaba nadie. Porque me parece que esa forma de rever algunos aspectos y de reencaminar o reelaborar determinadas cosas me han permitido salir más, de romper con mis dificultades de comunicación y acercarme al otro o a la otra. Yo pienso disfrutar de la vejez, yo creo que la vejez tiene elementos positivos.

(Varón, 47 años)

Cada persona realiza una reconstrucción de sus itinerarios y reactiva versiones de sí mismo (Urbano, 2011). Al hacerlo, no solo se ubica como testigo sino también como lector de esos relatos. A partir de esa revisión se pueden configurar como un punto de apoyo para resignificar su futuro sustentando en anticipar los eventos, los procesos y las decisiones. Esto puede implicar la noción de aprendizaje, si bien esta idea se asocia en las representaciones sociales con las edades más tempranas del curso de vida. Pensar en términos de modificaciones centradas en tener la mejor vejez posible (en cuanto a independencia y a autocuidado) entraña problematizar los estilos de vida.

Siempre estoy pensando en la vejez, siempre. Es decir..., hay dos cosas en las que estoy pensando siempre, en la paternidad y en la vejez, y eso lo acompaño con una buena..., trato..., lo acompaño con una buena calidad de vida, con ejercicios, con comer bien, con no..., no tomar alcohol en exceso. Sí, tomo alcohol, pero no en exceso como tomaba antes. Siempre tengo presente a la vejez, de hecho, estoy en un proceso de envejecimiento. A partir..., desde el nacimiento de mi hija..., porque hice la proyección de cuando ella va a tener una edad adulta, joven, este... Bueno, yo realmente voy a estar, este, con..., ya voy a ser adulto mayor. Entonces, bueno..., la composición física que tenía y mi estado sanitario no era el más adecuado para llegar a esa vejez, visto esto desde el punto de vista médico o sanitario, ¿no?, que iba a tener un montón de factores de riesgo, que me iban a mermar la calidad de vida, ¿no? Visto esto..., entonces, traté de revertir esos factores de riesgo, este..., pero... fue a partir de los... 8, 9 meses de mi hija cuando yo veía que..., que... me fatigaba hasta de agarrarla, de andar gateando. Me ponía en cuatro patas y eran los rollos que me caían..., llegué a pesar 104 kg, ¿no? Pero... claramente fue a partir de la paternidad. Ahí, a partir de ahí... pensé en función de vejez, también en función de mi hija. Yo no sé, si no hubiera aparecido mi hija, no sé si lo hubiera pensado. (Varón, 47 años)

Pero también, cuando miro hacia atrás, veo lo bueno que no lo descubrí. Pensarme en el mañana, pero mirando lo que pasó, pasarlo por el filtro, por supuesto que repetís cosas, que ni te das cuenta. La apuesta es a intentar ser una mejor versión. Mi madre «decía» que anticipaba, pero era del tipo «Vas a ver lo que te pasa» como un consejo que de alguna manera supone una expresión de deseo. ¡Repetir cosas horribles! Y si te pensás decís, ¡no da!, y ¡no hacés lo mismo! Me proyecto desde el reflexionar sobre el misterio del ser humano. Vos ves el ejemplo de tus padres, ves que es un error y decís: ¡no da! Yo aprendo lo que no debo hacer, me niego a esa anticipación catastrófica (que no se cumple), ligada a la idea de que eso pasa, yo me proyecto en vivir plenamente. (Mujer, 58 años)

La anticipación en tanto ejercicio de *pensamiento/creación* (Guattari y Rolnik, 2005) interfiere en la realidad y produce (o puede producir) modificaciones en la trayectoria vital. Los cambios que las personas proyectan en sus biografías pensando en su vejez muchas veces

obedecen al balance entre pérdidas y ganancias. Se producen en el desarrollo y en el envejecimiento de la vida humana, y no están limitados a ninguna edad. Se dan en diversos ámbitos y generalmente según diferentes patrones, definidos sobre los atributos de las personas (psicológicos, funcionales). Reflejan las interacciones entre los procesos psicológicos y biológicos en las conductas (Gastrón y Oddone, 2008).

Los cambios en el estilo de vida vinculados a la salud y al cuerpo tienen una ligera prevalencia entre las cohortes más jóvenes de la muestra, y también los cambios en los aspectos afectivos tienen una alta prevalencia. Esto puede implicar que en la generación más joven (de 40 a 49 años) las pautas sobre la incidencia de los factores conductuales en las diferentes esferas de la vida se perciben como pasibles de modificación para proyectar la propia vejez.

En la medida, ¿por qué también los vínculos y dejar de lado determinados preconceptos y prejuicios? Porque los preconceptos y los prejuicios a medida que crecemos se van solidificando, entonces en la medida que uno se quede en su pequeña zona de confort, y que va, como en la película, como The Wall, y que va haciendo el muro de..., de allá. No voy porque hay negros, allá no voy porque hay judíos, allá no voy porque hay putos, allá no voy por esto y esto, y no uso esto otro porque... Las opciones que te van dejando, las alternativas que te van dando las opciones que vos tomás por preconceptos son cada vez menores. Entonces, si uno llega con eso a ser viejo, cuando querés acordar estás de lado del precipicio, porque cerraste todos los caminos... Entonces, bueno..., en la medida que vos vayás teniendo una mayor apertura, una mayor tolerancia, una mayor capacidad de aprehender cosas nuevas, vas a tener un mayor menú de elecciones de donde agarrarte, para evitar esas cuestiones que decíamos de los aspectos negativos de la vejez, entre ellos, la soledad y el aislamiento. (Varón, 46 años)

Es necesario pensar en la vejez que queremos alcanzar, planificar y proyectarnos. Ser conscientes de que todos los días con nuestras decisiones estamos construyendo nuestro envejecer. Comer saludable, practicar ejercicios, establecer relaciones afectivas reconfortantes, ser buena persona, pensar en el otro y quererse uno mismo». (Mujer, 40 años)

La idea de anticipar la vejez aparece como una regularidad entre los entrevistados, pero, al igual que con el concepto de individuación o política de la vida, surge como una consecuencia de la modernidad y está vinculada a determinadas condiciones materiales y simbólicas de vida, en tanto sujetos situados. Esto implica la posibilidad de la expansión educativa. Como dice Beck (2001), «[...] cuando una mujer aprendió a leer, surgió la cuestión de las mujeres» (p. 24); la posibilidad de ensanchar los horizontes (de educación, de medios y de longevidad) permite a las personas planificar y de esa forma construir alternativas.

Asimismo, esta idea puede asimilarse al concepto de *alastosis* (Sterling, 2018) como una regulación adaptativa como posibilidad de mantener la estabilidad a través del cambio.

10. La fotografía como un análisis complementario: ¿qué ves cuando me ves?

Las fotografías, al congelar una imagen en el tiempo, permiten visualizar determinadas situaciones sociales (Barthes, 1990) que otros instrumentos (el relato, la historia de vida) omiten: el porte, la *fachada* que se muestra al otro. El uso del análisis de las fotografías se justifica en este trabajo, como se planteó en el apartado metodológico, como técnica complementaria que dé un rodeo más a la comprensión de la mediana edad como objeto de estudio:

La fotografía más insignificante expresa, además de las intenciones explícitas de quien la ha hecho, el sistema de los esquemas de percepción, de pensamiento y de apreciación común a todo un grupo[...], puesto que estos determinan objetivamente el sentido que confiere un grupo al acto fotográfico como promoción ontológica de un objeto considerado digno de ser fotografiado, es decir, fijado, conservado, mostrado y admirado. (Bourdieu, 2003, p. 44)

En las imágenes, las personas retratadas muestran una postura corporal que va performando una forma de habitar la edad, una particular apropiación del cuerpo, de lo que se exhibe, de lo que denota y de lo que se presenta. Se muestran a continuación imágenes de personas que transitaban la mediana edad (tal como ha sido conceptualizada en este trabajo) en las década de los sesenta y de los setenta para ilustrar cómo la imagen que proyectan es indicador de esa *postura* física que coloca al cuerpo subsumido en la escena.

Comprender qué hay de social en esos cuerpos retratados, cómo se construye a partir de esas imágenes no solamente lo que intenta significar, sino también «[...] el excedente de significación que revela, en la medida en que participa de la simbólica de una época, de una clase o de un grupo» (Bourdieu, 2003, p. 44).



F.1. PAREJA DE 45 AÑOS, 1960



F.2. MUJER DE 54 AÑOS, 1973



F.3. MUJERES DE 58 AÑOS, 1961

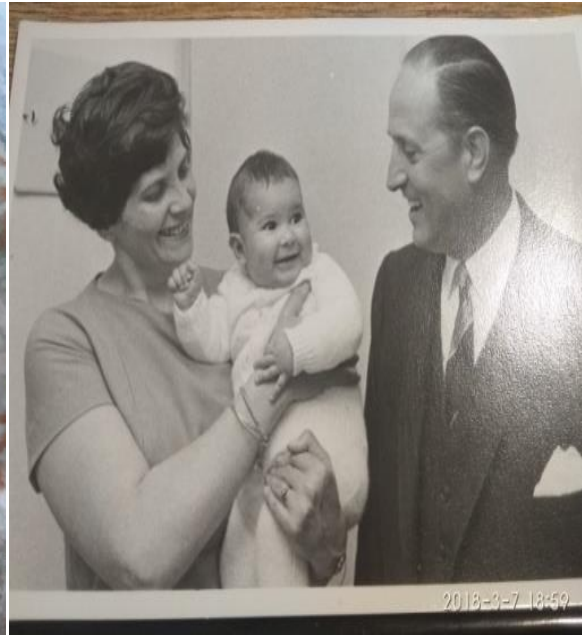


F.4. PAREJA DE 54 AÑOS, 1977

Estas personas fotografiadas tenían al momento del registro de la imagen el mismo margen de edades que las representadas en la muestra que se toma para este trabajo. Se observa en las fotografías la forma de presentación de los cuerpos, la mayor o menor exposición, el grado de acercamiento al otro, minucias. Sin embargo, más allá de lo epocal, esas pequeñas *nadas* (Bourdieu, 1997) permiten construir una aproximación a la forma de habitar la mediana edad en distintos momentos históricos.



F.5. VARÓN DE 60 Y MUJER DE 54 AÑOS, 1963



F.6. PAREJA DE 56 AÑOS, 1968

Al mirar las fotografías, se percibe cómo las personas son retratadas en *pose* familiar; afrontan la abuelidad (F.2, F.5 y F.6) asumiendo el peso de la *edad* y del rol, es decir, se presentan, muestran y declaran desde ese lugar social. La abuelidad marca un final de escena, un rito de pasaje a partir del cual ya se está en la vejez.

Hay una elección tácita entre lo que es dable de fotografiar en un momento y lo que no lo es. Esto no se encuentra determinado solamente por el acceso a la tecnología, porque su uso ya estaba extendido en las décadas investigadas. Bourdieu (1965) indica qué se quería o podía representar en ese momento. Las parejas mantienen una presentación de vida familiar casi aséptica, asexuada, con una simbología que habla de la familiaridad pero no del deseo, de alguna forma son aquellos a quienes se les *marchitó vuestra fragancia*, al decir de Serrat.

Con el avance de la modernidad, en todas las dimensiones de la biografía irrumpen «[...] *posibilidades* de elegir y *obligaciones* a elegir» (Beck y Beck Gernsheim, 2001, p. 59). Estas planificaciones pueden ser revocadas y se legitiman de acuerdo a las *cargas desiguales que contienen* y que reportan riesgos según las diferentes interseccionalidades.⁹⁷ No es lo mismo para mujeres que para hombres, aunque la posibilidad de *no decidir* se hace cada vez más compleja. La carga subjetiva de la planificación tiene un diferencial por género, por ejemplo,

⁹⁷ Los alcances de este trabajo no permiten dar ni siquiera una respuesta provisoria al tema, pero se plantea que futuras investigaciones puedan dar luz sobre ello si incorporan otras dimensiones como la diversidad, las situaciones de discapacidades, la etnia o el estatuto de migrante.

en las cuestiones del cuidado, en las que sigue persistiendo un mandato de género que coloca a las mujeres como las asignadas principales para ese trabajo. Asimismo, el cuidado del cuerpo y de la salud puede ser un indicador de la preocupación por no generar la necesidad de cuidados en su vejez. Por parte de las mujeres, esto va en el sentido de los estudios sobre la temática realizados por Batthyány (2012)⁹⁸ que demuestran la pervivencia de esos preceptos de género.

Las nociones que las personas dan para explicar qué signos proyectan su envejecimiento permiten un acercamiento a la posibilidad de habitar esa etapa, que no es percibida naturalmente. Crecer, hacerse adulto no se cuestiona, se transita; sin embargo, la perspectiva de la propia vejez pone en debate algunos conceptos identificatorios que pueden ser relacionados con el prejuicio que se ha construido al respecto (viejismo).

[...] los sentidos, sensaciones y representaciones sobre el propio envejecer no son sino el reflejo de esa relación entre lo vivido en «carne propia» y lo construido con otros. Esas maneras de significar el paso del tiempo, que se inscribe en el cuerpo, dejan entrever tanto las marcas discursivas como las prácticas propias de una época y lugar. (Pochintesta, 2017, p. 154)

La identidad es una percepción de uno mismo a través de la historia aunque no siempre lo es. Hay una narrativa que sostiene y cambios que se construyen dialécticamente. Si la vejez se entiende como una etapa que viene después de la crianza de los hijos, el cuerpo la acepta, se predispone a presentarse como tal, lo que se muestra y lo que se oculta, lo que se puede y lo que no es pensable.

⁹⁸ El estudio sobre los mandatos de género en Uruguay concluye que «[...] se observa la persistencia de la división sexual del trabajo en relación al deber ser del cuidado. Encontramos que en el “deber ser” que la población atribuye a los varones, una tendencia a que sean percibidos como los responsables de garantizar el cuidado, lo que implica asegurar condiciones económicas, de funcionamiento e infraestructura, así como del cuidado indirecto, aludiendo a su rol de proveedores económicos. Por otro lado, en el “deber ser” de las mujeres éstas son asociadas a su rol de cuidadoras directas, lo cual implica un vínculo íntimo, evidenciándose la vigencia de la división sexual del trabajo» (Batthyány *et al.*, 2012, p. 68).



F.7. MUJER DE 53 AÑOS, 1966



F.8. MUJER DE 53 AÑOS, 2017

Una de las mujeres escenificadas se halla en el hogar, la otra en la calle; una en la esfera de lo íntimo, mostrando sus muebles, quizás la nueva casa, ese espacio de lo doméstico, del lugar asignado, un ama de casa, madre nutricia, familia. Apoyada en pose fotografiable, remite a lo privado. La otra imagen (F.8) muestra a una mujer acostada en la calle, apropiada de lo público (no solo en el afuera, sino *dueña* de ese afuera), también en pose fotografiable. Ambas dan un mensaje que involucra su cuerpo y lo que quieren demostrar: esta última abraza un graffiti que habla de la *oportunidad de hacerlo diferente*.⁹⁹ Estas son formas diferentes de mostrarse y de habitar el mundo, de pensar el momento biográfico vivido. Ambas fotografías representan a mujeres comunes en su cotidianidad, y por eso mismo representan sus épocas.

La presentación de las relaciones amorosas también muestra desde la postura corporal un cambio en las manifestaciones de la relación de pareja. Estas aparecen en la actualidad menos vinculadas a los roles de paternidad, de maternidad y de abuelidad, son un proyecto vital. Hay una *nueva* manera de asumir y de mostrar que se puede describir según la relación pura y sexualidad plástica expresada por Giddens (1995).

⁹⁹ Lo que se lee en el suelo es: «Nada merece más la pena que el instante que tenés adelante y el siguiente y la oportunidad de hacerlo diferente».



F.9. PAREJA DE 53 AÑOS, 1974

F.10. PAREJA DE 53 AÑOS, 2017

Qué se expone y qué no, cómo se acercan o cómo se separan los cuerpos. Se puede observar la distancia social que decidían comunicar las parejas en las décadas anteriores, en contraposición a la proyección hacia el afuera de una sensualidad que construye una sexualidad desvinculada del proyecto reproductivo y revinculada al proyecto de vida. La narrativa trasunta una imagen en comparación con la otra. En F.9 hay una pareja y una relación, un vínculo: los cuerpos están distendidos, sonríen, transmiten la relación que mantienen, son una familia más allá del nieto entre ambos, se puede hacer el relato de armonía conyugal; pero los cuerpos no se tocan, los separa el rol. En F.10 está expuesta la sexualidad, el deseo por el otro más allá de los roles asignados.



F.11. PAREJA DE 47 AÑOS, 1968



F.12. PAREJA DE 54 AÑOS, 2015

Aquí no solamente importa lo que se muestra sino lo que se proyecta. La pareja ya no está en ámbito de lo doméstico y de lo familiar, sino enmarcada en la transformación de la intimidad: «[...] los vínculos sexuales razonablemente duraderos y las relaciones de matrimonio y amistad tienden a aproximarse hoy en día a la *relación pura*» (Giddens, 1995, p. 114).



F.13. PAREJA DE 56 AÑOS, 1966



F.14. PAREJA DE 56 AÑOS, 2016

La fotografía es testigo de una historia que puede ser interpretable pero que tiene el valor de un testimonio sobre un momento, sobre una anécdota, sobre una situación. Las imágenes seleccionadas provienen de contextos privados, fueron hechas para sí mismos, para mostrar lo íntimo; no son fotografías profesionales, no tienen el valor de objeto cultural ni pretensión de

trascendencia, y por eso son valiosas para dar cuenta de esas *minucias* que construyen la representación social de una época.

Tercera parte

1. Síntesis de resultados

Si la pregunta que guió esta investigación tuvo que ver con la posibilidad de anticipar la vejez, conceptualizada como mediana edad, el análisis de los resultados requiere abordar dos problemas que involucraron una toma de decisiones a sabiendas de sus desventajas: la sobrerrepresentación de las mujeres en la muestra y la utilización de dos generaciones (40-49/50-59).

La primera de las desventajas implica la justificación de que no solo se tuviera en cuenta la perspectiva de género. De todos modos, se pudo realizar un análisis de cada categoría y medir el universo de los varones y el de las mujeres. Por otro lado, la utilización de dos generaciones que difieren en 10 años pero que se vieron atravesadas por eventos similares (socialización primaria y secundaria en una sociedad de derechos violentados) genera marcas en la construcción de identidades. Más allá de las diferentes circunstancias de vida (más o menos lejanos a la jubilación, con progenitores con mayor o menor envejecimiento), esto permite que se consideren como categorías de análisis pertinentes, en la medida en que contribuyen al *trabajo taxonómico* de incluir las características lo más parecidas posible entre ellas conservando las diferencias respecto de las otras clases (Bourdieu, 1997).

En síntesis, los hallazgos de los siguientes apartados resumen cada una de las categorías: vejez, mediana edad y anticipación.

1.1. Sobre la percepción de la vejez

Para clasificar los planteos de los entrevistados sobre la vejez y su representación, se tuvieron en cuenta cuatro grandes categorías. Es decir, lo que entiendan por:

- envejecer a partir de la pregunta *qué es envejecer*;
- sentirse viejo a partir de las preguntas de si *alguna vez se han sentido viejos y a partir de qué*;
- las ganancias que piensan que se producen al envejecer;
- las pérdidas que piensan que producen al envejecer.

Sobre estas dimensiones se edificaron tipos ideales desde la construcción de nuevas categorías teóricas, mediadas por las respuestas de los entrevistados.

Sobre lo que significa envejecer se plantean cuatro posturas: naturalización, visión romántica, visión infausta y aceptación. La categoría con más cantidad de respuestas es la de naturalización, con un 38 %. Le sigue la de aceptación, con un 35 %. Con esto se podría alegar que la idea de encontrarse en la etapa de la vejez forma parte del curso de la vida y que, consecuentemente, la vida en su discurrir, lleva a la vejez.

Si se toman en cuenta las generaciones, estos prometedos se mantienen, ya que ambas cohortes manifiestan la misma tendencia. La generación comprendida entre los 40 y los 49 años continúa en la categoría naturalización con un 38 %, mientras los que se encuentran entre los 50 y 59 años representan un 39 %. Esto podría significar para las personas de mediana edad que la vejez forma parte de la vida y que hay que aceptar que *esto es así*, sin provocar crisis identitarias y sin generar angustia en la proyección:

[...] una forma de estar vivo. (11M49)

Parte del proceso de la vida. Oportunidad de dar . Oportunidad de hacer lo que a uno se le canta sin tener que ofrecer explicaciones. (50M50)

En cambio, en la categoría *aceptación* aparecen diferencias: los menores (40-49) duplican con un 43 % a los mayores (50-59), que cuentan solo con un 26 %. Parecería que la aceptación (que incluye la convicción de que la vejez es parte de la vida y de la trayectoria vital) está más admitida por los más jóvenes, quienes se la plantean en términos de posibilidad y no de certeza. Para los mayores, la vejez *es parte del precio de estar vivo*.

Es seguir el curso de la vida para poder contemplar el mundo con otros ojos. (90M40)

Envejecer es estar vivo. (112M52)

La visión romántica (Vr) tiene un número similar: 10 % para los más jóvenes y 11 % para los mayores.

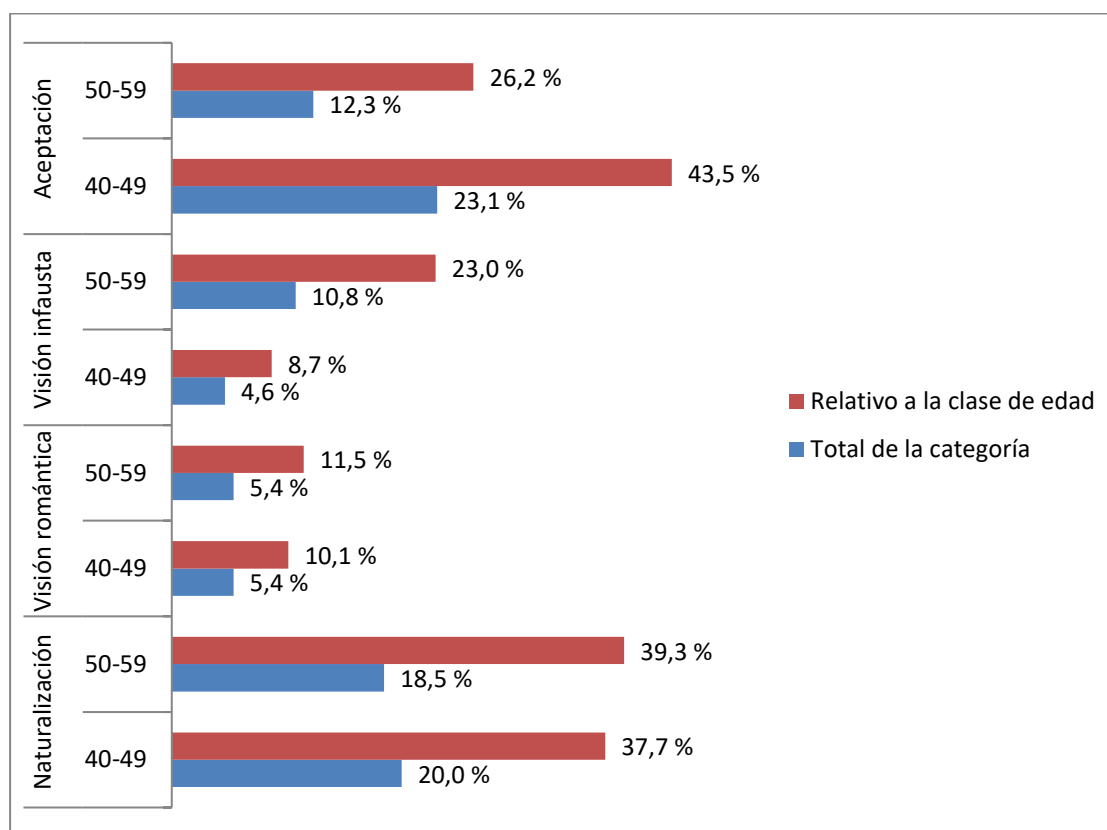
Los resultados de la categoría restante no son tan homogéneos. El 23 % de los mayores tiene una visión positiva sobre la vejez, frente al 9 % de los menores. Esto plantea una primera diferenciación: la propia vejez se problematiza más a medida que se acerca el momento de asumirla.

Si bien se perciben estas diferencias entre las categorías aceptación y naturalización, ambas son las respuestas mayoritarias en las dos generaciones. Si se le suma la visión positiva (aunque prejuiciosa) de la visión romántica, podría pensarse en una nueva categoría que unifique ambos criterios: la *aceptación naturalizada*, que incluye la mayoría de las respuestas. Así se podría plantear esta tipología como resultado preliminar de la postura de los

participantes con respecto a la idea de qué es envejecer.

Si bien la comparación a partir del género no es posible la diferencia en la representación de mujeres y varones muestra que sí se pueden realizar afirmaciones a la interna de ambas categorías. Para los varones la categoría principal es la de naturalización (39 %), lo que coincide con los resultados generales a la interna de la misma en del total de la muestra. La visión romántica es la que obtiene la menor cantidad de contestaciones, y las otras dos se encuentran en un 28 % (visiones más relacionadas con una postura de rechazo a la vejez). Para las mujeres se mantiene la tendencia, aunque las ideas más negativas sobre la vejez son considerablemente menores (un 12 % de mujeres frente a un 28 % de varones).

GRÁFICA 5. DISTRIBUCIÓN (%) DE LOS TIPOS IDEALES SEGÚN LAS GENERACIONES Y EL TOTAL DE LA CATEGORÍA



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS ENTREVISTAS.

1.2. Sentirse viejo en la mediana edad

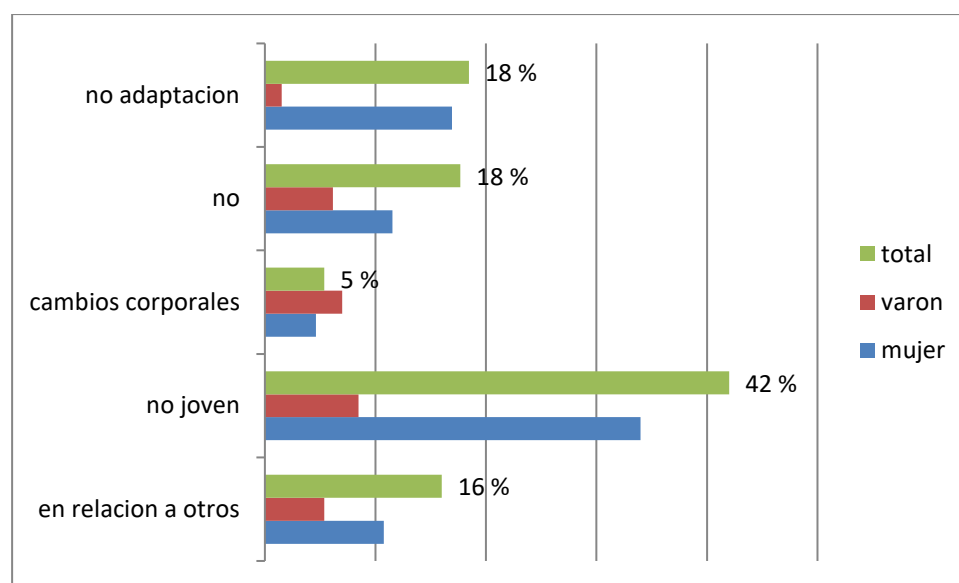
En esta condición se consignaron los siguientes tipos de respuesta:

- en relación con otros;
- no joven;

- en referencia a los cambios corporales;
- no haberlo considerado;
- no adaptación.

Para el total de los entrevistados, la mayoría de las respuestas (42 %) se ubica en la categoría *no joven*. Esto es, aún no se consideran viejos, pero tampoco se reconocen como parte de la juventud. La misma tendencia se replica respecto al género, pues la cantidad de respuestas asciende a un 43 % para las mujeres y un 38 % para los varones.

GRÁFICA 7. DISTRIBUCIÓN DE LOS TIPOS IDEALES SEGÚN GÉNERO Y LAS GENERACIONES



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS ENTREVISTAS.

Lo mismo sucede con las generaciones, tanto para los menores (35 %) como para los mayores (51 %) es la moda entre las respuestas. Si bien se debe significar la diferencia entre ambas respuestas, esta es mucho mayor en la generación de 50 a 59 años.

La «crisis de los cuarenta» es una realidad para mucha gente de mediana edad. Una persona puede pensar que ha desperdiciado todas las oportunidades que la vida le ha ofrecido o que nunca alcanzará las metas que abrigó desde la infancia. Sin embargo, no hay razón para que las transiciones por las que se atraviesa conduzcan inevitablemente a la resignación o a la más terrible desesperación; desprenderse de los sueños infantiles puede resultar una liberación. (Giddens, 2000, p. 71)

Las mayores diferencias vinculadas al género se observan en la idea de sentirse viejo a partir de los cambios corporales y en la no adaptación a proyectarse en la vejez futura. Para los varones, las respuestas sobre el cambio en el cuerpo se corresponden con un 3 %, mientras que para las mujeres se duplica, llegando al 6 %. Lo mismo sucede con la no adaptación:

parecería que en las mujeres es mayor el porcentaje de incomodidad frente a la idea de sentirse viejo (22 %) en comparación con los varones (7 %).

Entre las generaciones estas categorías no se diferencian tanto: 6 % de los más jóvenes y 5 % de los que tienen entre 50 y 59 años tienen en cuenta los cambios corporales, y un 20 % y un 17 %, respectivamente, se ubican en la no adaptación.

Dadas estas tendencias es que se puede pensar en la construcción de una nueva categoría que se denominará *pérdida de atributos juveniles* y que incluye la idea de sentirse viejo en relación con los demás. Los cambios que se dimensionan en lo físico o en la idea de ya no ser parte de la juventud significan el 63 % de las respuestas.

No me ha sucedido hasta el momento. Pero entiendo que me siento con una madurez distinta respecto a mi juventud, en lo que respecta a la toma de decisiones y elecciones que voy tomando en la vida. (12M46)

No me siento «vieja», me doy cuenta que voy envejeciendo, que es diferente. Percibimos cambios físicos y fisiológicos, y mis posturas intelectuales frente a hechos conocidos o rutinarios. (34M58)

1.3. Sobre la percepción de las pérdidas y de las ganancias en la vejez

El análisis de lo que los entrevistados consideran que se pierde y que se gana en la vejez permite visualizar un conjunto de ideas, de prenociones y de prejuicios que las personas se plantean frente a un evento que indefectiblemente les sucederá, es decir, solo se tiene certeza de su ocurrencia. Se lo plantea así en la medida que no aparece en la conciencia humana la idea de la muerte, sino la de la continuidad y con ella la de la vejez.

En cuanto a las ganancias, las categorías que se relevaron fueron: sabiduría, experiencia, oportunidad, ambigüedad y tiempo libre. Estas se construyeron de acuerdo a las afirmaciones de los entrevistados, con énfasis en determinados puntos de vista. Esta tipología surge de la comparación de los datos obtenidos en el total de la muestra.

Las categorías con mayor cantidad de respuestas fue la de oportunidad, con un 28 %, seguida por la de sabiduría, con un 24%. Según esto, para más de la mitad de los entrevistados llegar a la vejez implica una situación positiva, en la medida en que se gana en aprendizajes y en que permite generar nuevas propuestas.

Cuando se desagregan por generaciones, aparecen otras lecturas. Así, para los más jóvenes las categorías con mayor cantidad de respuestas son la de la experiencia, con un 25 %, y la de la sabiduría, con un 23 %. Las personas entre 50 y 59 años tienen el mayor

porcentaje en la categoría oportunidad (36 %), seguida por la de la sabiduría, con casi un 25 %. Una primera lectura parece indicar que lo que más se proyecta en la vejez para ambas generaciones es la posibilidad de aprender, ergo, hacerse más *sabio*.

Dentro de las afirmaciones atribuidas determinado género, para los varones la mayor ganancia de envejecer está en la oportunidad, con un 34 %, mientras que las mujeres prefieren la sabiduría y la oportunidad, ambas con un 26 %.

Se pueden destacar asimismo las diferencias intrauniversos. Para las diferentes generaciones las diferencias más notorias se ubican en la oportunidad y en la experiencia. Así, los más jóvenes duplican a los mayores (con un 25 % y un 11 %, respectivamente) en relación con el hecho de que en la vejez se gana en experiencia. En cambio, se percibe la preferencia por la oportunidad de manera más contundente entre quienes tienen de 50 a 59 años (un 36 % frente a un 20 % entre los que tienen 40 a 49 años).

En lo observado sobre los géneros, las respuestas a partir de esa cualidad presentan diferencias significativas en tres de los cinco tipos ideales. Para los varones, la ganancia que más se considera es la oportunidad (con un 34 % de respuestas), que brinda un tiempo de vida que suponen como más proclive para desarrollar proyectos no realizados por falta de tiempo, por compromisos laborales y por un largo etcétera. Para las mujeres también fue esta la opción más argumentada, pero la diferencia entre ambos es por lo menos significativa (un 34 frente a un 26 %). Se destacan las diferencias en la categoría que se denominó ambigüedad, en la que los varones tienen un 21 % de las respuestas (la segunda mayor) frente a un 8 % del universo de las mujeres que fueron entrevistadas:

¿Nada? (5V51)

Seguramente gusto por cosas que un viejo pueda hacer. (74V54)

Con base en esto se construye como tipología de síntesis para la representación de las ganancias al envejecer una categoría sumaria: *oportunidad de aprender*.

Por otro lado, cuando se consultó sobre las pérdidas que acarrea la vejez, las respuestas fueron diversas, razón por la cual resultó complejo realizar una síntesis debido a la multiplicidad de aspectos que allí intervienen. Por ello, fue necesario seleccionar diez conceptos que recapitularan las contestaciones: físicas, totales, personales, estéticas, afectivas, libidinales, económicas, de independencia, sociales y aquellas que incluyeran la idea de pérdidas y de ganancias a lo largo de la vida, lo que a efectos descriptivos se denominó como *continuidad*.

A continuación se presenta un cuadro con la cantidad de respuestas por categoría y su relación con las demás.

CUADRO11. TIPO DE PÉRDIDAS EN TÉRMINOS ABSOLUTOS Y EN PORCENTAJE

Tipo de pérdida	Frecuencia	Porcentaje
Físicas	46	35,4
Totales	14	10,8
Personales	13	10,0
Estéticas	13	10,0
Afectivas	12	9,2
Libidinales	3	2,3
Económicas	6	4,6
De independencia	12	9,2
Sociales	3	2,3
De continuidad	8	6,2
Total	130	100,0

Para el total de los entrevistados, las mayores pérdidas que acaecen en la vejez se vinculan con lo físico. El 35 % se refiere a ese tipo de pérdidas, seguido por la idea de que estas son totales (11 %); el resto se distribuye homogéneamente en la muestra.

En cuanto al género, para el universo de los varones es significativamente mayor el porcentaje que considera que la pérdidas abarcan todos los aspectos de la vida. El 28 % de hombres considera que al ser viejo se pierden aspectos vinculados a lo físico y a las capacidades, que se definieron como totalizantes. Para la misma categoría, las respuestas femeninas son casi cinco veces menores que las de los varones (6 % en relación con el 28 % de las contestaciones).

[...] movilidad, capacidad de reacción, capacidad de autosuficiencia, etc. (74V54)

Se debe también tener en cuenta que la vejez para los varones tiene un correlato con lo que consideran como una pérdida en lo libidinal, proyectándola como una etapa carente de deseo sexual (7 % con respecto al 1 % de las mujeres). Para las mujeres, en cambio, el énfasis está en lo físico: los cambios corporales se significan en un 40 % de las respuestas. Es muy significativo que entre los varones no haya ningún dato en la categoría *independencia* que sí es considerada en un 12 % por las mujeres.

Con respecto a las generaciones, las pérdidas en lo físico-corporal es similar: un 35 y un 36 %, respectivamente. Las mayores diferencias se pueden apreciar en las categorías *personales y estéticas*, que son consignadas por menos de la mitad (6 %) de los más jóvenes (40-49 años); los entrevistados entre 50 y 59 años las consideran en un 15 %.

Hay una mayor prevalencia de la categoría cambios físicos, tanto si se la observa por género como por generación.

1.4. La anticipación de la vejez

Con relación a cuáles son las razones que hacen que los participantes se proyecten en su propia vejez, el mayor porcentaje recae en la categoría *vejez de los padres*, con un 25 % de respuestas. Los entrevistados refieren a este hito como el más importante para pensar su propia vejez. Además, el otro elemento que aparece como constitutivo de este proceso es el contacto, por trabajo o por cercanía, con la vejez, categoría que tiene una respuesta del 14 %. A continuación se encuentran los cambios físicos y corporales, referidos, por ejemplo, a la aparición de dolores, pero sobre todo a la idea de que en la vejez se produce un deterioro que es prevenible si se actúa en el presente.

En cambio, si el énfasis está en las generaciones, se puede ver que entre quienes tienen de 50 a 59 años, la vejez de los padres es un indicador más fuerte, con una representación del 34 % frente al 17 % de los menores de 50 años. Esto puede explicarse por el envejecimiento de los progenitores o de los mayores de la familia, hecho que muchas veces impacta en su cuidado o en la toma de decisiones. Así, por ejemplo, internarlos en un residencial o situaciones similares generan estrés y angustia emocional, y por lo tanto se desea prever para uno mismo. Entre los que tienen menos edad esto puede ser un tema del futuro próximo, pero todavía no vivenciado aunque tenido en cuenta como probabilidad. Otra diferencia que se puede apreciar es la preocupación por el cuerpo y la salud, que tienen un peso mayor en los menores, que son quienes plantean esa respuesta.

Lo he pensado, hablado con amigas en torno a cómo prepararnos para vivir una vejez entre amigos, en cómo evitar ser una carga para nuestros hijos, etc. (116M41)

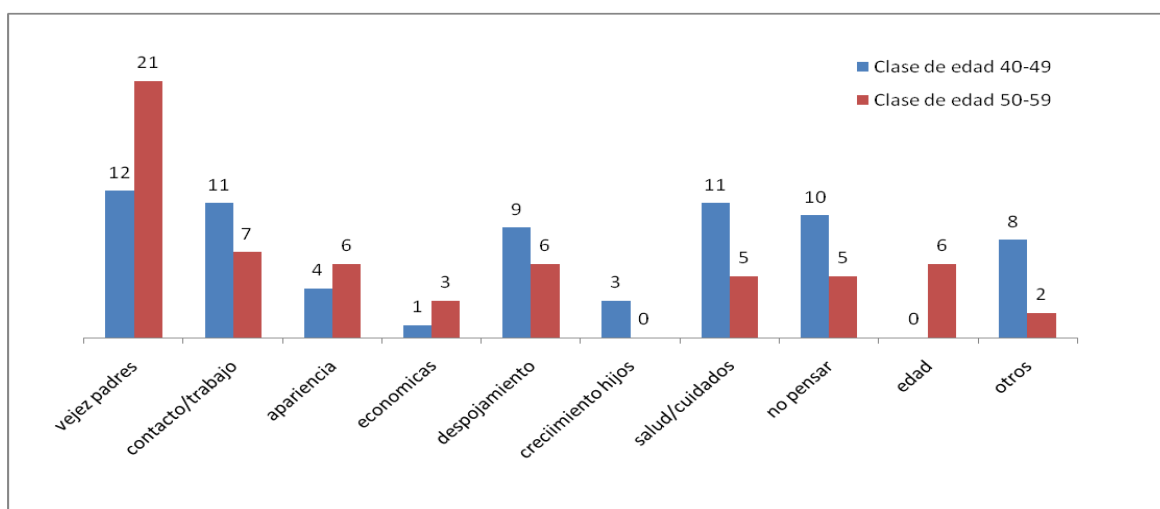
Sí, he pensado. Por un lado, vinculado a ese proceso natural y por otro vinculado a un tema más práctico, relacionado al tema de los cuidados. (20M45)

Por otro lado, la preocupación por el futuro económico es mayor entre los que están más cercanos a la edad jubilatoria, por causa de la posibilidad de menores ingresos. La edad como

problema es otro elemento que diferencia la anticipación de la vejez entre ambas generaciones. No hay respuestas entre los de 40 y 49 años que refieran a la edad cronológica, que sí se menciona entre los mayores, quienes la ubican especialmente en el cambio de década.

La gráfica que se presenta da cuenta de estos indicadores a partir de la muestra seleccionada. Se optó por un gráfico de barras para ilustrar las diferencias entre las cohortes, señalando que para algunos autores la cercanía en la edad cronológica al evento esperado modifica las apreciaciones sobre ese suceso.

GRÁFICA 6. ANTICIPACIÓN SEGÚN LAS GENERACIONES EN NÚMEROS ABSOLUTOS.



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS ENTREVISTAS.

Con relación al género las respuestas mantienen la predominancia de la categoría *vejez de los padres*. Sí se puede observar que la incidencia es más alta entre las mujeres (28 %) que entre los varones (17 %), y que para estos es la segunda opción con más referencias. Para los varones, la categoría con más respuestas es la que presupone que al avanzar en años se presente la vejez a partir de las pérdidas afectivas, laborales, de oportunidades.

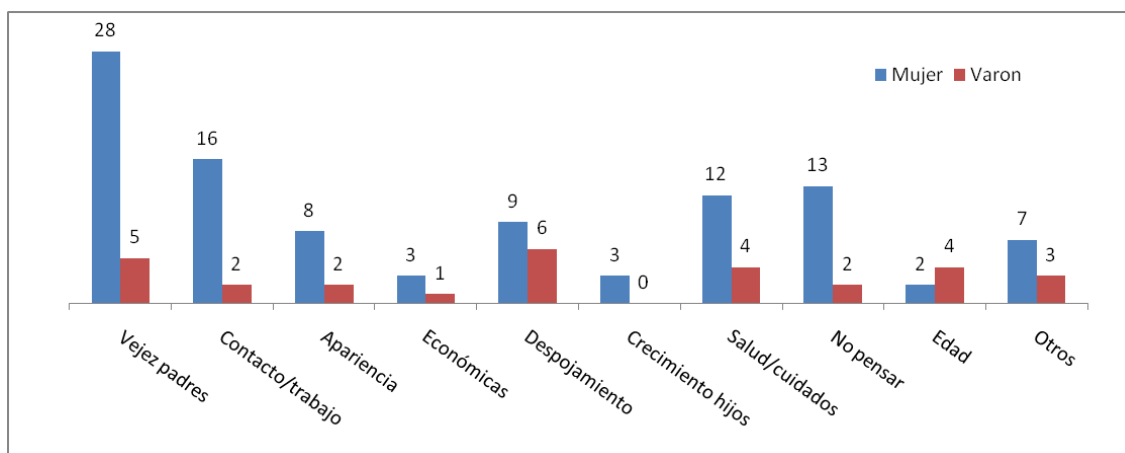
Quando vi que mis estudiantes eran mis jefes. (5V51)

La categoría edad se puede diferenciar en la anticipación según el género, puesto que los varones presentan un porcentaje mucho más alto de referencias a ello que las mujeres (un 14 % frente a un 2 %, observado a la interna del grupo de las mujeres).

El crecimiento de los hijos solo tuvo significación para los mayores de 50 años que sí los

tenían, esto se atribuye a que estas mujeres¹⁰⁰ ya han procesado el retardo en la maternidad, por lo que aún no viven el proceso de salida del hogar de la descendencia.

GRÁFICA 7. ANTICIPACIÓN SEGÚN GÉNERO EN NÚMEROS ABSOLUTOS.



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS ENTREVISTAS

1.5. La proyección hacia el futuro: los cambios pensando en la vejez

En referencia con los cambios que las personas entrevistadas se plantean como deseables en función de la vejez futura, se elaboraron cinco categorías:

- personales/conductuales;
- salud/cuerpo;
- económicas/laborales;
- negación al cambio;
- afectivas.

Entre el universo de las personas entrevistadas los cambios que se proyectan al anticipar la futura vejez se orientan, en su mayoría, a las dos primeras categorías (personales/conductuales y salud/cuerpo) con una ponderación de un 29 % para cada una de ellas. La segunda categoría, en la que caen la mayor cantidad de respuestas, es la negativa a realizar cambios, que se ubica en el 23,1 %. La anticipación implica lo que en términos de Giddens (2000) se plantea como una «[...] imagen de persona que mira al futuro» (p.71). En la actualidad, se prevé la posibilidad o la necesidad de cambios, es decir, no es esperable que las personas (como sucedía en las décadas anteriores) se proyecten en una misma situación,

¹⁰⁰ Dato que confirma lo presentado por Bucheli *et al.* (2002) sobre la relación entre nivel educativo y fecundidad.

inalterable, a lo largo de la biografía. Muchas veces es en la mediana edad cuando se dan los cambios de trayectoria como forma de dar una orientación diferente a sus historias.

A partir de las generaciones, los datos se problematizan. Hay un matiz que es interesante destacar, que es el mayor peso de las respuestas de los entrevistados de 50 a 59 años en la categoría cambios personales/conductuales (34 %). Por otro lado, los menores proyectan los cambios en relación con la salud y el cuerpo (32 %). La categoría cambios a nivel afectivo, que en el total de la muestra representa el 9 %, se comprende más a la interna de cada generación. De esta manera, son las personas entre 40 y 49 años quienes la significan en un 14 %, frente al 2 % de la generación entre 50 y 59 años.

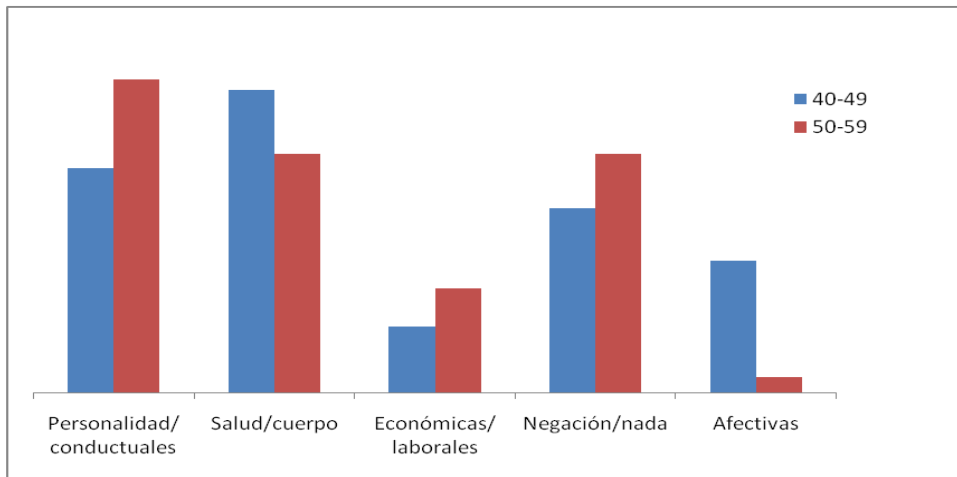
En lo que respecta a las expectativas, cuando se observan por género, se sostienen como las más citadas las categorías personales/conductuales y salud/ cuerpo. Se puede apreciar una paridad en las respuestas, con la excepción de las categorías que implican cambios en lo afectivo y en lo económico. Para los varones, se significa en un 17 % la idea de generar cambios en torno a los factores económicos y laborales, mientras que es en el 7 % de las respuestas de las mujeres las que lo consideran.

Para Giddens (2000),

El hecho de que desde el nacimiento hasta la muerte interactuemos con otros condiciona, sin ninguna duda, nuestra personalidad, los valores en los que creemos y el comportamiento que desarrollamos. Sin embargo, la socialización también es el origen de nuestra propia individualidad y libertad. En el curso de la socialización cada uno desarrolla un sentido de la identidad propia y la capacidad de pensar y actuar de forma independiente. (p. 73)

Entre las contestaciones que se vinculan a los cambios afectivos, se constata que los menores y las mujeres son quienes más los plantean; y con respecto a lo económico, la predominancia se da entre varones y mayores.

GRÁFICA 8. CAMBIOS RELACIONADOS A LA ANTICIPACIÓN POR CLASES DE EDAD EN TÉRMINOS RELATIVOS



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS ENTREVISTAS.

También se debe considerar la categoría negación, dentro de la que se incluyen las respuestas que implicaban que la no visualización de ningún cambio a realizar en el presente para proyectarse en la vejez. Esto aparece en el total de la muestra con un 23 % de las respuestas y es similar de acuerdo a las generaciones (20 y 26 %) y homogénea si se miran los datos por género (23 y 24 %). Es significativa la cantidad de entrevistados que no se plantean cambios, que no consideran que se deba anticipar lo que finalmente sucederá, si es que se sigue vivo.

A manera de síntesis, se puede decir que las personas en la mediana edad, cuando piensan en su vejez a partir de algún evento desencadenante, logran proyectarse en esa etapa con relativa certeza de habitarla. Se plantean cambios surgidos de esa anticipación, sobre todo vinculados a la prevención de males como la dependencia y la falta de recursos para sobrellevarla, aunque la idea de vivir años en vejez se acepta fundamentalmente como parte de la vida.

FIGURA 3. SÍNTESIS CATEGORIAL SOBRE LA ANTICIPACIÓN

Aceptación naturalizada + pérdida de atributos juveniles + oportunidad de aprender + cambios fisicos desfavorables → anticipación de la vejez.

2. Reflexiones finales

«La palabra es irreversible, esa es su fatalidad. Lo que ya se ha dicho no puede recogerse, *salvo para aumentarlo*: corregir, en este caso, quiere decir, cosa rara, añadir.»
(Barthes, 2009,p. 115)

El miedo a envejecer está presente en las personas desde tiempos inmemoriales. A nivel individual, pues porque grava una serie de prejuicios que colocan en la vejez todo el peso del desgaste, de la dependencia, de la enfermedad. No hay referencias positivas, con suerte indulgentes, a veces excepcionales, pero siempre mediadas por la pérdida o la parodia «prefiero ser joven y sano que viejo y enfermo», aún cuando se logre identificar la supuesta ganancia de la sabiduría.

A nivel colectivo, porque no se la considera políticamente (aún cuando los políticos sean una suerte de gerontocracia): los viejos no son sujetos políticos ni son objeto de políticas que puedan impactar en situaciones de necesidad (dependencia, violencia, soledad). Tampoco hay una consideración social sobre la vejez, ya que aparece como un «no lugar» sobre el que es mejor ni hablar, salvo para festejar el día del abuelo o cuando son noticias por una crónica roja (incendio o cierre de algún residencial).

Pensar el propio envejecimiento puede habilitar a preguntarse si debemos aceptar un destino prescrito. Porque, como canta Serrat (1987), «Si tuviese más ventajas y menos inconvenientes [...]. Si el alma se apasionase, el cuerpo se alborotase y las piernas respondiesen [...] quizá llegar a viejo sería todo un progreso, un buen remate, un final con beso». La posibilidad de proyectarse en una forma distinta de ser viejo, de rescatar las dimensiones de la diversidad de trayectorias que conducen a distintas vejezes fue la propuesta de este trabajo.

Asimismo, pensar en términos de vejez y de envejecimiento considerándolas categorías pertinentes de análisis desde la teoría social puede aportar a problematizar su lugar social para ser insumos para diseñar políticas que tengan en cuenta su especificidad. De hecho, las primeras inquietudes que guiaron el inicio de esta investigación surgieron de la propia práctica profesional, tanto a nivel de la intervención con población vieja como desde las propuestas más investigativas y de formación de recursos humanos, que mostraban empíricamente la pluralidad de formas de ser viejo que se habitan. ¿Cómo se construyen esas formas de transitar la vejez? ¿Cuáles son los determinantes? ¿Es posible proyectar una vejez

acorde a nuestro presente joven? ¿Se puede planificar cómo transcurrir la propia vejez?

Cuando somos niños se nos pregunta *qué queremos ser cuando seamos grandes*; en los primeros momentos de la juventud, apenas salidos de la adolescencia, la pregunta que se nos hace/hacemos es *si ya sabemos lo que vamos a estudiar*, que es la misma pregunta de la infancia pero con otras palabras. Parecería que cuando las personas empiezan a performar sus trayectorias la posibilidad de acción es una certeza, y diagramar a partir del deseo, un futuro posible. Cuando empezamos a envejecer, las posibilidades de planificar el futuro se difuminan. No nos preguntan/ no nos preguntamos *qué queremos ser cuando seamos viejos*. Y esto porque es una pregunta temeraria y temerosa, porque interpela la proyección que sobre las propias vidas se realizan/realizamos, en las que la vejez no tiene lugar. Porque, en definitiva, no la consideramos como parte de la construcción biográfica y porque, además, asusta : «Si se llevasen el miedo y nos dejasen lo bailado para enfrentar el presente. Si se llegase entrenado y con ánimo suficiente [...]. Quizá llegar a viejo sería más llevadero» (Serrat, 1987).

2.1. Permeables rigideces y rígidas incertidumbres: ¿cómo se anticipa la vejez en la mediana edad?

Tres fueron los conceptos que se desarrollaron y que se vincularon entre sí: *vejez*, *mediana edad* y *anticipación*. En el contexto de este análisis, necesariamente, uno se incluye y completa al otro. Es desde la noción de una etapa particular de la vida, cuando algunos procesos se han encarnado en una mirada hacia el futuro que se comienza a pensar en el envejecimiento propio, proponer la comprensión de la vejez desde la mediana edad corre el foco de atención y lo coloca en la noción de anticipación como una estrategia que puede incidir en cómo se transitará. La consecuencia debería ir en torno al cambio (y esa es la propuesta que llevó a esta investigación) en la representación social de la vejez.

La propuesta de investigación implicó que las personas se posicionaran desde el presente para imaginar su futuro y desde ese futuro conjeturado volver para replantearse el presente. Ardua tarea a la que la que los participantes adhirieron, lo que permitió poner en discusión ciertas posturas que no se habían cuestionado:

[...] tremendo viaje. (87M45)

La sensación de que estas preguntas apuntan a una nueva resignificación de su propia vejez futura, tratando de que uno encuentre elementos de superación en la propia manera de pensar la vejez. Pero a la vez la sensación de que la vejez es lo que es y trae consigo

problemas inevitables que ni la mejor de las actitudes puede frenar. (18M51)

Me hizo redimensionar el tema a partir de mi edad actual. Tengo que cambiar algunas cosas. (81M40)

La puesta en atención a la habitabilidad de una futura vejez a partir de su anticipación en la mediana edad interroga a las personas sobre las estructuras incorporadas, pone en acción lo que Bourdieu propone como auto-socio-análisis, que permite reelaborar sus disposiciones, esos determinismos que no llegamos a conocer totalmente. Así, «En el fondo, los determinismos solo operan plenamente por medio de la ayuda de la inconsciencia, con la complicidad del inconsciente. Inconsciente en tanto olvido de la historia que la misma historia produce» (Bourdieu y Wacquant, 1998, p. 178).

Las personas entrevistadas, además, conforman una/s generación/es en que los primeros años de sus niñeces, adolescencias y juventudes transcurrieron en un período histórico del país signado por la dictadura y sus consecuencias. Esto les confiere una *cualidad* específica, única e irrepetible (¡esperemos!), con respecto a sus primeros años de socialización. Durante sus trayectorias transitaron los cambios en las representaciones sociales sobre la familia y sobre la vejez, crecieron durante el proceso histórico que colocó en debate las perspectivas de género, asistieron a la elaboración de tratados internacionales que pusieron en la agenda los derechos de las mujeres. También son aquellas a las que la tecnología ha cambiado las formas de estar en el mundo, incluyendo las relaciones a distancia. Para algunos autores, se trataría de lo que se denominó la generación «X», «Peter Pan» o «generación perdida» por esta suerte de transición entre una modernidad y otra, entre lo presencial y las relaciones mediadas por internet. Se trata entonces de una particular cohorte desde la cual indagar las nociones de vejez y envejecimiento que proclaman que es un insumo para replantear las perspectivas sobre el tema.

Se trata de generaciones que están transitando la mediana edad en tiempos de modernidad refleja, y a las que sus circunstancias las colocan como capaces de diseñar sus biografías. Esto las deja en una situación privilegiada para plantear la idea de la anticipación de la vejez en el contexto uruguayo. Son personas nacidas entre los años 1958 y 1977, que se podrían incluir entre esos «hijos de la libertad» que describiera Beck (2002) y que en el momento de escribir este documento están acercándose a la vejez en el país (donde, como dice el dicho popular, «todo llega más tarde»); de todas maneras, aún les queda un tramo por delante. Para ellos, la anticipación de esa etapa puede significar una diferencia en las peripecias que acaecerán, analizar la proyección que sobre sus vejezes realizan es un insumo interesante

para ahondar en el conocimiento sobre el envejecimiento y la vejez desde una perspectiva particular y novedosa.

Dos fueron los enfoques desde los que se realizó el análisis: el curso de vida y el género. Ambas dimensiones son constituyentes de ese proceso. Vivimos, actuamos y sentimos de acuerdo a las estructuras introyectadas durante la socialización. Vamos recorriendo el camino reconfigurándonos a partir de reflexionar las prácticas y, en ese transcurso, hay eventos que pueden redefinir el camino, hacernos tomar otras bifurcaciones. La perspectiva del curso de vida como herramienta teórica y metodológica fue necesaria para poder comprender cómo los eventos históricos y los cambios sociales (demográficos, económicos, culturales) configuran las vidas individuales y generacionales (Blanco, 2011), prefigurando formas particulares de vivencia y de procesar el envejecimiento. La dimensión de género habilitó a problematizar las formas diferentes en que varones y mujeres hemos podido conformar nuestras identidades, tensando rigideces, desafiando o aceptando lo que se espera de nosotros.

La propuesta integró aspectos subjetivos y biográficos (la perspectiva de las personas involucradas) y las nociones de representación social; además, incorporó la mirada desde las políticas sociales y desde las posturas teóricas sobre el tema. A partir de analizar los resultados obtenidos se fueron construyendo tipologías que pudieron dar cuenta de formas particulares de entender la vejez, así como de las modalidades sobre las cuales las personas van erigiendo su futuro.

El primer supuesto que guió este trabajo es que existe un prejuicio sobre la vejez en la sociedad uruguaya: persiste una forma sustancialista de habitar el mundo según la fase del curso de vida que se transita y que está basado en las representaciones negativas sobre esta etapa vital. Los datos recabados permiten plantear que la percepción de que el paso del tiempo y la vejez conllevan a un cuerpo no deseado (aunque deseante) con marcas y fealdades (arrugas, canas), que proyectan una imagen a la que se teme y por eso no se imagina: «envejecer es horrible», «no creo llegar», «algo que se perdió». También se pudo constatar en los resultados que aparece una suerte de naturalización (dada por el conocimiento experto que la sociedad brinda con respecto a la expectativa de vida) que remite a la conciencia de pérdida de atributos juveniles (los que se presentan a partir de la respuesta de los otros) y que, junto a las imágenes de culto a la juventud que transmiten los medios (Margulis, 1998), tiene su correlato en la autoimagen negativa.

Muchos se plantean la posibilidad de que los cambios físicos sean desfavorables. Esto crea una escenario de anticipación en que las personas se preparan para su vejez teniendo en

cuenta los factores externos (economía, redes, representaciones sociales) y los recursos internos (afectividad, posibilidad de cambio) que programan diferentes formas de vivir la vejez y distintas perspectivas de habitabilidad en ella, si bien se logran proyectar en ellas. Más que en la vejez, los entrevistados manifiestan que ya no son jóvenes, eufemizando la noción de envejecimiento. A pesar de que los resultados no permiten afirmar la hipótesis, si se hace una lectura transversal de las respuestas la idea de la vejez como una etapa de pérdidas, sobre todo vinculadas a los aspectos físicos y vinculares, admite de manera provisional seguir sosteniendo el supuesto. Avanzar en investigaciones sobre el tema permitirá dilucidarlo, para eso son necesarios más estudios sobre el tema desde las ciencias sociales.

De todos modos, entre los consultados aparece la percepción de la vejez como una etapa en que existe una oportunidad de aprender (con la certeza de vivir más años, pero en contextos de *reflexividad*) posibilitada por el conocimiento y por la convicción de que la experiencia implica una forma de sabiduría. La vejez aparece como un horizonte que se puede prever dentro de las trayectorias y, para la mayoría de los participantes, es una etapa que forma parte de sus biografías esperadas. Estos puntos de vista se relativizan a la interna de las generaciones, ya que es entre los más jóvenes donde prevalece esta postura, pero entre los mayores no es tan referida. Al acercarse la vejez se proyecta con menor positividad. Los resultados, lejos de poder dar una respuesta, habilitan preguntas: ¿es la cercanía con las generaciones precedentes (que pudieron promover disposiciones más rígidas, vía inculcación) y por eso se proyecta más negativamente? o ¿es el propio proceso de experiencia vital el que lo construye? Futuras indagaciones permitirán realizar comparaciones que quizás arrojen mayor luz sobre estas preguntas.

Es difícil controlar la primera inclinación del *habitus*, pero el análisis reflexivo, que nos enseña que somos nosotros los que dotamos a la situación de buena parte de la potencia que tiene sobre nosotros, nos permite alterar nuestra percepción de la situación y por lo tanto nuestra reacción a ella. No capacita para monitorear, hasta cierto punto, algunos de los determinismos que operan a través de la relación de complicidad inmediata entre posición y disposiciones. (Bourdieu y Wacquant, 2008, pp.177-178)

La idea de volverse viejo se contrapone a la de continuidad identitaria, por la que transcurre la existencia. En una primera respuesta, la vejez está en los demás, es un evento que sobrevendrá, pero que no se asume fácilmente en la cotidianidad. Si bien los entrevistados, por tratarse de *gente informada* (Giddens,1995) a partir del nivel educativo alcanzado, pueden planificar su biografía, esto no es un rasgo común a cualquiera que cumpla con esos requisitos. Además, anticipación de la vejez puede incluirse como parte del proyecto

reflejo, es solamente cuando algunos hitos se producen que se empieza a asumir esa posibilidad.

Así, la vejez se piensa desde la mediana edad, según los resultados vertidos en este trabajo, cuando una cierta combinación de acontecimientos se precipitan a la conciencia. El evento más declarado fue la vejez de los padres, no únicamente, pero sí ligado a la posibilidad o a la necesidad de cuidado (actual o futuro) a partir de la dependencia (aunque esta no ocurra).

Esta preocupación está fuertemente feminizada, lo que tiene coherencia con los modos de socialización de estas generaciones. El «mandato femenino», ligado a la división sexual del trabajo en la sociedad capitalista y patriarcal, ha colocado esa preocupación (y la ocupación) en las mujeres a lo largo de la historia: aunque se empieza a cuestionar en las entrevistadas, aún tiene un fuerte contenido matricial. Son las mujeres las que se siguen haciendo cargo de los cuidados o las que se preocupan por su ocurrencia.

Pero no es solamente la constatación de una vejez necesitada de cuidados lo que puede indicar la contingencia de la vejez propia: es también a partir de imaginar o de proyectar esa posibilidad (el cuidado de la vejez propia) que las personas empiezan a plantearse cómo desearían que transcurriera. No es lo mismo estar preparado, la experiencia mediada por el transcurso de las vejeces anteriores (madres, padres, mayores) y sus consecuencias en las propias vivencias, ofician de telón de fondo para construir nuevas formas de vejez. La idea de la vejez como un momento (distinto) pero elegible forma parte de una lectura optimista surgida de la experiencia de relaciones de cercanía con quienes transitan su vejez de forma *amable*:

[...] un familiar cercano, por resistir valiéndose por sí mismo hasta los noventa, y declarándose feliz de haber llegado. (18M51)

Mi padre porque vive bien su vejez en base a que la pensó antes, tiene proyectos y los lleva adelante. (29M52)

[...] mujeres militantes sociales de los años sesenta, hoy con más de 80 años, se mueven con lentitud pero sostienen la agudeza crítica de sus juicios. (69M57)

En el vínculo con la vejez ajena se avizoran los espejos, estos pueden ser siniestros o amigables. Cuando se los interroga sobre la expectativa que tienen respecto a la vejez que ellos transcurrirán, aquellos que han mantenido una relación de empatía con las personas viejas proyectan una imagen en la que lo que prima es una expectativa que se podría considerar como positiva y que depende de cada uno (salvo contingencias), mientras que

aquellos para quienes el contacto con la vejez fue ominoso, esto deja huellas que fragilizan la posibilidad de aceptación de la propia vejez. En el mejor de los casos, uno debe prepararse y, en el peor de los escenarios, se reniega de llegar.

El contacto con la vejez a partir del trabajo diario también media de catalizador para pensarse a sí mismos como viejos. Analizado por Calderoni y López (2006) para trabajadores paulistas, esto se replica en aquellos entrevistados cuya tarea profesional se vincula al trato con la vejez. La tensión entre proyectarse (y a consecuencia de esto, plantearse cambios) y la ajenidad (no pertenencia) forma parte de las tensiones que las repuestas mostraron. Aunque va tendrán matices de acuerdo a la cercanía o a la lejanía percibida con respecto a esa etapa, sobre todo entre los que se encuentran en la cincuentena, pues cuentan con un contenido más negativo (marcado por las pérdidas) que entre los menores.

Sin embargo, no todos aceptan el desafío. La vejez de los mayores oficia de espejo, a veces ominoso de lo que indefectiblemente ocurrirá. No querer repetir historias es un motivo aducido para no proyectarse en la propia vejez : «[...] no quiero ser como mi madre», «Mis padres por lo que no me gustaría ser», «Mi madre y mis dos tías me generan mucha tristeza por su estado de demencia senil, inhabilidad, dependencia y deterioro». Esto problematiza lo que ha sido impregnado desde la primera socialización, la forma de vincularse, las relaciones a la interna de las familias: cuando estas han generado vínculos problemáticos que se han naturalizado hasta el momento y que no quieren repetirse, pueden officar de puntos de anclaje para replantearse las opciones y las decisiones personales desde la negación a ser viejos hasta la alarma que se enciende para iniciar cambios en las relaciones que se van construyendo con los demás. También pueden negarse a envejecer, porque se coloca en esa etapa la carga de una historia que no se ha podido reconfigurar.

Esta investigación se configuró a partir de problematizar la posibilidad de una vejez propia y de anticiparla, con el objeto de trascender lo dado hasta el momento. El segundo supuesto a partir del cual se erigió esta investigación implicaba el planteo de que la experiencia adquirida, a partir de reelaborar los resultados de las elecciones pasadas (en términos de ganancias y pérdidas), hace que las personas incorporen esas referencias y las asimilen (o desechen) para construir futuros escenarios. Pensar en la propia vejez interpeló a los entrevistados: las personas transitan, transcurren, viven, hay un liso y llano transcurrir de la cotidianidad (Heller,1967) en el que se sienten sujetos sin edad. La vida es un devenir de situaciones a las que se les da forma, se las atraviesa, se las combate o se las acepta. Pero hay eventos que traen al presente la vejez propia. Es a partir de esos momentos en que las

personas se perciben en su vejez y eso implica muchas veces la toma de decisiones en el presente, teniendo como horizonte esa imagen proyectada.

Quienes estuvieron representados en esta investigación planifican cambios en el presente en función de esa proyección: «vivir todo lo que pueda en forma intensa», «tomar precauciones », «cuidar los afectos». Se puede decir que las personas se aplican a incorporar las políticas de vida. El envejecimiento conlleva la toma de decisiones. Los cambios que acaecen tanto en lo físico como en lo psicológico o en el plano de los roles y de los desempeños pueden generar procesos que conduzcan a estadios no deseados, a restricciones en torno a las opciones que se tengan o a distancias entre lo que se había proyectado (desde el deseo o desde el empeño). La posibilidad de tener cierta influencia en ese futuro supone, mucha veces, adecuar las metas al presente o su contrario, adecuar el presente en torno a esa proyección. Lo primero sería una forma de aceptación de que no hay mucho para hacer, lo segundo implica tomar decisiones.

Sobre el supuesto de que existe una diferencia a partir del género de quien se plantea la anticipación, se puede decir que esto se ha visto confirmado. Es innegable que los profundos cambios, producto de la lucha antipatriarcal, han tenido consecuencias a nivel de las lecturas que las mujeres hacen de sus trayectorias y en las formas de adecuarlas. Esto ha marcado una distancia con las generaciones precedentes y mantiene probablemente una separación con las que las continuarán. Es sobre todo en la dimensión de los cuidados donde se subrayan las mayores disidencias. Las mujeres que al momento de la realización de esta investigación se encontraban en la mediana edad aún cargan, en mayor o menor medida, con el peso de las representaciones sociales sobre el mandato femenino del cuidado. Pero lo problematizan y lo cuestionan, sobre todo en la idea de no ser una carga para los descendientes. Esto probablemente esté ligado a esa preocupación sobre los cuidados, la idea de tener que depender de otros (familia, instituciones) está en el imaginario de las mujeres con una mayor imposición simbólica. La palabra «carga» aparece fuertemente ligada al miedo a la vejez en las mujeres: «Me preocupa ser una carga para mis hijos», “A partir de no querer ser una carga», «[...] de no querer ser una carga, que Dios me dé vida hasta que me valga por mí misma». Asimismo, la vejez es significada más negativamente entre los varones representados que entre las mujeres, para quienes lo más negativo es la pérdida de independencia.

La preocupación sobre el futuro de las personas en la mediana edad a partir de los cambios en el cuerpo puede pensarse como una arena donde actúa una reflexividad que

aumenta la libertad (Giddens,1987) o, como plantea Bauman (1992), la cultura es un esfuerzo por dar sentido a la vida: la gente se responsabiliza de su propia vida (y de su muerte) a partir de la ida de «estar en forma», propia de la modernidad líquida, que tiene más que ver con esa idealización planteada por Giddens (1987). Ese desplazamiento de la responsabilidad por la salud hacia los individuos, como parte de las estrategias de vida, deja de lado las forma de distribución de los recursos y los bienes públicos: «Si mi muerte la causa algo que yo haya hecho o algo que puede evitar que ocurra (y por tanto mi inacción o mi descuido [son su causa]), la supervivencia se reconfigura como un asunto y una responsabilidad privada» (Bauman, 1992, p.142).

Sin embargo los protagonistas vivencian sus proyectos sobre la propia vejez como fruto de una preparación y como esfuerzos por mantener la salud, además de la redimensión de los vínculos afectivos. Los resultados de la investigación muestran que la anticipación de la vejez en la mediana edad es posible y que conlleva un trabajo preventivo, una preparación similar pero más consciente de lo que fue proyectarse en la adultez. La vejez, como tema individual, como proyecto biográfico, es posible de anticipar y a partir de ello generar un posible escenario proyectado.

La propuesta teórica desde la que se plantea la investigación sostenida en la configuración de la modernidad refleja no desconoce las críticas que a esta perspectiva teórica se le pueden señalar. Ya los propios autores se adelantaban a ella a partir de la noción de *subpolítica* (Beck,1992) y su opacidad. La progresiva desresponsabilidad de los Estados y de los sistemas expertos, señala Bauman (2002), coloca el peso de la responsabilidad sobre los individuos y genera la ilusión de control del destino individual de las biografías a partir de la reflexividad. Las personas en su cotidianidad incorporan la lógica del riesgo (por ejemplo, mediante el control de la salud: dejar de fumar, control de la presión arterial, rutinas de ejercicios) como una forma de colonización del futuro, generando sujetos de riesgo y, dentro de esta perspectiva, pueden plantearse las respuestas de los entrevistados.

A nivel colectivo, cuando se pueden problematizar los preconceptos (al poner en duda determinadas nociones) se deconstruyen prejuicios, porque cuando es posible que ese estigma sea vuelto en contra (como sucede con la adscripción a ser viejo), la representación social sobre esa etapa se ve cuestionada. Si voy a formar parte de ese colectivo denegado, la mejor posibilidad es que no sea descalificado; si sé que voy a pertenecer, la mejor opción es que se pueda transitar de la mejor manera. El *velo de ignorancia* se corre.

Si bien esto es así para determinados sectores, los medios y los medio altos, que han

accedido a nuevas formas de realización personal (en el ámbito académico o profesional, entre otros), para las personas que no alcanzan determinados niveles de ingreso o de formación no es tan claro el proceso de proyecto personal. Para confirmarlo se propone la realización de futuras indagaciones que incluyan otras trayectorias tanto educativas como laborales.

Esta tesis trata de la vejez y pretendió mostrar cómo la anticipación de esa etapa aparece en el horizonte de las personas una vez que se está acercando su ocurrencia, sobre todo a partir de comprender que eso que se está viendo en los mayores sucederá también en nosotros. El otro aporte que se pretendió realizar es que indefectiblemente las personas llegan a la vejez y que la forma de vivirla, de alguna manera, depende de decisiones que se toman antes. No se trata de prever todas las circunstancias, pero se pueden realizar cambios y esto es lo que los entrevistados manifiestan.

Desde el punto de vista social, la percepción sobre la vejez como algo que nos ocurrirá interpela también a la construcción colectiva sobre ella. Que el envejecimiento en condiciones de dignidad sea el horizonte es también parte del proceso de anticipar la vejez propia. Si la vejez es inexorable, si no se trata de un asunto «ajeno», debatir, promover y proponer desde las acciones colectivas y desde las políticas públicas entornos más propicios para transitarla incorporando sistemas de apoyo para los cuidados supondría un trabajo sobre el propio futuro. Si como se sostenía en el repaso sobre los escritos en torno a la mediana edad, es la etapa donde se están tomando decisiones sobre el futuro de las generaciones que nos precederán y sobre las que nos precedieron, entender que se trata de una situación de continuidad quizá supondrá que las propuestas sean otras: «Si no estuviese tan oscuro a la vuelta de la esquina... O simplemente si todos entendiésemos que todos llevamos un viejo encima» (Serrat).

Si llegar a viejo no es una opción, estar preparados puede ser la diferencia entre preguntarse cómo pasó y la posibilidad de seguir una trayectoria lo más parecida posible a los ideales que se proyectan, a sabiendas de que es necesario aceptar que en toda elección hay pérdidas, que en cada viraje hay costos y que esos costos hay que aprender a pagarlos, porque navegar es necesario.

Referencias bibliográficas

- Acarin, N. (2010). *El cerebro del rey: vida, sexo, conducta, envejecimiento y muerte de los humanos*. Barcelona: RBA.
- Aguirre, R. (2010). Los cuidados entran en la agenda pública. *Revista de Ciencias Sociales*, año XXIII, n.º 27, pp. 7-9.
- Aguirre, R. y Ferrari, F. (2014). *La construcción del sistema de cuidados en Uruguay: en busca de consensos para una protección social más igualitaria*. Montevideo: Cepal.
- Alba, V. (1992). *Historia social de la vejez*. Barcelona: Lastres.
- Allport, G. (1968). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Althusser, L. (2011). *Contradicción y sobredeterminación (notas para una investigación): la revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Annan, K. (2003). *Declaración política y plan de acción internacional de Madrid sobre el envejecimiento*. Recuperado de: <<https://www.cepal.org/es/eventos/segunda-asamblea-mundial-envejecimiento-paises-aprueban-plan-accion-internacional>>.
- Aristóteles. (2007). *La política*. Recuperado de: <<http://www.laeditorialvirtual.com.ar/>>.
- Aristóteles. (1996). *El arte de la retórica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bachelard, G. (1988). *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI.
- Baeza, M. (1999). Metodologías cuantitativas en la investigación social y el tratamiento analítico de entrevistas. *Sociedad Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, 1(1), Departamento de Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile).
- Baltes, P. B., Reese, H. W. y Lipsitt, L. P. (1980). Life span developmental psychology. *Annual Review of Psychology*, 31, pp. 65-110.
- Bardin, L. (1986). *El análisis de contenido*. Madrid: Akal
- Barrán, J. P. (1992). *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos (t. 1). El poder de curar*. Montevideo: Banda Oriental,
- Barthes, R. (1990). *Nota sobre la fotografía. La cámara lúcida*. Buenos Aires: Paidós.
- Batthyány, K. (2010). Uso del tiempo, cuidados y bienestar. Desafíos de Uruguay y la región. *Revista de Ciencias Sociales*, Año XXIII, n.º 27, pp.7-9.
- Batthyány, K., Genta, N. y Perrota, V. (2012). La población uruguaya y el cuidado: persistencias de un mandato de género. *Serie Mujer y Desarrollo*, n.º 117, Cepal (Santiago de Chile).

- Bauman, Z. (2003). Individualmente pero juntos. En Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (pp. 20-22). Barcelona: Paidós.
- Alvarado, A. y Salazar, A. (2014, junio). *Análisis del concepto de envejecimiento. Gerokomos*, 25(2). Recuperado de: <http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S1134-928X2014000200002&script=sci_arttext>.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Universitaria.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Barcelona: Siglo XXI.
- Beck, U. (2003). *La reinención de la familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia la nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Barcelona: Alianza.
- Becker, H. (1974). Photography and sociology. *Studies in the Anthropology of Visual Communications*, 1.
- Becker, H. (1999). *Propos sur l'Art*. París: L'Harmattan.
- Beltrán, M. (1985). Las cinco vías de acceso a la realidad social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 29, pp. 7-42, Madrid.
- Berger, K. S. (2001). *Psicología del desarrollo: adultez y vejez*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1972). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berriel, F. (2003). *Imagen del cuerpo, modelos y emblemas identificadorios en los adultos mayores montevideanos* (tesis de maestría). Facultad de Psicología, Universidad Nacional de la Plata. Recuperado de: <https://www.academia.edu/5906/IMAGEN_DEL_CUERPO_MODELOS_Y_EMBLEMAS_IDENTIFICATORIOS_EN_LOS_ADULTOS_MAYORES_MONTEVIDEANOS>.
- Berriel, F. y Pérez, R. (2004). Imagen del cuerpo y producción de sentidos. Estudio con

- adolescentes, jóvenes ,adultos y adultos mayores en la ciudad de Montevideo, Uruguay. *Revista Iberoamericana de Psicomotricidad y Técnicas Corporales*, 23, 6(3). Recuperado de: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3740155>>.
- Berriel, F., Paredes, M. y Pérez, R. (2006). Sedimentos y transformaciones en la construcción psicosocial de la vejez. En: López Gómez, A (comp.). *Proyecto género y generaciones: reproducción biológica y social de la población uruguaya*. Montevideo: Trilce.
- Berriel, F., Paredes, M. y Pérez, R. (2006). Sedimentos y transformaciones en la construcción psicosocial de la vejez. En: López Gómez, D. (comp.). *Proyecto Género y generaciones. Reproducción biológica y social de la población uruguaya*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Bidegain, M. (2011). *Pensar el envejecimiento... desde la mediana edad*. Recuperado de: <<http://gerontologia.maimonides.edu/wp-content/uploads/2012/01/Pensar-el-envejecimiento-desde-la-mediana-edad.pdf>>.
- Birren, J. E. y Sloane, R. B. (1980). *Handbook of mental health and aging*. Nueva Jersey: Prentice-Hold.
- Blanco, M. (2011). *El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas). Recuperado de: <www.redalyc.org/pdf/3238/323827304003.pdf>.
- Bodni, O. (2013). *La delegación del poder en el envejecimiento humano*. Buenos Aires: Psicolibros.
- Bourdieu, P, Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2011). *El oficio del sociólogo: presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (comp.). (1979). *La fotografía: un arte intermedio*, México D. F.: Nueva Imagen.
- Bourdieu, P. (1976). Les champ scientifique. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 2(3), pp. 88-104. Recuperado de: <https://www.persee.fr/doc/arss_0335-5322_1988_num_75_1_2875>.
- Bourdieu, P. (1984). *Questions de sociologie*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1986). Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En *Materiales de sociología crítica*. Madrid: La Piqueta.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1990) *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido de las prácticas*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (1998). *La distinción, criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). Comprender. En *La miseria del mundo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2003). *Un arte medio ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1970). *La reproducción*. Barcelona: Laia.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D. F.: Grijalbo.
- Bucheli, M., Cabella, W., Peri, A., Piani, G. y Vigorito, A. (2002). *Encuesta sobre situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres en Montevideo y Área metropolitana. Sistematización de resultados*. Montevideo: Udelar-Unicef.
- Buendía, J. y Riquelme, A. (1994). Jubilación, salud y envejecimiento. En Buendía, J. (comp.). *Envejecimiento y psicología de la salud* (pp. 69-87). Madrid: Siglo XXI.
- Burnet, F. M., (1970). An immunological approach to ageing. En Pardo Andreu, G. y Delgado Hernández, R. (2003). Senescencia celular y envejecimiento. *Revista Cubana de Investigaciones Biomédicas*.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México D. F.: Paidós.
- Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Madrid: Paidós.
- Butler, R. (1969). Age-ism: another form of bigotry. *The gerontologist*. Recuperado de: <<https://pdfs.semanticscholar.org/c31c/60684ed6a62e5142700842f4adc34435189c.pdf>>.
- Calderoni, S. Z. (2006). *O Mestre em gerontologia e a perspectiva da própria velhice* (tesis de maestría en gerontología). Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, San Pablo.
- Calderoni, S. Z. y López, R. (2007). Mestre em gerontologia de meia idade e a perspectiva da própria velhice. *Envejecimiento, Memoria Colectiva y Construcción de futuro: II Congreso Iberoamericano y I Congreso Uruguayo de Psicogerntología*.
- Calvo, J. y Pellegrino, A. (2013). *Uruguay y sus retos demográficos. Detrás de los tres millones: la población uruguaya luego del censo 2011*. Montevideo: Brecha-Programa de Población (Udelar).
- Calvo, J. y Pardo, I. (2014). *Cuántos y cómo somos* . Montevideo: Nuestro Tiempo Impo.

Recuperado

de:

<<http://www.bibliotecadelbicentenario.gub.uy/innovaportal/file/62954/1/nuestro-tiempo-01.pdf>>.

- Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (eds.). (2011). *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.
- Carter, B. y McGoldrick, M. (1999). Overview. En Carter, B. y McGoldrick, M. *The expanded family life cycle: individual family and social perspectives*. Boston: Allyn and Bacon.
- Casal, J., García, M., Merino, R. y Quesada, M. (2006). *Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición*. Barcelona: Grupo de Investigación en Educación y Trabajo (GRET) de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Castoradis, C. (1990). *El mundo fragmentado*. Montevideo: Nordam.
- Cavalli, S. y Lalive d'Épinay, C. (2008). L'identification et l'évaluation des changements au cours de la vie adulte. *Swiss Journal of Sociology*, 34(3), pp. 453-472.
- Cavalli, S. y Lalive d'Épinay, C. (2010). *Recherche CEVI changements et événements au cours de la vie: une étude internationale. Cadre théorique*. Recuperado de: <<http://www2.supsi.ch/cms/cevi/letude>>.
- Cavalli, S., Aeby, G., Battistini, M., Borloz, C., Bugnon, G., De Carlo, I. y Rosenstein, E. (2006). *Agés de la vie et changements perçus*. Ginebra: Département de Sociologie et Centre Interfacultaire de Gérontologie (Universidad de Ginebra).
- Cavalli, S., Lalive d'Épinay, C., Martenot, A., Borella, E., Brahy, R., Concha, V., Gastrón, L., Guichard, E., Henríquez, G., Oddone, M. J., Suárez H. J. y Vrancken D. (2013). La perception des grands tournants de sa propre vie: une comparaison internationale. En Burnay, N., Ertul, S. y Melchior, J. P. (eds.). *Parcours sociaux et nouveaux desseins temporels* (pp. 29-47). Louvain-la-Neuve: L'Harmattan.
- Criado, M. (1998). Clases sociales, estrategias de reproducción, generaciones y clases de edad. En *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- Criado, M. (2009). Juventud y generaciones/clases de edad. En *Diccionario crítico de ciencias sociales*. Sevilla: Universidad de Sevilla/ Plaza y Valdés.
- Cumming, E. y Henry, W. E. (1961). *Growing Old*. New York: Basic.
- Danel, P. (2007). *Las prestaciones de los geriátricos en la provincia de Buenos Aires. El caso de los hogares de La Plata y Chascomús (período 2005-2006)* (tesis de maestría). Facultad de Trabajo Social, Universidad de la Plata.

- De Beauvoir, S. (1970). *La vejez*. Argentina: Sudamericana.
- De Miguel, A., Fernández, J., Parapar, C. y Ruiz, M. (2007). *Investigación sobre envejecimiento*. Madrid: Fundación General CSIC.
- Del Valle, T. (2002). Contrastes en la percepción de la edad. En Maquieira, V. (comp.). *Mujeres mayores en el siglo XXI* (pp. 45-58). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Deval, J. (2008). *El desarrollo humano*. Madrid: Siglo XXI.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. París: Seuil.
- Dulcey-Ruiz, E. (2013). *Envejecimiento y vejez: categorías conceptuales*. Bogotá: Fundación Cepsiger para el Desarrollo Humano.
- Durkheim, E. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- Echevarren, J. (2010). Sociología visual la construcción de la realidad social a través de la imagen. *Documentos de Trabajo del Centro de Estudios Andaluces*, 2(2), pp. 1-13. Recuperado de: <<https://es.scribd.com/document/201338362/Jose-Manuel-Echevarren-Sociologia-Visual>>.
- Elder, G. (1991). Lives and social change. En Heinz, W. (ed.). *Theoretical advances in life course research. Status passages and the life course, vol. I*. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Elder, G. (1999). *Children of the great depression. Social change in life experience*. Boulder: Westview Press.
- Elder, G. (2001). Life course: sociological aspects. En Smelser, N. y Baltes, P. (eds.). *International encyclopedia of the social and behavioral sciences, vol. 13*. Oxford: Elsevier.
- Elder, G. (2002). The life course and aging: challenges, lessons, and new directions. En Settersten, R. (ed.). *Invitation to the life course: toward new understandings of later life*, Nueva York: Baywood.
- Elder, G. y Giele, J. (2009). *The craft of life course research*. Nueva York: The Guilford Press.
- Elder, G. y Giele, J. (eds.). (1998). *Methods of life course research. Qualitative and quantitative approaches*. California: Sage Publications.
- Elder, G., Kirkpatrick Johnson, M. y Crosnoe, R. (2003). The emergence and development of life course theory. En Mortimer, J. y Shanahan, M. (eds.). *Handbook of the life course* (pp. 3-19). Nueva York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.

- Erikson, E. (1963). *Childhood and society*. New York: Norton.
- Erikson, E. (1968). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Fernández Valencia, A. (2004). El género como categoría de análisis en la enseñanza de las ciencias sociales. En Vera-Muñoz, J. y Pérez, D. (coord.). *Formación de la ciudadanía las TICs y los nuevos problemas*. Alicante: Asociación Universitaria de Profesores de Didáctica de las Ciencias Sociales. Simposio Internacional de Didáctica de las Ciencias Sociales.
- Fernández Ballesteros, R. (2009). *Envejecimiento activo*. Madrid: Pirámide.
- Fernández Felman, A.(2004). Psicoanálisis en la vejez: cuando el cuerpo se hace biografía y narración. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 99, pp. 169-182. Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup99/rup99-fernandez.pdf>.
- Fernández Mayoralas, G. y Rojo-Pérez, F. (2011). *Calidad de vida y envejecimiento: la visión de los mayores sobre su calidad de vida*. Madrid: Fundación BBVA. Recuperado de: <https://www.fbbva.es/wp-content/uploads/2017/05/dat/DE_2012_calidad_vida.pdf>.
- Fernández Mayoralas, G. (2014). *Revisión conceptual del envejecimiento activo en el contexto de otras formas de vejez*. Sevilla: XIV Congreso Nacional de Población. Recuperado de: <<https://www.agepoblacion.org/images/congresos/sevilla/DOC1.pdf>>.
- Filardo, V. y Muñoz, C. (2001). Vejez en el Uruguay: ¿hacia una sociología de las relaciones de edad? En Mazzei, E. (comp.). *El Uruguay desde la sociología*. Montevideo: Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales (Udelar).
- Filardo, V. (2008). *Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad*. Montevideo: DS-Udelar.
- Foucault, M. (1989). *Historia de la sexualidad vol. 1: la voluntad del saber*. México D. F.: Siglo XXI.
- Freud, S. (1967). *Sobre psicoterapia* (obras completas, t. VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2001). *El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallo, P. (2007, junio). La concepción social de la vejez: entre la sabiduría y la enfermedad. *Zerbitzuan Ekaina*, 41, pp. 153-159.
- García Márquez, G. (1993). *El coronel no tiene quien le escriba*. Barcelona: Anagrama.
- Gastron, L. y Lacasa, D. (2009). La percepción de cambios en la vida de hombres y mujeres, según la edad. *Población y Sociedad*, 16, pp. 3-28. Recuperado de: <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1454197.pdf>>.

- Gastrón, L. y Oddone, M. J. (2008). Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida. *Revista Perspectivas en Psicología*, 5(2), pp. 1-9.
- Gemma Marfany, M. (2013). *¿Por qué envejecemos?* Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Giddens, A. (1977). *El capitalismo y la moderna teoría*. Barcelona: Inglesa.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península/Ideas.
- Giddens, A. (1997). Vivir en una sociedad postradicional. En Beck, U. (comp.). *Modernidad reflexiva*. Madrid: Alianza Universidad.
- Giddens, A. (1998). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, A. (1998). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, A. (2000). *Sociología*. Madrid: Alianza.
- Goffman E. (1971). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Goffman E. (1979). *Relaciones en público. Microestudio del orden público*. Madrid: Alianza.
- Goffman, E. (1991). «La ritualización de la feminidad». En *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Península
- Goffman, E. (1987). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E.(2003). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Golpe, L. (2011). Las vejeces: memoria generacional y trayectorias vitales de otredad. En Golpe, L. y Yuni, J. (comp.). (2012). *Cuidado de personas mayores. Dones, responsabilidad y compromiso*. Buenos Aires: Encuentro Grupo Editor.
- Gómez, A. (coord.). (2006). *Reproducción biológica y social de la población uruguaya: construcción psicosocial de la vejez, maternidades y paternidades en adolescentes, derechos sexuales y reproductivos*. Montevideo: Trilce.
- Graves, R. (1992). *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza.
- Guattari, F., y Rollnik, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Gutiérrez, V. y Ríos, P. (2006). Envejecimiento y campo de edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico. *Última Década*, 25, pp. 11-41, (Valparaíso, Chile). Recuperado de: <<http://www.scielo.cl/pdf/udecada/v14n25/art02.pdf>>.

- Hall, S. (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heller, A. (1967). *Sociología de la vida cotidiana*. Colección *Socialismo y Libertad*. Recuperado de: <<http://www.forocomunista.com/t38267-sociologia-de-la-vida-cotidiana-agnes-heller-ano-1967-formato-pdf> visitado el 11/1/2018>.
- Heredia, D. (2015). El trabajo en el curso de la vida y su influencia en la construcción identitaria y el envejecimiento de mujeres de mediana edad en Quito, Ecuador. *Conectando la ciencia con la sabiduría de nuestros viejos pueblos*, VI Congreso Iberoamericano de Psicogerontología en Bolivia, pp. 208-220.
- Hidalgo, J. (1993). Hacia una gerontología social. *Revista Reflexiones*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica (San José, Costa Rica). Recuperado de: <<https://doi.org/10.15517/rr.v8i1criticahttps://revistas.ucr.ac.cr/index.php/reflexiones/issue/view/1090>>.
- Huyck, M. (1993). Mediana edad. *Academic American Encyclopedia*, 13, pp. 390-391. Recuperado de: <<https://www.britannica.com/topic/Academic-American-Encyclopedia>>.
- Iacub, R. (2001). La post-gerontología. Hacia un renovado estudio de la gerontología. *Actas Cuarto Congreso Chileno de Antropología*, Santiago de Chile (Chile).
- Iacub, R. (2004, julio-diciembre). Erotismo y vejez en la cultura greco-latina. *Revista Brasileira de Ciências Do Envelhecimento Humano*, 2(2).
- Iacub, R. (2011a). *Identidad y envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Iacub, R. (2011b). *Erótica y vejez. Perspectivas de Occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- Jaques, E. (1965). La muerte y la crisis de la mediana edad. *International Journal of Psychoanalysis*. Recuperado de: <<https://onlinelibrary.wiley.com/journal/17458315>>.
- Jodelet, D. (1985). La representación social. Fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici, S. (ed.). *Psicología social*. Barcelona: Paidós.
- Kalache, A. (2011). Una sociedad para todas las edades. En *Envejecimiento activo. Libro blanco* (pp. 495-523). Madrid: Imserso.
- Kruger, A. (1994). La transición de la mediana edad: ¿crisis o quimera? *Psychological Reports*, 75, 1299-1305.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- Lagarde, M. (1999). *Identidad genérica y feminismo*. Ponencia en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México, 1993. En Alfaro, M. C., *Develando el género. Elementos conceptuales básicos para entender la equidad*. Costa

Rica: Unión Mundial para la Naturaleza, Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

- Lalive d'Epinay, C., Bickel, J. F., Cavalli, S. y Spini, D. (2005). Le parcours de vie: émergence d'un paradigme interdisciplinaire. En Guillaume, J.F., Lalive d'Epinay, C. y Thomsin, L. (eds.). *Parcours de vie: regards croisés sur la construction des biographies contemporaines* (pp. 187-210). Lieja: Université de Liège.
- Lalive d'Epinay, C. y Cavalli, S. (2009). Cambios percibidos en el curso de la vejez más avanzada. En Chapot, S. L., Guido, P. L., López, M. B., Mingorance, D. L. y Szulik, J. (eds). *Temas de psicogerontología. Investigación, clínica y recursos terapéuticos* (pp. 1-18). Buenos Aires: Akadia.
- Lalive d'Epinay, C., Bickel, J. F., Cavalli, S. y Spini, D. (2011). El curso de la vida, emergencia de un paradigma interdisciplinario. En Yuni, J. (comp.). *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*, 7(18), Escuela Nacional de Antropología e Historia (Distrito Federal, México). Recuperado de: <<http://www.redalyc.org/pdf/351/35101807.pdf>>.
- Lash, S. (1990). *Sociología del posmodernismo*. Londres: Routledge.
- Laslett, P. (2001). La vejez. *Historia Contemporánea, Nuevos Estudios sobre las Élités*, 23, Universidad del País Vasco. Recuperado de: <<http://www.ehu.es/ojs/index.php/HC/issue/view/1414/showToc>>.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lesthaeghe, R. (1998, marzo). On theory development: applications to the study of family formation. *Population and Development Review*, 24(1), pp. 1-14.
- Lesthaeghe, R. (2010, enero). The unfolding story of the second demographic transition. *Population Studies Center Research Report*, pp. 10-696.
- Ludi, M. (2005). *Envejecer en un contexto de (des)protección social: claves problemáticas para pensar la intervención social*. Buenos Aires: Espacio.
- Lyotard, J. (1979). *La condición postmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Machado, A. (1994). *Poesía completa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MacInnes, J. y Pérez Díaz, J. (2008). La tercera revolución de la modernidad: la reproductiva. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 122, pp. 89-118.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones (1928). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62 (193/244). Recuperado de:

<http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_062_12.pdf >

- Marconi, A. (comp.). (2012). *Narcisismo, resiliencia y factores protectores en el envejecimiento. Nuevos aportes al campo de la intervención e investigación en psicogerontología*. Buenos Aires: Gerontólogos Argentinos
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En Cubides, H. (ed.). *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Martínez Barreiro, A. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. *Papers*, 73, Universidad de la Coruña (Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración). Recuperado de: <<https://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25787/25621>>.
- Martínez, A. (2007). *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires: Manantial.
- Melgar, F. y Penny, E. (2012). *Geriatría y gerontología para el médico internista*. La Paz: Grupo Editorial La Hoguera.
- Minois, G. (1987). *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea.
- Miranda-Novoa, M. (2012). Diferencia entre la perspectiva de género y la ideología de género. *Díkaion* 26(2), Universidad de La Sabana.
- Montgomery, M. (2008). A developmental intervention science (dis)outreach research approach to promoting youth development: theoretical, methodological, and meta-theoretical challenges. *Journal of Adolescent Research*, Thousand: Sage Publications.
- Morin, E. (2007). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós
- Moscovici, S. (1985). *Psicología social*. Barcelona: Paidós
- Moscovici, S. (1986.). *Psicología social II. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Muchnik, E. (1984). *Hacia una nueva imagen de la vejez*. Buenos Aires: Belgrano.
- Muchnik, E. (1998). El curso de la vida y la historia de vida. En Salvarezza, L. (comp.). *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Muchnik, E. (2006). *Envejecer en el siglo XXI. Historia y perspectivas de la vejez*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Neruda, P. (2009). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Madrid: Edaf.
- Neugarten, B. (1965). Normas de la edad. Limitaciones de la edad y socialización de los

- adultos. En Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. Barcelona: Herder.
- Neugarten, B. (1970). Dynamics of transition of middle age to old age adaptation and the life cycle. *Journal of Geriatric Psychiatry IV*, Nueva York.
- Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. Barcelona: Herder.
- O’Rand, A. y Henretta, J. (1999). *Age and inequality. diverse pathways through later life*. Boulder: Westview Press.
- Oddone, M. J. y Aguirre, M. (2005). Impacto de la diversidad en el envejecimiento. en Psicólogos. *Revista de Psicología Nro. Extraordinario: la Vejez II*, Año XV, n.º 15, pp. 49-66, Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina).
- Oddone, M. J. y Lynch G. (2008). Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), pp. 121-142.
- Organización de las Naciones Unidas. (1982). *Plan internacional de acción de Viena sobre el envejecimiento*. Nueva York: ONU. Recuperado de: <http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/gericuba/plan_de_accion_internacional_de_viena_sobre_el_envejecimiento.pdf>.
- Organización de las Naciones Unidas. (2002). *Plan internacional de acción de Madrid sobre el envejecimiento*. Nueva York: ONU. Recuperado de: <<http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/onu-informe-01.pdf>>.
- Organización de las Naciones Unidas. (2017). *Perspectivas de la población mundial*. Recuperado de: <<https://esa.un.org/unpd/wpp/>>.
- Organización Mundial de la Salud. (2000). *Global forum for health research: the 10/90 report on health research 2000*. Ginebra: OMS.
- Organización Mundial de la Salud. (2015). *Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud*. Recuperado de: <http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/186466/9789240694873_spa.pdf;jsessionid=9DA3E4F584709AD8002736CCCBCE2CBF?sequence=1>.
- Organización Mundial de la Salud. (2016). *Informe de estadísticas sanitarias mundiales*. Recuperado de: <http://www.who.int/gho/publications/world_health_statistics/2016/en/>.
- Orgel, L. E. (1988). *Los orígenes de la vida: moléculas y selección natural*. Buenos Aires: Alianza.
- Ortega Olivares, M. (2009). Metodología de la sociología visual y su correlato etnográfico. *Argumentos*, vol. 22, n.º 59, División Ciencias Sociales y Humanidades (Xochimilco, México).

- Osorio, P. (2004). Nuevos procesos de jubilación en las sociedades industriales contemporáneas: el caso vasco. *Cuadernos Sociológicos Vascos*, 14, Secretaría de la Presidencia del Gobierno Vasco (España). Recuperado de: <ftp://gvas.euskadi.net/pub/gv/estudios_sociologicos/csv14.pdf>.
- Osorio, P. (2006). Exclusión generacional: la tercera edad. *Revista MAD*, 14. Recuperado de: <<http://www.revistamad.uchile.cl/14/osorio.pdf>>.
- Osorio, P. y Sadler, M. (2005). La construcción socio-cultural de la vejez desde una mirada de género. En González, O. y Renere, R. (ed). *Climaterio en la atención primaria Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Bywaters.
- Otero, H. (2015). La vejez como problema histórico. Una agenda de investigación. *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, 13(13), Córdoba (Argentina).
- Padilla-Muñoz, A. (2010). Discapacidad: contexto, concepto y modelos. *Revista Colombiana de Derecho Internacional*, pp. 381-414.
- Paola, J., Samter, N. y Manes, R. (2011). *Trabajo social en el campo gerontológico*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Papalia, D. y Wendkos, S. (1998). *Psicología del desarrollo*. México D. F.: Ed. McGraw-Hill.
- Pardo Andreu, G, y Delgado Hernández, R. (2003). Senescencia celular y envejecimiento. *Revista Cubana de Investigaciones Biomédicas*, 22(3), pp. 204-212. Recuperado de: <http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-03002003000300010&lng=es&tlng=es>.
- Paredes, M, Berriel, F., Carbajal, M. y Pérez, R. (2013). ¿Qué es para usted envejecer? Envejecimiento y representación social en Uruguay desde una perspectiva intergeneracional. En Paredes, M. *La sociedad uruguaya frente al envejecimiento de su población*. Montevideo: CSIC.
- Paredes, M. (2014). Las personas mayores en el Uruguay: el perfil sociodemográfico y los desafíos para las políticas públicas. *Notas de Población*, 98, pp. 41-74, Santiago de Chile, Chile: Cepal.
- Paredes, M. y Obeti, P. (2015). *Cambios socio-históricos y trayectorias vitales en Uruguay. Un análisis en el contexto del Cono Sur*. Recuperado de: <[http://sociologia-
alas.org/acta/2015/GT-
01/Cambios%20socio%20hist%C3%B3ricos%20y%20trayectorias%20vitales%20en%20
Uruguay.%20Un%20an%C3%A1lisis%20en%20el%20contexto%20del%20cono%20Sur](http://sociologia-
alas.org/acta/2015/GT-
01/Cambios%20socio%20hist%C3%B3ricos%20y%20trayectorias%20vitales%20en%20
Uruguay.%20Un%20an%C3%A1lisis%20en%20el%20contexto%20del%20cono%20Sur)>

.doc>.

- Paredes, M., Ciarniello, M. y Brunet, N. (2010). *Indicadores socio demográficos de envejecimiento y vejez en Uruguay: una perspectiva comparada en el contexto Latinoamericano*. Montevideo: Lucida Ediciones.
- Parsons, T. (1999). *El sistema social*, Madrid: Alianza.
- Pellegrino, A. (2003). *Caracterización demográfica del Uruguay: material de programa de población*. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales (Udelar). Recuperado de: <http://www.anep.edu.uy/historia/clases/clase20/cuadros/15_Pellegrino-Demo.pdf>.
- Pellissier, J. (2013). ¿A qué edad se es viejo? *Le Monde Diplomatique*, año XIV, 168. Buenos Aires (Argentina).
- Peña Zepeda, I. y González, O. (2001). *Observar, escuchar, comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México D. F.: El Colegio de México.
- Piña Moran, M.(2004). *Gerontología social aplicada: visiones estratégicas para el trabajo social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Pitol, S. (1997). *El arte de la fuga*. México D. F.: Anagrama.
- Pochintesta, P. (2017). Mediana edad y envejecimiento. Entre el paso del tiempo hecho carne y la vejez imaginada . En Cabrera, P. (2017). *Mediana edad y envejecimiento. Entre el paso del tiempo hecho carne y la vejez imaginada*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Preciado, B. (2014). *Testo Yonqui*. Buenos Aires: Paidós.
- Rice, P. (1997). *Desarrollo humano, estudio del ciclo vital*. México D. F.: Ed. Hall Prentice.
- Risman, B. J. (2004). Gender as a social structure: theory wrestling with social change. *Gender and Society*, 18(4): pp. 429-450.
- Rodríguez, R. (2006). *La sexualidad en el atardecer de la vida*. Santiago de Cuba: Oriente.
- Ryder, N. (1965). The cohort as a concept in the study of social change. *American Sociological Review*, 30(6), American Sociological Association.
- Salvarezza, L. (1998). (comp). *La vejez: una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Salvarezza, L. (2011). *Psicogeriatría: teoría y práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Sánchez Salgado, C. (2005). *Gerontología social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Sande, S. (2012). *Envejecer en Uruguay: políticas y olvidos*. Tesis de maestría en Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.
- Sande, S. (2015). *Anticipación del envejecimiento y representaciones sociales en cuidadores*

- formales de adultos mayores: el caso de los trabajadores del Hospital Centro Geriátrico Piñeyro del Campo, Uruguay.* Tesis de maestría en Psicogerontología. Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.
- Sartre, J. P. (2000). *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.
- Schutz, A. (1972). *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós
- Schwartz, H. y Jacobs, J. (2003). *Sociología cualitativa: método para la reconstrucción de la realidad*. México D. F.: Trillas.
- Scot, J. W. (1990). El género una categoría útil para el análisis histórico. En Amelang, J. y Nash, M. (eds.). *Historia y género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnanim.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México D. F.: Pueg.
- Scribano, A. (2013). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10, año 4, pp. 93-113, Argentina. ISSN: 1852-8759.
- Serbia, J. (2007). Diseño, muestreo y análisis en la investigación cualitativa. *Hologramática*, 7(3), pp. 123-146, Buenos Aires (Argentina).
- Sinay, S. (2013). *El discreto encanto de la madurez: celebrando el segundo tiempo de la vida*. Buenos Aires: B Ediciones.
- Sterling, P. (2018). *Alostasis: otro modelo para pensar las enfermedades prevalentes*. Recuperado de: <<http://www.intramed.net/contenidover.asp?contenidoID=92437>>.
- Strauss, A. (1987). *Basics of qualitative reserch*. Londres: Sage Publications.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Antioquia: Contus Editorial.
- Tejera, R. (2009). Políticas de adulto mayor: períodos expansivos y ejes de desarrollo. En: *Hacia un Uruguay más equitativo en materia de envejecimiento. Primer debate nacional sobre políticas sociales, envejecimiento y territorio*. Montevideo: IMPO.
- Urbano, C. (2011). Resignificación identitaria y devenir en la temporalidad del curso vital. En Yuni, J. (2011). *La vejez en el curso de vida*. Buenos Aires: Encuentro.
- Uruguay. Inmayores. (2015). *Las personas mayores en Uruguay: un desafío impostergable para la producción de conocimiento y las políticas públicas*. Montevideo: Ministerio de Desarrollo Social.
- Uruguay. Instituto Nacional de Estadística. (2011). *Resultados del censo 2011. Población*,

- crecimiento y estructura por sexo y edad*. Recuperado de: <<http://medios.elpais.com.uy/downloads/2012/analispais.pdf>>.
- Vallés, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. México D. F.: Síntesis Sociológica.
- Vasilachis, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona: Gedisa
- Vela Peón, F. (2001). Los procedimientos básicos de recolección como técnica y método. En Tarres, M. L. (coord.). *Observar, escuchar, comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: El Colegio de México.
- Villamil Mendoza, L. (2008). La noción de obstáculo epistemológico en Gastón Bachelard Espéculo. *Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero38/obstepis.html>>.
- Weber, M. (1997). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Yuni, J. (ed.). (2011). *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2001). *Mirame otra vez: madurescencia femenina*. En *La madurescencia en el curso vital de las mujeres*. Córdoba: Editorial Mi Facu.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, año 6, 10, pp. 151-169. ISSN: 1667-9261.
- Zarebski, G. (1990). *Lectura teórico-cómica de la vejez*. Recuperado de: <<http://psicogerontología.maimonides.edu>>.
- Zarebski, G. (1994). *La vejez ¿es una caída?* Buenos Aires: Tekné.
- Zarebski, G. (1999). *Hacia un buen envejecer*. Buenos Aires: Emecé.
- Zarebski, G. (2005). *El curso de la vida: diseño para armar*. Buenos Aires: Universidad Maimónides.
- Zarebski, G. (2009). Vulnerabilidad y resiliencia en el envejecer. En Leite Ribeiro do Valle, L. y Zarebski, G.(Eds). *Neurociências na melhor idade*. San Pablo: Nova Conciento.
- Zarebski, G. (2011). *El futuro se construye hoy. La reserva humana: un pasaporte hacia un buen envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.

Anexos

Pautas para entrevista

Datos Personales

Flia/Hijos/ Pareja

Estudios

Amigos

Trabajo

Barrio

Trayectoria educativa

¿Dónde estudiaste?

¿Por qué elegiste eso?

¿Qué recordas de ese período?

¿Conservas amistades de ese período?

Trayectoria laboral

¿En qué has trabajado?

¿Cómo fue ese trayecto hasta donde estas hoy?

¿Podés marcar un momento particular? ¿Algún tipo de decisión?

¿Estás conforme con tu trabajo?

¿Cómo te imaginas en 10 años?

¿Te imaginás jubilado?

Trayectoria biográfica

¿Podrías hacer un recuento de tu vida a partir de algunos eventos que consideres importantes?

Cuáles fueron los momentos más significativos en tu vida?

¿Cuál podrías decir que es tu mejor recuerdo? ¿Y el peor?

¿Sentiste alguna vez que a partir de un determinado acontecimiento tu vida dio un giro?

¿Piensas que podrías volver a enamorarte?

¿Qué es lo que más te gusta hacer?

¿Siempre fue así?

¿Y si tuvieras más tiempo libre?

¿En qué sentís que has cambiado a lo largo del tiempo?
Si pudieras cambiar algo de tu historia, ¿qué cambiarías?
¿Cuáles son tus proyectos?
¿Qué piensas que es la vejez?
¿Te imaginás viejo?
¿Te podás ver en ese viejo que serás? ¿Cómo es?
¿Cómo fue la relación con tus padres?
¿Cómo es ahora?
¿Cómo estás viviendo el envejecimiento de tus padres?
¿Qué sentís al verlos viejos?
Tus hijos/ sobrinos han crecido..., ¿como imaginas tu relación con ellos cuando seas viejo?
¿Cómo te sentís con respecto a tu cuerpo?
¿Cambiarías algo hoy en pos de tu vejez?

Si no surge

- 1- ¿Viven tus padres?
- 2- ¿Cómo estás procesando su envejecimiento?.
- 3- ¿Tenés contacto con otros adultos mayores?
- 4- ¿Qué es ser viejo?
- 5- ¿Alguna vez te pesó la edad cumplida?
- 6- ¿Se acercan tu edad cronológica y tu edad biológica/social?
- 7- ¿Te descubriste pensando que ya es tarde para...?
- 8- La edad mediana, ¿qué te hace pensar esa idea?
- 9- ¿Se ha visto modificada tu forma de pensar la vejez a lo largo de la vida?
- 10- ¿Se ha visto modificada tu forma de “entender” el envejecimiento?
- 11- ¿Has realizado cambios en tu forma de vida a partir de pensarte como sujeto que envejece?

Cuestionario

Cuestionario «Mi envejecer» (Zarebski, 2005), adaptado para la investigación sobre la anticipación de la vejez

Consigna

A continuación se presenta una serie de preguntas. Le solicitamos que las responda de forma escrita en el espacio correspondiente y de la manera más sincera posible. Pueden no contestarse en el orden previsto pero se solicita que al finalizar corrobore, por favor, no haberse saltado ninguna parte del cuestionario.

Preguntas

1) “La edad se apodera de nosotros por sorpresa”

¿Qué piensa de este pensamiento de Goethe?

2) ¿Alguna vez pensó o dijo “de repente la edad se me vino encima”?

3) Imagine que tiene 84 años, se mira en un espejo. ¿Qué ve?

4) ¿Se reconoce en esa imagen?

5) ¿Había pensado antes de hoy en su propia vejez? ¿A partir de qué?

6) *¿ En algún momento de su vida se sintió viejo/a? ¿En relación con qué?*

7) *Piense en una línea que vaya desde su nacimiento hasta su muerte. Escriba en ella las distintas etapas de la vida y coloque en cada una, una palabra que la describa.*

8) *Si estuviera en situaciones como las que se presentan a continuación, ¿cuál le parece que se adecuaría más a su modo de pensar? ¿Por qué?*

A) “La última escena de todas (*la vejez*), la que concluye esta historia peregrina plena de sucesos, es la segunda infancia y el total olvido, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada” (W. Shakespeare: `Como gustéis`).

B) “¡Ochenta años! ¡Ni ojos, ni oídos, ni dientes, ni piernas, ni aliento! ¡Y es asombroso al fin de cuentas, cómo uno llega a prescindir de ellos!” (Claudel, Diario `)

.....
.....
.....

9) *¿Qué significa para Ud. tener que usar...?*

- a) Anteojos
- b) Audífono
- c) Bástón
- .d) Silla de ruedas

¿Los usaría? ¿Cuáles usaría? ¿Por qué?

.....
.....
.....
.....

10) *¿Está de acuerdo con la siguiente frase? ¿Por qué?*

“ Yo soy así y no voy a cambiar ”.

.....
.....
.....

11) ¿Piensa que sería conveniente que Ud. modifique algo en el presente, pensando en su vejez? ¿Qué?

.....
.....
.....

12- A continuación se presentan una serie de frases inconclusas. Le solicitamos que las complete de manera que representen lo que Ud. piensa.

Envejecer es

Al envejecer voy a perder

Al envejecer voy a ganar

Al envejecer no voy a poder

13)¿Algún viejo/a (familiar o no) le resulta llamativo o significativo/a? ¿Por qué?

14)¿Cuáles son sus proyectos?

15) Describa los hechos que considere más importantes en su vida.

16) ¿Tiene relación de cercanía (cuidado/ apoyo/sostén/acompañamiento, etc.) con algún

viejo/a f

familiar? Si es así: ¿cómo afecta su vida?

Datos personales

Nombre:

Edad:

Sexo:

Estado civil:

<i>Soltero</i>	
<i>Casado</i>	
<i>En pareja</i>	
<i>Separado</i>	
<i>Divorciado</i>	
<i>Viudo</i>	

Nivel de escolaridad alcanzado:

	<i>Completo</i>	<i>Incompleto</i>
<i>Primario</i>		
<i>Secundario</i>		

<i>Terciario</i>		
<i>Universitario</i>		

Ocupación:

Familiares con los que convive:

<i>Familiares Mayores</i>	<i>Calificación de su envejecer</i>			
	<i>Muy bueno</i>	<i>Bueno</i>	<i>Regular</i>	<i>Malo</i>
<i>Padre</i>				
<i>Madre</i>				
<i>Abuelos</i>				
<i>Abuelas</i>				
<i>Otros</i>				

¿Tiene amigos con los que comparte actividades?

¿Cómo describiría sus relaciones sociales?

Entrevista Basada en el cuestionario «Mi envejecer» (Zarebski, 2005)
Versión experimental utilizada a los fines de investigación

Consentimiento informado

....., mayor de edad, de años de edad, manifiesto que he sido informado/a sobre la investigación **Anticipación de la vejez en la mediana Edad** llevada a cabo por Sandra Sande Muletaber de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, en el marco de su tesis doctoral en Ciencias Sociales, opción Trabajo Social

- 1. He recibido suficiente información sobre la investigación**
- 2. He podido hacer todas las preguntas que he creído conveniente sobre el estudio y se me han respondido satisfactoriamente.**
- 3. Comprendo que mi participación es voluntaria.**
- 4. Acepto que se difundan mis imágenes en el marco de este proyecto**

OTORGO mi CONSENTIMIENTO a participar en este estudio, para cubrir los objetivos especificados.

Firma del participante:

Firma del investigador:

Nombre y fecha:

Nombre y fecha: